

Este y otros libros se  
hallarán de venta en la librería  
calle de Olavide núms.  
4 y 5.—SEVILLA.

JUNTA DELEGADA  
DEL  
TESORO ARTÍSTICO

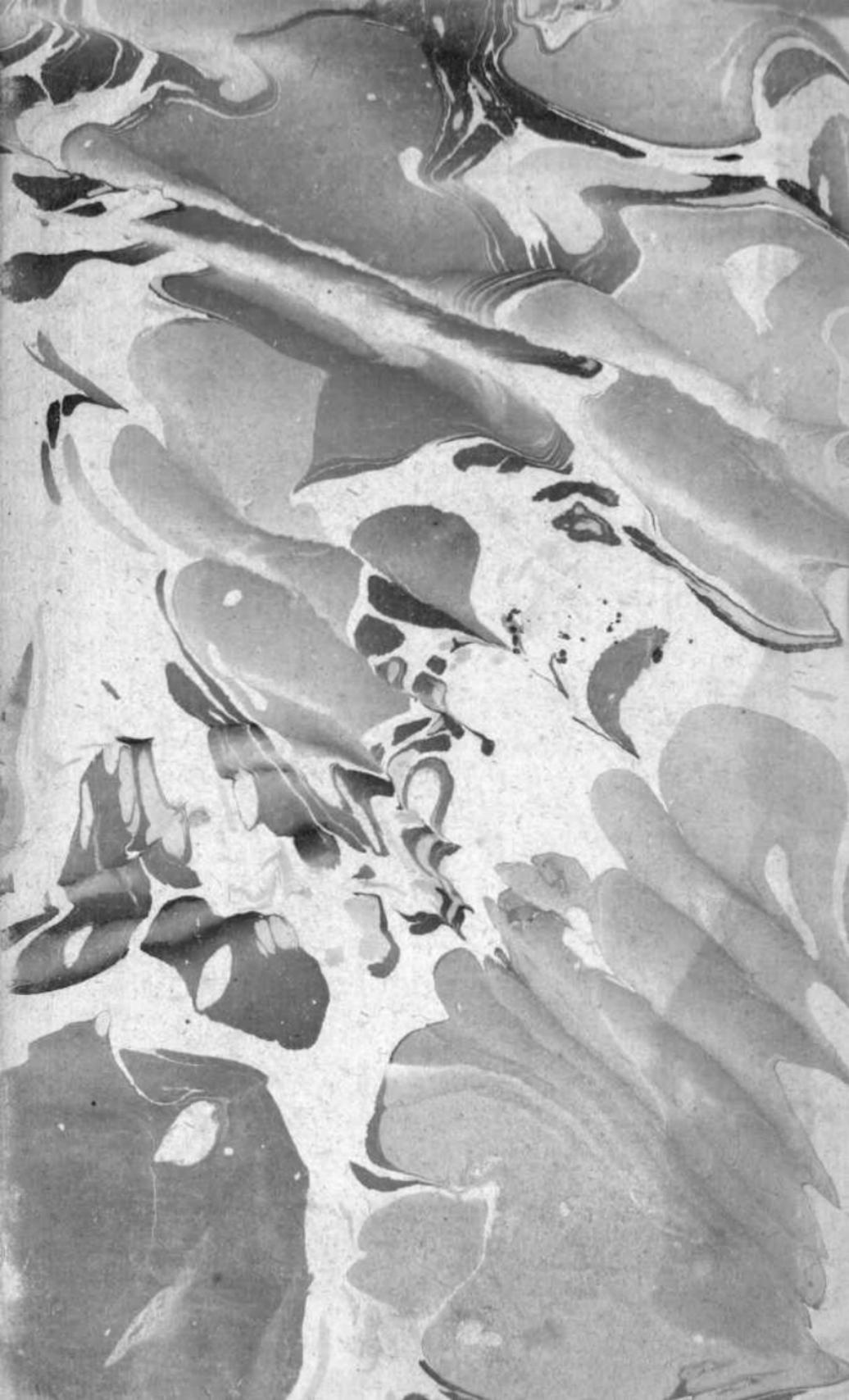
Libros depositados en la  
Biblioteca Nacional

Procedencia

T<sup>o</sup>SERCLAES

N.º de la procedencia

1849



5171

T. 1119736 C. 71234347



*Las circunstancias que acompañaron la pérdida de España, no tienen ningun seguro cimientó en la historia. La sola fabulosa tradicion, envuelta en las tinieblas de que la suelen cubrir los siglos, suple á la falta de la luz de la verdad, de que se halla privada, y de cuya semejanza puede revestirla á lo menos la mente, con la invencion, desnudandola de las inverisimilitudes de los cuentos groseros, con que la afeó la ignorancia. Puede asi servir de argumento para un poema, cuyo embrion presento á este fin al público.*



R.140769

# EL RODRIGO.

## LIBRO PRIMERO.

**L**a lamentable pérdida de España , y la destruccion del Imperio de los Godos ; la causa de ella , y del horrible estrago de que cubrió sus reynos y provincias el Arabe vencedor , permitiendolo el destino por sus fines inescrutables , diré yo , penetrado del dolor , que renueva en mi ánimo la triste memoria de tan grande desventura.

O tú , que tienes reservados los antiguos sucesos de las historias , concedeme , Musa , el acceso en el frondoso sagrario del Pindo , para que pueda descubrir el motivo del fiero despecho de una ilustre doncella , que en su ayrado desvarío induxo á su padre á tomar una venganza tan injusta y cruel de su misma patria , moviendo contra ella la lanza del implacable moro. ¿ Acaso la sangre toda de una entera nacion barbaramente degollada , podia devolverle su pérdida entereza ?

¿ O bien quiso servirse de la indignacion del honor violado de una doncella , para ha-

cer mayor alarde de su poder el que levanta del polvo de la tierra los Imperios y los Reyes; y al soplo de su enojo los atierra y disipa, como suele disipar el tempestuoso viento el polvo del camino? Tu sola puedes aclararme la verdad de un suceso, envuelto todavia en las tinieblas, con que cubren los siglos los hechos de los mortales, desfigurados luego por la fama, que se complace en alterar la tradicion, para mas preocupar las mentes de los hombres. Grangeeme tu favor el ser creido de ellos, é infunde vigor á mi fantasia, para que iguale la grandeza del argumento, á que doy principio.

Casi en medio del precioso seno de la Iberia, respira todavia la grandiosa magestad de sus augustas obras y edificios, la real Toledo, cuyas plantas parece abrazar el Tajo en su curso caudaloso, ofreciendole los tributos de sus arenas, y los mas ricos de las vegas que fertiliza. La prefirieron los Reyes Godos á todas las demas ciudades, por asiento de su trono, y en ella conservaban el carro de la victoria con que el grande Ataulfo conquistó el Reyno, y levantó en él un nuevo Imperio de los restos del poder del Romano, oprimido de su brazo victorioso.

Quedando sin embargo una nacion con-

quistadora , con la muerte violenta de su xefe, y arbitra de elegirse á su grado el Soberano, y de degollarle á su antojo , cimentó con tan cruel autoridad , una constitucion dañosa al mismo pueblo , acortando insensiblemente con ella el plazo á su duracion y la de su dominio, que estrivando en la insolente libertad , vecina siempre á la ruina , la debia encontrar , ó en sus mismas violencias , ó en las de sus elegidos Soberanos ; porque privados estos de la esperanza de ver brillar en las frentes de sus hijos y nietos la Real corona , atendian solo á satisfacer en su reynado sus ilustres caprichos y pasiones , menospreciando las leyes y los derechos de los pueblos , y el bien y gloria de la nacion , que era regida por sus monarcas , semejante al trozo de rota nave que llevan los vientos á su antojo sobre las olas.

Pudo asi facilmente apresurar su ruina el amor , que como destructor de otros imperios, habia tambien de contar entre sus triunfos , el de la destruccion del Reyno de los Godos , sirviendose de él los hados , como de su ministro mas poderoso. El , pues , echando de ver que flaqueaba el imperio por su misma constitucion , y por los vicios de sus Reyes , determinó darle de pie , para derribarle enteramente , diciendo : aniquiló mi brazo el Impe-

rio de los Frigios , de los Asirios , y Medos , y dexará caer de por sí el de los Godos , sin apresurar su ruina , pudiendo así ostentar de nuevo mi poder á los Reyes desvanecidos de su grandeza , con que les parece ser iguales á los dioses en la tierra. Antes bien hagamosles ver , que sujetos á mi poderio , lo están también á ser por él aniquilados.

Dicho esto , dexa el templo delicioso de Idalio , y teniendo meditados ya los medios , de que debia servirse para llevar al cabo su intento , toma el vuelo hácia la Iberia , ansioso de encontrar una hermosura , cuyas gracias y perfecciones pudiesen suscitar una pasión vehemente en el ánimo de Rodrigo , de quien sabia por los hados , que habia de suceder luego en el Trono al Rey Vitiza. Aunque Rodrigo tenia por muger á Egíla , esta misma circunstancia era oportuna á los malignos fines del amor ; pues así quedaba impedido Rodrigo por su himeneo , para poseer la doncella , en cuya hermosura queria encender su pasión.

Pero de quantas doncellas hermosas ofreció á sus curiosos ojos la España , ninguna le pareció mas cabal que Florinda , hija del Conde D. Julian , así por su belleza superior , como también por la entereza del inflexible honor , y de la severa honestidad que la tenian en su

guarda, y que rechazarian todos los presentes y promesas que pudieran hacerle los mas poderosos monarcas para rendirla. Aprobada su eleccion, traza inmediatamente que Rodrigo vea la doncella; y aviva sus tiernas gracias y belleza con tan poderosos atractivos, que enagenado Rodrigo de su vista, y perdido por ella, se abandona al furor de su encendida fantasia.

No contento con esto el Amor, á fin de poner mayores estorbos á la pasion de Rodrigo, y de irritarla asi mucho mas, resolvió al mismo tiempo empeñar el inocente afecto de la doncella, con un joven no menos ilustre que ella, qual lo era Evanio, hijo mayor del Rey Vitiza, que con aprobacion de su padre la solicitó luego en casamiento. Mas aunque aprobado tambien por el padre de la doncella, y por ella misma, no pudo coronarles el himeneo en sus aras, impidiendoselo la inesperada muerte del Rey Vitiza, que trocó en duelo el contento de los amantes, antes que se publicase el convenio de sus padres sobre su casamiento.

Entretanto se cumple en Rodrigo la disposicion de los hados, y sube al Trono de los Godos, eligiendole la nacion por su Soberano, de quien esperaban todos que reparase los des-

aciertos de su antecesor Vitiza , y que devolviendo al Reyno su antiguo esplendor , restableciese su felicidad , que tiene por cimiento las honestas costumbres del pueblo , y su industria y riqueza. Fortalecia á estas lisonjas la opinion de su humanidad , justicia , y clemencia , virtudes dignas de un Rey , que acompañaban su subida al trono , entre el fasto y Real pompa , que condecoraron su coronacion.

Mas la mente mortal que no puede lanzar su vista en el profundo seno de lo futuro , en medio de la alegría y alborozo con que solemnizaba el ensalzamiento del Rey Rodrigo , erigiendo altares en su honor , y celebrando sus virtudes , vió trocarse de repente su consuelo en espanto , y horror , que infundia en todos los ánimos el no esperado portentoso , con que quiso el cielo dar funesto anuncio á la nacion de su ruina , y de la del Imperio de los Godos ; porque apenas apartó el sol sus resplandores de las mas elevadas cimas de los montes , y la noche tendió el oscuro velo de sus calladas sombras , apareció en el cielo un horrible cometa , cuya vista hizo suspender todas las demostraciones del júbilo que ostentaba el pueblo en el dia de la coronacion de su Soberano.

Ocupaba inmenso espacio del firmamento su cabellera centelleante , á par de un rio de

encendido azufre , con cuya llama creen ver todos escrita su final sentencia , y la de la destruccion del cielo , y tierra , temiendo sus mentes penetradas del terror , que los astros deshechos á pedazos , se aplomasen sobre sus cabezas , de un momento á otro , ó que la tierra estremecida tambien en sus montes , tragase las enteras ciudades y pueblos , ó que los inundasen los rios , los quales , como si una oculta fuerza les obligase á retroceder hácia sus fuentes , rompiendo las riberas , se arrojaban con violencia , y extendian su ondoso curso por los campos y valles , arrebatando tras sí con las cosechas , las selvas , los ganados y pastores.

Trocaronse asi en espanto y lamentos las esperanzas y el gozo de la nacion , que olvidando sus comenzadas solemnidades , arrastraba sus mal seguros pasos hácia los templos , y abrazando los altares expresaban sus tristes súplicas con sollozos , los asombrados pueblos , pareciendo cadáveres salidos de los sepulcros , los que aquel mismo dia desahogaban su júbilo con solemnes fiestas y banquetes. ¡O cuán deleznable es el gozo de los mortales , y cuán inciertas sus esperanzas cimentadas en lo por venir! ¿Quién podia preveer que el dia de mayor gozo para un reyno , se hubiese de trocar en el mas triste , y mas infausto ?

Pero como el alma suele borrar luego el recuerdo de los pasados males, á la manera que suele borrar el viento las señales grabadas en la arena movediza de una plaza, asi tambien el pueblo Godo; luego que vió el cielo serenado, y desaparecido al cometa, sosegada la tierra, y los rios vueltos á sus cauces, arrojó cada qual de su angustiado pecho el terror padecido, y recobró la serenidad y el gozo, que suele ser mas dulce tras la sostenida zozobra; bien asi como el navegante que sorprendido en alta mar de repentina tempestad que trabaja su nave, implora con votos, y con llanto sus deydades tutelares; mas luego que los vientos rebaxan sus iras, se tranquiliza tambien su ánimo, y con el desvanecido temor, olvida las deydades imploradas, y sus votos.

Solo el Soberano, asombrado y triste, como objeto principal de las amenazas de los cielos, no podia arrojar de sí el infundido terror, y la cundida opinion, de que tales prodigios anuncian corto plazo á las vidas de los Reyes, y á su reynado. Ni la ya poseida grandeza, ni la gloria que la acompañaba, y que comenzaba á adularle en el supremo asiento, recavaban acallar sus funéstos recelos, que le representaban á cada paso la muerte, ó la pérdida de su cetro, y trono.

Agravaban á estos temores de Rodrigo , no tanto la forzosa necesidad de pagar el tributo á la Naturaleza , quanto los hijos de su antecesor Vitiza , Evanio , y Sigiberto , recelando de ellos Rodrigo , que acechasen á su vida , y que el destino se sirviese de sus ambiciosas miras , para verificar en él sus funestos anuncios. Esto mismo los hacia á entrambos enemigos de su persona , aunque injustamente; porque lejos de aspirar ellos al trono , que sabian no pertenecerles por ningun título , siendo derecho de la eleccion del pueblo, por inviolable costumbre , habian ya acomodado sus ánimos á la suerte , y sin mira alguna ambiciosa , solemnizaban el ensalzamiento de aquel mismo que los temia.

Ni al mayor , Evanio , le permitiera su blando y bondadoso genio fomentar tan alto atrevimiento , y mucho menos el amor , que sufocando en su pecho todo anhelo de ambicion , y de mayor grandeza , le tenia sometido á la singular hermosura y gracias de Florinda , por la qual rehusára el mayor imperio de la tierra , haciendole anhelar solo que se acortase el duelo de la muerte de su padre , para poseerla , y para celebrar su ya establecido casamiento. Pero los hados , que todo lo disponen segun sus miras inescrutables , con modo im-

perceptible , sirviendose de la combinacion de los accidentes que ellos mismos mueven á sus fines , ponen nuevo estorbo á las esperanzas de Evanio , y de Florinda , con la muerte de su madre Endigilda , arrebatada en la flor de su edad , haciendo trocar el aparato nupcial , y la alegria , en tristeza y llanto de los infelices amantes , especialmente de Florinda , que oprimida del dolor , se niega á todo alivio y consuelo.

Roba la misma su presencia á su amante Evanio , pasando los dias y noches en continuas lágrimas y quejas contra su suerte ; desecha todo vano ornato , y cubierta de luto , queria acompañar al sepulcro á su difunta madre , sin que pudiera recavar su amante , y dolorido padre , hacerla desistir de su funesta porfia , ni acallar su duelo. Pero el tiempo , que borra solo la memoria de los males , y que temple el dolor mas obstinado , consiguió tambien aliviar el de la triste doncella , que hubo de ceder á la forzosa ley de la necesidad , y de la naturaleza.

Volvió entonces el amor á recobrar su imperio en el casto seno de la doncella , y á encender de nuevo el afecto á su Evanio ; y al mismo tiempo avivó en este los deseos de poseerla , haciendo que solicitase públicamen-

te las disposiciones y el aparato nupcial , para poder celebrar su himeneo , luego que se cumplierse el tiempo concedido al dolor , y al luto ; y enagenado de sus amorosas lisonjas , destina el dia de la celebracion de sus desposorios , seguro de conseguir su anhelada dicha , olvidado de quan inciertos son los bienes de este suelo , y quan expuesta á mudanzas la condicion del hombre ; pues lo que creia ser motivo de su mayor consuelo , eso mismo fué la causa de su mayor desventura.

Presenta ahora , Musa , á mi mente los intrincados medios de que se valió el destino para apresurar la ruina del Reyno Godo , y como el Amor se valió del ánimo vengativo de Guntrando , confidente del Rey Rodrigo , para volver á suscitar en él el incendio de su pasion á Florinda , casi apagado de los terrores y funestos recelos , que dexó en su real ánimo la aparicion del cometa , y para que impidiendo el casamiento de Florinda con Evanio , pudiese mas facilmente poseerla , el mas poderoso amante , inducido é impelido á ello de las persuaciones de su confidente Guntrando.

Habia merecido este toda la confianza del Soberano , que con él dividia los cuidados , y el peso del gobierno. Afable , y blando en su

aspecto, celebra con el fingido exterior los atroces y malvados sentimientos que regia con el freno de hidalga cortesanía, siendo tan sagaz y reservado adulator, quanto maligno consejero; así juntaba quanto malo y loable, pudiera convenir al excelso empleo que exercia, y que le habia confiado el Rey Rodrigo: y hallandose ya con el poder y autoridad en su arbitrio, buscó luego ocasion ante todas cosas para perder á los hijos de Vitiza, y desahogar en su ruina el antiguo resentimiento, y ojeriza, que conservaba contra su padre, por haberle éste alejado de su Corte.

Pero no hallando ocasion alguna que cohonestase sus atroces miras, sobreseyó por entonces á su intencion, hasta que se la fomentó de nuevo el publicado casamiento de Evanio con Florinda. Porque sabiendo Guntrando quan prendado quedó el Rey Rodrigo de la hermosura de la hija del Conde Don Julian, pensó avivar aquellas amortecidas centellas en el corazon del Rey, con fin, no solo de impedir aquel casamiento, sino tambien con la mira de borrar las tristes idéas y recelos, que infundió en el ánimo de Rodrigo el aparecido cometa, esperando que recavaria con una fuerte pasion, lo que no podia ningun consejo, ni divertimento.

Determinado , pues , á esto luego que vió el tiempo y lugar para ello , despues de un estudiado preambulo con que engrandecia su reconocimiento á los excelsos honores , con que se habia dignado condecorarle el Rey Rodrigo , para cohonestar la confianza con que le hablaba , á fin de acallar sus congojas sobre la aparicion del cometa , se valió de ellas , para introducir el meditado discurso ; haciendole ver primero la supersticion de los pasados siglos sobre las apariciones de los astros , cuya vista extraordinaria , era natural que causase terror , pero cesado el portento , debia tambien cesar la impresion que dexaba en el ánimo , no habiendose servido jamas los cielos de los astros , para anunciar males á los hombres , sino que en fuerza de su giro , que hacian en el cielo , se dexaban ver en la tierra.

Que fué solo opinion mal fundada , que tales apariciones amenacen á los Soberanos , como si solos ellos habian de ser notados de la mira de los astros. Ser mucho mas temibles , que todos los anuncios celestiales , la codicia , y ambicion de los hombres , cuya maldad anhelaba siempre levantarse , si podia , sobre los mismos tronos ; que por lo tanto debia sacudir todo temor , asegurandose , que el cielo habia contribuido á su exáltacion , y recelarse

solo de aquellos, cuya manifiesta ambicion pudiera poner asechanzas á su vida ; porque el que esperó llegar al trono , jamas desesperaba de conseguirlo. Que no podia ignorar que habia fomentado estas lisonjas el hijo mayor del Rey Vitiza , ni los ilustres , y poderosos partidarios que contaba ; y que no reynando ninguno con seguridad entre partidos, le habia dado Vitiza el exemplo, que debia seguir, quando sentado apenas en el trono, hizo quitar la vida á Teodofredo , solo porque tuvo por padre al claro Rey Recesvinto.

Oido apenas esto de Rodrigo , atajó el discurso de Guntrando , diciendole : no , Guntrando , el caso fué muy sensible para mí, siendo deudo mio Teodofredo , pero lo detesté sobrado , y lo detesto todavia , para que pueda yo seguirle , y renovarle en mi antecesor. Mis congojas , y recelos solos , no los deben hacer delinqüentes. Si la crueldad debiera asegurarme en el trono , abominaría de la soberanía. Si teneis algun motivo para sospechar en el hijo de Vitiza algun siniestro intento , decidlo ; pues en tal caso se adjudicará al fuero de la justicia , mas no al de temor ; no les debe condenar mi sospecha , sino la ley ; los Reyes que abusan de su autoridad , degeneran en tiranos.

Queda sorprendido Guntrando , y penetrado de la nobleza de los generosos sentimientos de Rodrigo , que rehusaba prestarse á sus crueles consejos. Mas sintiendo él perder el fruto que se prometia coger su venganza , se atrevió á explicarle , cubriendo sus vengativos intentos con el velo del respeto , y del bien por la Real persona , diciendole : quanto mas haceis , Señor , resplandecer vuestra generosa piedad , y clemencia , tanto mas cerca os veo con dolor del riesgo que mostrais querer despreciar. No hay duda que se deben adjudicar al fuero de la justicia los reos violadores de las leyes , y perturbadores de la quietud , y sosiego de sus iguales , y conciudadanos.

Pero son muy diferentes los derechos de los Soberanos. Hacese reo de lesa magestad, el que da motivo á los Reyes para ser temido. Ni hay derecho, ni fuero superior al de la seguridad de la persona de un Monarca , cuya sobrada clemencia se expone á quedar tal vez victima de las intenciones de la maldad , si no la sacrifica á sus solas sospechas. Ningun delito , es verdad , tengo que imputar á Evanio , ni á Sigiberto ; ¿ pero quién os asegura que no le cometan ? y si quereis fundamento para sospecharlo ¿ no debia bastar el establecido casa-

miento de Evanio con Florinda? No podeis dexar de conocer las fuerzas que va á cobrar su partido con tal alianza y parentesco, el qual, á mas del justo temor que os debe infundir, pone estorbos á la posesion de un objeto, cuya singular hermosura fuera el mas eficaz remedio contra vuestras zozobras y celos.

Qual pastor, que descansando á la apacible sombra de una selva sobre el florido tronco de verdura, que embelesado de la vista, está ageno del rayo, que rasgando de repente el seno de una nube, hiere el tronco á que se halla recostado, dexandole atónitos sus sentidos; tal quedó el Rey Rodrigo, quando Guntrando hirió su imaginacion con aquel discurso, que le renovaba la memoria de Florinda, sorprendiendo con ella las atónitas lisonjas de su concebida pasion, y dexandole en terrible suspension, sin saber que responderle.

Lo echó de ver Guntrando, no ignorando él mismo el seguro estrago que habia de causar en el ánimo del Rey su poderosa sugestion fortalecida de los alicientes y gracias de la doncella; y para asegurar el triunfo de su venganza con su astuta eloqüencia, apenas vió al Rey suspenso, y dudoso, y casi propenso á ceder, luchando con sus encontra-

dos afectos , añade inmediatamente nuevo pá-  
bulo á la llama , realzando los temibles efectos  
de la union de Evanio con Florinda ; el auge  
y poder que cobraba el partido de Vitiza con  
el parentesco del Conde Don Julian , en cu-  
yas venas corria la sangre del Rey Egica , con  
el qual le seria facil revolver el Reyno.

Daba el Rey Rodrigo sosegada atencion  
al discurso proseguido por Guntrando , sin  
mostrarse ya , como poco antes , determina-  
do á seguir sus sugeriones. Su bondad , y cle-  
mencia parecian vacilar , al impulso del amor  
que le sugeria razones para no dexar desaten-  
didas las miras , al parecer prudentes , de Gun-  
trando , representandose las mas como efectos  
de su sagaz consejo , que de la cruel vengan-  
za que no echaba de ver en él. Ni obraba  
con tanta fuerza en su Real ánimo el insi-  
nuado temor , de que los hijos de Vitiza albo-  
rotasen el Reyno , quanto los suscitados zelos  
que le infundia el casamiento de Evanio con  
Florinda , cuya imagen , recibiendo mayores  
quilates en su fantasia , con el toque de los ze-  
los , le inducia á no dexar á Evanio en la pose-  
sion de tan superior hermosura , que pudiera  
conseguir , y disfrutar él mismo.

Luego , su humanidad , y justicia , hacien-  
dole retraer de tal paso , le daban fuerza para

sobreponerse á su despertada pasion , y reprimir sus inmoderados afectos. Pero apenas llegaba su ánimo á probar la calma , que da la virtud por premio del vencimiento , le perturbaba de nuevo el amor , que avivando la ardiente inclinacion á la hermosura de Florinda , le hacia sacudir el freno de la reserva y moderacion , y como potro no enteramente domado , arrastraba á su perdicion el afecto del Rey Rodrigo.

Todo corazon clemente , y bondadoso , aunque padezca alguna quiebra del intruso vicio , no por eso degenera luego en cruel ; y aunque el amor se muestre violento contra todos los obstáculos que cruzan su intento el de Rodrigo no estaba enteramente destituido de las amarras de la clemencia , para que le obligase á cometer una manifiesta crueldad. En vez ; pues , de abandonarse á la violencia , busca expedientes para satisfacer sin ella las instigaciones del amor , y sin nota , ni menoscabo de sus clementes sentimientos.

El aparecido cometa , y los olvidados portentos , dexaron de ser objetos del temor de su ánimo. La dulce imagen de Florinda , como suave y resplandeciente aurora , tuvo fuerza para disipar las tristes , y tenebrosas ideas de su mente , y los funestos recelos , engendrados

del terror. Ella era la brillante estrella, que regia su fantasia agitada entre los medios, y expedientes, que debia escoger, ó que debia evitar, para llegar sin riesgo al termino de su ansiada posesion.

Evanio era sin duda el mas temible, y peligroso escollo para él, como mas dichoso rival, y como sospechoso objeto á la seguridad y sosiego de su persona y reyno. Le era, pues, por lo mismo necesario quitar este primer estorbo que le iba á impedir el logro de belleza tan superior; ni le parecia poderle quitar, si no abrazaba el cruel expediente que le habia sugerido Guntrando quando le insinuó el exemplo de Vitiza, que hizo matar á Teodofredo; ó bien con el destierro solo de Evanio, alejandole del Reyno; pues aunque veia ser esto una injusticia manifiesta, era sin embargo el único, y mas acomodado partido, y que menos desdecia de su clemencia, pudiendo templar el agravio con premios, y con demostraciones generosas, que recompensasen en cierto modo la pena padecida.

Todo lo facilita la ciega pasion, que no cree ser tan sensible el mal que causa, quanto lo prueba aquel que lo padece. De aqui es que Rodrigo no tardó en aprobar esta resolucion, persuadiendose de contado, que el solo aleja-

miento del Reyno , y destierro de Evanio , le facilitaría la posesion de Florinda , y quitaría al mismo tiempo de su Reyno , y de su ánimo , todos los motivos del temor de los bandos , y partidos que pudiesen inquietarle en su reynado , sin ser menester para ello quitar barba-ramente la vida á Evanio , como Guntrando le aconsejaba , y á quien manifestó luego esta tomada resolucion del destierro de Evanio , esperando que él tambien se la aprobase.

Pero Guntrando , aunque debia forzosa-mente aprobarla , á lo menos en apariencia ; y aunque se la aprobó de hecho , fué solo para recavar con mas fino artificio de eloqüentes razones , la muerte de Evanio , y de Sigiberto , que era lo que él solo anhelaba , y lo que mas que nunca se lisongeaba conseguir , despues que habia reducido á tal término el ánimo del Rey Rodrigo. ¡ Qué no consigue la maldad , apoderada del supremo poder , y solapada con el manto del Real interés ! Halla siempre pretextos para justificar su proceder , el que hace servir á su pasion el poder del Soberano. No de otro modo en los templos de Delfos , y de Dodóna , solian hacer juguete de sus antojos los sacerdotes , y convertian en provecho propio la autoridad de los dioses , valiendose de ella para avasallar los ánimos de los que con

reverencia tímida los consultaban.

Apenas mostró aprobar Guntrando la resolución del Rey sobre el destierro de Evanio, le añade : el remedio pues , Señor , el mas eficaz contra los males que se temen , es el que mas presto se pone en execucion. Salgan desterrados de vuestro Reyno los hijos de Vitiza, puesto que asi lo teneis determinado. ¿Mas á qué parte los quereis alejar , que no os sean en ella , y se os declaren enemigos , y enemigos tanto mas terribles , quanto mas ofendidos se reputarán con un expediente que les dexa entero arbitrio para vengar la recibida ofensa? La merecida pena , aunque se trueque en otra mas suave y llevadera , ninguno la tiene en cuenta de favor. No puede haber medio , Señor , entre el justo y firme rigor , y la vacilante clemencia. Quien quiere asegurarse en el trono , es preciso que obre como tirano. Asi solo se conserva la tranquilidad de un reyno que zozobra. Puede llevar visos de cruel mi consejo ; pero quan verdadero es , es otro tanto util y necesario. El poder y la autoridad del Soberano no debe avasallarse á ninguna ley. Su querer es la suprema ley en la tierra.

Pretendia proseguir Guntrando su mal intencionado razonamiento , pero le interrump-

pió el Rey Rodrigo, revistiendo su aspecto de la severidad, que suele tomar la resentida bondad, y desaprobando los crueles consejos de Guntrando, se le mostró resuelto á no querer ensangrentar su justicia en las vidas de los hijos de su antecesor, persistiendo en querer que saliesen solo desterrados del Reyno.

En esto, pues, insiste, lisongeandose que ausentes Evanio y Sigiberto, y lejos de las sugerencias de sus partidarios, no tendrian ocasion ni lugar para mover alborotos en su Reyno; y que la ausencia de Evanio especialmente le dexaria sin contraste en la posesion de Florinda. No echaba de ver el apasionado Rey, ya enteramente olvidado de las amenazas de los cielos, que el amor hacia servir su misma bondad y clemencia, para facilitar mejor su ruina, y la de toda la nacion.

Estaban entretanto muy agenos los infelices amantes del funesto rayo que les amenazaba su adversa suerte, contando los momentos del dia de su himeneo, que el Conde Don Julian queria se solemnizase con toda la pompa y fasto que competia á su ilustre estado y condicion, no menos que al del noble esposo de su hija. Se disponian á este fin los mas preciosos adornos, asi en joyas, como en muebles y en galas, con os-

tentoso aparato para las fiestas y banquetes con que se habia de celebrar su casamiento.

Tan grandiosas disposiciones, dieron motivo á la envidia y venganza de Guntrando para avivar las infundidas sospechas y recelos en el ánimo del Rey Rodrigo, de suerte que llegó á hacer vacilar su clemencia, haciendole ver el peligro de la execucion del orden del destierro, por el resentimiento de sus poderosos parientes y allegados, y por los otros terribles efectos que pudiera tener, aun despues de executado felizmente; ahora se retirasen á las Galias los desterrados, ahora al Africa, hasta donde habian extendido los Arabes sus conquistas, amenazando desde alli la entrada y destruccion del Reyno de los Godos. Le añadió que saldria de un golpe de todos estos justos temores, deshaciendose de ellos, no con aparato de justicia, que tendria muchos mayores inconvenientes, sino por via de asesinos, que le seria facil encontrar, sin que llegase jamas á sospecharse qual era la mano de donde el golpe procedia, tomando para ello sus justas precauciones.

¿Qué corazon, aunque piadoso, pero avasallado de una vehemente pasion amorosa, pudiera resistir á tan poderosas sugerencias? Quisiera resistirse sin embargo, el Rey Rodrigo,

á lo menos hubiera querido ver cumplidos los anhelos de su pasion , sin mostrar aprobar el sugerimiento de Guntrando , á que repugnaba su combatida clemencia , mas sin fuerza ya para desaprobarlo. De suerte , que Guntrando , que sabia lo que podia prometerse en su privanza , y que en un ánimo bondadoso , la duda y la incertidumbre en determinarse á un hecho cruel , se debia tomar por tácita aprobacion , se vale de su confidente franqueza , y se ausenta luego del Rey , sin prevenirle de su intencion , determinado ya á trazar las muertes de Evanio , y Sigiberto , lisongeandose , que Rodrigo las aprobaria despues de executadas , por lo mismo que no le habia desaprobado el consejo.

Pone á este fin los ojos en uno de sus antiguos criados , cuya robustez , y fiero aspecto , le habian grangeado la opinion de igual ánimo y sentimientos ; confiando que los grandiosos ofrecimientos que le haria en recompensa del servicio , y en nombre del Soberano que se lo encargaba , vencerian qualquier reparo que pudiera tener en hacerlo. Le llama , pues , en secreto , le dice : que el Rey , por justos motivos que tenia para ello , queria las cabezas de los hijos de Vitiza ; que para esto , echaba mano de él , prometiendole , si tenia ánimo

para ejecutarlo, darle con la nobleza, riquezas correspondientes á tal grado, y todas las exenciones que desease.

¿Por ventura tiene aplazado el hombre el término de la vida, á pesar de los peligros y accidentes que le cercan, ó le abandona á ellos su destino? Parecia que el apetecible ofrecimiento, y las promesas grandiosas de Guntrando, y el Real nombre de que se servia, habian de corromper el ánimo del generoso Acaredo, pues este era su nombre, que no dexará en el seno del olvido la fama, y habia de recavar de él la execucion de las muertes de los infelices hijos de Vitiza; pero la combinacion de los accidentes, que sirve de resorte á las divinas determinaciones, fue tal, que Acaredo, que parecia el sugeto mas cabal para el intento, era al contrario, el mas humano y honesto, y aficionado al mismo tiempo á los hijos de Vitiza, habiendo servido de criado al menor, Sigiberto, en sus mas tiernos años.

Este, pues, oida la proposicion de Guntrando, aunque horrorizado y sumamente sorprendido, se sintió impelido de sus generosos sentimientos á desecharla; pero en el mismo punto echando de ver su alma advertida, el peligro que corria si rehusaba condescender á los intentos de un malvado, y que no por eso

librería de la muerte á los hijos de Vitiza , pues si él la rehusaba cometer , encontraría otros que condescenderían á sus promesas , se reviste de disimulación , y determina admitir la propuesta , no para satisfacerla , sino para salvar mejor las vidas á Evanio y Sigiberto.

Se ofrece , pues , con resolución á lo que se le proponía , pero con la condición que se le señalasen dos compañeros , de igual ánimo que el suyo , requiriendolo así la dificultad de la empresa. Pero la noche ya entrada impedía el hallazgo de los compañeros que Acaredo pedía , y obligó á diferir la elección al siguiente día , en que esperaba Acaredo avisar á Evanio y Sigiberto de lo que se intentaba contra sus vidas , para que pudiesen ponerse en salvo. Vió desvanecerse sus esperanzas y deseos con la reclusión , á que le condenó el sagaz Guntrando , temiendo que de un modo ú otro , confiase á otros el secreto , hasta que se le diesen los pedidos compañeros.

Era cabalmente el siguiente día el del aniversario de la muerte del Rey Vitiza , cuyas exéquias habían de celebrar los hijos en la tumba de su padre , juntamente con su tío D. Opatas , que como prelado , había de hacer las honras fúnebres en el Real lucilo. Estaba este erigido en un espacioso soterráneo , fabrica-

cado á manera de templo , sostenido de preciosas columnas , y en medio de él , junto al sepulcro , se habia levantado el rico altar , en donde Oppas habia de celebrar. Evanio , y Sigiberto , vestidos de luto , con gran acompañamiento de deudos y de criados , asistian al sacrificio , en que renovaron con llanto la memoria de su difunto padre , agenos del funesto anuncio que les habia de dar.

Porque apenas Oppas acabó de llevar el incienso encendido entorno de la tumba , y entregó el turibulo al mayor Evanio , para que hiciese por sí aquella piadosa ofrenda al alma de su padre , comenzó á temblar el soterráneo , y entreabriendose luego la losa , que cubria al sepulcro , salió una voz , que decia en flebil accento : huid , hijos , huid de esta tierra , en que se os amenaza la muerte : vuestra salvacion depende de la pronta fuga. El raynado de vuestro padre os ha sido funesto.

Dicho esto , se cierra de por sí la losa , cuyo ruido agravó el espanto y terror de todos los presentes , especialmente de Oppas , que impelido del miedo iba á huir del altar con las vestiduras sagradas , mas contenido del horror del mismo portento , quedó con los brazos extendidos , mirando de traves la losa , y en postura de quien estando para huir , se detie-

ne para ver lo que le obliga á tomar la fuga. Evanio trastornado, parecia haberse convertido en piedra, con el turibulo en las manos; y Sigiberto, que habia echado á huir con algunos de sus criados, se contuvo apartado del sepulcro, para oir lo que su padre le predecia. Pero apenas acabó de proferir el triste anuncio, sucedió al espanto no enteramente sosegado, la confusion por el anunciado peligro.

Aturdido, y temeroso, Oppas, se da prisa en desnudarse de las vestiduras pontificales, y sacando á sus sobrinos, trastornados del miedo, del soterráneo, seguido de la numerosa comitiva de sus dependientes, se encamina á su casa. Confiere alli inmediatamente con Evanio, y Sigiberto el anuncio de su padre, é interpretadas sus palabras, les aconseja á tomar sobre la marcha la fuga, pues lo que su padre les queria dar á entender, con lo que profirió de que les era funesto su reynado, no era otro, sino que el golpe les venia de aquel, que le habia sucedido en el trono, y que por lo mismo les era inevitable.

Aseguraba mas á Oppas en esta opinion, el saber el mal ánimo, que fomentaba Guntrando contra Vitiza, y despues de muerto él, contra sus hijos, y familia; y que hallandose ahora con el poder en las manos, no lo dexa-

ria de executar , induciendo á ello tarde , ó temprano , al Rey Rodrigo , que se dexaba gobernar por sus consejos. Estas acertadas sospechas tuvieron fuerza en sus sobrinos , de los quales el menor , Sigiberto , de genio fiero y resolute , resolvió de contado seguir el órden de su padre , y el consejo de su tio Oppas , sobre la fuga , tomandola , indignado contra Rodrigo , y contra Guntrando , y jurando vengarse de ellos.

A este fin , sin esperar la resolucion de su hermano Evanio , habiendo determinado huir los dos por diversos caminos , para no dar sospechas de su fuga , tomó aquella misma noche el camino del Africa , queriendo acogerse allí de los Arabes victoriosos , seguro de hallar entre ellos acogida y amparo distinguido , atendida la correspondencia que pasó entre el Califá Ulit , y su padre , y los mutuos regalos que se hicieron. Mas Evanio , á quien mas que el anuncio de su padre , le estaba en el alma la bella Florinda , y que sentia haberse de ausentar para siempre de ella , sin darle aviso de sus funestas circunstancias , como Oppas le aconsejaba , para que por ninguna via se pudiese sospechar su fuga , no podia determinarse á ella , especialmente en visperas de su tan suspirado casamiento , tantas veces interrumpido.

Mas instando Oppas con severo afecto , para que huyese sin dilacion , hubo de condescender á sus imperiosas importunaciones , y montar á caballo , acompañado de Eudas , su fiel criado , y que ignoraba el término de la fuga de Evanio , que era el mismo que seguia su hermano Sigiberto por diferente camino. Regaba con sus lágrimas el amante Evanio, el que tomaba con Eudas , pensando en su funesta desventura , y en la pérdida de su amada Florinda. A la qual no pudiendo inducirse su corazon , resolvió , lejos de la presencia de Oppas , quedar escondido entre las selvas de su patria , como el amor le aconsejaba , lisongeandole que si la suerte derribaba del trono á su perseguidor , podria volver á poseer el adorado objeto de que le privaba.

¿Qué es lo que no espera un amante ?  
¿Y qué no obliga á tolerar el amor ? Fortalecido el corazon de Evanio de esta esperanza , aunque tan remota , sentia menos la afliccion , y los afanes que le causaba la privacion de sus riquezas , honores y comodidades , especialmente de su amada Florinda , resuelto á vivir por ella escondido entre las selvas , y ansiando que el alba disipase las tinieblas de la noche , para encontrar á la luz del dia algun parage escondido , donde poner por obra su

determinacion, la que confió con lágrimas á Eudas, para que se la facilitase. Este, deseoso de satisfacer los intentos de Evanio, luego que se lo propórcionó la amanecida aurora, le sugiere tomar una senda que se les presentaba, y encaminan por ella sus caballos fatigados, yendo á parar á un remoto valle, por medio del qual corria un claro arroyo, entre los muchos árboles que fertilizaba.

Descubre Evanio entre ellos á un viejo labrador que trabajaba la tierra, y á quien preguntó para disimular mas su fuga, si habian errado el camino de Toledo, hácia donde iban. Respondióle cortesmente el labrador: que habian errado el camino, pero que lo encontrarían tomando la senda de la derecha, y les ofreció entretanto su pobre habitacion, si querian descansar, imaginandose que hubiesen caminado toda la noche. Evanio, á quien le parecia ser a proposito aquel valle retirado para su intento, acepta inmediatamente el ofrecimiento del viejo labrador, que se le mostraba tan officioso, y le sigue con Eudas, hasta su vecina habitacion, en que recibieron nuevas demostraciones de respetuoso afecto de la muger del labrador, que era la sola compañia que él tenia en aquel páramo.

Muestra Evanio quedar sumamente pren-

dado de la amenidad de aquel sitio, de las atenciones de sus huéspedes, envidiando el sosiego y la tranquilidad de su dichoso estado, aunque parecia estar allí olvidado de los demás hombres, y ceñido al cultivo de aquel valle desconocido. Y pareciendo á Evanio, que pudiera ser igualmente feliz, y vivir como aquel labrador, sustentandose con el trabajo de sus brazos, se siente impelido á ir á descubrir por aquellas cercanías otro valle semejante, y lo executa, diciendo á Eudas y á sus huéspedes, que luego volveria.

Pasado apenas el otero, que cerraba el valle que cultivaba aquel labrador, descubre un extendido erial, que en alguna distancia remataba en un espeso bosque, el qual se veia despuntar entre unos peñascos, que parecian servirle de recinto. Alhagada su curiosidad de aquella vista, resuelve llegarse á aquel bosque, y atraviesa el erial, venciendo con fatiga sus espesos matorrales. Asi llegó á las peñas que encerraban al bosque, que desde lejos descubria, sin ver senda por donde pudiese entrar en él. Desistiendo entonces de su curioso empeño, cansado como estaba del largo camino, y de los intrincados matorrales que debió atravesar, iba á sentarse al pie de una de aquellas rocas, para poder volver quanto an-

tes á la habitacion del labrador , temiendo hacer esperar á Eudas.

Apenas sentado , hiere á su oido el rustico son de una zampona , que parecia tañesen dentro de aquel bosque ; y que le induce , no solamente á abandonar la resolucion de la vuelta , sino tambien empeña sus deseos de ver al pastor que suponía tañese aquel rustico instrumento , y le diese razon de aquel sitio. A este fin se levanta , y dando vuelta á las rocas , fué á dar en la senda , que era la sola por donde se entraba en aquella encerrada selva ; donde apenas entrado , descubre al pobre zagal que tañia , sentado sobre la grama , rodeandole en torno , el rebaño que en ella se apacentaba , cubiertos de la sombra de aquel delicioso bosque.

Enamorado Evanio de aquella vista , que le daban en conjunto el sitio , el ganado , y el pastor , hubiera decontado abrazado aquella condicion de vida , sino le contuviera el temor de dar indicios de su persona , con el rico traje que llevaba , y de dexar á Eudas , sin haberle prevenido antes , ni haberse despedido de él , ni haberle encargado lo que deseaba. Para remediar estos inconvenientes , piensa tomar antes noticia del pastor , sobre aquel sitio , y si era conforme á lo que esperaba , para volver á despedirse de Eudas , y darle parte del sitio

en que le podría encontrar , vuelto de Toledo , é informarle de su amada Florinda ; pues por ella sola iba á esconderse entre aquellos bosques , y llevar una vida rustica , para poseerla con el tiempo.

Porque ¿quién, á sí mismo se decia , me podrá conocer en tal estado , ó bien querra creer que el hijo del Rey Vitiza haya trocado sus honores , y riquezas por el cayado , y el rebaño en estas dehesas? Determinado á esto, se llega al pastor , y le pregunta , ¿si habitaba en aquella selva , y si era suyo aquel crecido rebaño? Le dice el pastor , que la selva y el rebaño pertenecian á un rico labrador á quien él servia de zagal , y que vivia no lejos de aquel bosque. Con este motivo trava conversacion Evanio con él , se informa de la vida que llevaba , y de aquellas cercanias. De su relacion asegurado Evanio , que no podia escoger mejor sitio para su intento , se despide del pastor , agradeciendole sus atenciones , y sale de la selva para volver á verse con Eudas , creyendo tomar el mismo camino , por donde habia llegado al bosque , que descubrió desde el otero.

Pero en vez de tomar por norte el mismo collado en donde habia quedado Eudas , se encaminó á otro , á él inmediato , donde , quanto

mas se empeñaba en salir de su error , tanto mas se alejaba del término deseado. Crecia su afan al paso que el sol iba declinando hácia el occidente , temiendo que la noche le sobrecogiese en aquel desierto sin tener algun abrigo, hallandose aquejado de la hambre , y del cansancio , y especialmente de la congoja de no poder ver la casa que deseaba , y en que estaba Eudas , y su huesped , no menos solícitos , y afanados por él , viendo que no comparecia , y habiendo ya pasado el sol la mitad de su carrera.

El cuidadoso Eudas salió entonces para ver si le descubria , dandole voces por aquel páramo , sin poder encontrar , ni ver alguno que pudiese darle de él ningun indicio. La noche , que ya llegaba , le obligó á retirarse á la casa del labrador , cansado de correr aquella vasta soledad , y esperando que hubiese podido volver Evanio en el tiempo que él se habia ausentado en su busca. Viendo burladas sus lisonjas , no dudó que hubiese puesto en práctica el intento , que le habia confiado la noche antes , de vivir escondido entre las selvas para eludir las pesquisas del Rey Rodrigo.

Entretanto Evanio , desesperando de dar en la casa del labrador , se vió precisado á recobrar entre los espesos madroñales de un

valle , en que la noche le sorprendió , y pasarla alli con lágrimas y gemidos , que le arrancaba la primera y ruda prueba , á que le exponia su adversa suerte , despues de haberle quitado , con todas sus comodidades , y riquezas , el mayor bien que estaba cerca de poseer en la bella Florinda , solo objeto de sus tristes pensamientos y llanto , en aquella larga noche , en que se le hacia tanto mas sensible su pérdida , sin haberse podido despedir de ella , ni darle parte de su tomada resolucion , para poderla merecer con el tiempo.

El deseo de hacer este encargo á Eudas , era tambien lo que mas le afanaba ; y asi luego que comenzaron á rayar en el horizonte los primeros albores del dia , dexó el valle en que habia pasado la noche , para volver con mayor afan al empeño de encontrar la habitacion , en que habia dexado á Eudas , para hacerle el deseado encargo. Pero Eudas , luego que vió amanecido el dia , sin ver comparecer á Evanio , se confirmó mas en la persuasion , de que habria querido esconderse á su fidelidad , en la resolucion hecha de vivir desconocido entre los montes ; y creyendo que seria vano esperarle , determinó volverse á Toledo , y disimular con su pronta vuelta el oficio prestado á Evanio , y dar aviso de ello á Oppas.

Así, después que Evanio, reconocido su error, volvió á la casa deseada, viendo que Eudas le habia desamparado, y vueltose á Toledo sin esperarle, se abandonó de nuevo al llanto, y al dolor que le causaba su partida, empeñando con él los ánimos de sus buenos huéspedes en consolarle. Reconocido Evanio á sus atenciones, no duda en descubrirseles, contandoles quien era, el motivo de su fuga, y la determinacion de quedar en aquellos valles. Conmovido y admirado el viejo labrador de ver en su casa al hijo de su Rey Vitiza, reducido á tal desventura, le ofrece su infeliz habitacion por asilo, y le promete guardar el secreto de lo que le acababa de confiar, hasta que el tiempo resarciese la adversidad de su fortuna.

Enamorado Evanio de tal cordialidad, resuelve aceptar su ofrecimiento, y quedar allí con él, soportando su adversa suerte. Para esto, y para no dar de sí ningun indicio, se despojó de sus ricos vestidos, y adornos, y se cubrió del humilde sayo de la condicion que abrazaba con fortaleza, ofreciendose á quedar allí con ellos, y con el encargo de llevar á pacer un hato de ovejas, que el labrador tenia, como empleo que era mas conforme á su genio, y que no requeria ejercicio, y prácti-

ca para exercitarle , como la labranza.

Asi pasaba el hijo del Rey Vitiza su vida , amoldando poco á poco su ánimo á aquel estado rústico , lisongeandose siempre , que presto , ó tarde , compadecida la suerte de sus trabajos , le restituiria sus perdidos honores y riquezas , con la posesion de su amada Florinda , por la qual dia y noche suspiraba , ageno de llegarla á ver en aquellos mismos páramos , conducida del amor , que se la habia destinado por esposa , despues que hizo servir de medio su hermosura para apresurar la ruina del Imperio Godo , induciendo al Rey Rodrigo á violarla contra su voluntad , lo que dió motivo al Conde Don Julian , su padre , para implorar las fuerzas del Califa , á fin de vengar el agravio del deshonor cometido en su hija.

## LIBRO SEGUNDO.

**D**ivulgada entretanto en Toledo la fuga de los hijos de Vitiza , y sabida por Guntrando , en el mismo dia , en que habia maquinado quitarles la vida , llegó á recelar , que Acaredo , aunque guardado á vista , hubiese revelado la comision que le confió ; pues aunque se habia tambien divulgado el prodigio de la tumba , y la voz salida , y oida de todos los presentes , con que exhortaba el padre á los hijos á evitar la amenazada muerte con la huida , lo creyó Guntrando pretexto especioso para encubrir el aviso que les pudo haber dado el guardado Acaredo por las mismas guardas de vista. O si no la habia descubierto , á fin de asegurarse enteramente , que no la revelase con el tiempo , se valió del arbitrio de los tiranos , que fué hacer degollar secretamente á Acaredo , y á las guardas , sin que llegase á saberlo el Rey Rodrigo.

Asi murió desgraciadamente el infeliz Acaredo , digno de mejor suerte por su cariñosa fidelidad , acreedora de la eterna memoria , mientras será detestada la de su matador Gun-

trando , que sintió ver malogrado su intento en la fuga de Evanio y Sigiberto , temiendo que acogindose de los Arabes , les incitasen á la conquista de la España. Se alegró al contrario sobremanera el Rey Rodrigo , pues su espontánea fuga quitaba á la inclinacion de su ánimo clemente la pena de abrazar el partido cruel que Guntrando le sugeria. Y exênto su corazon de este afan que le angustiaba , le parecia quedar sin ningun estorbo que le impidiera la posesion de la hermosa Florinda , que dia y noche ocupaba su mente , pensando los medios mas oportunos y seguros para conseguirla.

Esto le pareció facil á primer vista , lisongeado de que su misma grandeza y poder le allanarian todos los caminos , y quitarian todos los inconvenientes que pudiera encontrar en su logro. Pero luego que comenzó á tentar el vado , se le presentaron tantos reparos , y obstáculos á sus deseos , que acobardado de ellos , hubiera renunciado á su empeño , si hubiese sido otra la pasion que lo impelia , que la que le habia encendido el amor. Pero á pesar de las violentas instigaciones del mismo , se le hacia casi imposible el poder vencer la honradez del ilustre padre de la doncella , y mucho mas

el corromper con oro , y con honores , la inflexible entereza de la misma.

A mas de esto , aunque valiendose de su autoridad y riqueza , quisiese tentar el ánimo del padre por via de tercero , habia primero de aplacar su resentimiento sobre la fuga del prometido esposo de su hija , con que quedaba disuelto su ya establecido casamiento , y desimpresionar su ánimo del recelo que pudiera tener de que él habia sido la causa de ello; pues por mas que se quieran ocultar las determinaciones de las Cortes , los efectos mismos que causan , las desmienten y convencen. ¿Pues qué si se hubiera apoderado el amor del ánimo de la doncella , como se habia apoderado de hecho , haciendo inclinar su afecto y su genio á su prometido esposo Evanio?

Estos temores y recelos , que fomentaba el amor para irritar mas su pasion , llevaban su ánimo , como á una nave los contrarios vientos , ni acertaba el acongojado Rey Rodrigo , puesto en igual tormenta , ver luz alguna , ni ningun asomo de esperanza que pudiese asegurarle del deseado fin. Y aunque luego , exasperado de esto mismo , queria atropellar con todo , y hacer que cediera todo á su suprema voluntad , al tiempo que lo iba á executar , le retraia la misma dificultad , luego per-

plexo , y dudoso desechaba los expedientes que acababa de aprobar ; y determinado á tentar otro camino , volvía atrás , sin concierto , ni razon en lo que queria. De modo , que desconfiando al cabo de sí mismo , y de sus consejos , sin esfuerzo para sufocar su pasion , se vió precisado de recurrir á Guntrando.

Le descubre , pues , de nuevo sus congojas , causadas de las dificultades que encontraba para salir con el intento de la posesion de la hermosa Florinda , sin haber de recurrir á la violencia , término que aborrecia , y que estaba determinado á desechar , aunque debiera sacrificar sus deseos.

No hay empleo , por despreciable y aborrecible que sea su ejercicio , que no le ennoblezca el deseo soberano ; ni faltará jamas quien se gloríe de exercitarle. Satisfecho Guntrando de la nueva confianza que hacia de él el Rey con aquel encargo , con que iba á zanjar mucho mas su valimiento , no tardó en allanar todas las sendas , y quitar de ellas todos los obstáculos , sugiriendole alejar del Reyno al padre de la doncella , con pretexto lisongero á su ambicion , qual era el confiarle la defensa de las fronteras del Africa , empleo que acababa de vacar con la muerte del Conde Rechila , que lo obtenia.

Que este mismo honor que le haria al Conde Don Julian , lo podria engrandecer con otro , que le facilitaria mas el logro de sus intentos , ofreciendose á tener en la Corte , confiada al cuidado de la Reyna Egila , su hija Florinda , lo que si conseguia del padre , como se lisongeaba que lo conseguiria , todo lo demas se seguiria de por sí , sin violencia alguna, andando de por medio el amor , y el poder soberano , á cuyos alicientes no podria resistir largo tiempo la doncella , mucho menos si llegaba á descubrirsele amante apasionado.

Ningun sugerimiento, por dañoso que sea, alhaga mas al ánimo que le recibe, que el que satisface á las ansias de la pasion. De este caracter eran los ingeniosos y políticos expedientes que dió Guntrando á Rodrigo , los cuales obraron de tal modo en su ánimo , que impedido del contento , y de la satisfaccion que le causaban , la desahogó con demostraciones que manifestaban el afecto y aprecio que Guntrando le merecia , y á los cuales puso el colmo con nuevas mercedes y honores con que quiso condecorarle. Y sin esperar mas , entregó todas las velas al lisongero viento por la allanada mar , buscando solo ocasion oportuna para poner por obra el consejo ; sin echar de ver que la suerte le facilitaba en su enojo el camino mis-

mo por donde iba á precipitarse en su ruina.

Quedaba sin embargo por vencer el resentimiento del Conde Don Julian , agraviado del Rey por suponerle autor de la fuga de Evanio y Sigiberto , y del disuelto casamiento con su hija ; mas Guntrando halló remedio , aconsejando al Rey á que fuese en persona á verse con el mismo Conde , con lo qual , no solamente desimpresionaria su resentimiento , sino que tambien ganaria mas su voluntad para hacerla servir á su intento. Y como no hay obsequio alguno que parezca sobrado al amor , asi el Rey no dudó de seguir el consejo de Guntrando , yendo á verle en persona á su propia casa , con lucido acompañamiento y cortejo , para hacer mas solemne aquella honra ; sin poder atinar ninguno en el fin de aquella salida extraordinaria del Soberano , hasta que le vieron desmontar de su ardiente caballo á la puerta de la magnífica casa del Conde.

Ageno éste de un honor tan grande , quanto menos esperado , recibe con agasajo y respetuosas atenciones al Rey Rodrigo , disimulando su resentimiento , aunque ablandado ya en parte con aquella honra que el Rey le hacia , y especialmente con el discurso , que estando á solas los dos , le comenzó á hacer , diciendole asi : dexareis tal vez , Conde , de extra-

ñar mi venida , y el fin de ella , luego que os descubra el motivo , con el qual está en cierto modo enlazada la gloria de mi Reyno , y tambien mia , y á la qual se hace acreedor el concepto que os han grangeado en el Reyno vuestra fidelidad y vuestro esfuerzo.

No podeis ignorar , quan temibles se hayan hecho , y se hagan mas de cada dia á la España las fuerzas de los Arabes , y el nombre del Miramamolín , que aspira á la conquista de las provincias Tingitanas , que ponian término á las conquistas hechas por él en la Libia. Para impedir , pues , sus intentos , exíge de mí la prudencia , que busque persona de prendas , caracter , y esfuerzo necesario , entre los principales señores de mi Reyno , para darle aquel encargo que confié al Conde Rechila. Mas entre quantos se me han propuesto para ello , no veo ninguno en quien concurren mas cabales circunstancias que en vos. Espero por consiguiente , que no hareis salir vano mi concepto , ni las esperanzas que pongo en vos , rehusando un encargo , que os vengo á ofrecer en persona.

Debo al mismo tiempo preveniros , que si os retraxera de aceptarle el cuidado de la crianza de vuestra hija Florinda , en una tierra expuesta á las armas de los Arabes , que-

dará de buena gana encargada la Reyna de su educacion , y Florinda tendrá en ella otra madre que suplirá á los cuidados y tiernos esmeros de aquella que quiso el cielo para sí , y le proporcionará un ilustre casamiento , y no inferior al que oigo decir acaba de perder , con la voluntaria ausencia del Reyno, del hijo de Vitiza , achacandoseme á mí la causa de ella tan injustamente , por no sé qué anuncio que han divulgado los interesados , tal vez , en ello, haber salido del sepulcro del mismo Vitiza , para hacer odioso mi reynado.

Quedó atónito , y sorprendido el Conde Don Julian en el asiento que quiso el Rey tomase en su presencia , sin acabar de creer lo que oia , viendo á un mismo tiempo empeñados su honor , su fidelidad , su zelo y esfuerzo, con aquella dignacion del Monarca , quando creia que éste le mirase con desagrado por el establecido casamiento de Evanio con su hija , como se habia esparcido , y de cuya fuga se mostraba maravillado él mismo , dandole al mismo tiempo satisfaccion tan cumplida ; con lo qual acabando de sufocar su concebido resentimiento , le respondió de esta manera.

Señor , la dignacion con que quisisteis honrar mi casa , y mi persona , es tan estimable , que obligaría á qualquier vasallo vuestro

á sacrificar su vida y bienes para manifestaros el reconocimiento y aprecio que se merece; ¿quánto mas lo debe ser á mí, especialmente no exigiendo por tal honra ningun sacrificio, antes bien ofreciendome un cargo ilustre y apetecible á vuestros mas allegados confidentes? Y puesto que entre tantos y tan dignos vasallos vuestros, tuvisteis por bien el distinguir con tal ofrecimiento al que es tal vez el menos digno, vuestra misma beneficencia y favor seran poderosos para que no lleguen jamas á degenerar el concepto y esfuerzo, que os deben mi honradez y mi fidelidad. Por lo que toca tambien á mi hija Florinda, debo creer, que no echará menos la eterna y sensible ausencia de su difunta madre, en la bondad que la Reyna se digna de manifestarla, y á cuyos cuidados desde ahora la ofrezco, lisongead, que Florinda no desmerecerá su afecto; ni se hará indigna del sublime honor, con que os dignais poner el colmo á vuestro Real afecto y patrocinio.

Tan regalada al arido y abrasado suelo en el estío, no llega á ser la blanda lluvia que cae con suave susurro sobre la sedienta yerba; ni tan apetecible es al herido ciervo la corriente que corre bulliciosa entre peñas, y se arroja por ellas para confortar á su aquejado pecho,

quanto al Rey Rodrigo el discurso del Conde Don Julian, con el qual dispó enteramente de su pecho los dudosos afanes que tenian en sobresalto su corazon apasionado.

Impelido del vivo gozo , confirma con sus brazos el aprecio que le merecia la condescendencia fatal del engañado padre de Florinda á su solapada pasion y siniestros intentos ; pero la ciega pasion ; en qué repara , ni qué respe- ta? A los dados abrazos , añade Rodrigo hono- res y promesas , con las quales cebada la am- bicion del Conde, quiere manifestar al Rey su reconocimiento con la prueba mayor , y mas acepta al mismo , aunque otro tanto incauta , y funesta para entrambos , queriendo presentar- le su misma hija Florinda , para que ésta obse- quiase y agradeciese tambien al Rey los hono- res que les hacia.

Luego que oyó el Rey Rodrigo el nom- bre de la hermosa doncella , y la obsequiosa in- tencion del padre , apenas pudo tener en freno y disimular el transporte del contento que le causaba , y que le hacia palpitar en su pecho las ansias de recibir tan anhelado obsequio ; é impaciente por verle quanto antes efectuado , se ofrece él mismo á prevenir en persona la atencion del Conde , yendo al encuentro de Florinda en qualquiera parte que se encontra-

se , sin querer permitir que la hiciese llamar el padre , el qual cediendo á la resuelta voluntad del Soberano , se vió precisado á acompañarle al lugar donde se hallaba entonces la doncella.

Agena Florinda de que el Monarca honrase la casa de su padre , y mucho mas agena de las intenciones siniestras que celaba , baxo aquella honra aparente , se estaba solazando á la amena sombra del jardin , que ennoblecia á su casa , en compañía de otras nobles doncellas , semejante á la inocente Proserpina , quando acompañada de sus amadas ninfas , se recreaba por los vergeles del Etna , agena de las asechanzas que le ponía para robarla y poseerla el poderoso Rey del Aqueronte.

De igual edad , y de hermosura tal vez superior á la de la hija de la Diosa Ceres , era entonces Florinda , y no menos inocente y puro su ánimo amable , aunque hubiese ya dado cabida en su casto pecho á los primeros amores que le mereció el afecto y declaracion de su prometido esposo Evanio , sin que ninguna idea impura hubiese llegado á empañar el candor de su mente , ni movido el velo de su inocencia , teniendola defendida el altivo y fiero honor que le dió en guarda la virtud , y que tenia cimentado en el pecho de la doncella su indomable é invencible señorío.

Orgullosa y ufana la naturaleza , viendo en ella el conjunto de todas sus perfecciones , incitaba á la fama para que divulgase sus alabanzas , y especialmente las de su cuerpo y gracias , que realzaban tanto á su hermosura , con que le grangeó el mas apetecible casamiento y mas ilustre , destinandola al hijo del Rey Vitiza , que habia de coronar su belleza con los honores próximos al supremo señorío , que obtenia entonces el padre de Evanio. Mas su pronta muerte , y la de Endigilda , madre de la doncella , hicieron diferir tanto su casamiento , que pudo estorbarle la contraria suerte , obligando á Evanio á tomar la fuga , y haciendole trocar sus honores , comodidades y riquezas en la vida rustica y miserable que llevaba , desconocido á todos entre las selvas , en que alimentaba su ganado.

No pudo ignorar Florinda la fuga de su Esposo , viendose precisado el padre á comunicarsela , por estar ya inmediato el destinado dia de su casamiento , quando se hubo de ausentar Evanio ; pero para que no le fuese tan sensible la desgracia , le encubrió el verdadero motivo de su ausencia , diciendole otro diverso que pudiese alimentar las esperanzas de su pronta vuelta. Y para no darla tiempo ni lugar á que las sospechas fomentasen en ella alguna tris-

teza , procuraba dárla inocentes solaces y divertimientos , semejantes á los que disfrutaba entonces con sus nobles compañeras , quando llegó á su casa el Rey Rodrigo , entreteniendo-se en coger flores y yerbas olorosas , y entretexiendo con ellas , guirnaldas y ramilletes , con que adornaban sus sienes , y sus castos senos ; ora en otros juegos propios de su sexô y edad , con que daban envidia á los céfiros , que con su aliento suave templaban el ardor contraído de las mismas en sus recreos.

En ellos sorprendió á Florinda la no esperada vista del Soberano , que la tuvo confusa y encogida ; pero su padre , previniendo su encogimiento , la dixo : Florinda , agradeced al Rey la suma dignacion con que quiso honrarnos , y colmarnos de favores. La inocente Florinda , tímida , y sonroseada , obedeciendo á la voz de su padre , iba á inclinarse para acatar al Soberano , doblándole la rodilla , al tiempo que él , rehusando el respetuoso ademan de la doncella , le impidió la accion , asiéndole de la mano , y diciéndola : á vos , bella Florinda , es debido este tributo de rendimiento y obsequio. Las deidades como vos , deben exígrle , mas no prestarle , alzaos ; espero que apreciareis la atencion y cuidado que quiere tomar de vos la Reyna en la ausencia de vuestro padre.

Dicho esto , casi fuera de sí el Rey Rodrigo con el tacto de la mano de aquella superior hermosura , la volvió á poner en la postura natural de sus gracias hechiceras , ardiendo en llamas su amante corazon , en el qual revolvaba la suma complacencia y satisfaccion de que le inundó entonces el amor , que esperaba con ansia este combinado instante , para poder triunfar enteramente del ánimo de Rodrigo , y de que dió luego señal , haciendo resonar en el ayre su maligna risa , y arrojando de su diestra la tea ardiente que llevaba en ella , para empuñar el arco , armandole de la flecha fatal , cuya punta embota el afecto , con el plomo que lleva en ella , y la dispara contra Florinda , á fin de que no pudiera corresponder de ningun modo á la furiosa pasion del Rey Rodrigo.

No sintió ella el golpe de la herida , porque es insensible ; pero concibió en aquel mismo punto suma aversion al Rey , mientras éste ardiendo al contrario en viva llama , parte de la presencia de Florinda , lisongeadó en su interior de haber rendido su afecto á su poder y grandeza , teniendo ya por segura la victoria de su entereza , como el amor se lo prometia. Desde entonces ya no pensaba sino en combinar ocasiones y trazas para hacer mas seguro el triunfo

de su pasión, y en ello día y noche ocupaba sus deseos y pensamientos.

Allanaba por su parte Guntrando todas las asperas sendas que se presentaban á las miras del Rey, y quitaba todos los obstáculos que ocurrían, cediendo todo á las miras de su sagaz mente, digna á la verdad de sostener el peso del gobierno del Reyno, que Rodrigo le confió enteramente, si á su vasto y político talento correspondiera la honradez de los sentimientos; los quales, avasallados de su codicia y de su ambición, servían á la fatal pasión del Soberano, sin perder por eso de mira ningun accidente que pudiera alterar el orden del gobierno, ó ser dañoso al Reyno, y por consiguiente al honor que disfrutaba en el sublime empleo que obtenia.

Y aunque al principio pareció olvidar los huidos hijos de Vitiza, y quedar contenta su venganza con la ausencia de entrambos del Reyno; pero luego echando de ver que podia ser funesta á la Monarquía la distinguida acogida que dió el Califa á Sigiberto, pues se ignoraba el paradero de Evanio, y haberle destinado empleo honroso en el ejército de su General Tarif, pensó luego sacrificarle á su venganza, comprando á precio de oro su cabeza. Ni dudó que el Rey Rodrigo aprobase

su consejo y determinacion , haciendole ver el daño que se le podia seguir á su Reyno , y á su corona , si dexaba pacíficamente entre los Arabes á Sigiberto.

Pero Rodrigo , cegado ya por el amor y por su adversa suerte , que iba minando secretamente la ruina de la Monarquia y de la nacion Goda , se opuso al consejo de Guntrando , diciendo : que no queria envilecer su clemencia poniendo precio á las cabezas de aquellos , que huidos de su Reyno , y lejos de él no podian causar en él turbulencias , y mucho menos inquietar su pasion , que era lo que importaba ya mas que su Reyno y su corona , pues la cediera de buena gana á trueque de poseer á Florinda ; á tal grado encendió su corazon por ella el amor , que asegurado ya de su empresa , iba disponiendo todos los accidentes que pudiesen facilitarla.

Para ello era necesario apresurar la partida del Conde Don Julian , para que Florinda pasase quanto antes al palacio , y asegurar asi su violacion en la ausencia del padre , lo que consiguió avivando los deseos de su ambicion , haciendole esmerar en el adorno y rico atavio con que convenia se presentase á la Corte su hija , y ostentase en ella las preciosas joyas y riqueza de que su casa abundaba. Mas

la hermosa Florinda , afligida y triste por la partida y ausencia de su amado padre , no podia encontrar ningun consuelo en los honores y fortuna , que el mismo padre la ponía á la vista , para hacerselos aceptar de buena gana , y aliviar en cierto modo con ellos la afliccion por su partida.

Hubo de ceder , aunque de mala gana , á la forzosa necesidad de obedecer á la declarada voluntad de su padre , prestandose con llanto á los esmeros de sus esclavas , que apuraban su afanada industria en rizar con peynes de oro su hermosa y larga cabellera , repartiendola en trenzas con hechicero artificio , y adornandola con ricas preséas , que formaban brillante corona á sus sienes. Ahora otras esclavas se afanaban en ajustar á su talle sutil el trage peregrino con que habia de comparecer , y que remedaba al que llevar solian las Reynas bárbaras del Oriente , caracterizandole el velo delicado , que prendido de la rica mitra que se levantaba sobre su cabeza , se desprendia asido de ella por la gentil y graciosa espalda de Florinda.

Emprisionan otras esclavas , en texidas sedas , bordadas de diamantes , el donayre de su pie , con que acrecientan sus alicientes , reservando las gracias y los amores , el celar con mas preciosos adornos la hermosura de su terso y

y casto pecho , mas de modo que guardando el decoro de la inocente modestia de la doncella , dexase presa á la curiosidad de los ojos que habian de concebir á tal vista nuevo furor que le arrastrase é impeliese á su ruina ; tan agena de quererla causar Florinda , que pudiendo complacerse del atavio de su hermosura , no cesaba de gemir en su tristeza por aquel mismo vano adorno que le iba á privar de la vista de su padre.

Antes bien , quanto mas se acercaba el momento de presentarse á la Corte , tanta mayor aversion sentia , la que no pudo dexar ella de manifestar á su padre en el momento mismo que él se presentó para conducirla y dexarla encomendada á la Reyna : ni su declaracion quedó exênta de llanto y de gemidos, con que acompañaba los ardientes ruegos que hacia á su padre para que la llevase consigo , antes que dexarla en la Corte , como si su mente affigida presintiera en su repugnancia el fatal lance y la desgracia que le amagaba su adverso destino.

Mas el Conde Don Julian , su padre , ansioso de que ostentase en la Corte su hermosura , tan ricamente ataviada , reputando encogimiento inocente aquella repugnancia que Florinda le manifestaba , creyó vencerla , dicién-

dole así : hija , si hubiera yo podido preveer el sentimiento y repugnancia que ahora me manifiestas á los favores con que se han dignado condecorarnos los Soberanos , me hubiera negado á ellos con tiempo , dexando de aceptarlos , y rehusando admitirlos. Mas despues que tengo ya empeñada con ellos mi palabra , y aceptados sus honrosos ofrecimientos , no es posible rehusarlos sin menoscabo de mi decoro.

Toca á vos , amada hija mia , el haceros cargo de esta obligacion que me impuso el deseo de vuestro mayor bien y gloria , á que creo os costará poco sacrificar vuestro sentimiento y repugnancia ; sacrificandoles yo tambien por mi parte el consuelo y suma complacencia que tendria de llevaros conmigo al Africa para que podais disfrutar los esmeros y atenciones de la Reyna : honor , que puede recompensar á mi parecer , qualquiera afficcion que podais sentir por mi ausencia , mucho mas no debiendo ser ésta eterna , y proporcionandome la misma , solicitar vuestro casamiento con Evanio , que llevado de un indiscreto temor del Rey , pasó allá , donde se encuentra ahora , como me lo acaba de participar.

Creyó el Conde con esta excusa sobre la fuga de Evanio consolar el ánimo de Florinda , y arrojar de él la repugnancia que padecia

de ir á la Corte. Mas ella sometiendose antes á su declarada voluntad que á sus persuasiones, le respondió asi: la sola obediencia y respeto que debo, padre mio, á la insinuacion de vuestra voluntad, me hacen someter á ella, sin que puedan alhagar á la invencible aversion que siento, los honores con que nos condecoran los Soberanos, ni las grandezas de la Corte, que nada mueven mi corazon, en cotejo de vuestro afecto; á que se añade la noticia que me dais del paradero de mi esposo, sin que por eso se sosieguen mis esperanzas sobre el motivo de su ausencia. Mas puesto que vos me lo asegurais, no debe retardar mi condescendencia á vuestra determinacion, pronta siempre á obedecer á vuestras insinuaciones.

Prendado Don Julian de la respuesta de su hija, la abraza en el transporte de su tierno cariño, y despues de haberla confortado, apresura su ida á palacio, sin preveer la fatal suerte que se iba á grangear él mismo, y de la qual arrastrada Florinda, llegó á mostrar su singular belleza á la Corte en la pompa de su rico atavio, acompañada de sus amables gracias, semejante á una deidad, apareciendose en toda su brillante y celestial hermosura, en vasto templo, atrae hácia sí la enagenada admiracion y respeto del pueblo, que contempla aquel singular prodigio.

Tal reputaban á Florinda los que poniendo en ella y en su belleza sus ojos atónitos , sentian excitarse en sus corazones un vivo incendio , con que los enagenaban los hechiceros atractivos de su presencia , y de su amabilidad modesta y recatada, que daban mas estimable realce á su hermosura. Sintió sobre todos el Rey Rodrigo la fuerza de los alicientes de las gracias de la doncella , que asaltando su corazon, avivaron en él la satisfaccion y el gozo que le causaba la persuasion de tener asegurada , y contar ya por suya aquella doncellez mas tersa y pura que la nieve que cae sobre las cumbres del Oca.

Absorta asi su alma, y enagenada del contento , vista apenas la doncella , sintió trocarse luego su enagenamiento en violenta inquietud , por la presencia de los grandes y cortesanos que mal sufría , por impedirle desahogar las encendidas ansias de su irritado amor , que le impelia á atropellar con el decoro de la magestad , por satisfacerlas , semejante al leon , que sufriendo mal el hierro que emprisiona su nativa libertad , le muerde para deshacerse de sus lazos. Pero la necesidad , que llega á amansar á las fieras ; y la esperanza , que contiene los ímpetus del deseo , recavaron tener en freno los transportes del afecto del Monarca , di-

firiendo su desahogo á tiempo mas oportuno , pero que apresuró él mismo , introduciendo á Florinda y á su padre , que gozaba de la admiracion y obsequios que se grangeaba de los Grandes la hermosura de su hija , no menos que su rico atavio.

No fueron menos agradables para él mismo las demostraciones del afecto y cariño con que recibió á Florinda la Reyna Egila , no solamente por la amable y deliciosa presencia de la doncella , sino tambien , porque asi se lo habia encargado el Monarca , que ocultandola las miras de su pasion , hizo valer las razones de estado , y la necesidad de ganar para sí , y para el Reyno la voluntad del Conde Don Julian ; el qual , agradecido por lo mismo al afecto que la Reyna le manifestaba , la dixo asi: ¿ cómo pudiera yo , Señora , imaginarme que la suerte me proporcionára este honor , que disfruta en su colmo un padre que viene á presentaros su hija , y á dexarosla encomendada?

Las demostraciones de vuestro Real cariño empeñan tanto mas mi aprecio , quanto mas ageno estaba de aspirar á lo que ninguno osára , queriendo vos que obtenga yo eso mismo , y que pueda gloriarme de ello despues de obtenido , previniendo el Monarca mis deseos

en el patrocínio que os dignais conceder á esta hija mia , que os presento , lleno de la persuasión y confianza del sagrado amparo en que la dexo. Apenas dicho esto , le interrumpe la Reyna , diciendole : podeis estar asegurado , Conde , del afecto que vuestra hija me merece. Id enhorabuena á donde el bien y la gloria del Reyno os llama : Florinda quedará conmigo , ya no como hija vuestra , mas como mia. Espero que perdonareis este robo de mi voluntad , á la satisfaccion de tenerla como tal mientras duráre vuestra ausencia.

Incitado el Conde Don Julian de este breve discurso de la Reyna , la agradeció sus expresiones , y la pidió licencia para dar un abrazo á su hija , que la dexaba encomendada ; la qual no pudo contener el llanto , en que prorumpió al tiempo que la abrazaba su padre tambien enternecido , solicitando el Monarca su separacion para poner fin á la ternura de la hija , y del padre , que engañado en su confianza , salió de alli , y de la Corte para apresurar su ida al Africa ; mientras los hados , que iban disponiendo en secreto la ruina de la nacion y del trono de los Godos , sembraban de honores y de glorias ideales á los ojos del Conde el camino que iba á emprender , para convertirselas en la mas sensible deshonra , de la qual irritado

su pecho , le indujera á ser el instrumento de sus decretos inevitables.

Florinda entretanto sumamente triste y acongojada , por la ausencia de su amado padre , parecia que presintiese la fatal suerte que la esperaba , sin poder hallar alivio ni consuelo su sentimiento en la real morada , que se la hacia aborrecible. Ni la grandeza , ni los honores que en todas partes adulaban sus ojos , podian merecer aprecio ni atencion de su alma , hollando con doloroso desden el oro y las joyas engastadas en los pavimentos. En vano la Reyna , prendada de sus amables gracias y dulce genio , se esmeraba en serenar la tristeza que no podia encubrir Florinda , manifestandola su cariño , ora con tiernas expresiones , ora con ricas preseas , de que le hacia presentes , á fin de aliviar su duelo.

En vano tambien el Rey Rodrigo , encubriendo á la misma su ardiente pasion , y ostentando cariño de padre , hacia alarde él con preciosos dones , y con honrosas mercedes , con las quales se lisongeaba disipar enteramente su afliccion , y disponer poco á poco su agradecido afecto , para grangearsele rendido , y disponerle á la condescendencia que de ella deseaba , difiriendo el tentativo á mas oportuno tiempo. Pareciale entonces peligroso en el sen-

timiento y afliccion de Florinda ; ni dudaba , que vencida y dispada enteramente su tristeza , coronaria sus sienes con el idalio mirto que preferia su amor al laurel de la mas illustre victoria.

Pervertido asi su ánimo de su ciega pasion , atendia solo á satisfacerla , y en ello empleaba todos sus esmeros y cuidados , olvidado de su Reyno y de su pueblo , que corrompido de antemano por los vicios que autorizó Vitiza con su exemplo , apresuraba su destruccion , sin tener algun freno que los contuviera , pues faltaba el rigor de la ley y de la justicia , que mal puede hacer valer el Soberano que atropella con ella. De aqui es , que fué siempre el exemplo mas pernicioso el de los Reyes , obligando á seguirle con tanta mayor fuerza , quanto mas debieran oponerse á lo que los mismos abrazan.

Ni Guntrando , en quien descansaba el peso del gobierno , queria grangearse la odiosidad de la nacion ya corrompida , poniendo freno con rigor importuno al vicio , que salido de sus torpes tinieblas , ostentaba sus sienes coronadas de rosas , aplaudido y cortejado de aquellos mismos , que por razon de su sagrado caracter , debian tentar á lo menos de arrojarle del santuario que profanaba. Antes bien atendia solo Guntrando á cebar mas la pasion del Monarca , como mas conveniente á sus mí-

ras ambiciosas ; pues quanto mas atado tenia al Rey en su pasion , tanto mas acrecentaba su autoridad y valimiento , y se aseguraba en el manejo de los negocios mas importantes del Reyno.

De este modo , perdido el resplandor que manifestaban las virtudes del Rey Rodrigo en su ensalzamiento y subida al trono , parecian yacer envilecidas y avasalladas del amor que le tenia sometido á la hermosura de Florinda , cuyo severo pudor desdeñaba en su inocencia todos los esmeros y demostraciones con que el Rey Rodrigo procuraba grangearse la correspondencia á su afecto. Mas como el desden de una pretendida hermosura no llega jamas á destruir las esperanzas de la pasion , antes bien las irrita mucho mas , por ser ella el bien acerbo , que jamas desampara el corazon amante , asi á fuerza de sus cariñosas demostraciones , se lisongeaba vencer su inocente firmeza ; mucho mas habiendo conseguido serenar en parte su tristeza.

Luego , pues , que vió su hermoso semblante , despejado y libre de casi toda nube de sentimiento , osó pedirle prendas de su afecto , aunque con recato , por temor de ofender su modestia ; bien asi , como quien tienta un dificil y peligroso vado , teniendo atada su osadia al respeto que tan singular hermosura exígia ,

no menos que su pudor casto , y su ilustre nacimiento. Por lo mismo , comenzó á declarar-le su amor con expresiones oscuras , y equívocos conceptos que dexaban sin lesion los oidos de la doncella inocente ; la qual hacia comparacer mas apreciable su recato , y mas temible , mostrando ella recelar aquello mismo que procuraba eludir , no entendido.

No desistia por esto el amante Monarca , esperando conseguir sus intentos , persistiendo en sobornar poco á poco el severo recato de Florinda , á la manera que el dios Marte en la guerra , que viendo rechazados sus asaltos de la fuerte roca que acomete , procura minar sus cimientos para entrarla , luego que el estrago facilita á su esfuerzo el camino. Y para conseguirlo mas facilmente , pensó Rodrigo quitar lo primero de los ojos de la inocencia el velo que los cubria , sugiriendole á este fin el amor , que hiciese alarde de su grandeza , ora en solemnes justas y torneos , ora en alegres danzas y banquetes , en que la pompa , la riqueza y ostentacion , pudiesen solicitar el ánimo de Florinda , y hacer tenaz presa en él y en su vanidad ; movil , creido el mas seguro y poderoso , para rendir el decoro y recato del sexô.

Quanto , pues , el genio sabia sugerir de mas fino y elegante al gusto y al placer del

ánimo , lo daban executado las artes , al querer de aquel que las empleaba con el fin solo de enagenar el casto corazon de Florinda , y de pervertir su mente honesta para rendirla mas facilmente á su pasion. Asi ella forzada de la necesidad de complacer al Soberano , se veia , contra su propia voluntad , sobresalir en las justas , distinguiendose entre las demas damas por sus ricos adornos , y por los timbres superiores que se le daban , sin que estos añadiesen lustre al timbre mayor de su hermostura.

Asimismo en las danzas que por ella se hacian , recibia las primeras distinciones y obsequios ; y en los banquetes tenidos en honor de ella , se le hacian en preciosas copas los mas alhagüeños brindis. Sudaban tambien por ella sola en otras justas los fatigados caballos y ufanos caballeros , que con los motes de sus insignias y colores de sus vestidos , tomados por honrar á la misma , acrecentaban los obsequiosos tributos con émula adulacion al Soberano , que por Florinda solo los exígia y los recompensaba.

Pero si la vanidad de la ilustre doncella , provocada de tan hechiceros alicientes , cedia algun tanto á su alhagüeño poderio , sin embargo , el honor que velaba en la defensa de su honestidad , convertia aquellos atractivos del

fasto , y de la ostentacion de la grandeza , en mas altivos y severos defensores de su pureza virginal , con que humillaba y hacia desvanecer las miras y esperanzas del amante Monarca ; el qual no tardó á echarlo de ver , con grave sentimiento suyo , que llegó á declinar con ayrado despecho , que le impelia á la venganza. Mas contenida ésta del mismo ardiente amor le serenaba , aconsejandose á disimular por entonces su resentimiento , y á trocarle en dulces reproches , que le podrian grangear mejor el reconocido afecto de la doncella.

Instigado de esta lisonja , determina declararse con ella ; y luego que se le presentó la ocasion , la dixo asi : mal se puede disimular , hermosa Florinda , el amor en un pecho ardiente , por mas que uno se esmere en sufocar su llama : ni vos misma podeis dexar de conocer tampoco el poder que obtuvieron en mi corazon vuestros apreciables atractivos. Vuestra belleza , superior á todas las demas , avasalló mi afecto ; y por ella rendido , en nada tengo ni mi corona ni mi Reyno. ¡ Ah ! ¿ qué digo ? toda mi sangre dexára derramar , si solo asi pudiera yo merecer vuestra correspondencia , y tener cabida mi afecto en ese casto pecho que aprecio con el mas ardiente amor.

Espero por lo mismo que no hará vanas

las lisonjas de mi afecto vuestra fiera ingratitude , agena de tan amable hermosura , y mucho mas agena para con un Soberano , y Soberano amante que tuviera tal vez derecho para ser correspondido. No , amada Florinda , no lo espero de vuestra generosa compasion , ni del reconocimiento de vuestro ánimo. Y si el importuno recato , enemigo de la ardiente pasion que os descubro , se opusiese á vuestra correspondencia , no creo que podrá mas con vos , que mi declaracion , que mis obsequios , y que mis ruegos , y que este tierno llanto que no se recata de mostraros un Monarca , que postrado á vuestros pies , os suplica le deis , ¡ ah ! palabra sola de que se verá correspondido.

Aturdida y confusa Florinda al ver al Monarca postrado ante ella , no sabia que hacer ni que decir , teniendola la confusion y el respeto encogida , y anudada la voz en la garganta. Quisiera ella que la tragára la tierra en aquel instante , y la exímiera del terrible embarazo en que la tenia aquel encuentro : mas confortada de su misma inocencia y recato , le responde : no sé ver , Señor , en mi suma sorpresa y confusion , el motivo que os dí para seros ingrata y cruel como decís. El cielo me es testigo del respeto y gratitud que os profeso , por los sumos honores y continuas gracias

y mercedes con que os dignasteis extender los límites de mi estado y de mi fortuna. Y si pretendéis de mí nuevas pruebas de mi correspondencia y reconocimiento , postrada aqui á vuestros pies , os las daré con el mas afectuoso respeto.

Diciendo esto, se postra de rodillas ante el Monarca , que lejos de querer aquella demostracion , era al contrario importuna á los ardientes ímpetus de la pasion , que luchando con el respeto que le infundia la inocencia y recato de la postrada Florinda , le inducia á tomar del rostro de la misma la prueba que pretendia de su correspondencia. Pero venciendo el respeto á su osadia , logró contener los ímpetus de su pasion , contentandose de imprimir sus labios en la tersa mano , de que la asió para obligarla á que se levantase diciendola : bello hechizo de mis ojos , no es esa humilde postura la prueba de la correspondencia que de vos y de vuestra gratitud exíge mi ardiente amor ; antes bien ella desdice de aquella que quiero tenga la mayor parte en mi grandeza y soberanía.

El amor que llega á unir dos corazones , no permite ni sufre entre ellos esos respetos ; sino que quiere se enlacen mucho mas con toda especie de cariñosas confianzas ; y si yo llegára á disfrutar las vuestras , y con ellas vues-

tra singular hermosura y gracias que hechizaron mi corazón , sería yo el hombre mas venturoso de la tierra , aunque por ello debiera perder mi soberanía , la que me es odiosa y pesada sin la correspondencia de vuestro afecto , al que yo os manifiesto , así con mis expresiones , como con este tierno abrazo.

Rodrigo , impelido de nuevo de su pasión enardecida de aquel discurso , iba á abrazarla ; mas Florinda , llamando en su defensa al decoro de su honestidad , rehusa prestarse á su ademan , diciendole con noble atrevimiento y modestia : sufrid , Señor , que os diga , que la suerte que os levantó al mas alto grado de la tierra , no permite á mi estado que se iguale con el vuestro. La Reyna me está esperando ; permitidme , que sin ofensa de vuestra magestad , vaya á obedecer el orden que me ha dado. Dicho esto , se ausenta de la presencia de Rodrigo , dexandole resentido y confuso con aquel encontrado expediente con que puso en cobro su asaltada honestidad.

Cobró fuerza su resentimiento reflexionando el padecido desden , y no pudiendo contener enteramente el ímpetu de su enojo , exâsperado prorumpió , semejante al fuego que sale con estrago de la mina reventada , diciendo á Florinda al tiempo que partia : id , ingra-

ta y desleal , á donde os esperan ; pero sabreis , que no se desdeña impunemente el ruego de quien puede pretender y exîgir lo que suplica. Como leon que herido arrastra al monte sus pasos , lleno de despecho y de rabiosa indignacion , y retraido en la opaca soledad de la selva , lame rugiendo su herida cuyo dolor le incita á la venganza , no de otro modo el Monarca , resentido y lleno de despecho lleva sus pasos al Real retrete , donde procura desahogar sin testigos el dolor que su ánimo despedaza.

Alli en su indignacion resuelve vengarse del recibido desayre ; ni quiere abatirse ya mas á ruegos , antes bien , arrojando todo el respeto que le infundia la inocente honestidad de la ilustre doncella , determina violarla á qualquier coste. ¡ O amor ! ¡ tirano de los mortales corazones , á quien les avasalló la naturaleza , despues que vió con dolor empañado el candor de su inocencia por la malicia ! ¡ Por él Rodrigo , olvidado de su Reyno y de su Real decoro , pervertidos sus generosos sentimientos , se abandona al despecho y enojo de la pasion que su pecho devora , y le consume ! ¡ Aborrece la vida , y detesta el cetro y el poder de su grandeza , que realza mas á sus ojos su desdicha , no pudiendo conseguir de grado , lo que mas anhela en su soberanía !

## LIBRO TERCERO.

**E**n este infeliz estado se hallaba el Rey Rodrigo , rendido al dolor y resentimiento de su pasion , quando llegó Guntrando , ageno de verle en tal abatimiento , cuya causa le descubre inmediatamente , diciendole : ved , Guntrando, la dolorosa situacion en que me tiene esa ingrata y desleal Florinda. La manifesté el exceso de mi ardiente amor , lisongeandome ser á lo menos atendido como Monarca , ya que me desdeñase como amante. Mas la altiva doncella , haciendo el mismo caso de la magestad que de mi pasion , halló pretexto para dexarme desayrado , irritando de tal modo mi dolor, que estoy resuelto á vengarme de ella á qualquier coste y aunque deba arriesgar mi trono y mi corona , á trueque de dexar satisfecha la pasion que menospreció.

El astuto Guntrando escucha atento el discurso del Monarca , manifestando extraordinaria sorpresa ; luego adulando á la descubierta afliccion , agrava el ultrage de Florinda , y aprueba la determinacion de vengarse de la misma , diciendole : admiro , Señor , el exceso de vuestra bondad en abatiros á suplicar lo que

debiais exígir : mas puesto que ella tuvo la osadia de negarse á vuestra declaracion , conviene hacerla sentir la gravedad de su ofensa , y los derechos que teneis á su altiva hermosura , mucho mas despues de tantas beneficencias con que os dignasteis honrarla. Lo podeis hacer sin rendir vuestro Real ánimo á la afliccion , siéndoos tan facil disfrutar su hermosura en qualquiera hora y momento que á ello os incline vuestra voluntad. Y si la Corte , y la demora en Toledo , pusiese algun estorbo , teneis otros sitios fuera de la ciudad , y granjas oportunas para el intento ; donde la soledad , y el retiro de las selvas , con la libertad mayor y ayuda de criadas sobornadas á este fin , podrán satisfacer enteramente á vuestros deseos.

A pesar de este impuro sugerimiento con que Guntrando allanaba el camino á la pasion del Rey Rodrigo , sintió este nacer en su ánimo afligido un voraz remordimiento que le engrandecia el delito , y los funestos efectos que habia de tener si se arrojaba á cometerle , especialmente si Florinda , violada por él contra su voluntad , descubria su deshonor al Conde Don Julian su padre , á quien acababa de confiar la defensa de la entrada en su Reyno en el Africa , que le seria tan facil de dar á los Arabes , si resentido por el ultrage cometido en

su hija , queria vengarle con la ruina y pérdida de aquellas provincias , y con ellas de todo su Reyno y Monarquía.

Sobre todo atemoriza á sus sentimientos , y les hace retraer en parte del proyectado delito la fealdad de la accion , tan opuesta á la nobleza del obrar de un Soberano , y la traicion indigna que iba á cometer , si despues de haber alejado al Conde de Toledo , y tomado su hija baxo su patrocinio y palabra Real , cometia en ella tal desacato , y tan ageno del generoso ánimo de un Monarca. Agitado de estas memorias , que le agravaba su remordimiento , tiembla y gime Rodrigo , ni resisté á la oculta fuerza con que le aviva el alma estas ideas , y los temores y recelos que de ellas nacia , de modo , que arrepentido , y como asustado , se espanta de sí mismo , y detesta su pasion , que le iba á llevar á un funesto precipicio.

Abomina , pues , de su amor , y comienza á hacersele sospechoso á su arrepentimiento su consejero Guntrando , el qual , despues que dió aquel indigno sugerimiento al Monarca , se ausentó de él para ir á ponerle por obra , y á facilitarselo , sin esperar que fuesen aprobadas sus disposiciones. Antes bien , como asegurado de tal aprobacion , daba alma y calor al vil artificio que debia facilitar la violacion de la ino-

cente Florinda ; y luego que lo tuvo enteramente tramado , no se recató de ir á dar parte de ello al Rey Rodrigo , lisongeandose que se lo aprobase , y que le diese por ello alabanza. Mas Rodrigo , habiendo cedido entretanto á la fuerza de su arrepentimiento , ajó la ufana complacencia y satisfaccion de su ministro , mandandole con generoso esfuerzo que suspendiera todas las tomadas disposiciones , haciendole saber , que queria alejar de la Corte á Florinda en aquel mismo dia , y enviarla á su padre. Tan resuelto en ello , que habia ya puesto los ojos en las personas de confianza , á quienes queria encomendar la doncella para que la acompañasen al Africa , y la entregasen á su padre.

Con tan heroyca resolucion , pareció que triunfassen la piedad y entereza del Rey Rodrigo , y que devolviesen á su ánimo toda su fortaleza. Mas á tan esforzada determinacion , sucedió luego la tristeza y el doloroso abatimiento de su pasion que lo combatia , avivandola el Amor , que arrojado por pocos momentos de su pecho , se rió de aquel vano esfuerzo de Rodrigo , esperando que la misma afliccion le abriese luego la entrada para apoderarse otra vez de su ánimo. Y llegado este esperado instante penetró en el pecho del Monarca , semejante al

rayo , que centelleando con rapido sulco por la atmosfera , se abre paso entre las mas duras rocas , en que penetra ; y aplicando entonces la tea , avivada de su enojado soplo , extendió la llama á las entrañas de Rodrigo , haciendolas reclinar en su venganza.

Siente entonces el ardor en que se abrasa de nuevo , y como Alcides , revestido de la túnica de Neso , gime y se debate furioso , buscando instrumentos de muerte , para abrir con ellos salida á su alma rabiosa , y acabar asi su vida miserable , pareciendo imposible á su exâsperada pasion que pudiese vivir sin poseer la hermosura y gracias de Florinda , que habia determinado alejar de sí , sin poder ya resolverse á ello , impidiendoselo el fiero dolor que sentía por su privacion , representandosela entonces el amor á su mente enagenada mas reluciente y bella que el sol , quando disipada una tenebrosa tempestad , se muestra á la tierra con mas vivo y alegre esplendor , huyendo lejos los vientos y las nubes , y sonriendo á su glorioso triunfo las plantas que levantan sus copas aljofaradas , entre los gorgeos de las aves que le celebran.

Con tal semejanza consigue el amor borrar enteramente las tristes ideas del arrepentimiento y dolor de Rodrigo , y avivar al mismo tiem-

po el afecto hácia Florinda , no menos que la confianza de Guntrando , á quien hace llamar, resuelto á llevar adelante los funestos intentos de su pasion , y le ordena que apresure el artificio y trazas que le habia sugerido , y abrevie el instante que solo podia aliviar los fieros afanes y congojas que le roian las entrañas , sin dexarle disfrutar momento de sosiego y descanso, que solo le parecia poder encontrar en la posesion de la hermosa Florinda.

Sonriendo en su interior Guntrando á la subita mudanza del Monarca , pone luego sus órdenes en execucion , mientras Rodrigo , arrojados todos los torcedores de su remordimiento, cubre su ardiente afecto de disimulo para conseguir mejor su fin ; y revistiendo su exterior de indiferencia para con la doncella , no dexa asomar á sus ojos ningun indicio de sus traidores intentos. Antes bien , se esmera en disipar del ánimo de la misma todas las sospechas y celos que hubiera podido infundirle el indiscreto atrevimiento de la declaracion de su amor, afectando al contrario esmeros de padre benévolo y cariñoso para con ella , y haciendo alarde de evitarla , al tiempo que la colmaba de nuevos honores y presentes , con los quales esperaba prevenir todos los funestos efectos que pudiera tener el triunfo de su pasion , si lo

conseguia á despecho de Florinda.

Para esto debía salir de Toledo, y pasar á uno de sus Reales sitios en compañía de la Reyna, que ignoraba la trama de la maldad, según se lo había sugerido Guntrando, para que pudiese ir Florinda sin nota; la qual sabedora de aquella ida de la Reyna, y agena de la infeliz suerte que la esperaba, anhelaba el momento de ir á solazarse en los floridos campos, á la apacible sombra de las selvas, lejos de la Corte y de la ciudad, donde le parecia tener agoviada su libertad, semejante á la inocente é incauta paloma que encerrada en casero recinto, desea salir al campo y á las selvas, donde pueda extender sus alas encogidas, ignorando que la espera el milano en asechanza para devorarla.

No lejos de la ciudad de Toledo, á las faldas de deliciosos collados, se alzaba un soberbio edificio, obra Real de Chindasvindo, donde el arte tosco todavía aventajaba sin embargo al gusto de la riqueza en los adornos, y en el lujo que ostentaba la grandeza. Allí solian ir con frecuencia los Reyes Godos á recrearse, y á aliviar sus ánimos de los cuidados del Reyno. Sojuzgaba el vasto edificio, desde un blando otero, que oprimia con su inmensa mole, una vega fértil y dilatada, enriquecida de muchas fuentes, que entre las sombras amenas de ár-

boles excelsos iban á dar tributo al caudaloso Tajo , que las recibia en su ancho vado.

Era hechizo del alma , y dulce encanto de los sentidos la hermosura y gala que el arte y la naturaleza ostentaban á competencia en las plantas y flores que se admiraban en diseñados vergeles ; como tambien en artificiales bosquecitos , que hacian pompa de sus cercenadas copas , y en caidas de fuentes , obligadas á salir con ímpetu por historiados surtidores , de donde repartidas en regueros , convidaban con su murmullo á las aves , que atraídas de la frondosidad de aquel sitio , tenian en él asilo seguro y respetable , y que ellas hacian mucho mas delicioso con la armonia de sus diversos cantos.

Este fué el sitio que Guntrando sugirió al Rey Rodrigo para el triunfo de su passion ; y que Rodrigo aprobó en el delirio de la misma , á quantos , ¡quán funesta ! Y habia ya conseguido ver en él á Florinda , llegada en compañía de la Reyna , que la amaba tiernamente , haciendose ella acreedora á su cariño , ya no tanto por sus dulces gracias y singular hermosura , quanto por las adorables prendas de su ánimo , y por sus virtudes , que competian con su exterior belleza , animandola un suave genio y amable modestia , que ennoblecia su

delicada y encantadora presencia.

Aunque su edad ya nubil , y la naturaleza , daban á entrever á su entendimiento los fines del amor , no habian sin embargo roto enteramente el velo de la inocencia. Rodrigo mismo en todos los transportes de su ardiente passion respetó siempre los fueros de su decoro virginal , á pesar de su excelso poderio , conteniendolo el severo pudor de la doncella. La misma , sin embargo , hecha mas cauta por las demostraciones afectuosas de su Real amante , procuraba evitar las ocasiones en que recelaba podia zozobrar su entereza. Ni contenta con esto , resolvió , obligada de aquellos recelos de su modestia , escribir á su padre para que la llamase quanto antes al Africa , y la sacase de la Corte.

Aunque no daba ningun particular motivo para ello , sino los deseos que se le avivaban mas cada dia de verle y abrazarle ; pero la carta interceptada dió motivo bastante al Rey Rodrigo para conocer la causa de la pretension de Florinda , y para apresurar la trama que iba entretanto acabando de urdir el que la habia sugerido y maquinado. Y á fin de abrir brecha en el corazon de la honesta doncella , y de hacerla menos sensible el lance del meditado triunfo , no perdonaba Rodrigo á nuevos pla-

ceres y divertimientos , con los cuales se lisongeaba templar el resentimiento , si acaso lo tuviese , de su perdido honor é inocencia.

Siempre confia el amante del empeño de su pasion , y de las trazas que á este fin emplea; mas no eran alli en la Real granga , como antes en Toledo , los torneos y las justas , materia de los nuevos y estudiados divertimientos, ni remedaban en lizas los vistosos caballeros las batallas en sus desafios; antes bien, haciendo servir al intento la libertad que fomentaba el mismo Rey , se hacian sacrificios y honores á la diosa del amor , como se pudieran hacer en los bosques del Idalio , vestidos los concurrentes en trages de graciosas pastoras y pastores.

Otras veces remedaban el triunfo del dios Baco , y el hallazgo de Ariadna , á quien pudiera dar envidia Florinda , que la representaba , obligandola á ello Rodrigo que iba con ella en el mismo carro , tirado de tigres , obedientes al freno y al bozo , y precedidos de licenciosos sátiros y de ninfas , que celebraban la hermosura de Florinda. Se representaban otras veces los amorosos engaños y mudanzas de Vertumno para rendir á Pomona , ó se cantaban los zelosos reproches que solia dar Polifemo en las selvas Sicilianas á la esquivada Galatea. Ora tambien renovaban la tragedia de Iphis ,

y el castigo que dió Venus á la cruel Anaxárete , obligada por la Diosa á poner con sus propias manos el fatal lazo á su garganta quando vió muerto á su infeliz amante.

Pero quanto era mayor el empeño del Rey Rodrigo en solicitar con tales representaciones la honesta mente de Florinda , y avivar en ella la llama del amor , tanto mas veia alejarse el fin de su esperado intento , hasta perder del todo el fruto de sus trazas. Porque Florinda , echando menos la presencia de su amado Evanio entre los muchos y principales caballeros que concurrían á aquellos divertimientos , convidados por el Monarca , tuvo ocasion y tiempo para saber el verdadero motivo de la fuga de su esposo prometido , y de su interrumpido casamiento ; lo que sabido por ella , exâsperó tanto su ánimo , que concibió un odio implacable al autor de la fuga de su amado amante.

No pudo sosegar desde entonces su corazon , hasta llegar á concebir temores por su vida , puesto que Evanio salvó solo la suya con la fuga. Y aunque su padre le dió otros motivos de la tal fuga , no dudaba ya que habia sido engañado su padre , y alejado del Reyno con el fin solo de retenerla á ella en la Corte, y executar en la misma la traicion que llegaban á entrever sus temores , aunque á pesar de ellos

no podia creer del todo que se cumpliese. Bastaron sin embargo estas solo lejanas sospechas para conturbar su alma, y envolverla de nuevo en la misma afliccion que la avivaba mucho mas la vista y presencia importuna del Monarca, cuyas nuevas demostraciones le eran aborrecibles á par de muerte.

La misma magnificencia y ostentacion de la Corte la causaban terror y asombro, de modo que llegaba casi á recatarse de las mismas demostraciones cariñosas de la Reyna, teniendo por infausto el dia en que su padre la confió á tan pérvida morada. Quisiera ella huir; ¿Mas á dónde? Esta idea avivaba su desconuelo y desesperacion, ni hallaba otro alivio que el del llanto, con que desahogaba en los momentos que podia, sus concebidos recelos, dando quejas á su suerte, y á su mismo padre, por cuya vuelta y vista suspiraba.

No tardó á echar de ver el Rey Rodrigo el manifiesto dolor que agravaba de nuevo el ánimo de Florinda, y curioso de saber el motivo, y deseoso no menos de devolverla á su pérdida serenidad, resuelve preguntárselo, y asegurarla de su sincero afecto. Luego, pues, que se le presentó oportuna ocasion, la dice: no sé, ni puedo penetrar, Florinda, el motivo que alteró tan impensadamente vuestra ama-

ble alegría y sosiego, haciendo vanos los esmeros de mi afecto. Y si este puede merecer de vos la confianza de descubriremelo, empeñareis de nuevo mis deseos para aliviar vuestra tristeza, no pudiendo vos dudar quanto me interesa vuestro bien y vuestro contento. No querais, pues, desdeñar, á lo menos en esto, el afecto de un Monarca que lo exíge de vos con ruegos.

Florinda, alterada de la presencia del Monarca, á quien no podia evitar, escuchó en mudo silencioso, y con respeto, aunque resentido, el discurso que la hacia; pero apenas le acabó de oír, falta de la debida reserva y cautela, de que suele privar al bello sexó el enojo, mucho mas á Florinda, inocente y sincera, y querida, le responde: no estrañareis, Señor, ni mi justo desconsuelo, ni mi sentimiento, si llegó á vuestros oídos, que prometida yo en casamiento á Evanio, hijo del Rey Vitiza, supe ya tarde que lo perdí por causa vuestra. Dicho esto prorumpe en llanto, que hizo torcer en las venas el curso de la sangre al Rey que la oía, dexandole casi trastornada la mente con tan atrevida respuesta, quedando mudo y suspenso, y mirandola llorar, sin atreverse á manifestar su enojo, que era el primer afecto que estaba á punto de desmandarse.

Lo tuvo en freno el amor , y en vez de abandonarse al ímpetu de su resentimiento , la dixo al contrario con serena medida : Florinda, ese atrevido reproche , que es al mismo tiempo injusto , lo debo perdonar á vuestra enagenada afliccion. No sabia que amaseis tanto á vuestro prometido esposo Evanio; mas el saberlo yo, os puede ser mas favorable de lo que pensais , por el deseo que tengo de complaceros en todo. En vez , pues , de ser yo la causa de la fuga de quien tanto amais , y de vuestro interrumpido casamiento , escribiré á vuestro padre para que solicite la vuelta de Evanio. Si os llegais á persuadir de la sinceridad de estos mis officios , no pretendo otra prenda de vuestra gratitud á ellos que el sosiego de vuestro corazon y su consuelo. No creo que pueda haber pretension mas desinteresada , y por lo mismo espero que la satisfareis poniendo fin á vuestro llanto y tristeza.

Sorprendida Florinda de esta respuesta del Monarca , que ella no esperaba , se serenó algun tanto; sin embargo le dixo : esa prenda, Señor , que exígis de mi gratitud , os la diera de buena gana , si pudiera yo recavar de mí misma que mi ánimo recobrase la serenidad y consuelo que manifestais desear. Mas esto no depende de mi arbitrio , ni de mi voluntad ; ni será posible que yo recobre el contento perdido ,

mientras perseveraré yo en la Corte. La ausencia de mi padre es la principal causa de mi afliccion; y mientras ella dure, durará tambien mi desconsuelo. Puesto, pues, que no puedo dudar de la sinceridad de vuestros deseos, espero que satisfareis á los míos, condescendiendo con ellos, devolviendome á mi padre; ó bien si la distancia pusiese á esto dificultad, enviandome á Oromeda á mi materno tio el Conde Susenando, donde recobraré sin duda la alegría y consuelo que deseais.

Si fué sensible al Monarca al atrevido reproche de Florinda, lo fué mucho mas la súplica que le hacia para que la dexase ausentarse de la Corte, recelando por ella que hubiese Florinda llegado á penetrar ó sospechar de algun modo el manejo de su violacion. Le confirma mas en este recelo el verla informada de la fuga de su amante, echandosela en rostro sin respeto. Pero asi como usó entonces de disimulacion, conteniendo su resentimiento, determina disimularle tambien ahora; y para sosegar sus temores, en caso que los tuviese, la promete que dexará quanto antes satisfechos sus deseos; ora resuelva ir al Africa á ver á su padre; ora á Oromeda á casa de su tio Susenando.

Mas lejos de querer cumplir lo que la pro-

metia , exâsperado , qual estava por los zelos que le acababa de infundir Florinda con el amor manifestado á Evanio , determina no dexar pasar el dia venidero sin dexar vengado su amor con el tritunfo del honor de la doncella , teniendo ya Guntrando tomadas todas las disposiciones para el intento , y el impío altar levantado , esperaba solo que el indigno ministro arastrase la victima inocente al funesto sacrificio.

A corto trecho del Real edificio habia un brutesco roquedo , en cuyo seno ofrecia una espaciosa gruta , donde el arte y la riqueza ennoblecian la tosca desnudez de sus paredes y columnas , las quales servian de mayor seguridad á los banquetes y recreos que alli solian tener los Reyes Godos. Bullia alli mismo en un formado estanque una fuente , baxo cuyas cristalinas aguas se dexaban admirar los diseños de coloridas chinas , ofreciendole un delicioso y saludable baño á los que en ella entraban. Recibia copiosa luz toda la gruta de una claraboya que coronaba su techumbre , por donde solian penetrar algunas aves que con sus dulces cantos rompian el silencio que alli reynaba.

Este era el profano templo que ocultaba el ara levantada para el fatal sacrificio del honor é inocencia de Florinda , y en que Guntrando habia apurado los desvelos de su sagaz

mente y de sus malvadas miras. Para ello habia él sobornado de antemano á una noble doncella , pero libre y lasciva , que servia al atavio y adorno de la Reyna , á la qual le fué facil hacerse confidenta de Florinda, inducida á ello de las promesas de Guntrando. Llamabase Leonilda , y sabedora de la trama fatal en que habia de tener la mayor parte y emplear su disimulada astucia , solia acompañar á Florinda á la gruta , y bañarse con ella en el apacible estanque , disponiendola asi para el lance meditado , quitando toda sospecha.

Asi llegada la ocasion y la hora determinada , le costó poco inducir á la inocente Florinda á que fuese con ella á la gruta al baño acostumbrado ; á que condescendió Florinda , agena de recelar la desventura que la esperaba. Parecia que las plantas y las flores , agitadas del bullicioso viento, quisiesen advertirla y retraerla del riesgo. ¿ Pero cómo entenderlas ? ¡ O destino de los mortales ! corremos tal vez gustosos , porque ignoramos lo por venir , á la ruina que no pedemos recelar , y que por lo mismo no tememos.

Acogia ya la gruta á Florinda y á su torpe compañera , que solicitaba la hermosa desnudez de la casta doncella , y ya desnudas se entregan al estanque. Acechaban entretanto es-

condidas entre los vecinos árboles otras infames prostitutas en deshonestos trages de ninfas de los bosques, prevenidas de Guntrando, é instruidas por él, á fin de que pudiesen facilitar el triunfo del avisado Monarca. Ellas, pues, qual bandada de hambrientos estorninos, que se arrojan á la lozana planta cargada de frutos, acuden á la cueva, y con cantares deshonestos entretienen el tiempo que tardaba á llegar el Monarca, quedando alli tambien para impedir á Florinda la salida del baño, en caso que lo intentase.

No dió lugar para ello la ardiente passion de Rodrigo, que se presentó luego en la cueva, y á los ojos de Florinda, cubriendolos de horribles tinieblas. Musa, retrata tú el terror, la confusion y el duelo que oprimieron á una la mente y el corazon de la honesta doncella al verse alli desnuda ante los ojos del odioso Soberano, y leyendo en su vista la funesta sentencia de su deshonor. Interesado el eco de la gruta en la terrible situacion de Florinda, repitió por dos veces el grito que el espanto y horror le arrancaron de su pecho, al verse victima de tan abominable engaño.

Aunque casi yerta, y aterecida de la confusion y vergüenza, quisiera zambullirse en las aguas, y entregarlas juntamente con su vida

su honestidad intacta , anegandose en ellas antes que quedar violada por el Monarca. Mas fué vano el tentativo de sumergirse en ellas para esconder á lo menos su desnudez , vedandose aquellas cohechadas ninfas , que arrebatando con ella , la sacaron del estanque , sin que sus fervorosos ruegos y sollozos , ni su esforzada porfia mereciesen ser atendidos de ellas , y mucho menos de quien ardiendo en la voraz llama de su pasion , irritada de las desnudas gracias y hermosura sin par , la llevó en sus brazos al ara allí dispuesta con ingenioso artificio.

¡O cielo! ¡O tierra! ¡cómo permitisteis, sin vengar tan funesto delito! Mas el brazo vengador estaba ya estendido y armado de la llama que debia abrasar al trono , al Rey , y á su Monarquía. El sol horrorizado de aquel hecho , no pudo retraer su curso , como en el horrible convite de Tiestes , estando ya vecino á su ocaso. Mas bien sí , abrevió su carrera lanzandose de golpe en el seno de Tetis , dexando de repente en tinieblas al suelo asustado en que las aves nocturnas , salidas de sus nidos , iban dando con extraordinarios chillidos funesto agüero. Dió tambien muestras de su horror la misma profanada gruta haciendo temblar sus columnas , resonando al mismo tiempo en ella el lúgubre acento del anidado buho.

Poco le duró al Monarca la satisfaccion de su conseguido intento , convirtiendosele luego en muda confusion y abatimiento , que oprimiendo su pecho , hacia brotar en él con fuerza todos los temores y recelos concebidos de antemano del resentimiento y despecho de la violada Florinda , á quien dexó sin sentidos en las horribles tinieblas del oprobrio padecido, temiendo que descubriera la executada maldad. A este temor sucedió luego el remordimiento de la conciencia que oprimia su ánimo , y que inducido de aquel mismo temor , pensó remediar los funestos efectos , haciendo encerrar á Florinda , encargandola al desvelo de aquellas que facilitaron su violacion. Asi creia Rodrigo eximirse de sus recelos y congojas , de que dió el cargo á Guntrando.

Cubrió entretanto la noche con sus espesas sombras la tierra ; y no viendo la Reyna comparecer á Florinda , pregunta por ella solícita y ansiosa por la misma ; ni quiere entregar sus ojos al sueño si no la veia comparecer , ó no sabia su paradero. Concebia por ella mil temores , sin que ninguno pudiese sosegarla. Leonilda , que era la sola sabedora del indigno suceso , le tenia sepultado en su pecho , y el Rey estaba bien ageno de descubrirle. Antes bien , con aparente sorpresa y fingido afan , fomentaba las

congojas de la Reyna , manifestando estar en el mismo cuidado é incertidumbre que ella por la pérdida de Florinda. Y á fin de sosegarla dando mayor color de verdad á su disimulacion , envia en busca de la doncella varios mensajeros para que solicitasen su hallazgo.

Pero estando de antemano convenido con Guntrando , hacia desviar los mensajeros del lugar en que podian encontrar á la desdichada , ya no virgen , Florinda , la qual enagenada del sentimiento de la padecida ignominia , fué llevada antes que volviera en sí , fuera del Real sitio en brazos de aquellas mismas cohechadas criadas encomendada por Guntrando al cuidado de una de ellas , llamada Areovinda , á fin que velase sobre ella aquella noche , ni la dexase hablar con ninguno , mientras se disponia un sitio seguro donde debia ser trasladada y encerrada al siguiente dia.

Fuera de las dehesas del Real sitio yacia en un valle poco distante la pobre choza de un pastor llamado Amesindo , en la qual puso desde luego los ojos Areovinda , como lugar el mas oportuno para tener á Florinda guardada aquella noche ; y aprobado por Guntrando , fué llevada á la cabaña del pastor , cubierta de tinieblas de la noche , y á tiempo que teniendo ya él encerrado un hato de sus ovejas , resta-

blecia las fuerzas de sus fatigados miembros con el parco sustento que sacaba del esquilmo y de un vecino huerto que cultivaba con sus manos.

Al extraordinario llamamiento de Areovinda no se sobresalta el pastor asegurado de su misma pobreza contra qualquiera accidente. Bien sí, no dexa de extrañar la vista de la doncella, que vuelta en sí del enagenamiento en que la dexó su padecido oprobrio, imploraba con rabioso llanto y con fervidos sollozos la venganza del cielo contra el violador de su entereza. Deseoso el pastor de saber el motivo del trastorno y llanto de aquella doncella que Areovinda le presentaba, se lo pregunta. Mas Areovinda, astuta y zelosa al mismo tiempo del encomendado secreto, lleva al pastor á otra parte y le confia ser aquello un misterio que ella misma ignoraba; teniendo orden del Rey de llevar á su choza aquella doncella, que era noble y de las principales del Reyno; recelando por las dolientes expresiones que la habia oido, que procedian de algun lance muy grave y temible de indagar. Que por lo tanto era forzoso que la tuviese alli en la choza aquella noche, pues al siguiente dia recibiria orden para llevarla á otra parte.

Sorprendido el viejo Amesindo al oir esto, la dice algo alterado: ¿y desde quando sabe el

Rey que existe en la tierra Amesindo? ¿Le faltan por ventura sitios donde enviar á esa doncella , sin ocurrirle el perturbar la quietud de un desconocido pastor que no se cura de la vecindad de la Corte? Sosiega Areovinda al viejo , diciendole : que no habia en aquel encargo motivo alguno de cuidado ni de inquietud , y que por aquel pequeño disturbio esperase una generosa recompensa del Soberano , en cuyo nombre se la prometia , si cuidaba que nada faltase á la doncella en lo que sus circunstancias y pobreza le permitian.

Oyendo esto Amesindo , se presta á las circunstancias de Areovinda , y acude á dar alivio , en lo que podia , á la infeliz Florinda , que al verse en la desdichada choza del pastor, conoció la nueva violencia que padecia , sin saber que paradero habia de tener su desgracia, por la qual se deshacia en llanto. Mas vencida algun tanto por los esmeros y tierna compasion que Amesindo le manifestaba , respiró su dolor prometiendose que él mismo la facilitaria escapar de las violencias de aquella infame muger que la tenia en su guarda , sin desistir por eso de sus sollozos , mientras el oficioso pastor la aderazaba sobre colmenas la mesa que cubrió de frutas de su huerto , instando á la doliente y despechosa Florinda , para que aceptase aque-

llo que era lo único que podía ofrecerla en su pobreza.

Mas Florinda , abandonada á su furioso dolor , negandose á todo alivio , agradece al pastor sus atentos esmeros , rehusa aceptar ningun alimento ; mucho menos el lecho que Amesindo la tenía dispuesto de zaléas , y que cariñosamente la ofrecia para que reconciliase el sueño , que pondria tal vez tregua á sus dolorosos sollozos y tristeza. La horrible idea del padecido deshonor , y el miedo de lo que pudiera hacer Areovinda , representandosele que llevada á aquella solitaria choza , y dada en guarda á aquella muger , iba á quedar expuesta á la detestable prostitucion de quien la habia violado , tuvo tanta fuerza en su honesto pecho , y agitó de tal modo su ánimo , que á pesar de las tinieblas de la noche , resolvió huir de aquella cabaña á qualquier coste , aunque debiese quedar presa de los voraces lobos , ó caer de algun derrumbadero. Nada amedranta á quien prefiere la muerte á su ignominia. Dandole , pues , nuevo aliento su honestidad y el profundo sueño á que vió entregada aquella que debia velarla , comienza á poner en execucion su fuga , viendo imposibilitada á su esfuerzo y osadia la salida de la choza , piensa en suplicar al pastor que se la facilitase ; mas ignorando el lu-

gar donde descansaba , y temiendo despertar á su vela , si le llamaba , debió volver á sus sollozos y llanto , y tolerar , agitada de mil temores , la pesadumbre de aquella eterna noche , hasta que el dia la proporcionase mejor sus intentos.

Rayaron finalmente los albores del anhelado dia , y las aves comenzaban á saludar la llegada de la Aurora , la qual ahuyentando con su resplandor las tristes sombras de la noche , daban algun consuelo á las esperanzas que su ánimo concebía acerca de los esmeros y compasion que le habia manifestado el pastor ; el qual despertado del canto de las aves , no tardó á llevar al pasto su rebaño , sin cuidarse de las que creía estar sepultadas en su profundo sueño. Mas Florinda desvelada , y atenta siempre en su dolor á qualquier momento y ocasion favorable , para poder poner en cobro con la fuga su honestidad , conoció luego que Amesinado salia de su choza ; y sin detenerse se apresura en llegar al pastor , y hallando la salida libre , aviva el paso , y le alcanza al tiempo que encaminaba sus ovejas á una vecina hondura.

Alli postrandose á sus pies , le conjura con sus sollozos y ruegos para que se apiade de ella y de su horrible desventura , diciendole ser ella hija del Conde Don Julian , y sobrina

del Conde Susenando , que vivia en la Villa de Oromeda , Señor que era de ella , y como tal le daria quanto pudiera desear si la ponía salva en sus brazos. Conmovido el pastor Amensindo de su llanto , y mucho mas de la postura humilde y suplicante de la que decia ser hija del Conde Don Julian, no pudo contener las lágrimas , y acogíendola en sus ancianos brazos , la levanta , y la promete que la daria todo el alivio y consuelo que pudiese. Acordósele en aquel momento el encargo del Rey que le dió la noche antes Areovinda , mas venció la compasion á todo temor , sugiriendole que podia conducir á Florinda á la cabaña de otro pastor su vecino , donde encubierta ella con el trage de pastora , podia llegar sin peligro á la Villa de Oromeda , como mostraba desear la misma.

Aprobada esta ocurrencia , la pone luego en execucion , acompañando á Florinda á la cabaña del pastor á quien la dexó encomendada , sintiendo no poderla seguir hasta Oromeda , vedandoselo el encargo de Areovinda , que le obligaba volver á su cabaña , para no dar motivo de sospechar que habia facilitado la fuga de la infeliz doncella , de quien se despidió compadeciendo su desgracia. Habiendo entretanto despertado Areovinda , buscó luego con ojos ávi-

dos á la desaparecida victima , y no viendola en toda la cabaña , ni al pastor á quien queria preguntar por ella , sale afanada y ansiosa en busca de uno y otro , al tiempo que el pastor Amesindo , vuelto de su piadoso oficio , se habia sentado á la sombra de un fresno , teniendo ante sí á su rebaño que pacia.

Habiendole visto Areovinda , se encamina hácia él , y le pregunta por Florinda. Amesindo asegurado del oficio de su compasion , la responde con desden , mezclado con risa : ¿ y quién me hizo á mí guarda de doncellas ? Lo soy de mi rebaño , y no debo cuenta á vos , ni á ninguno de lo que no me debe importar. Si deseais encontrar la doncella , idla á buscar allende , pues ni la ví salir , ni sé tampoco donde para. Con esta respuesta desenfadada de Amesindo , crece mas el afan y desasosiego de Areovinda ; y torciendo hácia otra parte sus agitados pasos , corre en busca de ella de acá por allá preguntando y dando señas de la misma , hasta que cediendo al cansancio su afanosa diligencia , determina ir á dar luego aviso á Guntrando de su fuga.

Este , informado , lo hace saber al Rey Rodrigo , que sumamente sentido por ello , se abandona á mil transportes de enojo. Mas esperando prevenir con la diligencia todas las te-

mibles conseqüencias de aquella fuga , no finge como antes el dar ordenes á los mensajeros por el hallazgo de Florinda ; mas los duplica y los envia secretamente por todos los caminos que hubiera podido tomar la misma , mandóles que do quiera que la encontrasen se la traxasen á Toledo.

Mientras Rodrigo impaciente solicita así el hallazgo de Florinda , recobrada ella en la cabaña del pastor , donde la dexó Amesindo , experimentó todos los piadosos esmeros que podia darla aquella buena gente , compadecida de su estado y de su desgracia , creyendo que fuese otra que la que Florinda ocultaba , ofreciendola la pastora una hija suya para que la acompañase á la Villa de Oromeda , poco distante de allí. Florinda , agradecida á su atencion , se quita las joyas preciosas que llevaba por adorno , y se las entrega , y desprendiendose de su rico trage y de todo lo que la pudiera descubrir , si era encontrada , se viste un pobre y roto sayo de la doncella que la habia de acompañar , para poder llegar desconocida á casa de su tio.

Agradeciendo , pues , á sus huespedes la favorable acogida que la dieron , tomó el camino de Oromeda con el pobre vestido de la pastorcilla que la acompañaba. Devoraban sus ansias y temores la aspereza de las sendas , sin

cansarla , y sin amedrentarla la soledad de los valles que atravesaba. Su fiero dolor la infundia aliento igual al deseo de vengar su irremediable ofensa de quien la habia violado , y cuyas pesquisas eludió llegando felizmente á la villa y casa de su tio , donde entró sin que la contuviese ningun reparo , ni el mismo pobre vestido que llevaba , con el qual se arrojó á los pies del Conde , prorumpiendo en sollozos que le impedian el darse á conocer á su tio. Este, sorprendido de aquella novedad , no conociendo á su sobrina cubierta de aquellos arapos , se esmeraba en preguntarla qué queria , y qual era la causa de su sentimiento.

Luego que Florinda pudo proferir su nombre , la levanta del suelo en que ella postrada á sus pies se deshacia en llanto , y quiere que le declare el motivo de aquella extraña venida , de su duelo y trage. Contrastaba con el dolor de la doncella la vergüenza y confusion que padecia en descubrir su deshonor. Mas venciendo el deseo de la venganza á la vergüenza , le declara aunque con mal expresados términos su desgracia. Sorprendido y atónito Susenando , no acababa de creerla , ni de entenderla del todo , hasta que ella satisfizo á sus preguntas. No resiste él entonces á la indignacion y rabia que se apoderan de su severo pecho , y que llega-

ron á trastornarle los sentidos. Luego impelido del encendido enojo se levanta furioso , y qual tigre que no puede morder la saeta que le queda clavada en el dorso , se vuelve y se revuelve en vano contra el dardo que sigue sus vueltas , exâsperando mas su fiereza.

Pide entonces armas á gritos , jurando arrancar el alma al detestable forzador de su ilustre sobrina , y de lavar en su sangre el oprobrio de su familia. Luego templando un poco á su rabia la compasion y cariño de su sobrina que lloraba amargamente , la cierra entre sus brazos , y mezclando sus lágrimas á las de Florinda , rugía como leon , y la prometia venganza ; la que exâsperando de nuevo su pecho, corre como frenetico á ceñirse el peto y la espada, mandando enjaezar luego los caballos para encaminarse á Toledo , y hacer pedazos al Rey Rodrigo , acometiendole do quiera que le encontrase , aunque fuera en su mismo solio.

Le contienen sus allegados , y le impiden esta furiosa resolucion , en la qual iba á exponer su vida , sin llegar á conseguir el intento de su venganza ; y aconsejado de los mismos, abraza el partido mejor y mas seguro de conducir á Florinda á su padre , para incitarle mas á la venganza , y tomarla mas segura y oportuna. Resuelto esto , apresura la partida, for-

mando una numerosa escolta de algunos de sus valientes criados y vasallos, para mayor seguridad de su persona y de Florinda contra qualquier riesgo que le pudiera acontecer en el camino.

Rodrigo entretanto, viendo que eran vanos todos sus desvelos y esmeros para encontrar la fugitiva Florinda, sin saberle dar razon de su paradero los enviados mensageros, se acuerda de la súplica que ella le hizo para que la enviase al Africa á su padre, ó bien á Oromeda, donde se hallaba su tio Susenando. Y sospechando que Florinda hubiese dirigido sus pasos hácia aquella villa, determina enviar gente, para que, en caso que se hallase alli, se la traxesen á Toledo. No contento de dar á qualquiera aquel encargo, quiso que fuese en persona el mismo Guntrando para mas asegurarse del hecho.

Aceptó Guntrando aquel encargo, tanto mas ufano y satisfecho, quanto mas seguro y confiado estaba de poder complacer al Rey en aquella empresa; para lo qual juntó un lucido esquadron, en que quiso tuviese el segundo lugar su hijo Atanagildo, con quien se encaminó hácia Oromeda, capitaneando él aquella escogida compañía; ni descansó hasta llegar á la villa. Antes de entrar en ella divide su gente para que pudiesen tomar todas las salidas de la

villa , reservandose para sí el empeño de llegar á la casa del Conde Susenando , y de sacar de ella á Florinda para llevarla á Toledo , despues que se informó hallarse allí la misma. Mas los hados que velaban sobre ella , y que abreviaban el término de la vida á Guntrando, induxeron al Conde Susenando á salir de Oromeda al tiempo que se hallaba ya sobre ella Guntrando.

Iba Florinda montada en un lindo caballo, quanto seguro y obediente , veloz otro tanto , y que en caso de un imprevisto accidente pudiera ponerla luego en salvo. La pareaba en un ardiente alazan el Conde Susenando , seguido de su gente escogida , y ageno de verse tan presto perseguido. Porque apenas llegó á perder de vista las torres de Oromeda , oye el retumbo de las huellas resonantes de los caballos que iban en su busca , y luego vió de lejos la espesa polvareda que levantaban , y que impedía conocer quienes eran , y el intento y fin de su marcha apresurada.

Viendo sin embargo que relucian entre el polvo los desnudos aceros heridos de los rayos del sol , sospechó que fuese gente del Rey que le perseguia ; y sin mas esperar manda á los suyos que desenvaynasen tambien las espadas , y que acometiesen luego á los que venian si les

acomerian. A Florinda mandó que se retraxera á un bosque que estaba alli vecino , para que no sirviera de estorbo en la pelea , si se trababa ; y para que en caso que quedase él vencido con los suyos , pudiese ella huir y librarse de la persecucion del Rey ; y luego que la vió puesta en cóbro , dexandola afanada y temerosa , torció su caballo , y poniendose con los suyos en ordenanza , esperó á los que se acercaban.

Conociendo Guntrando ser aquella la escolta del Conde y que se ponía en defensa, grita que rindiesen las armas á las del Soberano. Susenando oyendo esto , manda á los suyos que embistiesen confiado en su fidelidad y esfuerzo, que manifestaron luego impeliendo sus caballos contra los que les amenazaban, y los desbaratan, travando confundidos entre sí todos sangrienta riña , que avivan con sus mutuos denuestos , é improperios , acompañados de estocadas. Sostiene á los suyos Guntrando , acordandoles el justo derecho y la recompensa del Soberano por quien combatian. Susenando infunde mayor aliento á los suyos , diciendoles , que solo podian esperar una muerte ignominiosa si no se exímian de ella con la victoria , ó muriendo esforzadamente con las armas en la mano.

Era visible la ventaja que dió á los de Susenando su furiosa embestida, derribando de los caballos á algunos de los contrarios que no esperaban de ellos tan resoluta oposicion; y continuando con la misma ventaja, llegó á temer Guntrando que cediesen enteramente los suyos, á quienes se les hacia especialmente temible el Conde, que los apremiaba con terrible denuedo y fortaleza. Para sostenerlos con su exemplo y presencia, determina pasar adelante con su caballo, y acometer al Conde, el qual reconociendo entonces el infame autor y ministro de la violacion de su sobrina, se enciende en deseos de vengar con su muerte el ultrage de Florinda.

El demasiado ardor de la venganza que le animaba, le roba la entera satisfaccion que hubiera podido tener si hubiese embestido de cerca á Guntrando, hiriendole solo levemente por la distancia en que se hallaba. Tuvo asi tiempo Guntrando para vengarse de la herida recibida, tirandole una estocada que hubiera decidido de la victoria, si no la hubiese reparado el peto de que iba ceñido Susenando, sintiendo solo el dolor de la contusion del golpe. Concibe entonces esperanzas su encendida indignacion de no errar en sus miras, y lo consigue, hiriendo á Guntrando en el costado al tiempo que

este se restablecia de la violenta postura que debió tomar inclinándose sobre su caballo para poder herir á Susenando.

No sintió en aquel instante Guntrando ser mortal su herida, teniendo todavia esfuerzo para herir de nuevo á Susenando, que se habia acercado pasandole el brazo de parte á parte. Mas le abandonó el aliento en la misma accion, sin quedarle esfuerzo para retirar la espada del brazo traspasado de Susenando, dexandola clavada en él, y pendiente de la misma herida, para dexarse caer sobre la cerviz de su caballo, y de alli al suelo. A pesar de la herida quiere Susenando doblar el golpe al tiempo que iba á caer Guntrando, mas se lo veda la pendiente espada atravesada en el mollejo de su brazo derecho, que le embarazó la accion,

En vez, pues, de herir al que caia, debió sacar la clavada espada con la siniestra, con la qual era forzoso que contuviera á su azorado caballo, y no pudiendolo hacer facilmente, dió tiempo á Atanagildo, hijo del caido Guntrando, para vengar á su padre, que creia haber muerto, embistiendo al victorioso Conde, á quien cogió al improviso, sorprendiendole en el acto de arrancar la espada de la herida, y lo hiere cabalmente en el mismo brazo siniestro, con que acababa de sacarla. Vuel-

ve entonces sobre sí Susenando , y qual pedernal que batido chispea , se enciende en furor su exâsperado pecho contra el infeliz mancebo , y sin curarse del dolor , y de los rios de sangre que brotaba su herido brazo, lo impele contra él , y le traspasa el seno con la espada teñida en la sangre de su padre.

El herido Atanagildo , arroja entonces un grito , precursor del alma , que le desamparó en aquel momento mismo , cayendo el cuerpo sin ella , sobre el cuerpo de su padre aun con vida , á quien quiso vengar. Su muerte dió fin á la pelea. Porque sus secuaces viendose sin los dos xefes , procuran evitar la muerte con la fuga , á la qual entregan sus caballos unos tras otros. Vedó á los suyos Susenando el darles alcance , contento y satisfecho de la obtenida victoria. Y deseoso de certificarse si el caído Guntrando vivia , hizo quitar el cadaver de su hijo Atanagildo , que cayó sobre él. Viendo que todavia sufría las vascas de la muerte , quiso complacer á su venganza desatendiendo al dolor de sus heridas , y desde su caballo , aunque animado de la ufana satisfaccion de su venganza , dice al semivivo Guntrando , haciendole sostener de los suyos : ¿ esperabas por ventura que el esfuerzo y el valor habian de corresponder á tus infames consejos , ministro detestable

del deshonor de una ilustre doncella? Tu muerte, en el campo consagrado al honor, no satisface enteramente ni á mi ultrajada familia, ni á mi justa venganza. El cielo que me hizo vengador de sus ultrages, cometidos por tí, me concede el gozo de borrar con tu sangre y con tu muerte infame el oprobrio impuesto á mi linage.

Sin decir mas, por temor que la muerte de Guntrando previniera á los deseos é intentos de su venganza, manda echarle al cuello las riendas de su caballo, y ahorcarle con ellas de un arbol. Conoció Guntrando, aunque moribundo, el orden que executaban en él, expresando su fiero sentimiento con los resuellos, al tiempo que le arrastraban como animal por el suelo, tirado de las riendas con que le conducian al suplicio que executaron luego en él, dexandole ahorcado y pendiente de un alcorneque. Asi acabó infelizmente el que viendose poco antes en la cumbre de la grandeza, y árbitro del Reyno, le gobernaba á su antojo, haciendo ceder á las miras de su ambicion los fueros de la justicia y de la deshonestidad, tan gravemente violada en el pudor é inocencia de Florinda.

## LIBRO CUARTO.

**U**fano y satisfecho entonces Susenando de la obtenida victoria , y mucho mas de la muerte de Guntrando , atendió lo primero á reparar de priesa , y como podia , sus propias heridas , y las que habian recibido los suyos en la pelea , encaminandose á este fin al bosque en que habia dexado á Florinda , encargandola que esperase alli el éxito del encuentro con los que le perseguian. Creyó de hecho encontrarla alli mismo : pero Florinda , apremiada del terror que le causó el travado combate , no tuvo aliento para contener el ardor de su caballo , que espantado de los gritos de los combatientes , partió de carrera , semejante al rayo que discurre por la atmósfera , llevando consigo á Florinda , cuyo ligero peso no sentia. Ni hubiera parado en su fuga enardecida que tomaba por qualquiera senda que se le presentaba , si no hubiera ido á parar á una selva sin salida , donde se metió al tiempo que la noche comenzaba á cubrir de sus sombras los campos y los valles.

Florinda medio muerta y trastornada del largo camino , y de la carrera violenta del caballo que la llevaba á su antojo , teniendose asi-

da á su crin , para que no la derribase , luego que le vió parado se desprendió de la silla , para ganar el suelo que la recibió en la espesa y florida yerba que criaba aquella selva , sin permitirle el padecido espanto atender á otra cosa que al peligro que habia corrido en la ardiente fuga de su caballo. Mas luego que el padecido susto la dió lugar para volver en sí , y para fixar su mente en las circunstancias en que se hallaba , viendose sola , y teniendo sobre sí la noche en aquella selva solitaria , y perdido el amparo de su tio Susenando , se abandonó al espanto y duelo que le avivaban las sombras de aquel bosque , en cuyo suelo yacia.

No pudo entonces contener el llanto , y obligada de su dolor exclamó : ¡ó infeliz de mí ! ¡baxo qué funesta estrella recibí un ser tan desdichado ! A qué muerte me reserva mi contraria suerte , que arrancandome de los brazos de mi amado padre , me expuso á ser victima de mi forzador , y no contenta de haber satisfecho su fiereza en mi deshonra , me priva del solo amparo que parecia haberme concedido el cielo en mi tio Susenando , para arrojarme en este desierto , donde quedo expuesta á las garras de los hambrientos lobos que pueden venir á saciar en mi cuerpo su voracidad. Mas ¡ah ! qué importa el acabar una vida aborrecible , si asi solo puede

acabar mi ignominia. Venid, pues, venid fieros moradores de las selvas, y destruyan vuestras garras á una hermosura que fue solo don funesto de mi destino, para colmo de mis males y desventura.

¿Pero deberé morir sin ver antes vengado mi deshonor? ¿Mi enemiga suerte querra robarme tambien la satisfaccion de ver aniquilado al detestable forzador de mi entereza? ¿Ni podré ver lavado en su sangre mi desdoro? ¡O justos cielos! Si acaso os mueve á piedad mi forzada inocencia, hecha juguete de atroces males, protejala vuestro poder, y merezca mi quebranto en la horrible situacion en que me veo, y estas ardientes lágrimas que sulcan mis mejillas, el solo consuelo de ver diferida mi muerte hasta que llegue á ver vengada mi ignominia.

De esta suerte la infeliz Florinda desahogaba las penas de su pecho, acompañando á sus quejas y sollozos el blando susurro del viento, que rebullendo entre las hojas de los árboles las movia, sacando de ellas un flebil ruido que mezclado al murmullo de una fuente que alli cerca se desprendia entre peñas, parecia querer reconciliar el sueño de la desolada doncella, que sentada sobre la mullida yerba, y reclinada al tronco de un árbol de aquella selva, deshaciendose en llanto, estaba bien agena de grangear-

se el descanso. Mas el amor que velaba sobre ella , y que habia encaminado alli el caballo , quiso poner tregua á sus males , pidiendoselo al dios Morfeo , el qual rociando luego con licor letheo su hermoso rostro , la obligó á cerrar sus ojos al sueño , reparador de las penas y afliccion de los mortales.

Sin pensarlo , pues , y sin quererlo , duermeme Florinda agena de esperar el singular consuelo que le tenia reservado el amor en el siguiente dia , despues que se sirvió de su hermosura para avasallar el ánimo del Rey Rodrigo , y conseguir asi la ruina de su trono y Monarquía , incitando á Florinda á la venganza , no menos que al Conde Susenando , cuya reconciliacion con el Rey se la hacia imposible la muerte de Guntrando y de su hijo Atanagildo , para hacerle servir á sus intentos , sin que retardase la pérdida de Florinda ; porque no hallandola en el bosque en donde la habia dexado , ni en las cercanias en que la hizo buscar , se lisongeaba encontrarla en la primera villa á donde aquel camino conducia.

Llegado á ella , como se desvaneciesen sus lisonjas haciendola buscar , y buscandola él mismo vanamente , resolvió , obligado del temor de ser perseguido por el Rey , de proseguir su derrota , encomendando á Florinda al cielo

protector de la inocencia perseguida , recompensando al dolor que probaba por su pérdida , la complacencia que le daba la obtenida victoria de Guntrando. Y á fin de ganar camino se aprovechó de las tinieblas de la noche , como tambien para eludir las pesquisas de Rodrigo , recelando siempre que fuesen en su alcance los esquadrones que supo de los vencidos quedar en Oromeda , dexados por Guntrando, á fin que ocupasen todas las salidas de la villa.

Entretanto Florinda , vencida del sueño, daba treguas á su duelo y congojas ; ni pudo recobrar sus sentidos , hasta que el sol salido despuntó sobre las peñas que cerraban por todas partes aquel bosque en que ella se hallaba , quedando sorprendida apenas dispierta de la hermosísima vista que la ofrecia aquella selva , con que parecia haber querido remedar la naturaleza un delicioso anfiteatro , cerrandola al rededor de altos roquedos , que coronados de vástagos frondosos y floridos , no dexaban otra entrada que la sola senda que tomó el caballo. Ocupaban el centro de aquel anfiteatro excellosos árboles , cuyas pomposas copas impedían la entrada al sol , manteniendo con su opaca sombra el suave horror que difundían sus añejos troncos , y el plácido silencio que rompía el murmullo de la fuente , cuyas aguas quebrantando

su curso entre las peñas , iban á dar en un remanso , de donde salian divididas en dos arroyos , que besando las flores y verdura de sus márgenes , unian su murmullo al canto de las aves que hacian mas deliciosa aquella morada.

Embelesada Florinda de aquella vista , iba á dar entrada en su pecho al contento que parecia quererla infundir á su pesar la naturaleza en aquel ameno sitio. Se avivó mas este suave afecto de su alma , quando vió á su caballo que pacia la yerba de aquel dilatado prado , y que levantando á veces su cerviz , fixaba en ella sus ardientes ojos , como si ufano de haberla salvado del peligro , quisiese decirla que estaba pronto para recibirla de nuevo. Lo hubiera executado Florinda , si no se lo vedára la incertidumbre en que se hallaba del exíto que tuvo el encuentro de su tio Susenando , con los que le perseguian. Y asi quedaba alli como atada del temor de ir á dar con sus perseguidores , si salia de aquel seguro asilo.

Por otra parte se lisongeaba descubrir tal vez algun piadoso pastor , como el buen viejo Amesindo , y que apiadandose de ella y de sus circunstancias , podria informarla del lugar en que se hallaba , y del exíto de la pelea de Susenando. Los deseos que de ello sentia , la sugieren que sin salir de aquel sitio , podia atala-

yar desde alguna de las mas baxas peñas que cercaban aquel bosque , si veía gente á quien pudiese confiar su triste situacion , para que la ayudasen á salir de ella. Determinada finalmente á esto , iba á moverse al tiempo en que la detiene un ruido repentino que la amedrenta y la hace sobresaltar.

La obliga el mismo temor á torcer la cabeza para conocer la causa , y vé que era un rebaño de ovejas que entraban de tropel en el bosque , por el qual se esparcian á su antojo. Se trocó la turbacion de Florinda en mas vivo júbilo y consuelo , que casi llegó á borrar en aquel momento la memoria de todos sus males, y le infunde segura esperanza de que el humilde xefe de aquel manso y lanudo esquadron, la pudiese consolar y dexar satisfechas sus ansias. Ni tardó á ver al que deseaba ; mas en vez del viejo pastor , como Amesindo , descubre á un gallardo zagal , cuya noble presencia parecia que recibiese afrenta del pobre y roto sayo que le cubria.

Sorprendido tambien él de la vista del hermoso caballo de Florinda , que fue el primer objeto que se presentó á sus ojos , se acerca á él , y parandose á mirarle , le contempla con alborozo , luego le palpa y acaricia con familiaridad que denotaba entenderse de su noble ma-

nejo y ejercicio , y volviendose á ver si descubria á su dueño , descubre á Florinda , habiendoselo impedido antes los interpuestos árboles. Su hermosa presencia y señoril trage le encogen y confunden , mucho mas pareciendole á él que no eran extrañas á sus ojos las facciones de su rostro , y luchaba con su memoria para recapacitar si atinaba en conocerla. Esto no impidió que la saludase con respeto sin acercarse á ella , como avergonzandose de ser visto de la misma.

Le miraba al mismo tiempo Florinda , pero con sentimiento de ternura y gozo que le infundia la esperanza de que aquel pastor remediase á sus penas. Para ello le dice sin descubrirse : pastor , ¿ quién es el dueño de este delicioso sitio ? El dulce acento de la voz de Florinda aviva las sospechas que su vista le hizo nacer en su mente ; y al instante la reconociera por Florinda , si no se lo impidiera la circunstancia de verla sola en aquel sitio tan distante , y tan ageno de la misma Florinda. Alegrandose sin embargo , que le hubiese ella dado motivo para poder salir de las dudas en que estaba , si era ella , como lo sospechaba , le responde : señora , este delicioso bosque pertenece á un rico labrador que vive lejos de aquí , y yo le disfruto conduciendo aquí estas mis ovejas , que

me dan el sustento , y son el solo bien que me ha dexado la suerte.

Las traigo aqui á pacer , antes que á otra parte , porque prendado tambien yo de la dulce tranquilidad y sosiego que fomenta en el ánimo esta soledad apacible , vengo á gozarla de costumbre. Sentado aqui á estas sombras suelo desahogar sin testigos importunos las penas que apremian á mi pecho desdichado , y lo que peor es , tal vez sin remedio , queriendolo asi mi cruel destino , el qual suele hacer á los hombres juguetes de sus designios. Asi paso aqui por lo comun mi pobre vida , que aunque lejos del trato de los hombres , pudiera ser dichosa , si no me viera privado de una sola cosa , á la qual aspiraba ; y sin ella no es posible que halle alivio mi corazon , ni que llegue jamas á probar el cumplido gozo que me grangearia esta misma vida que llevo , aunque rustica y al parecer desagradable.

Conmovida sobremanera Florinda del discurso del pastor , le replica , diciendo con tono afectuoso : errada anduve , pues , en mis cuentas. Asi experimento que engaña no menos la apariencia pobre que la rica ; pues estándò yo para envidiar vuestra vida y condicion , aunque pobre , por parecerme asi feliz , y por teneros por dichoso en ella , me manifestais lo

contrario ; de donde infiero que no habrá tal vez hombre en la tierra , ora sea pobre , ora rico , á quien dexe ser dichoso la enemiga suerte ; pues vos mismo , lejos del trato de los hombres , en esta deliciosa soledad la experimentais tan adversa y enemiga como decís.

Al oír esto el pastor , suspira diciendo : ¡ ah ! podrá tal vez haber otros que experimentan contraria á la fortuna , pues no hay ningun hombre que nazca enteramente dichoso , ni que pueda llamarse tal. Mas tengo por seguro que no habrá ninguno que sea tan infeliz quanto yo lo soy. En esto convinierais vos misma , si os contára una sola parte de los males á que me expuso mi destino. Ni dudo que si os los descubriera , la envidia que me manifestais tener á mi pobre estado , y á mi pacífica condicion , se trocára en compasion dolorosa , y tal vez en llanto , y llanto muy acerbo. Pero para colmo de mi desventura , me veda tambien el descubrirlos mi enemiga suerte , sin poder tener en ellos el pequeño alivio de todos los desdichados , que comunicando á otros sus penas tienen la satisfaccion de ser compadecidos , aunque no puedan ser remediados.

Interesada mucho mas Florinda en saber las desgracias que el pastor le indicaba sin manifestarlas , le vuelve á replicar : no acabo de

comprender como pueda seros tan contraria la suerte , que llegue á poner impedimento al espontáneo descubrimiento de vuestros males , diciendolos especialmente á quien movida á compasion por ellos , y hallandose aqui sin testigos , pudiera á lo menos apiadaros , y si el temor de que pueda redundar en detrimento vuestro , os retrae de hacerme una tal confianza , me parece que agraviais especialmente en este lugar solitario , á quien , aunque muger , supiera guardaros el debido secreto.

Obligado el pastor del apasionado y tierno interés con que Florinda le manifestaba el deseo de saber sus desgracias , resuelve hacerla la narracion de ellas. Mas no estando asegurado que ella fuese Florinda , aunque se le acrecentaron las sospechas de ello , comenzó á decir asi sin descubrir su nombre , ni el de su patria y padre. No queda ya alvedrio para dexaros de manifestar lo que con modo tan atento y compasivo deseais saber , por mas que deba seguirseme mayor daño y perjuicio que el que yo pudiera temer , si no me asegurase la palabra que me acabais de dar de guardarme el secreto ; del qual no solamente me asegura vuestro noble porte y la manifestada compasion , sino tambien la misma entidad de mis desventuras.

Sabed , pues , que roto y pobre , qual me

veis en este traje rustico y despreciable , recibí el ser infeliz que arrastro por estas selvas , de nobles y ricos padres , y crecí en el seno opulento de la grandeza , origen de todas mis desgracias ; las que comencé á probar desde que llegué á la edad en que vuestro sexó amable , y el amor , hacen sentir en el pecho sus primeras y dulces impresiones , prometien dome en mi rico estado una doncella igual que correspondiera con su afecto al mio , y cuyo dulce genio y hermosura , templando los ardores de la pasion , pudiese poner el colmo á mi dicha con su tierna y suave correspondencia.

Satisfizo á mis deseos la fortuna , proporcionandome el casamiento con una doncella , en quien concurrían singular hermosura y gracias , con honestidad , estado ilustre y riqueza. Quédé tan prendado de ella desde el primer momento que me proporcionaron su vista nuestros padres , que no hallé ya sosiego , ni me parecia que le pudiese probar hasta tanto que no llegase á poseerla. Asi quedó convenido nuestro casamiento con tan grande alborozo y satisfaccion de mi alma , que hubiera antes renunciado á los mayores honores y riquezas de este suelo , que á su posesion. Mas la suerte que esperaba verme levantado á la cumbre de mi mayor dicha , para hacerme mas dolorosa mi

caída desde lugar mas elevado , me arrebató luego á mi padre , y con su muerte me privó no solamente de mi rico estado y bienes , para arrojarme en un abismo de males , sino tambien lo que á todos mis males excede , me alejó con violencia de mi prometida esposa , para perderla tal vez ¡ ah ! para siempre.

Diciendo esto no pudo contener el pastor las lágrimas que le arrancaba la memoria de su pérdida esposa , sacandoselas tambien á Florinda , que le oia con tierna conmocion , como si ella fuese la pérdida esposa del pastor , el qual volviendo á tomar el hilo de su narracion , prosiguió á decir : no os parezca que acabe aqui la doliente historia de mis desventuras ; pues no contenta la suerte de haberme quitado todos mis bienes , llegó á envidiarme tambien la vida , la vida , don ya solo funesto , y el único que me quedaba , y que yo le hubiera arrojado al rostro con desden digno de su cruel envidia , si no me hubiese contenido la lisonja que alimentó siempre mi pecho , de que el tiempo coronaria mi sufrimiento , obligandome á ponerme en salvo con la fuga , para eludir asi la muerte que quiso darme un señor de los mas poderosos del Reyno.

Asi triste , perseguido , y pobre , perdidos mis haberes y riquezas , me ví obligado á ofre-

cer estos brazos al rústico destajo á que no estaban acostumbrados, si queria ganar mi sustento; debiendo tambien encubrir baxo este roto sayo mi nombre, patria, y padres, á fin de no ser conocido de ninguno en estas selvas, en que arrastro una infeliz vida con este mi ganado, por solo amor de aquella que olvidada talvez de mí infeliz, habrá sin duda puesto sus ojos y afecto en otro mas afortunado amante, mientras quedo yo aqui penando por ella, y suspirando de continuo, pues todavia me merece, y merecerá para siempre este llanto que me obliga á poner fin á mi importuno discurso.

Las nuevas lágrimas en que prorumpió el pastor profiriendo aquellas últimas palabras, y la relacion de sus desventuras no pudieron dexar de interesar sumamente á Florinda, especialmente cotejando su infeliz estado y trage, con su ilustre nacimiento, y con sus pérdidas riquezas; y echando de ver en su narracion que esta pudiera convenir en todo á las desgracias de su perdido Evanio, llegó á infundirla dudas, si lo seria, especialmente por la semejanza de su estatura y presencia, aunque desfigurado de su rústico trage, y de la tez de su rostro, tostado de los soles, y demudado de los trabajos de aquella rústica vida que llevaba.

Movida por dos veces de estas sospechas

que su relacion le infundia , quiso interrumpirle para salir de aquellas dudas ; y lo hubiera executado si no la contuviera el saber que Evanio habia huido al Africa , como habia oido decir , y si no se lo vedára tambien el llanto que le causaba la conmocion tierna que padecia. Mucho menos lo pudo executar , luego que el pastor dió fin á su historia , porque penetrada entonces de los nuevos sollozos del pastor , prorumpió ella en otros mayores , de modo que conmovido el pastor del grande duelo que ella manifestaba , la dixo : señora , ese vuestro extraordinario quebranto penetra mi corazon ; y el motivo talvez que lo causa , pudiera interesar mas á mi pecho que mi misma suerte , aunque tan desdichada : ¿ pudiera yo saberlo por ventura ? Lo deseára , no por otro motivo que para remediar vuestro desconsuelo , pues á las veces recibimos tambien alivio de aquellos de quienes menos lo esperamos ; y un desdichado puede darlo tambien al mismo que le mira con desprecio.

Debió esperar un rato el pastor , que Florinda satisficiera á su pregunta , vedandoselo sus continuados sollozos , lós que acallados por un poco , le respondió : no os parezca que este mi quebranto proceda solo de la relacion de vuestras desgracias , pues nace tambien de la memo-

ria que me renovais de las mias , no inferiores talvez á las vuestras. ¡ Ah ! si supierais , pastor, el exceso de los males que padezco , talvez os causarian tan gran duelo que llegariais á borrar la memoria de los vuestros ; pues sin padre , sin esposo , que como vos apenas prometido , debió salvar su vida con la fuga , perseguido de su adversa fortuna , me hallo aquí sola y perseguida , sin saber como poner en cobro una hermosura que fué el origen de mis desgracias.

Oyendo esto el pastor , no pudo dexar de interrumpirla , diciendola : perdonad , señora , si rompo el hilo de vuestro discurso , pues lo que acabais de proferir me interesa mas de lo que podeis pensar , especialmente lo que insinuais acerca de vuestro esposo , que apenas prometido debió salvar su vida con la fuga : ¿ por ventura pudiera yo saber su nombre ? Porque si es el que vuestra relacion y presencia me hacen sospechar , tal vez tuvieran fin vuestros males y los mios. Florinda , conmovida de estas palabras del pastor , y del tono con que las decia , pareciendo que quisiese significarla ser él , Evanio , exclamó : ¿ cómo ? ¿ qué me quereis decir , acaso soís vos Evanio , hijo de Vítiza ?

Penetrado del sumo consuelo que le infundia al pastor su proferido nombre , que le ha-

cia reconocer del todo á Florinda , se arroja á sus pies diciendo con lágrimas : yo , yo soy hermosa Florinda , el feliz Evanio , poco antes el mas infeliz de los hombres , y ahora el mas venturoso. Conmovida tambien sobremanera Florinda del descubrimiento del pastor que se prostaba á sus pies profiriendo su nombre , exclama enternecida : ¿ qué veo ? ¡ cielos ! ¿ vos Evanio ? ¡ ó gozo que llega casi á sufocar mi pecho ! dicho esto manifiesta á Evanio con sus demostraciones el sumo alborozo que le causaba su increíble y no esperado hallazgo , obligandole á que se levantase del suelo en que estaba á sus pies de rodillas , y rogandole le contase cómo era que se hallaba en aquel desierto , y no en Africa , segun la habia dicho su propio padre.

Obligado de las instancias de Florinda , se levanta Evanio , y sentandose junto á ella , satisface á su pregunta contandola su salida de Toledo con Eudas , y su determinacion de vivir escondido en aquel desierto , donde le pareció quedar seguro de las pesquisas del Rey Rodrigo , fomentando en su corazon la esperanza de reverla algun dia , y de poseerla. Mas á vos , Florinda , continuó á decirle Evanio , ¿ qué deidad tan propicia os encaminó acá , á esta selva , y desierto ? ¿ cómo es que os veo

sola , sin ninguno que os acompañe? ¿Quáles son esos males y desgracias que tanto encareceis , y que afligen tanto á vuestro pecho? ¿Qué es de vuestro padre? ¿Ese caballo que significa? Contadlo todo, pues ansío sumamente el saberlo.

Florinda , exclamó entonces : ¡ó quanto mejor fuera que pudiesen quedar sepultadas en eterno olvido mis desgracias, y con ellas mi vida , que no el manifestarlas por mí misma! Más puesto que tanto deseais oirlas , y es forzoso el complaceros , fortaleced de antemano , Evanio, vuestro corazon contra el mas funesto rayo , talvez , con que hará prueba nuestra enemiga suerte del temple y constancia de vuestro amor. Pues si debo haceros la relacion cumplida de mis desventuras , deberé decir lo que á vos será mas sensible de oir , y á mí mas vergonzoso de contar. Y aunque fuera sin duda mas discreto el callarlo , temiendo yo sin embargo que la fama me usurpe el merito de una justa confianza que pudiera echar menos un esposo prometido , venceré mi rubor , que nada os dexará oculto. Oidlo.

No me detengo en deciros qual fué mi sentimiento , quando esperando tocar el término de mis esperanzas y deseos con nuestro casamiento , por dos veces interrumpido , me lle-

gó la nueva que habiais desaparecido repentinamente de Toledo , sin saberse el motivo de vuestra fuga. Agitada y ansiosa acudí á mi padre para saber la causa, y él, queriendo sin duda templar el dolor que debia causarme la verdad, si me la descubria, la disimuló diciendome que ibais al Africa, enviado por el Rey; pero que habiais de volver quanto antes, acabada la comision, para efectuar el casamiento.

En estas lisonjas y confianza quedaba yo, aunque afligida, quando improvisamente veo comparecer al Rey Rodrigo en el jardin de mi casa, donde me hallaba yo con otras amigas mias. El motivo de su extraordinaria venida fué el querer que mi padre aceptase el Gobierno de las provincias Africanas, durante el qual dixo que la Reyna queria tener la satisfaccion de que yo quedase en su compañía, y de mirar por mí como mi difunta madre. Lisongeado mi padre de tantos honores y promesas del Soberano, no dudó en aceptar el ilustre empleo que el Rey le ofrecia, ni de dexarme encomendada al cariño de la Reyna, como lo hizo.

Mas yo eché de ver luego, que el Rey, prendado de mí, acechaba á mi honestidad, pensando él avasallarla á sus ricos presentes y magnificas promesas, hasta que viendo que no

era tan vil y baxo mi recato, me declaró su passion con porfia de Rey, y de Rey amante, que porque mucho puede, quiere poder tambien quanto se le antoja. Lo desengañó mi honor; y él resentido por tal desengaño, quiso sin duda vengarse de mi constancia con la violencia. Se valió para ello de una dama de la Reyna, llamada Leonilda, con la qual solia ir á bañarme freqüentemente en el estanque de la gruta del Tajo, que sabeis, pues me ví alli sorprendida del Monarca, que cubrió mis ojos de funestas tinieblas, presintiendo yo mi desgracia.

Para evitarla, quise anegarme en las aguas, y salvar asi mi decoro con la muerte; pero lo intenté en vano, debiendo ceder todos mis esfuerzos á la violencia de la traicion tomada de antemano, para que no la pudiese yo evitar, como sucedió para mi mayor desventura, viendome trasladada en brazos de mugeres deshonestas que me arrebataron del baño, al tálamo de mi ignominia, pues á despecho de mis sollozos, y de mi rabiosa desesperacion triunfó la fuerza de mi honor, y de mi inocencia. ¡O Evanio! ¡O cielos! ¡O dia el mas funesto para mí!

Diciendo esto prorumpe Florinda en amargo llanto que la vedó proseguir el discurso, dexando á Evanio atónito, y enagenado del

fiero dolor de noticia tan funesta , que lo tuvo absorto en silencio , semejante al que precede á la tempestad , mirandola con ojos preñados de llanto , que indicaba el furor de su sentimiento ; mas sin manifestarselo todavia, la rogó que continuase su narracion. Ella prosiguió diciendo : en tan horrible estado , en que quedé privada de sentidos , me trasladaron , no sé como , á la cabaña de un pastor fuera del Real sitio , guardandome alli á vista , no sé porque , una de aquellas mugeres infames que facilitaron al Rey el triunfo de mi decoro.

A pesar de los desvelos de la misma , el piadoso pastor me proporcionó llegar salva á la Villa de Oromeda , y á casa de mi tio Susenando , á quien conté mi funesta desgracia. El indignado sumamente de tal agravio , jura vengarse de mi forzador ; y resuelve á este fin llevarme al Africa á mi padre , partiendo los dos de Oromeda , escoltados de gente fiel y escogida. Iba yo en ese caballo , mas apenas perdimos de vista á Oromeda , nos dió alcance un esquadron que sin duda nos perseguia , lo que conocido por mi tio , resuelve ponerse en defensa con su gente , y me manda á mí que me escondiera en un bosque vecino , aconsejandome á ponerme en salvo , en caso que él quedase vencido.

Mas apenas se travó entre ellos la pelea, quando azorado de sus gritos mi caballo , parte de carrera , y me arrebató el freno de las manos , viendome precisada á asirme de su crin para poderme sostener en el asiento. No paró , caminando toda aquella tarde , hasta que habiendose encerrado él mismo en esta selva , encaminado sin duda por alguna favorable deidad , me dió lugar para desprenderme de la silla y ganar el suelo deseado , donde pasé la noche reclinada á este tronco , hasta que el cansancio y el sueño , venciendo mis temores , mi llanto , y mi desesperacion , me dexaron disfrutar del descanso , despertando amanecido ya el dia , el mas fausto para mí , en que el cielo compadecido de mi desgracia , quiso darme el mayor consuelo que podia yo esperar con vuestro hallazgo.

Asi dió fin á su narracion Florinda , quedando Evanio mirando fixo al suelo en tetrico silencio , que indicaba el rabioso dolor que roia sus entrañas , al verse defraudado de la joya de la entereza de su prometida esposa , por mas que excusase á tal pérdida la violencia y el poder del tirano ; pues quedaba su hermosura sin el mayor quilate , en el concepto de los zelos de un amante , cuyo despecho se encendia al paso que se entibiaba la ternura de su amor , de-

xando enteramente sufocado el alborozo que acababa de probar con el encuentro de la misma. Y no pudiendo tener mas en freno el llanto, brotó al fin por sus ojos, como rio que contenido en la represa sale furioso, y se dilata aborbellando, luego que le dan salida las alzadas compuertas.

No dexó de conocer Florinda en el mismo fiero silencio de Evanio el interior tumulto de afectos que le causó su sincera confesion. Y luego que lo vió confirmado con los sollozos y gemidos en que prorumpia él mismo, le dice con severo semblante: ¿cómo? ¿llorais Evanio en el momento en que yo esperaba ver arder en llamas vuestro enojo contra mi forzador? ¿Vencí yo acaso mi vergüenza y mi rubor, y me sobrepuse á mi propia confusion, para merecer solo vuestros sollozos y talvez vuestro injusto desprecio? ¿Vuestros zelos serán por ventura mas poderosos que mi ultrajada inocencia, la qual tiene en su abono y defensa la espontánea confesion de mi desgracia? Sabed, pues, que os la hice, Evanio, para incitaros á vengar mi ofendido honor; si esto no obtengo de vos, nada me importa que el himeneo defraude á mi frente la corona que desdeño, si no me la ciñe por vuestra mano la venganza.

Este discurso de Florinda, animado del

severo tono con que lo proferia , dió una sofrenada al dolor de los rabiosos zelos de Evanio , y trocó de repente su sentimiento en compasion por la misma , y en enojo contra el violador de su honestidad , de modo que poniendo tregua á sus sollozos , y al llanto que le quedó quaxado en sus ojos encendidos , la dice : vano fuera el quereros encarecer, Florinda , el fiero dolor que me causó la relacion de vuestra desgracia. La entereza de vuestra honestidad , y la constancia de vuestro afecto deben ser siempre preferibles á la entereza de vuestra hermosura , que queda siempre expuesta á contrarios accidentes que la pueden deslindar. Y si esta padeció quiebra, fue sin menoscabo de vuestro decoro , pues no hay deshonor donde la voluntad á ello no concurre.

Sin embargo queda la ofensa por vengar y van á quedar satisfechos vuestros deseos. En esta deuda os queda mi amor : y para hacer mas solemne esta mi obligacion , juro en esta mano que amo , de vengar vuestro padecido ultrage , aunque deba arriesgar mi vida. Quiera aquella misma propicia deidad que me dió á probar el mayor gozo y consuelo en vuestro hallazgo , quiera , digo , proporcionarme la satisfaccion de hartar mi enojo en la sangre de Rodrigo vertida por esta mano. Por vos solo, Flo-

rinda, mantenía en estas selvas la vida que os tenía prometida, y por vos la expondré á qualquier riesgo. No hay, pues, para que se diferan aquí vuestros deseos, y los míos, ni para perder la ocasión de alcanzar á vuestro tío Susenando, pues así podremos llegar juntos, y más seguros á vuestro padre. Ahí está el caballo, montad en él, os seré guía y defensa, hasta que mi venganza saque el hierro humeante de las entrañas del detestable tirano que osó agraviar de tal modo la hija del Conde Don Julian, y la esposa prometida del hijo de Vitiza.

El enojo y la indignación con que profirió Evanio estas palabras, merecieron no solamente la recobrada confianza de Florinda, sino también el que ella condescendiese luego á proseguir con él el camino del Africa que tomaron juntos, ayudandola Evanio á montar en el caballo, cuyo huella ardiente, y gallarda lozania indicaban la satisfacción con que llevaba aquella hermosa carga. A su lado iba Evanio á pie, templando el ardor de su concebido enojo, la complacencia de servir de guía y de amparo á su recobrada Florinda, y sin cuidarse más de su rebaño que abandonó en el bosque á la ventura, apresuraba el camino para poder encontrar á Susenando.

Afligido este, y desesperado de poder re-

cobrar á su Florinda , prosiguió su derrota semejante al tigre que evitando las lanzas de los cazadores que le persiguen despues de haberle obligado á soltar la presa , huye sí , mas de modo que asegurado de su propia fiereza , tuerce parado sus sañudos ojos , para ver si puede recobrar el tierno cerbato que escapó de sus feroces garras. Y aunque se habia adelantado á Florinda , por haber caminado toda aquella noche , el atajo que tomó Evanio , suplió al largo rodeo que debió hacer Susenando , el qual para dar algun descanso á sus fatigados caballos , y á sí mismo , y para atender con mayor seguridad á la cura de las heridas , se habia retirado con su gente á un valle algo distante del camino , y que les ofrecia un seguro asilo con pasto abundante para los caballos.

Alli , como en tiempo de guerra , puso sus atalayas para no ser sorprendido , descubriendo desde uno de los collados que cerraban el valle , largo trecho de campo raso , mientras otros atendian á la cura de los heridos , estando la mayor parte de la gente , y en especial Susenando , que tenia los dos brazos traspasados , cuyas heridas se resentian de la cura diferida. Ni tardó una de las velas en avisar que descubria á lo lejos á una dama á caballo , acompañada de un hombre que parecia servirla de

guia. Alborozado Susenando con este aviso , quiere ir él mismo en persona á ver si era Florinda , y lo executa , subiendo al collado , desde donde reconociendo á su caballo , y por él á su sobrina , envia en su encuentro uno de los suyos , para que la encaminase al valle en que él se hallaba.

A los ademanes y voces del deshalado mensajero , se paró Florinda , oyendo que la nombraba , para ver lo que queria , y enterada por él que su tio la esperaba , vuela hácia él , que la recibió en sus brazos con lágrimas de alborozo , que le impidió reconocer á Evanio que la acompañaba , hasta que ella le descubrió ser aquel el hijo del Rey Vitiza , cuyo hallazgo le habia proporcionado el cielo aquella misma mañana. Enternecido Susenando de su vista , le abraza y le besa , y desea saber del mismo la relacion de su fuga. Satisfizo Evanio á sus deseos , contandole su salida de Toledo , y la vida rústica que habia llevado entre los bosques apacentando su ganado. Lo que dando motivo para hacer recaer sus discursos sobre el Rey Rodrigo , causa de tantos males , avivó en ellos el deseo de la venganza y de proseguir á este fin el comenzado camino que tomaron con mayor gozo y animosidad , luego que comenzó la noche á cubrir de sus sombras la tierra.

## LIBRO QUINTO.

**T**ardó poco á saber el Rey Rodrigo la funesta muerte de Guntrando y de su hijo Atanagildo, abandonandose por ello á todos los transportes de su enojo, que exâsperó en tanto grado su pecho, que no contento de poner precio á la cabeza de Susenando, le confiscó todos sus haberes y haciendas, y envió contra el mismo varios cuerpos de caballeria, á fin de impedirle el intento de conducir á Florinda al Africa, y de que llegase él mismo á ella, y de eludir los funestos efectos que pudiera tener el resentimiento del Conde Don Julian, si llegaba á saber el ultrage cometido en su hija.

Perce por sus mismas miras y medios el malvado consejo. Asi lo experimentó el Rey Rodrigo en el encargo que dió al Conde Don Julian, confiandole las puertas de su Reyno, como empleo el mas honorifico, á fin de lograr el tener á su hija Florinda en su palacio, sin preveer entonces las fatales conseqüencias que pudieran tener los intentos de su pasion, las que vistas ahora por él mismo, quisiera impedir sus fatales efectos, poniendo todos los po-

sibles estorbos para que no llegase á oídos del Conde la violacion de su hija , temiendo , que si esto sucedia , no dexaria él mismo de vengar el agravio de su hija , abriendo la entrada en el Reyno á las armas del Miramamolin Ulit , que aspiraba á su conquista , hallandose en la mayor pujanza de su gloria y fortuna.

Y recelando por lo mismo Rodrigo la llegada al Africa del Conde Susenando , envió contra él mucha caballeria , para que se lo impidiese , ocupando todos los caminos , mientras enviaba al Conde Sintila , cercano pariente de Guntrando , para que llegado al Africa hiciese degollar secretamente al Conde Don Julian , quedando él con el Gobierno de aquellas provincias en vez del muerto. Era preciso reparar el yerro cometido , y prevenir sus terribles efectos ; ni se podia prevenir sino con la crueldad y tirania. Asi el amor sufocando los piadosos sentimientos en el pecho del Rey Rodrigo , le induxo á ser cruel y tirano con el padre de la violada Florinda , sin haberle ofendido en cosa alguna.

Y no eran solos los temores de la venganza del Conde los que aquejaban el ánimo de Rodrigo. El delito mismo cometido en su hija , no le dexaba disfrutar sosiego alguno , remordiendo de continuo su conciencia , por mas que se

esmerase en arrojar de sí tan importunas memorias , buscando á este fin recreos y divertimientos que divagasen su agitada fantasia. Mas do quiera llevaba consigo el cruel torcedor que avivaba siempre sus congojas , sin poderlas aliviar ; bien asi como el ciervo , que llevando clavada en los hijares la saeta , busca en vano remedio en las yerbas de los montes y de los valles que recorre en su dolor.

Se le añadió al contrario nuevo motivo de mayores afanes en los divertimientos mismos que buscaba , aconteciendole un accidente que llevando visos de prodigio , parecia que el cielo quisiese advertirle con él del castigo que amenazaba á el , á su nacion , y Monarquía ; mas cegado en su delito le menospreció , como indigno de que se le prestase atencion y creencia. Porque siendo uno de sus mas freqüentes divertimientos , y que mas empeñaba su aficion la caza de los ciervos , le aconteció que fatigando en vano los montes vecinos , á que solia ceñir su caza , resolvió alejarse mas de Toledo, y de sus sitios, para hallarla abundante.

Iba acompañado de algunos de sus Grandes , con los cuales fué á parar á un delicioso valle , formado de frondosos montezuelos , en donde descubrió una manada de seis grandes venados , que alli en tropa pacian con paso so-

segado y tranquilo. No pudo disimular Rodrigo la ufana complacencia que le infundió aquel hallazgo ; y dió orden á sus monteros para que dispusiesen todo lo necesario á fin de dar luego alcance á la caza descubierta. Y ahora los unos contienen á la trailla los denodados perros que luchan y se debaten por soltarse , ahusmadas ya las fieras : ahora los otros empuñan el cuerno y el clarin , mientras disponen otros las lucientes javalinas , hasta que prevenido ya todo , y dada la señal , arrancan todos á una , dando suelta á los anhelantes sabuesos , y rienda á los caballos que volaban por el ancho valle , azorando su ardor los ladridos de los perros , y los sones de los clarines y bocinas.

Ansioso cada qual de haber la presa en que puso su mira , la persigue en alas de su caballo , al qual no detiene opuesto matorral ni arroyo , mas salta sobre él , y vuela en el alcance de los venados, que azorados de los gritos y sones de sus perseguidores, se entregan á la fuga, semejantes á particas saetas, extendiendo sus denodados flancos , y rayendo el suelo con sus pechos palpitantes; y por donde el pavor les abria la senda deseada , por alli les seguia cada uno de los cazadores , tan empeñados en su alcance , que olvidados unos de otros , y de los monteros , no reparaban en las distantes y di-

versas veredas que tomaban , segun las tomaba la ojeada fiera.

Tras la suya iba tambien solo Rodrigo , en su veloz caballo , casi seguro de ofrecer su testuz por presente á la diosa de las selvas. Se le avivó mas esta confianza , viendo que el perseguido ciervo se refugiaba entre las ruinas de un antiguo edificio , cercadó todo de espesos matorrales y plantas enmarañadas , entre las cuales se lanzó el ciervo , y tras él los perros. Mas no pudo penetrar en ellas el cansado caballo de Rodrigo , atascando á su ardor los enredados arbustos. Ansioso el Rey de teñir su preciosa lanza en la sangre de la fiera , se derriba del caballo , y trepa á pie entre las espesas matas que le impedian la entrada.

Asi llegó á penetrar en un antiguo templo , casi del todo destruido , que parecia haber sido del dios Marte , como lo indicaban algunos vestigios de las medio caidas paredes , y de las columnas sepultadas en parte entre los escombros del mismo edificio , sobre los cuales se habia entronizado el zarzal , y se cimbraba el esteril jaramago. No mereció tal vista la atencion de Rodrigo , por tener empeñados á sus ojos los perros que le precedieron , y que parados delante de la boca de una oscura gruta que habia en el fondo del mismo templo ,

parecía que no osasen entrar en ella , dando muestra de su temor al entrado Rey , hácia el qual torcian ladrando sus cabezas , sin moverse de aquel sitio.

Sobresaltado algun tanto Rodrigo de aquella novedad , se para. Mas luego , confiado en la lanza que empuñaba , cobró aliento , é impelido de la curiosidad , se acercó á la gruta , determinado á entrar en ella , donde suponía haberse refugiado el ciervo. Mas al tiempo que lo quiere executar , comparece en la boca un viejo venerable por cuyo pecho y espalda le caian las largas y espesas canas de la cabeza y barba , como la nieve que cae deshecha en arroyos por los hombros y espaldas del Pireneo. Se sobresalta Rodrigo al verle comparecer , infundiendole temor su vista repentina , y la opaca magestad del templo , sin permitirle proferrir palabra.

Fué el primero el anciano en romper su severo silencio diciendo á Rodrigo : mortal ¿ qué buscas ? ¿ Qué es lo que pretendes empuñando esa profana lanza ? ¿ Eres , tú , por ventura , el que perseguías á mi ciervo , mi sola compañía en esta soledad , en que solo me empleo en impedir la destruccion que los hados amenazan á la Goda Monarquía ? La severa autoridad y el tono asegurado con que el anciano profirió aque-

llas palabras , turban no poco al Rey Rodrigo , al paso que le aseguran no ser algun espectro , como le pareció á primer vista , el que asi le hablaba. Confortado de esta persuasion y de la confianza que le daba su Real caracter , le responde con imperio : sí , yo soy el que á tu ciervo perseguia. Mas , tú , ¿quién eres , que te atreves á decir , estar aqui empleado en diferir la destruccion que los hados amenazan á la Monarquía Goda?

Se reporta el anciano al oir esto , y queda por un poco en silencio ; pero luego con semblante mas severo le dice : de mi ser , de mi estado , y de mi vida , no te debo razon ni cuenta alguna ; ni aunque yo te la dé seré creido. Pero ya que te atreviste á pretenderlo , sabe que mi nombre es Adenulfo , y que hace ya dos siglos que aqui vivo , sin otro alimento que las yerbas , cuya virtud de pocos conocida , regenera mi ser , y le preserva de los males destructores de la vida. Mi empleo es velar el sagrado depósito que me confió el respetable Andelfo , que le tenia en su guarda quando llegué á este templo , sin saber yo que existiera. Mas él previó mi llegada , y me dixo estarme destinada en vez suya la guarda de la urna , de cuya conservacion dependia la de la nacion Goda.

No debes , pues , extrañar , si te dixes que

me empleo en diferir la destrucción del Reyno de los Godos ; pues en el instante en que llegue á abrirse la urna que yo guardo , perecerá la nacion y el Rey , y con él la Monarquía. Esto dixo Adenulfo con rostro que parecia asegurar lo que decia. Mas Rodrigo comenzó á reir en su interior de aquel embuste que por tal reputaba , sintiendo al mismo tiempo ardientes ansias de ver aquella urna , objeto de los desvelos y cuidados de dos Nestores , á la verdad extraños en aquel tiempo. Y á fin de poder satisfacer sus deseos , y de que el viejo le introduxese en la gruta , determinó comedirse con él , encubriendole su incredulidad , y diciendole : atónito me tienen las cosas que me acabais de decir , ni debeis extrañar si las mismas me encendieron las ansias de ver esa urna milagrosa , cuya guarda se os ha confiado. Espero por lo mismo no me negareis este favor , á que puedo mostrarme agradecido.

Quedó otra vez Adenulfo en silencio , despues que Rodrigo le manifestó sus deseos , pareciendo estar dudoso , si atenderia á su súplica ; luego le dice : venid , pues , y seguidme. Animado Rodrigo de su condescendencia , y mucho mas de su curiosidad , entra armado , qual estaba de su lanza , y sigue á Adenulfo que le precedia , mostrandole las brutescas paredes

y las excavadas columnas que sostenian la peñascosa techumbre de aquella cueva lobrega que servia de paso á otra mas profunda , donde estaba la urna que conservaba el fatal secreto. Alumbraban aquella caverna tres lamparas que ardian de continuo sin consumirse , alimentadas no del licor de la paladia oliva , mas de cierto xugo de yerbas que extraia el mismo Adenulfo con arte portentosa , y que pendian del techo de la cueva.

El sacro horror que respiraba el sitio , y la urna misma en que se veian entallados mil confusos objetos , como de bichos , y de esfinges terribles á la vista , hubiera amedrentado á otro qualquiera , para hacerle desistir de su empeño , si no hubiese sentido como Rodrigo, una vehemente , é invencible curiosidad de descubrir lo que la urna contenia , haciendole sobreponer al terror que aquel aparente sagrario le infundia. Llegado Adenulfo ante la urna , la señaló con el dedo estendiendo el brazo , y acompañando á esta accion , con enérgico acento , y diciendo : aunque se me vedá el conoceros , sin embargo , como el trage os manifiesta poderoso , quise condescender con vuestros deseos , prometiendome que respetareis esta urna sagrada. Vedla , pues , y partid.

Dicho esto , calla , esperando que Rodrigo

obedeciese á su imperiosa intimacion , despues de haberla contemplado ; pero lo esperó en vano , porque Rodrigo quanto mas miraba á la urna , tantas mas vivas ansias sentia de reconocerla , como impelido de una irresistible fuerza interior , y tanta mayor repugnancia de ausentarse de alli sin desmentir aquel embuste , la que le obligó á romper finalmente su silencio diciendolo : se habrá tomado á la verdad el cielo el singular cuidado de fiar á esta caverna el destino del Reyno , y su ruina , ó conservacion. Tan raro privilegio exîge que no lo aseguren solamente vuestras palabras , si no hace tambien de ello prueba mi brazo. Voy á verlo.

Mientras profiere esto , estiende el brazo Rodrigo en que empuñaba la lanza , en ademan de embestir con ella á la urna con fiera resolution. Al ver Adenulfo su intento , le gana la accion , y asiendole del brazo para impedir-sela , le dice con rostro ayrado y con indignacion : ¡ loco ! ¿ qué vas á hacer ? ¡ detente por tu vida ! Desdichado de tí , de la nacion , del Reyno , si alguna furia infernal te impele á un arrojto tan funesto. Echa de tí esa lanza , y respeta lo que quisieras haber respetado. Pero es flaco el brazo de Adenulfo , y mucha menos fuerza tuvieron sus razones , y su indignacion en el ánimo de Rodrigo , que resuelto á satis-

facer su curiosidad , provocando con tal resolución á su destino , ó impelido talvez del mismo , aparta de sí el brazo de Adenulfo , diciendole : soy el Rey ; y quiero , y debo indagar la verdad de este embuste.

Dicho esto arremete á la urna con la lanza , á cuyo bote , como si ella fuera de cristal , se hace mil pedazos , y arroja de su abierto seno un gran lienzo que desenrollandose de por sí , expone á los ojos del Rey Rodrigo la pintura de un ejército de Africanos , que se cebaba en la matanza de los Godos vencidos y fugitivos. Se estremece Rodrigo , ageno de aquel portentoso que le cubre de horror ; la lanza misma pareció quedar entorpecida en sus manos , y él deslumbrado , no podia distinguir aquellos extraños objetos que la pintura presentaba á sus ojos. No pudo tampoco sostener tal vista Adenulfo horrorizado : mas torciendo la cabeza , en que se veian erizadas sus canas , parecia querer apartar de sí con los brazos estendidos aquel terrible objeto que tanto decia en su silencio.

Tanto mas estremecido él mismo , por ver que era el Rey que se le descubria entonces , no pudo dexar de exclamar : ¡ cielos ! ¿ qué hicisteis ? ¿ qué funesto genio impelió vuestro brazo ? ¿ Mas es verdad lo que oí ? ¿ Sois el Rey , y vos mismo apresurasteis vuestra ruina , y la

de vuestro Reyno? mas ¡ah! ¡es forzoso que ceda el mortal á su invencible destino! He aqui el vuestro cumplido por vuestra mano. Poned si os atreveis, los ojos en esa fatídica pintura, y leereis en ella la fatal sentencia que no tardará á cumplirse en vos mismo, y en vuestros vasallos. Id ahora, y decid, que el cielo se toma esos cuidados de hacer depender de toscas piedras la conservacion ó ruina de los Reynos.

Apenas acabó de decir esto Adenulfo, caen desprendidas del techo las lamparas, y se quebrantan en el suelo, dexando alli al Rey sumergido en profundas tinieblas, sin saber dar un paso atrás ni adelante. La fiera necesidad le obligó á recurrir á Adenulfo, llamandole para que le ayudase á salir de aquella caverna. Mas Adenulfo llamado, no responde, acrecentando con su silencio el terror y congojas de Rodrigo, que quedaba en aquel abismo de obscuridad, sin saber que expediente tomar. Dió entonces la mayor prueba de su ánimo esforzado, venciendo el horrible espanto que acometió á su pecho y á su turbada mente, poniendose á tantear las paredes para encontrar la salida.

Ni lo pudo conseguir, hasta que desistiendo de su primer empeño, se paró para pensar al expediente que pudiera librarle de

aquel pozò de horror en que quedaba metido y envuelto entre terribles tinieblas. Le pareció entonces oir los ladridos de Lampo y Ofiusa, sus fieles perros, que quedaron á la boca de la gruta, vedandoles sin duda la entrada el poder de Adenulfo, para librar de ellos al ciervo que estaba recobrado en otros senos de aquel cavernoso silo. Sus ladridos retumbando por aquellas cóncavas entrañas, le sirvieron de guia, para salir de alli, dirigiendo sus pasos hácia la parte por donde el eco llegaba á sus oidos, y asi cobró la boca de la gruta y el templo deseado, como playa segura tras el naufragio.

Respiró alli, aliviando á su ánimo la opaca claridad que recibia el templo de sus rotas paredes, y mucho mas la vista de su manchado Lampo y blanca Ofiusa, que manifestaban su contento con festivas caricias á su recobrado señor, en cuyo Real pecho asentaron á porfia sus manos, levantados sobre los pies, y con vivas miradas expresaban su alborozo, exigiendo en torno las cariñosas expresiones y caricias con que los sosegó el Soberano; el qual al verse ya libre y seguro del lance de la cueva, que dexaba profundas impresiones en su ánimo, quiso llamar de nuevo á Adenulfo, para que le diera razon de su pronóstico, y de la manifiesta pintura.

Mas no respondiendo tampoco entonces Adenulfo, llamado repetidas veces por el Soberano, resolvió salir del templo para ir á ver si descubria alguno de sus monteros, ú de los señores principales que le acompañaron á la caza, deseoso de contarles el suceso de la cueva, y de que se asegurasen de la persona de Adenulfo, á fin de certificarse de la verdad de su profecia, y de su mágico artificio, que por tal entonces reputaba el lance de la urna. Seguido, pues, de sus perros, llega al lugar donde dexó el caballo, sin la precaucion de arrendarle, robandole esta advertencia el deseo de herir al ciervo, motivo por el qual no encontró á su caballo, buscandole en vano por aquellas cercanias. Crecieron sus afanes al verse solo y perdido en aquel desierto sin su caballo, y sin ninguno de los muchos que antes le acompañaban, y sin descubrir senda para encontrarlos.

Persistiendo sin embargo en buscar á su caballo, vino á descubrir un arroyo que precipitandose de altas peñas, corria por una amena hondura poblada de acebuches. Lisongeóse á tal vista, que su amado Orelia, aquejado de la sed hubiese podido ir en busca del agua, llevado de su natural instinto. Ni se engañó el solícito Monarca, pues no tardó á verle con sumo alborozo suyo en la yerbosa llanura de

aquel vallecito , en donde penaba por pacer , impidiendoselo el freno que tascaba. Le puso en libertad la Real mano , para que paciese á su grado , mientras él descansaba un poco bajo la sombra de un árbol , y meditaba mas sosegado el suceso de la cueva.

La materia era digna de cuerdo y atento exâmen , para no dexar avasallar su ánimo y fantasia de un embuste , ó de un embeleco mágico , como lo podia ser , atendidas las circunstancias del caso , no menos que las palabras de Adenulfo. Porque ¿ cómo creer , se decia á sí mismo el Rey Rodrigo , que se ignorase en un Reyno la extraña existência de dos hombres que contaban siglos empleados en guardar en aquella cueva una urna , cuyo origen se ignoraba , y cuya pintura podia ser obra del mismo Adenulfo , colocandola alli con sumo artificio , para que naciese aquella especie de milagro y á la qual podia darle la antigüedad que se le antojase , para grangearle mayor credito y veneracion ?

Mientras con estas reflexiones procuraba divagar el Rey Rodrigo los temores y congojas que le infundió aquel suceso , oye el eco de los clarines que hacian resonar sus monteros por aquellos valles , afanados y solícitos por su perdido Soberano , en cuya busca iban discurrien-

do por aquel desierto. Al conocido son se azoran Lampo y Ofiusa, los dos perros que se habían puesto á descansar junto al Monarca, y responden con sus ladridos. Alborozado Rodrigo, al ver cumplidos tan presto sus deseos, monta inmediatamente á caballo, y siguiendo las sendas que le mostraban los perros que le precedían, llegó á encontrarse con los que le buscaban, á quienes cuenta el extraño suceso de la cueva y del viejo Adenulfo, y quiere volver de nuevo con todos ellos, para poder prender al viejo, y obligarle á declarar la verdad de aquella pintura, y el artificio con que la había colocado.

Iban todos ansiosos de reconocer aquel prodigio, y de ver Adenulfo; mas llegados al templo, y á la boca de la gruta, se le truecan los deseos en temores, ni hubieran tenido aliento para registrar la cueva; si no los animára el exemplo del Monarca, que precedido de dos teas encendidas, iba mirando atentamente todos los escondrijos, sin ver indicio ni rastro alguno de la urna, ni de las lamparas, quedando solo el lienzo pintado en el suelo, donde parecia que le hubiese dexado Adenulfo, para testimonio de su prediccion. Fixó luego en él sus ojos el Rey para reconocerle mejor. Pero lo que debía servirle de motivo para persuadirle la ver-

dad del pronóstico , eso mismo sirvió para no dudar que aquella pintura era reciente , y hecha á capricho , y puesta allí por Adenulfo para darle visos de milagrosa.

Nacieronle de esta persuasion nuevas ansias de encontrar al viejo , buscandole por todas aquellas cavernas ; mas fueron vanos todos sus desvelos , á los quales recompensó el hallazgo del ciervo , á quien encontraron en uno de aquellos senos de la cueva , y que quiso llevar consigo el Rey á Toledo , sin poder saber mas de Adenulfo , ni tener de él noticia alguna á pesar de todas sus diligencias , y pesquisas , con lo qual quedó mucho mas persuadido , haber sido todo embuste y ficcion , con que aquel viejo mago quiso asombrar su fantasia.

Pero entretanto los hados iban entrelazando todos los accidentes y circunstancias que debian servir de resortes á la ruina del Reyno , la qual habia de confirmar la verdad salida de aquella urna , aunque con apariencia de magica ficcion. A este fin combinaron los mismos hados el encuentro de Florinda con su tio Susenando , encaminandoles por sendas en que no pudiesen ser descubiertos de la mucha gente que dividida en esquadrones , habia enviado contra ellos Rodrigo , á fin de impedir su llegada al Africa , la que no pudo conseguir por mas

que uno de los esquadrones , errado el camino que debía seguir , tomó otro opuesto que conducia á un albergue solitario , donde descansaba la comitiva de Susenando , quando estaba para llegar á la playa donde habia de embarcarse para pasar al Africa.

Avisado Susenando de la llegada del esquadron enemigo que descubrieron de lejos las velas que tenia puestas mientras descansaba , como viese ser imposible entonces la resistencia , con lo qual iria talvez á perder el fruto de sus trabajos padecidos , quiso tomar expediente de los que le seguian , para librarse del peligro inminente. Entonces Azasuldo , deudo suyo , le aconseja á huir con Florinda y Evanio , antes que llegasen los contrarios , diciendole que él y los demas de los suyos quedarian alli ; ofreciendosele un expediente , con que se lisongeaba eludir las miras de los que venian en su busca.

Se determina Susenando á seguir el consejo de su deudo Azasuldo , y huye con Florinda y Evanio , tomando un barranco que habia á las espaldas del albergue , y que iba á parar á la playa , donde esperaba encontrar barco para pasar al Africa ; ó en caso que no lo encontrase , habia de esperar escondido baxo las rocas de la playa el exíto del encuentro de

la gente de Rodrigo con Azasuldo , de que le dixo este le daría luego aviso , en caso que le saliese felizmente la traza. Fué esta el mandar á la mayor parte de los suyos , que fingiesen emplearse en trabajar los vecinos campos , como si fueran labradores , y á otros llevar todos los caballos en pelo á una vecina dehesa , donde podia remedar una yeguada que pacia , despues que hizo sepultar en un pozo todos los aderezos y jaeces.

No contento con esto , para mas asegurar su expediente , toma el mismo Azasuldo trage de pordiosero , y se atreve á ir al encuentro de los que iban en su busca , y les espera sentado en el ribazo del camino. El xefe del esquadron , que tomaba siempre lengua é indicios de los fugitivos á quantos encontraba , luego que vió al fingido pordiosero le pregunta : si habia encontrado gente de á caballo , diciendole el numero , y las señas. El sagaz Azasuldo le responde , que si queria dar luego con aquellos por quienes preguntaba , que picase , y los encontraria seguramente , tomando la senda que habia dexado á la derecha , por donde les habia visto encaminar.

Engañado el xefe con esta respuesta , la cree de contado , y sin mas indagar vuelve gurrupa , y á rienda suelta corre á tomar el cami-

no que le acababa de indicar Azasuldo , enteramente opuesto al que seguia Susenando , á quien libró del peligro con esta ingeniosa estratagemã , mientras él caminaba á la playa con Florinda y Evanio , ansioso de llegar á unas rocas , que á lo lejos veia , y que estendiendose dentro de la mar le prometian formar alguna ensenada , donde hallaria tal vez el barco para el intento deseado. No le salieron vanas sus lisonjas , hallando una pequeña barca , de cuya vista alborozados todos tres , apresuran el paso , llegando á tiempo que Alcilo , dueño de áquel barco , iba á retirarse á su vecina habitacion , estando ya para esconderse el sol en el horizonte.

Susenando , resuelto á servirse de aquel barco para pasar al Africa , luego que llegó al dueño , le declara sus deseos , y le promete recompensar colmadamente su servicio. Alcilo temiendo entregar su barco viejo y cascado á las olas , mucho mas estando ya inminente la noche , no se dexa vencer de las promesas de Susenando , y le responde : jamas fuí codicioso del oro , á grado de exponer por él mi vida. Contento con lo que me rinde mi trabajo , no me dexo deslumbrar de magnificas promesas. Porque ¿ de qué me serviran estas si me anego? Id , pues , allende á convidar á otros con ellas,

que no soy tan loco que quiera aventurar mi vida con ese barco que apenas puede ya servir para ganar con él mi sustento y el de mi pobre familia.

Alterado el impaciente Susenando por la respuesta de Alcilo , le replíca con rostro ayraído : como quiera , conviene que ahora cedas á la necesidad en que me pone la suerte de pasar ese estrecho. Hazlo pues de grado , antes que me obligues á usar de la fuerza , á la qual cedan hasta los mismos Reyes. No hay tiempo que perder ; entra en un barco , y obedece á tu destino , sino , este alfange... Al ademan con que el fiero Susenando acompañó estas palabras , poniendo mano en su alfange , baxó la cabeza el amedrentado Alcilo , y entró en el barco , en el qual se hallaban dos hijos suyos que recogian las redes , y con ellos adereza la vela , y vuelve á poner el timon para la forzosa partida.

No espera Susenando que acaben sus maniobras ; mas haciendo entrar á Evanio y á Florinda , entra tras ellos , y corta con su alfange el cable , sin el qual siguió el barco el impulso del viento , que hinchendo luego la vela , le aleja de la playa , quando ya la noche comenzaba á estender sobre sus cabezas el estrellado manto , dirigiendo su rumbo hácia el puerto de Tingis , donde esperaban ser ellos los primeros

portadores al Conde Don Julian del ultrage de Rodrigo. Mas entretanto previno á sus lisonjas Endigilda , madre de Florinda y muger del Conde Don Julian , ya difunta , que quiso dar en sueños á su marido anuncios de la desgracia de su hija , y avisarle de la pronta llegada de la misma al puerto , para que pudiese librarla del peligro que corria de caer en manos de Sintila , enviado por el Rey Rodrigo.

Ageno el Conde Don Julian de tal desventura de su hija , dormia placidamente , quando se le aparece en sueños Endigilda , envuelta en la funerea mortaja. Mas en vez de conservar su semblante la entereza de las facciones , como quando acabó de espirar , se veia al contrario casi todo roido de los gusanos , acrecentando el horror que inspiraba el mismo , aunque todavia conservaba la semejanza , por mas que le desfigurase en parte la concavidad de sus mexillas , y la de sus ojos , de los quales manaba grueso llanto , que recogia en la mortaja misma , alzandola ella con sus descarnadas manos hácia el rostro , al tiempo que le decia con voz cascada y hueca de acento : ¡ó Conde desdichado ! ¡ó solo amparo de tu infeliz Florinda ! ¿No sientes por ventura el horror de la ignominia con que manchó el Rey el honor de tu linage ? Rehusa la doliente expresion de lle-

gar á los labios , mas es forzoso arrojarla en tus oídos , para que vengues á tu hija violada por el tirano. No contento de haber satisfecho en ella su luxuria , la persigue para quitarla la libertad , á fin de impedir su llegada al Africa. Mas velé yo sobre ella , y la encamino salva á Tingis, donde no tardarás á verla. Alzate, Conde, y defiendela de las asechanzas de Sintila.

Apenas acaba de decir esto Endigilda, desaparece haciendo estremecer la estancia y el lecho en que dormia el Conde ; el qual impelido del espanto y del horror que le infundió aquella vision , y su funesto anuncio , despierta congojado y ansioso , sin poder creer el sueño que parecia imposible á su mente consternada , y á sus ojos abiertos en las tinieblas , reputando aquella triste vision un sueño vano á pesar del asombro y de la agitacion que sentia , yá que quiso sobreponerse para reconciliar de nuevo el sueño.

Mas qual ave nocturna que quedando encerrada en alumbrada habitacion, vuela entorno de la luz en cuya llama chamusca sus agitadas alas, ni desiste de su importunidad , hasta que se le da la salida al libre cielo ; tal la funesta vision asalta de nuevo la fantasia del Conde , sin permitirle cerrar los ojos al sueño , hasta que cediendo á sus repetidos impulsos, se le-

vanta resuelto á probar , si por ventura confirmase el hecho al anuncio del sueño, de que suele servirse talvez el cielo para dar veridicos anuncios á los mortales. Y aunque se le hacia increíble el desacato cometido por el Rey en su hija , mucho mas increíble se le hacia la llegada de su hija á Tingis, y el encargo dado á Sintila.

Cediendo sin embargo á los tristes recelos de su mente , no esperó la luz del siguiente dia para salir de la penosa agitacion é incertidumbre en que quedaba ; sino que dispierta inmediatamente á sus criados , y les manda lleven orden al puerto, para que se apresten quanto antes las naves mas ligeras para una comision secreta. Fué inmediatamente él mismo en persona , á nombrar el xefe de aquella expedicion , mandandole que amparase á una nave , en que tal vez hallaria á su hija Florinda, y que si encontraba otra en que estuviese Sintila , se apoderase de ella , y de él , aunque fuese con la fuerza , y atado se lo traxese preso á Tingis, sin oirle.

No rompen el silencio de la noche con sus voces los marineros , mas apresurando calladamente sus maniobras , salen del puerto , presente el Conde á su partida. Ni satisfecho de esto sale él mismo de la Ciudad , quando ya des-

puntaba el dia , y fué á ocupar un vecino collado , desde donde descubria la extension del estrecho , para ver si podia anticipar á sus ojos alguna prueba de la verdad de la vision. No tardó á descubrir á lo lejos una pequeña vela que el viento favorable hinchia , pero cuya pequeñez no quitaba al Conde las dudas , por mas que veia encaminarse hácia ella sus naves , luchando con el viento y con las olas que tenian contrarias , hasta que se acercó á ellas el barco en que iba Florinda , de que certificado el xefe , puso luego en el mastil la señal que le habia encargado el Conde en caso que encontrase á su hija.

No pudiendo dudar ya mas el Conde del cumplido anuncio , se dexa apoderar del rabioso dolor que sucedió á sus afanadas dudas , y semejante al infeliz Egeo , quando vió la triste señal en la nave de su hijo Teseo , sintió como él impulsos de arrojarse en las olas , y evitar asi con la muerte el dolor del oprobrio , antes que verle confirmado por boca de su propia hija. Contuvo sin embargo el amor á su furioso arrojamiento , y dexando el otero se encamina otra vez al puerto , donde en breve le presentan las llegadas naves á Florinda , á Susenando , y á Evanio ; cuya vista no esperada , pareció al Conde un nuevo sueño que revolvió en su se-

no un tumulto de afectos encontrados que le tenian en amargo desasosiego.

Lo contiene sin embargo el Conde, obligado del concurso del curioso pueblo, y pareciendole que no podia dudar del aviso de Endigilda sobre Sintila, puesto que veia confirmado el de su hija, manda salir de nuevo al xefe de las naves, para que execute el órden que le habia dado sobre Sintila. Acompaña entretanto á su casa á su hija, á Evanio, y á Susenando, despues de haberles abrazado con demostraciones de afecto que se resentian de su fiera indignacion, teñida del rabioso llanto con que acompañaba sus expresiones. Mas luego que encerrados todos baxo su techo, descargó su ánimo Susenando del peso del funesto secreto pronosticado al Conde por Endigilda, no resiste el furibundo padre al impulso de la indignacion que suscitaba en su pecho la verdad del todo confirmada.

El fiero sentimiento le obliga á desenvaynar el puñal, y teniendole suspenso en alto, como perplexo si le habia de teñir primero en la sangre de su hija, ó bien en la suya, le iba á descargar en el seno de su hija, para poder despues borrar tambien su muerte el padecido oprobrio, al tiempo que Susenando, horrorizado del advertido intento, se apodera del bra-

zo , y arrancando el acero de la mano , le dice mostrandosele en la suya : ¿ qué es lo que intentais ? ¿ Quál es la victima á quien este acero amenazaba ? ¿ Por ventura la muerte borrará el ultrage padecido ? ¿ Es esta la recompensa que me prometia yo de todos los riesgos encontrados por defender y amparar la vida de esa infeliz hija vuestra , para que la viese espirar degollada por vuestras manos ?

No es esta , Conde , la venganza que exi-ge de vos el honor : la muerte sí del forzador , que abusando de su poder y de su autoridad , os alejó del Reyno so la honrosa apariencia del empleo que encargó á vuestra fidelidad , para abusar tambien de esta , y haceros á su salvo el mas indigno ultrage . ¿ Y pensareis ahora vengarle con vuestra muerte , ó con la de vuestra hija ? ¡ Vive Dios ! ¿ Mas qué digo ? Compadezco el transporte del fiero sentimiento de un ilustre padre , pero en vez de tan desacertado consejo , espero que tomareis mas digno expediente para satisfacer á vuestra justa venganza , aunque con riesgo de vuestra propia vida . Yo satisfice ya en parte á la mia , sacrificando al honor , con este brazo , al infame Guntrando , y á su hijo Atanagildo . Ved , pues , lo que os toca hacer á vos .

Dicho esto , arroja lejos de sí el puñal en

el suelo. Vuelto entretanto en sí el Conde de su trastorno, prorumpe en llanto y en sollozos, que desahoga abrazando á su hija Florinda, atemorizada y llorosa, y estrechandola á su seno la decia: ¡ó sola prenda de un malogrado amor! hija infeliz del mas infeliz padre que te adora. ¡Florinda desventurada! ¡ah! dexa que sufoque tu padre en estos abrazos su furiosa intencion, y que acrisolándose en ellos mi justa rabia y furor, aviven mi venganza de tal modo, que la pueda saciar en las abiertas entrañas de aquel monstruo que osó violar tu entereza y tu inocencia.

¿Mas cómo podia yo dar credito al funesto anuncio que me hizo tu madre en sueños de tal ultrage? Puesto que lo veo confirmado, no hay tiempo que perder; sosiega, hija mia, tu sentimiento; vas á quedar vengada. Dicho esto se desprende de los brazos de Florinda, que sollozaba, y retirándose con Susenando y Evanio á parte mas secreta, tratan del expediente que debian tomar para vengarse del Rey Rodrigo. Susenando entonces le habló de esta manera: Conde, quedan ya echadas las suertes con la muerte de Guntrando y con la llegada de Florinda. Dado este primer paso, no conviene parar en el segundo: la venganza que pudiera ser culpable tal vez en otro lance, de-

xa de serlo en el presente , en que pierdè toda la culpa y odiosidad que se le quiera dar.

La venganza del honor es forzosa ; el honor mismo la justifica , aunque deba usar del medio de la traicion : no hay tal nombre donde reynan los infames tiranos. Solo será culpable aquel consejo y expediente que errará en el fin á que debe aspirar la justa venganza. Supuesto esto, conviene que busquemos medios para asegurar nuestro empeño, y para coronarle. Vuestras fuerzas no son bastantes ; pero teneis á la mano las de los Arabes victoriosos. Implorad , pues , el brazo de Ulit , aunque debamos reconocerle por nuestro Rey. A quien nace subdito, poco le debe importar quien sea á quien debe obedecer. No hay ciertamente que escoger entre dueños , mas entre ellos debe ser siempre preferido el que sea el primero en patrocinar nuestra venganza. Si aprobais mi consejo , no debeis diferir á mañana el ponerle en execucion. Hagase ahora mismo.

El Conde Don Julian , oido este discurso, le dice : á la verdad no nos dexa la suerte otro medio mas seguro para escoger , que el que me proponcis. Imploramos , pues , las fuerzas del victorioso Califa Ulit ; mas para ello , conviene hallar persona digna que haga tal encargo , y ninguno mejor que vos le pudiera llevar á Da-

masco , donde se halla el Califa. Espero , pues, que le querreis aceptar , juntamente con Evanio , que tan oportunamente llegó al Africa , y con su hermano Sigiberto , que se halla en la vecina Utica , acogido por el Califa , y distinguido por él en sus Reynos , dandole un honroso cargo en sus exércitos. Será facil hacerle llamar, y entre tanto daré orden que se dispongan las naves con todo lo necesario para vuestra partida.

Aprueba Susenando el parecer del Conde, y admite de buena gana el encargo de la embaxada. Aprobóle tambien Evanio , y se ofreció á ir en compañía de Susenando ; mas como ninguna cosa le interesase tanto quanto la deseada posesion de Florinda , por la qual habia llevado una vida tan infeliz entre las selvas , quiere primero efectuar su casamiento con ella. No se opone á su demanda el Conde , antes bien la aprueba y solicita , pero desea tambien que la fidelidad que se deben jurar los esposos , sea, no en las aras de la diosa Lucina , sí en las de la venganza , á la qual determina levantar en su misma casa un altar , para que hagan mas solemnemente el juramento , y para que lo hicieran tambien todos los interesados en la ofensa de su honor , jurando de lavar sus manos en la sangre del Rey Rodrigo , y de derribarle del trono de los Godos , que tan indignamente poseia.

## LIBRO SEXTO.

**D**eterminado el casamiento de Evanio con Florinda , y la embaxada al Califa , se emplearon luego las artes en el rico aparejo para la pompa y ostentacion que debian ennoblecer á uno y otro , quedando secreta entre ellos la determinacion de la embaxada al Califa , en la qual confirmó mucho mas al Conde Don Julian la vuelta de las naves con el preso Sintila , en quien vió con nueva admiracion verificado tambien el pronóstico del sueño. E informado á mas de esto por otro de los que acompañaban á Sintila , que iba enviado por el Rey Rodrigo para quitarle el Gobierno con la vida , manda traerle preso ante sí.

A pesar de las fuertes ataduras que tenian aseguradas sus manos por la espalda , y á pesar tambien de la funesta suerte que no dudaba le habia de tocar , se presenta Sintila ante el ayrado Conde , sin desmentir el fiero ceño de su rostro la braveza del ánimo , digna de la comision que le habia dado Rodrigo. El despecho y la rabia centelleaban en sus ojos encendidos , manifestando con altivez el dolor de su malogrado encargo. Viendole ante sí el Conde,

le dice : ¿quál es el motivo de vuestra venida al Africa , y cuál el encargo que traiais? Aunque me han asegurado de ello , deseo sin embargo saber de vos mismo la verdad , no pudiendo persuadirme que hayais podido aceptar la honra de ser mi verdugo.

Sintíla le responde : si os han asegurado de ese encargo , ¿para qué exígis mi confesion , acaso para tener la complacencia de verme temeroso ante vos? Pero para que veais que no dexo envilecerme de ningun temor , sabed por mi espontánea declaracion , que mandado por el Rey venia al Africa , no á ser vuestro verdugo , mas á obtener el empleo que como igual á vos , ó tal vez superior , podia sostener con mayor fidelidad , sin ser como vos traidor á la patria y al Soberano. Aunque se alteró sobremanera el Conde al oir esto , se reporta queriendo antes convencer á Sintíla ; y á este fin le vuelve á preguntar : ¿y cuál es el motivo porque me llameis traidor á la patria y al Soberano? No lo sé , responde Sintíla , ni debe el vasallo indagar las razones de los Soberanos ; reo deis de ser quando el Rey por tal os condena.

Iba á proseguir Sintíla , pero ayrado el Conde , no pudiendo sufrir mas tiempo la convencida arrogancia , desenvayna su alfange , y de un golpe le separa de los hombros la cabeza.

Cae sin ella el cuerpo sin alma , echando rios de sangre por las cortadas venas , y haciendo estremecer el pavimento con el golpe de su caída. La cabeza lejos del tronco, respiraba por los ojos , aunque inmóviles , la misma arrogante ferocidad que antes los animaba. Vuelto entonces el Conde Don Julian á Fruela , que era el principal de los secuaces de Sintila , y que preso tambien ante él temblaba de miedo y de horror , á vista del cadaver , se lo señala con el mismo alfanje ensangrentado , y le dice : esa cabeza debe ser llevada al Rey Rodrigo ; á este fin se os perdona la vida. Le direis que se la envia el que sobrevive al asesino de que se sirvió como tirano , contra quien ofendido gravemente comienza á tomar la debida venganza de su tiranía.

Aceptado este encargo por el palpitante Fruela , que no esperaba suerte tan propicia , manda llevar el indignado Conde á otra parte aquellos objetos espantosos á la vista , y entregar la cabeza á Fruela , á quien hizo luego embarcar , para que cumpliera con su comision. Dado este principio á su venganza , apresura las disposiciones para la embaxada del Califa , y el casamiento de Florinda con Evanio. Para ello especialmente hace erigir el altar á la venganza , como lo tenia determinado , y poner en él la

efigie de la diosa , vestida de roxo manto , sosteniendo su diestra levantada un buido puñal. Coronaba un ramo de laurel , teñido de sangre , á su altanera frente , sobre la qual se erizaba su cabellera , que estando suelta , la caía esparcida por el cuello y espalda. Centelleaba el furor en sus ojos torcidos , y en su fiero semblante se veian expresadas las intenciones de su mente.

Hizo tambien entapizar de escarlata la estancia en que estaba el altar levantado , y que le servia de templo , en el qual se negó la entrada á la luz del dia ; lo alumbraban solo encendidas antorchas , á cuyo esplendor debian hacer todos el solemne juramento , difriendole al dia del casamiento de los esposos , esperando solo para celebrarlo la llegada de Sigiberto , que sabida la venida de su hermano Evanio apresuró su viage , pudiendo asi presenciar sus desposorios , y unir su juramento al de los demas , animado como ellos del rencor de la venganza que alimentaba su pecho contra el Rey Rodrigo , no menos que su hermano Evanio , el qual dió á su casamiento infausto agüero , no queriendo que adornasen la frente de su esposa , ni la suya las acostumbradas guirnaldas de alegres flores ; mas en vez de la hermosa rosa , y del risueño jazmin , se veia en sus frentes el tetro

mirto , y la enlutada viola. Ni el adorno y color de sus vestidos , aunque preciosos , degeneraban del espíritu de la venganza , ante cuyo altar se presentaron para proferir el juramento.

Les acompañaban el Conde Don Julian, Susenando , y Sigiberto , seguidos de algunos de sus deudos y fieles criados , teniendo todos sus espadas desenvaynadas : y luego que los esposos se dieron las manos , para votarse al himeneo , desenvaynó tambien Evanio su acero , sobre el qual poniendo Florinda su mano , dixo asi en voz alta Evanio , dirigiendola hácia la efigie de la venganza : sagrada defensora de la justicia , que tienes en freno los vicios y las maldades , y que con tu poder conservas los fueros de las sagradas leyes , concedenos tu favor , y protege nuestros brazos contra quien violando en el solio los derechos del honor , mereció tu castigo. Este juramos solemnemente ; caiga derribado por nuestras manos del solio , el que tan indignamente le ocupa , y haz que saquemos de sus entrañas traspasadas este acero que te consagramos.

Este mismo juramento profirieron los demas , y acabada la ceremonia , pasaron á solemnizar el nupcial convite , en que tambien la venganza se llevó los parabienes debidos al amor

en su alegre solemnidad. Por lo qual indignado el hijo de Citerea , juró desde entonces la muerte de los dos esposos , especialmente de Florinda , á manos del mismo Rey Rodrigo , agenos ellos de ver malograda tan presto la dicha de su union , que se prometian duradera , en la flor de sus años , sin poderla apenas disfrutar , impidiendoselo desde luego la forzosa ausencia de Evanio en la embaxada á Damasco , que se efectuó pocos dias despues de su casamiento , no sin llanto de Florinda , que veia arrancarse tan presto de sus brazos el esposo apenas poseido.

Ignoraba el pueblo el motivó de aquella extraordinaria expedicion , que procuró tener oculta el Conde Don Julian , hasta que tuvo ganados con promesas y con dinero los ánimos de aquellos que podian impedir sus intentos. Lo que le fué facil de conseguir , habiendose apoderado del oro recaudado de los tributos de aquellas provincias Africanas , con el qual hizo pagar al Soberano el desacato cometido en su hija , y con el mismo pudo apresurar su ruina , y la de la nacion , determinada por los hados ; que empeñados en ella , facilitaban todo , los caminos y medios que podian llevarla al cabo , sirviendose especialmente de la fortuna , que obediente á sus determinaciones , quitaba to-

dos los obstáculos que la podían retardar.

Y ella queriendo ahora que los vientos fuesen favorables también á la embaxada de Susenando , de los hijos del Rey de Vitiza al Califa , rogó al Noto que impeliese las naves , ya fuera del puerto ; él condescendiendo á las instancias de la diosa , llenó al instante de su fresco soplo las velas. Ni satisfecha de esto , la fortuna quiere también ser la guía de las naves hácia Damasco , para mover el ánimo del Califa , y empeñarle en la venganza del Conde , determinándole la conquista de la España , á que él mismo aspiraba , después que la victoria extendió sus conquistas hasta la Mauritania Tingitana , que hacia parte de la Monarquía de los Reyes Godos , de la qual esperaba apoderarse con el tiempo manteniendo á este fin en el Africa un numeroso ejército , baxo sus dos valerosos generales Muza y Tarif , que esperaban allí ocasión para tentarlos.

Esta le proporcionó al Califa la fortuna que precedia á este fin por el cielo á las naves , sirviéndose por carro de una nube , sobre la qual tendió su manto , y asegurando baxo su planta el remate de él , sostenia el otro cabo con su izquierda , dandola á hinchar el viento , en semejanza de la vela de una nave. Empuña su diestra el latigo imperioso con que ahuyentaba

las tempestades y las nubes , y su suelta y tendida cabellera , llevada á grado del mismo viento , parecia querer huir de su frente , tremolando sobre ella , como flamula de mástil , que ondea en el ayre , sirviendole la misma de simbolo de la inconstancia , de que se precia hacer alarde.

Llevaba solo por adorno en su cuerpo desnudo inestimables diamantes que encadenaban su cuello y brazos , y que relucian mucho mas que los rayos del sol en la mar trémula , y cuyos quilates aventajaban á todos los tesoros de la tierra. Llegada de esta manera á Damasco , penetra en el palacio del Califa , al tiempo que este acallaba en sus brazos el duelo de la hermosa Alamir , la mas bella de todas las cautivas de la Siria , que le presentó la victoria en la conquista de aquel Reyno. Sorprendido de la vista de la diosa el gran Califa , la acata , al tiempo que ella con ayre imperioso , así le dice : Ulit , abre tu ánimo al consuelo por los nuevos favores que vengo á ofrecerte. Mi poder te levantó al solio mas rico de la tierra , en que te veneran las naciones que sujeté á tu imperio. Otro mas glorioso señorío mi querer te destina. La Europa y el Asia no pueden gloriarse de terreno mas rico , ni que tribute á sus Soberanos mas preciosos tributos , que aquel cu-

ya posesion te tengo reservada.

Alli los rios llevan por parias á la mar el oro , de que abundaban las entrañas de la tierra , á la qual hizo la naturaleza su erario , con que Roma acrecentó su poder y su grandeza , no menos que su rival Cartago. Alli macizarás suntuosos serrallos y mezquitas , con los preciosos jaspes que la misma engendra. Ni para tu recreo , ni para las batallas y carros de triunfo , te ofrecerá tierra alguna mas veloces y ardientes caballos , que los que aquella alimenta en sus pastos , ni mas bravos y feroces toros para los espectáculos del circo. Aquel elisio que promete á sus seqüaces tu profeta , donde las mas bellas y graciosas ninfas serán el premio eterno de su creencia , es el retrato de las mas fértiles provincias de la Iberia , que es el Reyno que á tu poder destino.

Hizo tambien allá alarde la naturaleza de su fecundidad , donde la primera se ciñe de sucesivas flores , y la abundancia de perpetuos frutos , sin que el invierno despoje los árboles y plantas de sus verdores , sucediendo otras nuevas hojas y frutos á los ya maduros , y enriqueciendo sin cesar las manos de los que solo se fatigan en cogerlos. El trono que ahora alli ocupa el Rey Rodrigo , le haré servir de peaña , al que yo levantaré sobre él , desde don-

de verás estendida tu gloria por la redondez de la tierra. Ni será solo ilustre tu imperio por las hazañas de la guerra , mas tambien por las artes y ciencias , que trasladarán contigo los Arabes y los Egypcios , que dilatando sus luces por la Europa , acabarán de ahuyentar las tinieblas de la ignorancia que esparció la barbarie de aquellos toscos Godos , quando baxaron de los montes de la Escandia.

Los hados tienen destinada ya la ruina de aquella nacion , que yo facilitaré á tu brazo victorioso. El corto estrecho de la mar , que divide aquel Reyno de la Libia , tendrán solo que vencer tus naves. Ni disipa tan presto el sol nacido las tinieblas de la noche , quanto tu presencia los exércitos de aquel pueblo , á quien tratarán tus esquadrones , como trata el Austro los medanos arenosos en las playas Africanas. De estas mis promesas vendrán á darte luego seguras prendas las naves que yo precedí con estas miras , encaminandolas al puerto de Sidon , donde mi favor las conduce.

Dicho apenas esto , desaparece la diosa , sin esperar respuesta agradecida del Califa , dexandole atónito de su vista , y no menos impaciente de ver cumplidas las promesas que le acababa de hacer. Impelido de estos deseos , sin cuidarse mas de la hermosa cautiva que tenia

ensus brazos , se pone luego en camino del puerto de Sidon , para ver por sí mismo , si habian llegado las naves que le insinuó la fortuna. Y aunque no tuvo de ellas indicio alguno , no por eso desconfia de las promesas de la diosa , antes bien , como asegurado de ellas , manda partir algunas naves ligeras para que las escoltasen al puerto , en donde quedó para esperarlas.

Mas las naves Iberas que no podian igualar en su curso el rápido vuelo de la fortuna , sulcaban todavia el estrecho Tartesiano , quando ya la diosa habia llegado á Damasco. Dexasen ellas á la siniestra las playas enemigas de la España , que Susenando procuraba evitar como tales , pues el amor de la patria dura solo en el hombre , mientras ella respeta sus fueros y derechos y le asegura en su seno la tranquilidad. Mas luego que se ve arrojado de ella por la injusticia , su natural afecto se trueca en odio y en aversion á la misma. Asi á lo menos experimentaron Susenando , y los hijos del Rey Vítiza , los quales apartando con indignacion sus ojos de las costas de la España , los ponian con gusto , ora en las nuevas torres de Alger , que Tarif levantaba , ora en los fértiles campos de Cirta , embelesando á su vista los bosques de altas palmas que amenizaban las playas de Bugía.

Luego se complacen de señalar todos con el dedo el lugar en que otro tiempo torreaba la gran Cartago, cuyas ruinas admiraban, pareciéndoles ver al tiempo que descansase sobre ellas del empeño y fatiga en acabar de aniquilar aquellos excelsos monumentos. No lejos de ella descubren tambien las antiguas murallas de Utica, sobre las quales creyó entrever Susenando á la gran sombra de Caton, que con fiero ceño aprobase el intento de su embaxada. Dexan tambien atrás á Constantina, y les hace reparar asimismo el piloto la nueva Alzerbe, asiento en otro tiempo de los Lotofagos.

Les obligan luego á engolfarse las Sirtes formidables, vedandoles ver de cerca las playas Getulas, y las de los Masilos y Barceos. Mas experimentando siempre constante el viento en su favor, pudieron vencer luego el cabo de Judeca, y la mayor de las Sirtes, y ver á corto trecho á Tolomita, y los campos de Cirene, en donde torreaban antes cinco grandes ciudades, de las quales no se veian ya las ruinas. Las playas marmoricas ofrecieron solo á sus ojos una perpetua soledad, cuyo triste silencio rompian solo los fieros rugidos de los leones que osaban llegar á la orilla, y mostrar desde ella sus gargantas á los navegantes.

Tan tristes objetos les hicieron parecer mas

deliciosas las dilatadas llanuras que fertiliza el Nilo, sembradas de villas y ciudades, cuyos chapiteles descollaban entre la alta frondosidad de los árboles que hermo­seaban las playas y las riberas por donde el mismo magestuoso río arrojaba á la mar el tributo inmenso de sus aguas que sulcaban también las naves, desde donde pudieron descubrir los restos miserables de la destruida Canope, antiguo emporio del comercio de la gran Ciudad de Menfis. Tras esto ven á Damiata, y hácia Rafia, y á Gaza llevan su curso; pero le dexan á vista de Ascalona; tomando el rumbo por alta mar hácia la Ciudad de Sidon, donde el Califa les esperaba.

No tardó á tener noticia de ellas por una de las naves que envió á su encuentro, y de los embaxadores que venian en las mismas, los quales quedaron maravillados, oyendo que el Califa, sabedor de su venida, les esperaba con ansia en el puerto. Parecía imposible que hubiese podido preceder aviso del motivo de su llegada. Lo vieron de hecho confirmado por las demostraciones que recibieron, festejando su entrada en el puerto las naves que allí tenia el Califa, y luego por el magnífico recibimiento que les hizo él mismo, admitiendoles inmediatamente, estando sentado en un rico solio,

rodeado de sus mas nobles , y valerosos confidentes.

Realzaba su magestuosa presencia á la escelsa dignidad de su augusto caracter , condecorado de la hermosura de su rostro , que le grangeo el renombre de Ulit el bello , y que hacia amable á la fiereza que respiraban sus ojos , templandola el suave rayo de la mocedad , que cubria ya sus mexillas del negro bozo que hacia resaltar la blanca tez de las mismas. Se levantaba sobre su frente el precioso turbante que la ceñia , y en que se veian brillar las mas ricas perlas de Eritreo , y los mas preciosos diamantes del Oriente. Adornaban tambien ellos , en diseño arabesco , lo largo de su túnica talar , y la contera que sostenia el alfange , inestimable don del Califa Omar su padre , cuyo heredado esfuerzo y grandeza de alma , aventajaba Ulit con mas generosos sentimientos , hermanados á una sabia osadia , cuyas miras sostenidas de la perspicacia de su mente , aspiraban á mayores conquistas , despues que al heredado señorío de su padre , habia juntado la Siria , y parte del Egipto y del Africa , hasta la Mauritania Tingitana , término entonces de sus victorias , quando apenas contaba seis lustros.

Llegado ante él Susenando , seguido de los dos hijos de Vitiza , le acató con profunda re-

verencia , y siendole concedido el declarar los motivos de su venida , empezó á decir asi : no estrañeis , poderoso señor , que lleguen á implorar vuestro excelso amparo , contra su propio Rey , unos vasallos descendientes tambien de Reyes , quando oygais los agravios que han padecido los mismos de su Soberano. Veis aqui los dos hijos del Rey Vitiza , Evanio y Sigiberto , de los quales el uno , pudiendo evitar la muerte con la fuga , debió á vuestra apreciable clemencia el amparo que esperaba de la misma, y el honor de ser agregado á vuestro ejército victorioso. Obligado tambien el otro á evitar la muerte , pudo salvar su vida viviendo oculto entre las selvas, en que llevó una bien infeliz. Dichosos ellos , sin embargo , que pueden imputar solo su desgracia á la grandeza del Rey su padre , que envidió en ellos el Rey Rodrigo que se apoderó de todos sus honores y riquezas.

Su desventura no igualará jamas á la del Conde Don Julian , cuyos padecidos ultrages por el mismo Rey , no puedo yo declarar sin dolor , participando de ellos , como deudo cercano suyo , viendonos ambos á dos amenazados tambien de muerte , y proscritos no por otro motivo que por ser él padre , y yo tio de una doncella violada por el mismo Soberano. Paso

en silencio los medios infames con que venció la resistencia de su inocente decoro. Ni contento de haber abusado de la misma, intentó privarla de su libertad, para hacerla tal vez esclava de su luxuria.

El doliente y ofendido padre, uniendo sus lágrimas á estas mias, hace llegar á vos, poderoso y clemente Señor, sus justas quejas, é implora con ellas vuestro poder en la defensa de su vida contra el forzador de su hija, el qual intentó quitarsela, juntamente con el Gobierno de las provincias del Africa, que le confió, enviando á este fin al Africa el matador. Forzado de estos desafueros, apela ante el tribunal de vuestra justicia el Conde D. Julian del derecho de su natural libertad, creyendole tener, para reconoceros por su Soberano, si vos, Señor, os dignais mirarle como vasallo vuestro, y como tal os hace por mi medio la entrega de las llaves de las plazas que se obligará á defender como vuestras, contra aquel que se hizo indigno de poseerlas, aunque intentase el recobrarlas.

Oido esto, responde el Califa: el Dios que dió el poder y fuerzas en las manos de Ulit, lo hizo para que executase acá en la tierra las veces de su justicia, sirviendose de él para reprimir las vexaciones de los Reyes injustos que atropellan los pueblos miserables. Quedan atendi-

das , no lo dudeis , vuestras quejas ; serán otorgados vuestros ruegos. Perded todo temor. El victorioso brazo de Ulit os protege. Su alfange será vuestro escudo. Y para que tengais prendas seguras de mi promesa , recibid , Osman , en mi nombre esas llaves , é id á dar inmediatamente orden , para que se apresten cien navas , y toda la gente de armas de que sean capaces , para que acompañen y protejan á esos mensajeros.

Quiso luego que Susenando le informase quales eran , y quantas las fuerzas del Rey Rodrigo ; qual el estado en que se hallaban las provincias , y sus ciudades , y quales sus terrenos , y los tributos que le pechaban los pueblos. Nada quiso Ulit , que quedase oculto para los intentos de la conquista de aquel Reyno , que le proporcionaba una ocasion tan favorable. Nada tampoco dexa Susenando por desear al Califa , avivando con sus informaciones los anhelos de su ambicion en una conquista que iba á oscurecer á todas las demas que habia conseguido. Ni la Siria y Fenecia , ni las provincias del Egipto y las de la Libia , sometidas á su poder , contentaban tanto las ansias de su pecho , quanto la que le presenta ahora la fortuna en la prometida posesion de la España , que le facilitaban las plazas Africanas , ofrecidas por el Conde Don Julian.

En esto , pues , emplea sus desvelos , queriendo hallarse presente á la partida de la primera armada , que enviaba con los llegados mensajeros , y cuyo mando entrega al valiente Sofir , compañero de sus victorias , haciendo antes revista del ejército que tenia acampado en los contornos de Sidon. Hecha esta , sin esperar el viento favorable , hace pasar á las naves los esquadrones , y embarcados ya , manda poner la señal de la partida , aunque duraba todavia el viento contrario. A él sin embargo se hubo de entregar toda la armada , saliendo del puerto , semejante á una numerosa torada , que sale en confuso tropel hácia el pasto deseado ; precediendo á las naves la capitana , la qual desplegó á vista de la ciudad el temible estandarte de Mahoma.

Le acatan con alto mormurio de voces devotas , y le inclinan sus turbantes las barbaras naciones que le siguen , jurando de morir en su defensa. Avivó luego la confianza que alimentaban todos de la victoria , el viento mudado de repente en favorable , pareciendo que militase en favor de la sagrada enseña de su profeta. Todas las naves le entregan á una sus velas , llenando de su pomposa magestad la armada aquel golfo que sulca con hermoso curso , despidiendo lejos la movida espuma. Ni tardan á

descubrir las cumbres de los montes Reteas que dexan á la diestra , dirigiendo el rumbo entre las costas de Creta y de la Fenecia.

Partida apenas la armada , hace renovar el Califa impaciente la asonada guerra en todos sus estados , para allegar mas numeroso exercito que el que acababa de entregar á Sofir , y llenar juntamente con él la meditada conquista de la España , en que resuelve poner el asiento de su Imperio , desamparada el Asia ; esta temia quedar despoblada de sus habitantes , segun era la muchedumbre de los pueblos que acudian á las banderas del Califa. Contabanse en ellas muchas de las naciones , de las que adoran al Ganges , y de las que beben el rapido Nifates. Los mismos Arabes dexaban gustosos el suelo en que veneran las cenizas de su profeta , para tener parte en la gloriosa conquista en que creian estender la veneracion y el culto del mismo.

Dexan tambien los Idumeos sus fértiles provincias , y las suyas los mas remotos Egypcios. Envia tambien la Judea numerosos esquadrones de sus pueblos , y quieren unir sus armas á las de Ulit los Misios y los Tarsianos , á los cuales se juntan muchos Frigios , ni dexaban de verse tambien entre las banderas del Califa algunas de los Armenios , llevados del deseo de

adquirir gloria , y fortuna en aquella celebrada expedicion. Sus famosas fraguas ve arder noche y dia Damasco , resonando en sus contornos el eco de los majados yunques. Se ven todas las selvas despojadas de sus anexos troncos, que baxan á los puertos de Tiro y de Sidon , donde se transforman en naves. Queda desnuda la gran Sierra de Amano ; y ostenta el Libano al cielo el ultrage que padece , defraudados sus hombros de los altos cedros y pinos que hasta entonces habian sido respetados de mil siglos.

Todo cede á los anhelos del Califa , que no dexa descansar tampoco á las vecinas , y á las remotas islas. Naves pide á los de Creta y Rodas , y junta quantas puede en las Cicladas. Suda el Asia , y se afana en la conquista de la España , contra la qual se iba formando tan terrible tempestad , sin temerla , ni recelarla el Rey Rodrigo , enteramente olvidado de la prediccion de Adenulfo , y lisongeado de prevenir con su manejo y diligencia los efectos que pudiera tener la huida al Africa de Florinda. Pero luego que le llegó la nueva de la funesta muerte de Sintila , acompañada del atrevido mensaje que le enviaba el Conde Don Julian con la cabeza del difunto , declarandose vengador de la violacion de su hija , se le renuevan

todos los concebidos temores al infeliz Rey, viendo declarado enemigo, al que podia serlo el mas funesto contra su Reyno, si llegaba á dar entrada á los Arabes en sus dominios.

A fin, pues, de castigar el desacato del Conde, y de prevenir su venganza, manda juntar inmediatamente todas las naves que tenia esparcidas en distantes puertos, y formando de ellas una competente armada, abastecida de máquinas de guerra y de soldados, espera poder recobrar con estas fuerzas las rebeladas provincias, fiado en el valor del Conde Resaredo, á quien dió el mando de aquellas naves. Con ellas se encamina hácia la Ciudad de Tingis, que el Conde Don Julian tenia ya puesta en defensa. Llegado ante ella Resaredo, amenaza de entrarla á sangre y fuego, tratando á todos como rebeldes, si no rendian sus armas á las de su legítimo Soberano. Mas viendo sus amenazas despreciadas, resuelve dar asalto á la Ciudad, y batir sus muros con los ingenios y máquinas de guerra que llevaba en sus naves, á las cuales hace cubrir primero de fuertes techos cubiertos de pizarras, baxo los cuales pudiese abrir brecha el ariete, sin daño de los que le movian contra las murallas.

Teniendolo ya todo dispuesto, hace dar la señal del asalto, dirigiendole hácia la parte mas

flaca de los muros, y mas facil de escalar. Resuenan á un tiempo los gritos de los combatientes y de los que defendian la Ciudad, mientras intentan los unos aferrar las naves junto á los muros para batirles, y los otros impedirselo, y repelerles con los dardos y piedras que arrojaban. Pero á pesar de la multitud de las armas que echaban los defensores desde los muros, consigue Resaredo ancorar parte de las naves que llevaban las máquinas de guerra, y disponer los ingenios para abrir brecha, facilitando esta operacion los techos, de que iban cubiertas las naves y defendiendo á los que acometian las otras naves mas gruesas, que con sus continuos tiros, tenian despejados los muros, impidiendo, que se asomasen á ellos los defensores de la plaza.

Echó de ver el Conde Don Julian el temor y cobardia de los suyos, y llevado de su enojo, acude hácia aquella parte, diciendo á voz en grito: ¿esperais por ventura el perdon de quien viene resuelto á trataros como rebeldes? No, no lo esperéis, aunque le entregueis la plaza; ni os queda otro arbitrio para salvar vuestras vidas, que exponerlas gloriosamente en la demanda. Decia esto visible sobre el muro, y arrojando al mismo tiempo con sus robustos brazos las mas gruesas piedras que habia

amontonadas allí en la muralla. El exemplo de su intrepidez y valor infunde aliento á los suyos y vuelve á poblarse el muro de atrevidos defensores , que á porfia arrojaban sobre las naves ya amarradas , dardos , piedras , y haces encendidos.

Estos , caidos sobre los techos de las naves , ardan sin efecto ; ardiendo tambien con ellos las astas de las flechas y de las lanzas , que allí quedaban , mientras llevadas de su peso caian rodando por entrambos pendios de los techos , las gruesas piedras que dexaban caer aplomadas sobre ellos desde el muro. Se acrecienta el ardor de la pelea , y con ella crece el número de los heridos , y muertos de ambas partes , sin poder apartar de su intento á los sitiadores el daño mayor que recibian , llegando á abrir brecha en el muro una de las naves que le batian. Lo que sabido de Resaredo , iba á dar orden , para que se arimasen las naves , en que iba la gente de desembarco , para que se metiesen en la Ciudad por la brecha.

Pero en el mismo punto se manifiesta el incendio en una de las naves mas vecinas , cuya llama alimentada de los haces alquitranados que caían sin cesar del muro , burla los esmeros de los que acudian á sufocarla , y pone en consternacion toda la armada enemiga , rompiendo

el intento de Resaredo. En vez, pues, de ocuparse en hacer mayor la brecha, atienden solo á librar la nave del peligro, y las otras vecinas á ellas. Pero el fuego cebado sin resistencia en las mismas máquinas, acrecienta la confusion, el alboroto, y el daño de los que acudian á defenderla, y de los que huyendo del incendio, se arrojan á la mar, para acogerse de las naves que acudian á defenderles.

Pueden herir entonces á su salvo los sitiados con los dardos, á los que yendo á nado por la mar, luchaban con las olas, para refugiarse en los buques, y á los que desde estos les alargaban los brazos, para sacarles del peligro, acertando en muchos de ellos la misma muchedumbre de los dardos, no asestados, quedando clavados algunos en las cabezas que sobresalian en el agua, y otros en las espaldas. Quedan talvez traspasadas de un mismo hierro las manos travadas del náufrago y del que le socorria, ó clavadas en el borde de la nave, la que se asia de él para salvarse.

No era menor el estrago que experimentaban en las naves que acudian á salvar del incendio á las vecinas, intentando apartarlas de la muralla; mas viendo difícil el remedio, con el crecido peligro, iban á desistir de su empeño, quando acude con su nave Resaredo y amena-

za de muerte á los que desistiesen del empeño, que él mismo enardecia con su exemplo, haciendo echar cables desde su nave á la incendiada, para poderla sacar á jorro. Mas ella encallada en el tenaz fondo, resiste á todos los esfuerzos y tentativas. El Conde Don Julian reconociendo entonces desde el muro á Resaredo, que manobra intrépido sobre su nave. Le señala con la mano á los suyos, diciendoles que asestasen contra él los tiros, si querian ver luego el fin del combate.

Resaredo, sin embargo, despreciando la muerte, y provocandola, entre la lluvia de los dardos y piedras que dirigian contra él, atento solo á salir del empeño de sacar la nave incendiada, sin tener otra defensa que la de su escudo, con que se reparaba de los tiros. Y aunque logró apartar dos naves de las mas inmediatas á las que ardian, fué con gran mortandad de los suyos, y á costa de dos heridas que recibió, y que le obligaron á retraerse del combate, y luego á ponerle treguas, para poder curar á los muchos heridos que tenia en las naves, perdiendo dos solas de ellas, que debieron abandonar á las llamas.

Pudieron asi reparar sin estorbo los sitiados, la brecha abierta, y cobrar mayor aliento para oponerse á los sitiadores. No les de-

xó sin embargo descansar largo tiempo Resaredo ; porque curada apenas su herida , hizo renovar el asalto , acometiendo la ciudad por otras partes , reservando para sí la puerta que daba al muelle , aunque defendida de dos baluartes , pretendiendo incendiarla. En esto emplea sus mayores fuerzas , mientras con otras naves hace hacer dar fingido ataque á los muros , á fin de dividir las fuerzas de los sitiados. Con no inferior esfuerzo las reciben estos renovandose en diferentes partes el combate. No pueden sin embargo impedir los sitiados que Resaredo coloque un ariete contra la puerta , á quien defendia la misma situacion del muro , que formando una larga bóveda sobre la misma puerta , dexaba sitio bastante para que quedase á cubierto de los tiros el ingenio , y los que le manejaban.

Advertido del peligro el Conde Don Julian, acude á él , y hace tapiar la puerta por la parte de dentro , al tiempo que comienzan á comparecer en la ensenada diversas velas , con sorpresa de los sitiados y sitiadores , ignorando unos y otros , si eran amigas , ó enemigas. Estas dudas tuvieron en suspension el comenzado combate , hasta que Sofir , cuya era la armada, hizo desplegar á todas las naves las banderas Musulmanas. Su vista cubre de repente de ter-

ror los ánimos de los sitiadores, y echa á tierra las lisonjas de recobrar la ciudad, mientras convierte las dudas de los sitiados en mayor alborozo y contento, que ellos desahogaban con altos gritos, viendo llegar tan oportunamente en su ayuda el socorro no esperado.

No desmaya en tal lance el esforzado corazón de Resaredo; antes bien, piensa en sacar partido del mismo riesgo, tentando una gloriosa fuga por medio de la armada enemiga, que era el solo expediente que le dexaba la suerte entre la muerte, ó la esclavitud que hacia inevitables la numerosa armada del Califá. Viendo, pues, que Sofir estendia á lo largo en dos cuernos todas sus naves, con intencion de cerrar en medio, y de apresar su inferior armada, resuelve prevenir al consejo enemigo, tentando su fuga con las naves mas ligeras por medio del centro de la armada contraria, abandonandole todas las demas naves que no podian seguirle.

Para esto manda luego formar dos estrechas filas de todas las ligeras, exhortando á los suyos, á que unidos asi, voguen con ardor, y rompan el centro de la armada enemiga, sin detenerse en pelear, pues no se gana solamente victoria, les decia, peleando con el enemigo, mas tambien venciendo con el ardid. Esta so-

la victoria nos es solo concedida con la fuga , que será gloriosa si la conseguimos ; pues no nos la aconseja el vil temor , huyendo como huyen los vencidos que vuelven al vencedor la espalda ; al contrario , vamos á embestir de frente al enemigo , para abrirnos camino por medio de sus naves , y entre sus armas. Solo por medio de ellas llegaremos al puerto de Tartesio , donde la libertad y la vida serán el premio de vuestro esfuerzo y osadía : seguidme.

Dicho esto dá la señal de partir á sus naves dispuestas ya en dos filas , precediendolas la suya. Hincan á una con ardiente empeño los remos en la mar los marineros , entre la grita y silvidos de los sitiados , que insultaban á su fuga. Gana entretanto camino la fugitiva esquadra , dirigiendo con hervoroso curso el rumbo contra el centro de la enemiga , que contaba por suya la de los Godos , pareciendo imposible á todos que pudiesen escapar de la traza de la contraria armada. Echó sin embargo de ver luego su yerro Sofir , teniendo en sobrada distancia las dos alas que formaban sus naves , y estando estas distantes entre sí , de modo que no podian cerrar el camino á las naves Godas que en su hervoroso curso se hallaban ya cerca del centro.

Sofir que le ocupaba con las naves mas grue-

sas , conociendo la intencion de Resaredo , gritaba desde su capitana á las naves que estaban mas vecinas , que se apiñasen , y cerrasen el paso á los fugitivos. Mas mientras se enfurece y grita , y se mueven las naves á obedecerle , previene Resaredo sus órdenes , y gana el vacio que dexaban entre sí las naves enemigas , y escabullendose entre ellas y entre las armas que le disparaban , prosigue su audaz fuga , y burla la pesadez de los contrarios buques , á quienes su misma grandeza les impedia dar alcance á los fugitivos. Pudieron sin embargo apoderarse de las ultimas naves de Resaredo , llegando á unirse á tiempo de cerrarles el camino.

Con tan facil y no esperado triunfo , entró Sofiren el puerto y Ciudad de Tingis , donde fué recibido con extraordinarias demostraciones de gozo de aquellos ciudadanos , que debian á su llegada el verse libres , y enteramente seguros de las armas del Rey Rodrigo. Puso tambien el colmo al contento del Conde D. Julian , y de Florinda , la llegada de Susenando , de Evanio , y de Sigiberto , oyendo de ellos el favorable recibimiento con que les honró el Califa , y las promesas de venir él mismo en persona á tomar la posesion de aquellas provincias , y la venganza que le pedian del Rey Rodrigo ,

juntando una poderosa armada para conquistar su Reyno , y arrojarle del trono.

Deseó por lo mismo el Conde Don Julian solemnizar la venida de Sofir con magnificas fiestas , destinando para ellas el circo que formaron los Romanos en medio de la Ciudad de Tingis , en que quiso renovar los juegos pitthios con corridas de caballos , en cuyo manejo desearon mostrar su destreza los dos hijos de Sofir , Alajusef y Tamuz , á exemplo de Evanio y Sigiberto , que regian cada uno su carro. La nacida emulacion entre ellos hizo mas solemnnes los juegos , y mas concurridos. Eran magnificos los carros , y ardientes los caballos que los tiraban , y no menos vistosos por sus ricos y pomposos aderezos , con que cada qual entró en el circo , para ir á ocupar el puesto que le tocó por suertes en el repagulo , donde ya colocados , esperan la señal de la partida.

Dada esta por Sofir , parten á una de carrera los quatro carros , cuyos caballos azorados de la grita de la inmensa muchedumbre que ocupaba el circo , iban á par del viento , envueltos entre la polvareda que levantaban , anhelando cada qual de los conductores preceder á sus rivales en la carrera. Crece con esto el empeño de los mirones , y las ansias de las opuestas inclinaciones de los partidos , á que se siguieron

luego el disgusto , ó el placer que probaban , segun veia perder ó vencer á los que favorecian , quedando delanteros , ó rezagados en la carrera.

De esta suerte dieron felizmente el primer giro á la meta , en que llevaba la precedencia á los demas Sigiberto. A él inmediato iba Tamuz , y en sus alcances el esposo de Florinda , que estaba solícita por él , quedando trasero Alajusef , aunque mas que ningun otro importunaba con el latigo á sus caballos ; pero le faltaba la destreza del manejo , en que aventajaba á todos los otros Sigiberto. Sentia Evanio , no tanto que su hermano le venciese , quanto que le venciese Tamuz , aunque le quedaban hartas lisonjas de poder precederle en aquel segundo giro. Azora á este fin con la voz y los chasquidos del latigo á sus caballos , y los rige mas vecinos á la meta , para ganar la vuelta á su contrario , dexandole este bastante espacio para ello.

Consigue su atrevido intento Evanio , y llega á parearse con Tamuz , corriendo con ardiente emulacion ambos á dos todo el giro , hasta cerca de la meta , en que deseando el jóven Arabe jugar el mismo lance á Evanio , azota de recio á sus caballos , y los tuerce hácia los de Evanio , con quienes iban pareados. Mas ellos

enfurecidos burlan la destreza de su conductor, llevan al carro contra la misma meta, en que haciendole mil pedazos, arrojan lejos de él al infeliz Tamuz, que maltratado del golpe, quedó medio muerto en el suelo, y expuesto á ser hollado de los caballos y carro de Evanio, que inmediato le seguia.

Mostró este entonces su generoso corazon, y su destreza en el manejo, haciendo parar de una sofrenada sus ardientes caballos, y saltando al mismo tiempo del carro, acude á socorrer al caido Tamuz, el qual apenas daba señal de vida. Este desgraciado accidente trocó el gozo de aquel divertimiento en general sentimiento y pesar, creyendo todos que hubiese muerto el caido. Ni le duró á Sigiberto largo tiempo el gozo y ufania de su decidida victoria; pues estando para llegar vencedor á la meta en su tercer giro, debió parar los caballos, impidiendole el paso los carros, y caballos de Evanio, y de Alajusef, que parados por causa de Tamuz, ocupaban el espacio de la carrera.

Fué especialmente sensible aquella desgracia á Sofir, que amaba tiernamente á su hijo Tamuz, no dudando en su dolor de haberle perdido. Pero luego recibiendo mas felices nuevas, cobró aliento y esperanzas de su salud; y no pudo dexar de manifestar á Evanio el

aprecio que le habia merecido con su generosa accion , estrechandole á su seno , y agradeciendosela con lágrimas de consuelo , y con los ricos presentes que le hizo. Nombróle á mas de esto por xefe del cuerpo de los Mamelucos que llevaba en su ejército , prometiendole los mayores honores y bienes en España , si llegaba á salir con su conquista , á la qual quiso dar luego mano contra los órdenes del Califa, creyendo poder conseguir la conquista de aquel Reyno con el ejército que le habia confiado.

## LIBRO SEPTIMO.

**E**scapado entretanto el animoso Resaredo con la mayor parte de sus naves entre la armada del Califa, llegó al puerto de Tartesio, donde su malograda empresa puso en consternacion todos los ánimos, oyendo la llegada de Sofir, enviado del Califa á la conquista de España. Vuela de pueblo en pueblo la veloz fama, complaciendose de abultar esta nueva, y engrandeciendo el número y fiereza de las naciones bárbaras que Sofir conducia, especialmente en los oídos del Rey Rodrigo, que consternado de tales voces, no duda ya ver cumplido el pronóstico de Adenulfo, cuya memoria le renueva vivamente la venida de los Arabes.

Echó de ver entonces los funestos efectos de su pasion, dexando apoderar su ánimo de los afanes y congojas que le apremiaban, hallandose sin fuerzas que oponer á tan poderosos enemigos, pérdida gran parte de su armada, y con ella todas las provincias Africanas, y viendo apoderado su Reyno de la consternacion, que cobrando cuerpo, cubria de luto y duelo á la nacion entera. Resonaban las ciudades de las voces lastimosas de sus habitado-

res que creían ver inundado el Reyno de las fieras legiones que enviaba el Califa en su ruina, y que en vez de empuñar las armas para rechazar al enemigo, corrían en trages de dolor y penitencia á los templos, donde abrazados con los altares, ó cosidas sus frentes en el suelo, imploraban la defensa del cielo contra la destruccion que les amenazaba, confundidos los nobles con los plebeyos, igualando á todos el temor que abate y humilla la altivez de los humanos corazones.

Las artes, abandonados sus talleres, recorrian en romerías los santuarios, donde con clamorosas plegarias esperaban grangearse el amparo y favor de los cielos. Desfallecen los brazos de los tristes labradores, sin atreverse á fiar al suelo las semillas que temen hayan de servir de pábulo á la llama enemiga. Va triste el buey exénto de la gamella por el inculto campo, desamparado de su dueño que gime sobre el ocioso arado. Dexan las playas los que las habitan, para no ser las primeras victimas del vencedor acero. Siguen medio desnudos los sollozantes hijos y doncellas á sus medio desnudos padres, llenando á tropas los caminos que hacían resonar de sus lamentos, mezclandose tal vez con los fugitivos pastores, y con los ganados, sin saber donde recobrase, huyendo todos del

hierro y fuego de los barbaros , que creen tener á las espaldas.

Pero informado luego el Rey Rodrigo de la venida de Sofir , y del número de las gentes que conducia , cobra aliento y esfuerzo para oponerse al intento que llevaba de penetrar en su Reyno. A este fin manda fabricar otras naves en todos sus puertos , y comienza á formar ejército de sus vasallos , avivando con su exemplo , y con sus exhortaciones el antiguo valor de la nacion Goda. Fortalecia él mismo sus miembros en las fatigas militares , haciendo hacer á sus soldados remedos de batallas , en que exercitaba sus bisoñas tropas : mudaba de acampamentos ; y hacia sudar el miedo á sus esquadrones baxo el peso de graves mochilas ; levantaba vallados , y abria nuevos fosos en defensa de sus Reales , con que denodaba sus miembros , y los endurecia á los trabajos. Ni olvidaba la defensa de los puertos y plazas principales , en que mandaba rehacer los muros y castillos arruinados , ó enteramente demolidos por su antecesor Vitiza , á quien debiera atribuir la antigua edad la ruina y pérdida del Reyno de los Godos , antes que á una flaqueza de Rodrigo , aunque esta hubiese hecho pender la determinacion inevitable de los hados.

No satisfecho el Rey Rodrigo , pensó en

pedir socorro á los Cantabros, gente fuerte, y aguerrida, que encerrada en los términos de sus montes, no aspiraba á otra mayor grandeza que á la de conservar su libertad, repeliendo á los que intentaban avasallarles con las armas, como lo hicieron con los Suevos, que aspiraron al señorío de aquellas provincias; y con los antiguos Godos, que quisieron conquistar tambien aquel Reyno, hasta que el Rey Liuva, creyendo mejor partido tener por amigos y aliados á los Cantabros, que por enemigos, casó su hija Emerilda con Rótamo, Señor que era entonces de la Cantabria, y que la gobernaba sin título de Rey; título aborrecido de aquellos pueblos, aun despues que recobraron su señorío de los Romanos que los sujetaron.

Porque aunque entonces eligieron entre ellos un xefe para que les gobernase á exemplo de los Reyes Godos y Suevos, sus confinantes, sin embargo no le dieron el nombre de Rey, sino de principal, y Señor, sin permitirle el promulgar ninguna ley. Esta autoridad se reservaba la nacion, que se juntaba á este fin, como tambien para hacer guerra, ó alianza con las naciones vecinas, ó para concederles socorros si los pedian. Y en este mismo derecho se conservaba la nacion, quando Liuva casó su hija con Rótamo, que tuvo en ella un hijo, llama-

do Liuvila , á quien sucedió Asturio , que era el que gobernaba los Cantabros , quando el Rey Rodrigo envió á pedir socorro de ellos en el peligro que le amenazaba.

Habia tiempo antes perdido Asturio su señorío , y logró recobrarle con ayuda de los Godos ; habiendole echado de él Leondo , uno de los descendientes de Rótamo , que se ganó un partido numeroso entre los Cantabros , con los quales asaltó el palacio de Asturio , determinado á acabar con toda su familia , y especialmente con el hijo aun tierno , que Asturio tenia , llamado Pelayo. Pero el destino que en sus miras insondables movia desde la Siria al Califa Ulit , para que destruyese la nacion Goda , y su Monarquía , protegía al mismo tiempo al niño Pelayo , para hacerle cabeza de otra nueva nacion y señorío , quitado á los descendientes de aquel mismo Califa , salvandole á este fin con particular providencia de las asechanzas y violencia de Leondo.

Porque Asturio agitado del tumulto y ruido de los que asaltaban su casa , cubiertos de las tinieblas de la noche , atendió solo á salvar su vida con la fuga , desamparando su tierno hijo que tenia confiado á los desvelos y cuidados de Anselda , muger de corazon varonil , que estaba casualmente entonces acallando el

importuno llanto del niño. Ella azorada de las voces de los que se abrian entrada en la casa con las armas, y temerosa por la vida del niño que tenia en sus brazos, huye con él hácia el jardin, á donde tenia inmediata la salida, para escapar por él. Mas echando de ver que estaban llenas las calles de gente armada, no halló otro expediente para salvar al niño, que cubrirle de las hojas, de que el invierno habia despojado los árboles, tendiendole baxo un espeso arrayán.

Satisfecha de este piadoso officio, vuelve á entrar con animosidad en la casa, para informarse del intento que llevaba aquella gente, al tiempo que esta encarnizada en la matanza de quantos encontraban, dan tambien con Anselda, y la matan, quedando el niño Pelayo sin amparo, y expuesto á perecer, si el cielo no le hubiera protegido. Valióse para ello de un hombre anciano, llamado Onildo, que unido á otros muchos del pueblo, que seguian el partido de Asturio, y que tomaron las armas contra los de Leondo, acudió con ellos, para rechazar del palacio á los contrarios. Pero prevaleciendo el partido de los conjurados, con mortandad de los que favorecian á Asturio, dexaron por muerto en el jardin á Onildo, que fingió el estarlo, quedando solamente herido en

el rostro , junto al arrayan , en que Anselda dexó al niño.

Pudo entonces oír el llanto del mismo debaxo de las hojas , y maravillado de aquella novedad , acude á satisfacerla , permitiendoselo los conjurados que se habian dilatado por la ciudad. Y echando de ver por los aseados pañales , y ricos dices , que aquel niño pudiera ser el hijo de Asturio , escondido alli por alguna mano piadosa , para salvarle de los amotinados , determina huir con él , y salvarse , ó perecer con él mismo. Para hacerlo con mayor seguridad , despoja al niño , y desnudo le envuelve en aquella misma hojarasca que le cubria , y haciendo con él un fardo del manto que llevaba , lo carga sobre sus hombros , para sacarle fuera de la ciudad , si le salia bien la tentativa.

Resuelto á esto , atalaya atentamente por todas partes si pudiera ser visto quando salia del jardin , y no viendo á ninguno , sale con la carga , como si fuera un labrador , y luego por calles desviadas se encamina hácia la puerta de la ciudad , de que no se habian apoderado todavia los conjurados , y sale felizmente de ella , jubilando su corazon por el éxito dichoso de su empresa , y desviandose á remota parte , atiende lo primero á dar desahogo al niño , y lue-

go el necesario alimento que se le proporcionó en una casa de un labrador , haciendo pasar al niño por hijo suyo que habia podido salvar desnudo de las armas de los amotinados.

No satisfecho de esto el buen Onildo , como temia caer en sospechas de los enemigos de Asturio , si quedaba en aquellas cercanias , resuelve retirarse á los montes , donde podria alimentar al niño con leche de cabra , y asi lo hizo , mientras el desgraciado Asturio , escapado felizmente de la ciudad , no hallandose seguro en Cantabria , mientras viviese Leondo , y prevaleciese su partido , determinó ceder á la violenta tempestad , y refugiarse entre los Godos , como lo executó , yendo á implorar el favor del Rey Vitiza. Mas éste , aunque le acogió en sus estados , no quiso enredarse en guerra con Leondo , por causa de un infeliz fugitivo , el qual permaneció entre los Godos , despojado de su señorío sin esperanza de recobrarle , y sin poder saber si su hijo Pelayo habia perecido á manos del usurpador , como lo sospechaba.

Tampoco pudo saber Onildo , refugiado en el monte , si Asturio vivia , ó si habia muerto á manos de los conjurados , pero aficionado al niño , le criaba con cariño igual al de tierno padre , lisongeandose siempre de reponerle en

el señorío de su padre, si llegaba á sobrevivir á Leondo, descubriendole por hijo de Asturio, á los Cántabros. Con estas miras procuraba fortalecer los miembros del niño desde sus años mas tiernos, haciendole dormir sobre el duro suelo de la cueva que le deparó la suerte por morada, sin otro alimento que el de las frutas silvestres que recogia por los valles, ó del esquilmo de sus cabras.

Mas luego que los brazos de Pelayo pudieron sostener el arco, comenzó á exercitarle en la caza, para fortalecerle, y aguerrirle mucho mas, como tambien en la carrera, en que tal vez igualaba á las fieras montesinas que encontraba por las selvas, volviendo cargado de las presas á la cueva en que le servian de sustento, y que se complacia de ofrecer á su padre Onildo, pues le reconocia por padre, ignorando que fuese hijo de Asturio; lo que el viejo Onildo le ocultaba, con las miras de reponerle algun dia en el señorío de su padre. A este fin baxaba freqüentemente del monte, para informarse si Leondo gobernaba todavia los Cántabros.

Viendo salirle vanas sus esperanzas, iba temiendo que la muerte robase este consuelo á su edad ya avanzada, no pudiendose imaginar que la suerte quitase de un momento á otro á

Leondo el señorío para devolverse á Asturio, como sucedió, grangeandose el mismo Leondo esta contraria mudanza. Porque luego que se creyó asegurado en el señorío, así como le habia usurpado con la crueldad y violencia, así pensó también poderse mantener con ella, tentando de sobreponerse poco á poco á la nación, alterando sus leyes y costumbres, é introduciendo otras que mejor le parecían, y haciendo otras vexaciones y desafueros á los particulares.

Zelosos los Cántabros de sus antiguos derechos, sintiendo vivamente el verlos violados por aquel, á quien dieron ellos mismos aquella preeminencia, de la qual abusaba, determinan matarle, y lo ejecutan asaltando su casa, como él asaltó la de Asturio, y eligen á este de nuevo por su Señor. Recibida esta nueva de Asturio, vuela á Cantabria, ansioso, no tanto de recobrar su pérdida autoridad, apetecible siempre al hombre, quanto porque con ella podia certificarse mejor si su hijo Pelayo vivia, ó si habia quedado muerto á manos de los conjurados. Es recibido con extraordinarias demostraciones de gozo de toda la nación, la qual llegó á experimentar en las violencias del tirano, quanto mas digno era Asturio del señorío.

Repuesto apenas en él, tentó todos los

medios y caminos para tener alguna noticia de su hijo; viendo desvanecerse todas sus lisonjas, cedió á la persuasion de que el niño hubiese muerto, como murieron todos los demas de su familia, hasta que Onildo baxando del monte, como oyese que Asturio habia sido repuesto en el señorío, transportado del gozo abraza á Pelayo, que consigo llevaba, y le dice que importaba que se encaminasen ambos á dos á la capital. Extrañando el jóven Pelayo aquella demostracion repentina de Onildo, desea saber de él el motivo porque se la hacia. Se lo tuvo oculto el viejo hasta que llegaron á la ciudad y casa de Asturio, donde pidió ser introducido á su presencia, diciendo que le traia nuevas de gran gozo, que queria comunicarle.

Sorprendido Asturio del aviso que recibe de la llegada del viejo con un muchacho, y de las nuevas de gozo que le traia, siente renacer en su pecho las esperanzas sobre su hijo; é impelido de ellas, los hace introducir inmediatamente en su presencia. Comparece el viejo Onildo, apoyando sus tardos pasos á un rústico baston, seguido del jóven Pelayo, vestido como el viejo, de pieles de fieras, mostrando en su rostro y presencia la libre selvaticidad, y desenvoltura que habia contraido en las selvas; y lleno el viejo de la confianza que

le daba la gustosa nueva que traia , le dice : si no me engañaron mis lisonjas y los cuidados que tomé en criar á este muchacho que aqui veis, despues de haberle librado de la muerte , creo que es hijo vuestro. Ved si lo reconocéis por tal.

Conmovido Asturio del tosco discurso de Onildo , que le presentaba aquel muchacho para que le reconociese por hijo suyo , habiendolo perdido en faxas, y recelando que aquel anciano se valiese de la casualidad de la pérdida de su hijo verdadero , para substituir otro en vez suya , reprime los impulsos del excitado gozo, y le dice : ¿mas cómo sospechais que sea hijo mio este muchacho? ¿dónde , y cómo le librasteis de la muerte? pues si me dais seguras pruebas de ello , no dudeis que quedarán premiados vuestros cuidados , y vuestra fidelidad. Decia esto Asturio con los ojos empañados de lágrimas que le hacia asomar á ellos el afecto tierno que ora la vista del muchacho , ora la del mismo viejo le merecia. Onildo entonces comienza á decir de esta manera :

No es el interés , ni deseo alguno de recompensa el que aqui me encamina ; como no lo fué tampoco el que me movio á salvar á este muchacho , y á criarle como á hijo mio, sino el solo afecto que me movió á tomar las ar-

mas en favor vuestro contra Leondo, en el funesto dia de la conjuracion en que quedasteis privado del señorío. Unido yo á los otros que seguian vuestro partido, acometí con ellos á los conjurados que se hicieron fuertes en este palacio, pero favoreciendoles la suerte nos rechazaron, dexandome por muerto con otros muchos en el jardin en que penetramos, donde quedando yo tendido junto á las espesas matas de los arrayanes que alli habia, oí el llanto de un niño que sin duda pusieron alli para salvarle, cubriendole de hojarasca.

Tuve tiempo y oportunidad para descubrirle; y reconociendole por sus pañales y adornos por hijo vuestro, resuelvo salvarle á qualquier coste, y lo executo, envolviendole en las hojas mismas que le cubrian, y haciendo como un fardo de él, y de ellas, con mi manto, lo cargo sobre mis hombros, y sacandole asi felizmente de la ciudad amotinada, le llevé al monte, donde lo crié con las esperanzas de hacerle reconocer de los Cántabros por hijo vuestro, luego que Leondo muriese, pues no sabia yo que vivieseis, hasta que oí que habiais recobrado el señorío; lo que es motivo para que con mayor gozo os lo presente; y para que no os quede duda alguna sobre la verdad sencilla de mi relacion, y de que este muchacho

es vuestro hijo , aqui teneis los dices preciosos que llevaba puestos , y que conservé con gran cuidado , y por los quales le acabareis de reconocer.

A vista de los adornos que Onildo le presenta , no puede contener Asturio el exceso del alborozo y ternura que inundó su pecho, y cierra estrechamente al viejo entre sus brazos, prorumpiendo en sollozos que le causaba su reconocimiento y gratitud á tan grande y desinteresada fidelidad. Luego abrazando á su hijo, desahoga con él todos los afectos que aquel accidente tan impensado le despertaba , y le hace reconocer á los Cántabros por su hijo , á quien el cielo habia salvado con tan particular providencia ; destinandole para que fuese el libertador de la España , y para que repeliendo los Arabes de los límites de su Cántabro señorío , destruido ya por ellos el Reyno de los Godos, procediera de él una nueva série de ilustres Reyes que acabaron de libertar la España del yugo Sarraceno.

Grangeóse el jóven Pelayo el amor de los Cántabros , no solamente por las muchas pruebas que dió de singular esfuerzo , y de destreza en las armas , sino tambien por su natural eloqüencia , aunque educado siempre entre las selvas ; de modo que quando llegaron los em-

baxadores del Rey Rodrigo para pedir socorro á la nacion en el inminente riesgo en que se hallaba su Reyno de ser acometido de los Arabes , no dudaron en elegir por xefe de la gente que vinieron bien en conceder á los Godos de socorro , al esforzado Pelayo , aunque solo contaba entonces quatro lustros.

Entretanto Rodrigo , sabida la salida del Africa de Sofir con toda su armada , no pudo esperar el socorro de los Cántabros , sino que encaminando el ejército que habia formado de priesa , hácia las playas fronteras del Africa , le distribuyó de modo , que pudieran acudir luego los cuerpos divididos , para repeler juntos al enemigo , en qualquiera parte que intentase hacer el desembarco , dandole tiempo para ello los contrarios vientos que parecian oponerse á las ansias ambiciosas que alimentaba Sofir de aquella conquista , que le parecia facil atendidas las noticias que tenia , de la consternacion de los Godos , y del infeliz estado del Reyno. Engañado de ellas , no dudó en hacer el desembarco en qualquiera ensenada que se le proporcionase , temiendo perder tiempo en ganar alguna plaza , donde pudiese asegurar la retirada , en caso de pérdida de batalla.

Llevaba Sofir en su ejército los dos hijos de Vitiza , Evanio y Sigiberto , lisongeandose

que pudiese declararse en favor de los mismos parte del Reyno. Iba tambien con Evanio su esposa Florinda , que no quiso desamparar á su marido en aquella empresa , en que deseaba y esperaba vengar el ultrage de su honor. Ni Evanio se opuso á sus deseos ; antes bien confiado de la victoria , se lisongeaba poderla coronar en el trono de su padre Vitiza , despues de haber derribado de él al Rey Rodrigo. Y á fin de llevarla en la armada sin nota de su sexô y hermosura : entre aquellos esquadrones barbaros, mandó hacerle armadura adaptada á su flaqueza, que solo llevase la apariencia de terror guerero , encubriendo al mismo tiempo sus gracias , y belleza.

Aprisionaba su larga cabellera el morrion resplandeciente de oro y plata , sobre el qual se veia sentado un armiño , baxo el penacho que sobre él ondeaba. La servia antes de adorno que de defensa el ligero peto que encerraba su talle y colmado seno. Ni fatigaba á su delicado brazo la dorada lanza , ni el escudo ; mas qual suele una beldad remedar por antojo en las fiestas bacanales á Pallas Atenea , de peto , morrion y lanza armada , sin que puedan desmentir sus gracias la fiera apariencia de la diosa á quien representa , tal Florinda seguia á su marido Evanio en la armada que aspira-

ba á la conquista de la España.

Mas luego que se vió en la nave entre tantas gentes barbaras que amenazaban á su patria la ruina , casi llegó á arrepentirse de su determinacion. Quisiera ella que aquellas naciones barbaras desahogasen su fiereza en solo el Rey Rodrigo , y que perdonasen á los infelices pueblos , que ninguna parte tenian en los desafueros de su Rey. Esta pena , oprimiendo mucho mas su ánimo á vista de los montes de su patria , la obliga á descubriрsela á su marido , diciendole : creo , Evanio , que los deseos de nuestra venganza erraron el medio para conseguirla. Porque , ¿ á qué fin introducir en España tantas feroces gentes que la destruirán enteramente, sin que lleguemos tal vez á conseguir con eso los intentos de nuestra justa venganza ?

Esta incertidumbre , Evanio , me hace estremecer. Quise, es verdad, seguiros en esta temible empresa ; pero el amor y los deseos de aquella misma venganza, no me dexaron temer entonces de lejos , lo que ahora temo á vista de esas playas y tierra en que recibimos el ser. A nuestra patria llevamos, Evanio, el incendio y la destruccion , y este pensamiento me obliga á rogaros que veais mientras tenemos tiempo, de aconsejar á Sofir á que mude la determinacion

que mi padre y Susenando mi tío le aconsejaron, como arriesgada y expuesta á un éxito temible. Osad tambien vos el disuadirselá, pues la impresion que me hace la misma á vista del peligro, la sentirá tambien él tal vez; y vuestro consejo podrá tener aqui mas fuerza para con él, que alli todas las persuasiones con que quiso mi padre apartarle del intento.

Oia atentamente Evanio este discurso de Florinda, quando la interrumpe diciendola: ¿qué escucho? ¿y de quando acá dexó apoderar su corazon la hija del Conde Don Julian del arrepentimiento de su jurada venganza? Porque, ¿qué otra cosa me dan á entender esos temores que me manifestais con el pretesto de la compasion á la patria y de los males que se la pueden seguir de nuestra empresa? Qualesquiera que ellos sean, se deben adjudicar antes á las maldades y desafueros de vuestro forzador, que á nuestras armas; pues no es sola vuestra violacion la que vamos á vengar, sino tambien la traicion meditada contra mi vida, y la de mi hermano Sigiberto, y contra la de vuestro padre. Nuestra determinacion lleva consigo los males que temeis, mas estos son necesarios en la guerra, en la qual usamos del derecho natural de repeler la fuerza con la fuerza, ni queda otro medio y partido que este,

á quien quiere vengarse de un tirano que puede hacer desvanecer qualquiera otra tentativa, y aniquilar á los agresores.

Vuestro padre y Susenando aconsejaron á Sofir esta expedicion, no por ser ella en sí des acertada y temeraria, mas por no tener antes de executarla alguna plaza fuerte donde pueda recobrase en caso de una siniestra contingencia, pero sabe Sofir lo que puede prometerse de sus feroces tropas, y de su consejo, aunque determine hacer el desembarco en la primera playa. Dexad, pues, de rogarme lo que gravemente reprendiera vuestro padre, si descendiera yo con vuestros ruegos, como flaqueza y temor indigno de una hija suya. El es el que debe merecer todo vuestro afecto y compasion, y no esos montes ni esas playas, ni esa patria; que no es ya la vuestra, ni por tal la debeis reconocer. Patria es solo aquella que asegura al hombre la vida, los bienes y la libertad de que fuimos despojados en esa tierra, y que vamos á recobrar con las armas.

Cedieron los temores de Florinda á las razones de su marido Evanio, pero á pesar de ellas, sentia la fuerza del afecto y compasion para con su infeliz patria: calló sin embargo, acomodandose con la suerte que hacia ya inevitable aquella expedicion que tan funesta ha-

bia de ser á la misma , y á su marido , como tambien al jactancioso Sofir , que desatendidos los consejos del Conde Don Julian , se imaginaba salir con la conquista de la España , queriendo usurpar la gloria que de ella le resultaria , no solamente á Tarif , y á Muza , Generales del Califa , que quedaban en el Africa con otro ejército , sino tambien al mismo Califa que no le dió aquel encargo , que antes bien le mandó que le esperase en Tingis , para entrar en la España con todas sus fuerzas juntas.

Mas él engañado de su ambicion , é impedido de la misma , atendió solo á salir quanto antes con aquella empresa , y para ello resolvió desembarcar su ejército en una ensenada , que entre Opitusa y Calpe se extendia hácia el oriente , capaz de recibir en su seno toda su armada , que mandó surgir alli , favoreciendo á su intento los callados vientos , y asegurado por los exploradores que envió antes á recorrer la tierra que se hallaba la costa sin defensa y sin gente que pudiera impedirle el desembarco , mandó arrimar luego á la playa las naves que llevaban los puentes , y hizo desembarcar sus esquadrones.

¡ Quál fué el terror y espanto que se apoderó de los pueblos fugitivos , luego que vie-

ron acercarse á las playas tanta vela que amenazaba la destruccion de la España! ¡Quál el sobresalto y confusion, quando cundió la voz de su llegada! Avisado de ella el Rey Rodrigo, y del lugar en que Sofir hacia el desembarco, dexó los reales que habia asentado en medio de la Bética, para poder acudir á tiempo á qualquiera parte de sus playas, en que desembarcase el enemigo, y movió contra él su ejército, al tiempo que le llega el aviso de acercarse la tropa que pidió de socorro á los Cántabros, y que venia por xefe de ella el jóven Pelayo, hijo de Asturio. Consoló, y confortó mucho esta noticia al Rey Rodrigo, no menos que á los pueblos consternados por la llegada de los Arabes; porque desconfiados ellos de sus fuerzas, debilitadas con tantos años de paz, ponian su confianza en el socorro de los fuertes Cántabros, y de su jóven xefe Pelayo, de quien se complacia la fama de divulgar maravillas, á que dió motivo el hallazgo del niño por el viejo Onildo, y la vida rústica que llevó en el monte y en la cueva, en que decian haberle alimentado una loba.

A estas se añadian otras cosas, que aunque destituidas de verdad, avivaban la confianza de los Godos, y la curiosidad de ver al mismo, acudiendo los pueblos á honrarle por

los lugares por donde se encaminaba á juntarse con el ejército del Rey, creyendo todos ver en él al restaurador del Reyno. No fueron menores las demostraciones con que le recibió el Rey Rodrigo, y con que quiso manifestar su gratitud á la nacion Cántabra, y á su padre Asturio, que le enviaba su propio hijo; mancebo en cuya fiera y magestuosa presencia concebía el Rey Rodrigo seguras esperanzas de la victoria.

Impelido de ellas no dudaba ya de acometer al ejército enemigo, contra el qual movió sus reales; pero sabiendo, que Sofir habia desembarcado su gente, resolvió esperarle en sitio ventajoso, antes que él pudiese sospechar su llegada, pues creia Sofir que el Rey Rodrigo amedrentado, en vez de pensar en oponerse á su intento, tenia determinado retirarse á los Pirineos con todos sus tesoros. Engañado de estas voces, y de su ufana satisfaccion, luego que llegó á ver ordenadas de priesa sus legiones, y las naves vacias de todo el aparato de guerra, puso el colmo á su arrojó, mandandolas zarpar, y volver al Africa, para quitar á sus tropas toda esperanza de refugio, y obligarlas así á morir, ó vencer por desesperacion.

Ellas al contrario, viendo que se les quitaba aquel solo recobro que podian esperar en

tierra extraña, comenzaron á murmurar del hecho, á caer de ánimo, manifestando á Sofir su disgusto. Enfurecido este entonces, monta á caballo, y desenvaynando su alfange, se muestra á sus esquadrones descontentos, y señalandoles con el mismo alfange las naves que partian, les dixo así con sañudo semblante: si vuestro valor y esfuerzo no hubiera cimentado en mi pecho la certidumbre de la victoria, no me hubiera inducido jamas á quitar á las esperanzas, hijas del vil temor y de la cobardia, el único refugio que pudiera asegurar su despreciable vida á los vencidos, acogiendo de esas naves que mando partir.

El solo asilo y amparo en que confían los fuertes, es su acero y su brazo; ni necesitan de otro los que siguen las banderas del profeta. ¿Desamparasteis por ventura el Asia con el fin de conquistar esta rica tierra, para dexaros apoderar, llegados á ella, del temor, que es el que os hace confiar en esas tablas fluctuantes? No, otra patria no os queda ya que aquesta, la mas rica y fértil de quantas podais apetecer, en donde os va á grangear vuestro esfuerzo los señorios, las dilatadas haciendas, los suntuosos palacios, las riquezas y haberes de los que ahora los poseen. Todo lo alcanza el que desprecia su vida por la gloria; mas lo pierde todo

el que teme morir en la batalla; ni muere sino el que está destinado que haya de morir; y ese morirá aunque huya, acompañando á su muerte la ignominia y el enojo de su profeta que le desdeñará, ni le dará entrada en su gloria.

Se os hace forzosa necesidad el morir ó vencer; mas como conviene que muera ó venza el que combate por la gloria. Con ella os abrirá vuestro acero el camino á las comodidades, á los honores y riquezas que os costará poco conseguir, teniendo de antemano vencidos á vuestros enemigos, el espanto y el terror de vuestro solo nombre, ¿qué será vuestra fiera vista en el terrible encuentro de vuestras lanzas y azagayas? No queráis, pues, que llegue el lance á desmentirse la reputacion de vuestra fiera valentia; mas atropellando en el primer encuentro á los que osaren haceros frente, abrios sobre sus cadaveres la senda á los bienes en que dexareis heredados á vuestros hijos habidos en las mugeres que escogereis á grado entre las nobles cautivas que os ofrecerá este vasto Reyno.

Este discurso de Sofir sosegó sus legiones, y en vez del abatimiento á que entregaban sus ánimos al ver partir las naves, avivó en ellos el corage y la esperanza de las riquezas y bie-

nes que iban á conseguir con la victoria. Lo que conocido por él, sin darles tiempo para ceder á la desconfianza, manda dar la señal de la marcha. Comienzan á desfilarse al son de los barbaros atabales y lilies, los esquadrones, sin recelo de ser acometidos, atronando las playas y los campos con las voces y gritos jactanciosos, como si con su llegada quedasen ya dueños de la tierra. Apresuraba Sofir su marcha, atendiendo principalmente á quitarles la vista de la mar, y no cuidaba de tenerles en la debida ordenanza, ageno de tener tan cerca al ejército Godo, y mucho mas de hallar en ellos la fortaleza y animosidad que habia de ser tan funesta á su ambiciosa jactancia.

## LIBRO OCTAVO.

**N**o tardó en saber el Rey Rodrigo el desorden y confusion con que dexaba Sofir internarse en la tierra sus esquadrones, que por ella se esparcian para robar y hacer botin en los lugares y aldeas que hallaban vacias de habitantes; y pareciendole ocasion oportuna para sorprender y derrotar al incanto enemigo, determina poner luego en orden de batalla su ejército, y envia aviso al Conde Endigindo (á quien habia destacado antes con gran parte de la caballeria, para que recorriese las playas) haciendole saber su determinacion, y mandandole volver á toda priesa, para que en caso de hallar travada la batalla, acometiese de lado á los enemigos, y los rompiese; y sin esperar su llegada, destina la vanguardia á su deudo D. Garcia, mancebo esforzado, y de cuya animosidad y consejo, se prometia mucho el Rey Rodrigo, reservandose el centro para sí, y para el jóven Pelayo.

Mas este echando de ver que queria distinguir el Rey á su deudo, en preferencia suya, llevado de la noble emulacion que excitaba en su pecho el honor del peligro que pre-

tendencia para sí , y para sus Cántabros , sin esperar que se le diera satisfaccion por ello , resuelve tomarsela él mismo , separando los escuadrones de los suyos del ejército del Rey , resuelto á volverse con ellos á su tierra. Avisado Rodrigo de esta novedad , y sorprendido de ella , le envia un atento mensaje , para saber de él el motivo de su determinacion que no comprendia.

Pelayo , lleno de la natural y fiera franqueza que contraxo en las selvas , responde : haber venido voluntariamente los Cántabros en su socorro , y que querian ser los primeros en el riesgo de la batalla ; que quando no fuese atendido este su honroso deseo , se volverian por el mismo camino á sus casas. Conociendo por esta respuesta el Rey Rodrigo la pretension del jóven caudillo de sus confederados , resuelve ir en persona á escusar su primera determinacion , y lo executa , diciendo á Pelayo: que habia pretendido darle á él , y á sus soldados el puesto mas honroso , y de su mayor satisfaccion , colocandoles en el centro de su ejército , donde iria él mismo , pero que si creia mas honroso al esfuerzo de los Cántabros el sostener el ímpetu de los enemigos , venia bien en ello , alegrandose de que les naciese de propia voluntad , lo que se conformaba tambien con

la suya ; que por lo tanto fuese á ocupar el frente del ejército , de donde haria retirar á Don Garcia.

Contento y satisfecho Pelayo de la condescendencia del Rey , se la agradece , y se encamina sobre la marcha á tomar la vanguardia que tenia ya formada Don Garcia. Este resentido por ello , quiere oponerse diciendo á Pelayo con rostro y tono enardecido. ¿ Qué es lo que pretendéis ? Debo yo llevar la vanguardia , y no cedo á ninguno el puesto que el Rey me dió ; el que ya ocupo , y que me es tambien debido. El fiero jóven Pelayo , disgustado ya de la preferencia dada á Don Garcia, viendo que le hablaba él mismo con tono imperioso y ayrado , le responde movido de su atrevida animosidad : encamino mi gente á donde impedirá que no sean vencidos los Godos del primer ímpetu del enemigo , y á donde me abriré el paso con este acero , contra qualesquiera que osare disputarmelo. Dicho esto , desenvayna su espada , y encara á Don Garcia, que conociendo su accion desenvayna tambien la suya , al tiempo que le llega el órden del Rey de retirarse , y de ceder la vanguardia á los Cántabros.

Pero como estaba ya picado en lo mas vivo de su honor , de la respuesta de aquel fiero

mancebo , se hace sordo al órden del Rey , y quiere manifestar á Pelayo su resentimiento , poniendose en ademan de defensa , con la espada levantada. Nada contiene entonces al intrépido Pelayo , y le embiste , y apremia , sin dexarle tiempo su denodado esfuerzo para que le ofendiera , debiendo ceñirse solo á defenderse de sus estocadas , y á ceder poco á poco el campo. Llama aquel extraordinario lance á la curiosidad de todos los soldados presentes , que acuden á ser mirones de aquel espectáculo. Informado de él el Rey Rodrigo , acude en persona á separar los dos competidores , gritandoles desde lejos : ¿ qué es lo que haceis ? Qué furor os anima ? ¿ No oís al enemigo que se acerca , y que os va á sorprender en ese indigno combate ?

A pesar de las voces del Rey , no se contiene Pelayo en su ardiente porfia , y llega á herir á su contrario , y aunque no era mortal la herida , regaba la vertida sangre el pecho de Don Garcia , que enfurecido por ello iba á vengarse de su adversario al tiempo que llegando el Rey le contiene , diciendole : ¿ asi respetais mis órdenes , Don Garcia ? Retiraos os digo , y ceded el lugar á quien le tengo destinado ; y luego vuelto á Pelayo , comediosdose con él , le dice : y vos , Don Pelayo , id á

formar luego la vanguardia , si no quereis que nos sorprenda el enemigo , y nos venza , haciendo vanos los esfuerzos de vuestro valor y consejo. Lisongeadó Pelayo del atento modo con que le hablaba el Rey , en cotejo de Don Garcia , le dice que iba á satisfacer sus deseos , y lo executa , haciendo pasar adelante á sus Cántabros.

Sosegada así felizmente esta competencia que hubiera podido poner á riesgo de que se perdiera la oportunidad de sorprender en desorden al enemigo , atiende Rodrigo á ganar el tiempo perdido , haciendo dar la señal de la marcha. Mas antes quiere avivar con su exhortacion la animosidad de su tropa , montando para ello en su fiero caballo Orelia , cuyo ardiente y denodado cuello parecia respirar la jactancia de la victoria , tascando el oro del freno , que argentaba con la hervorosa espuma de su boca. Iba en él Rodrigo , todo resplandeciente con las preseas que adornaban su corto manto , el qual cayendole por la espalda á la ligera , dexaba libre el brazo , en que sostenia su rica espada , y recorriendo así sus esquadrones , les decia :

Quanto mayor es el riesgo á que la suerte expone á vuestra patria , y con ella á vuestros bienes y familias , tanto mayor debe ser

vuestro aliento y fortaleza para superarle ; á mas de que saca siempre el hombre mayor gloria del peligro mayor , si le vence. Ni es la gloria sola , ni el honor , los que deben empeñar en este lance vuestra fortaleza ; igualmente os deben tambien interesar vuestros hijos , vuestros padres , y mugeres , á quienes dexasteis abrazando los altares , é implorando con sus ruegos y llanto vuestra defensa y la suya. Pero el cielo no defiende por cierto , ni ampara á la cobardia. Antes bien se hace indigno de su proteccion el que en defensa del sagrado culto no expone su sangre y vida , seguro de hallar asi , aunque muriese , corona eterna en la gloria.

Y si el presentimiento que concibe el alma de un suceso feliz , suele ser feliz agüero del mismo , el que concibe la mia os promete hoy la victoria. No es un antojo vano el que aviva esta mi confianza , es el desorden con que se acerca el enemigo , y el errado consejo de su general , que expone sus soldados al filo de vuestro acero ; no os queda mas que hacer para ello , que sorprenderles en su marcha , y matarles como ladrones. Por feroces que os los haya pintado la fama , vereis que no resisten á vuestro acometimiento , no estando formados en cuerpo , ni sostenidos de la debida ordenanza. En vano , pues , os detengo en acordaros

la antigua gloria de la nacion que conquistó este Reyno del gran poder de los Romanos. A vosotros os toca el defenderle de esas toscas y barbaras gentes , que sacadas de los desiertos de la Arabia y del Africa, no conocen el arte de la guerra , ni su disciplina. Id , pues , acometedles sin temor , el cielo asegura hoy á vuestro esfuerzo la victoria.

Acabado este discurso envia aviso á Pelayo , que podia acercarse al enemigo que se hallaba poco distante. Habia Sofir puesto en la vanguardia los Egypcios y Fenicios , la mayor parte sagitarios, que tenian por xefe al valiente Jusefit. El alto Alazár regia el centro, compuesto de Armenios , de Arabes y Judios, entre los quales él descollaba todo su gran turbante. Mandaba el mismo Sofir la retaguardia, compuesta de Mamelucos y Africanos ; y con ellos iban otras naciones allegadas del Oriente, parte Misios y Licios , llevando cada una de ellas las armas y trages propios, segun sus usos y costumbres barbaras. Diez mil caballos formaban las dos alas del ejército , de las quales tenia el mando de la siniestra Sigiberto , hermano de Evanio , honrado por el Califa con este grado , creyendo tener en él un terrible enemigo de su propia patria.

Mandaba Evanio la falange de caballos

Arabes , que llevaba Sofir de reten , y junto á sí tenia su esposa Florinda vestida á lo guerrero , y montada á caballo , teniendo ya enteramente sufocados el miedo los sentimientos de su venganza. De esta suerte caminaba el ejército de los Africanos , aunque en gran confusión y desorden , quando el eco de los instrumentos bélicos de los Godos llegó á herir los oídos de los cuerpos avanzados que sorprendidos de él , se juntan á toda priesa para hacer frente al enemigo. Mas llega á tiempo de sorprenderles Pelayo con sus Cántabros en su desorden , y se arrojan sobre ellos , semejantes á un rapido torrente que engrosado de las lluvias , sale de los margenes y se extiende por los campos , arrebatando tras sí en su hervoroso curso techos , selvas , ganados y pastores.

Los Sirios y Fenicios , acometidos de cerca de las lanzas de los Cántabros , no pudiendo servirse de sus arcos , ceden á su fiereza , y se dexan aterrar de ellos. Jusefit , que mandaba la vanguardia , echando de ver el daño , mueve luego los Egypcios armados de azagayas , para que contuviesen el ímpetu de los Cántabros , que se abrian el paso sobre los cadaveres y cuerpos semivivos , sin que ninguno les hiciera resistencia. Los Egypcios sostenidos por el valor y exemplo de Jusefit , llegan á

contenerles y á disputarles el campo , donde confiaba Pelayo llegar victorioso del primer ímpetu , hasta el centro del ejército enemigo. Y viendo que Jusefit era el solo que animaba á los suyos , y les infundia fortaleza con su exemplo , determina acometerle , y lo pone en execucion , penetrando entre sus mismos Cántabros , hasta que llegó á encararse con el xefe de los Egypcios.

Se echa sobre él entonces , diciendole : ¿ esperabas que fuese tan facil ser ladron de los Reynos , como de los aduares de tus desiertos? diciendo esto embiste á Jusefit , que nada le responde , enfurecido qual estaba en la pelea , y solo atento entonces en desviar la estocada con que Pelayo le arremetia , recibiendo en su escudo el acero que lo pasó de parte á parte sin ofenderle. Dióle esto tiempo para descargar su cimitarra sobre Pelayo ; y que este reparó tambien con su escudo , pero baxandose al mismo tiempo so el escudo , llegó á herir de punta á Jusefit en el vientre , sin que este sintiese su herida : llevado sin embargo del furor y rabia que le animaba , iba á descargar otra vez su alfange sobre Pelayo , al tiempo que le sorprende uno de los Cántabros que le atravesó el pecho con la lanza , y le derribó muerto en el suelo.

Se alegra, y siente á un tiempo mismo Pelayo que uno de los suyos le usurpase aquella victoria; pero ansioso de conseguirla toda entera, ánima á los suyos diciendoles: herid ahora, y matad á vuestro salvo, pues caido el xefe, ninguno de estos barbaros sostendrá vuestro aliento y fortaleza. Decia esto Pelayo sin cesar de herir á los enemigos, levantado de pies sobre el gran cadaver de Jusefit que todavía resollaba. Los Egypcios espantados de su terrible denuedo, y de la muerte de su xefe, comienzan á desfallecer, é iban á volver la espalda para entregarse á la fuga, quando avisado Alazár de su desconcierto, mueve todo el centro del ejército que mandaba, compuesto de Arabes y Armenios.

Estos llegando de fresco, y apiñados entre sí, impiden la fuga á los Egypcios, y les obligan á sostener el choque. Mientras Alazár repara el desconcierto y flaqueza de la vanguardia, y contiene el furioso ímpetu de los Cántabros, Sofir sabida la muerte de Jusefit, y el desorden de los Egypcios, determina ir en persona á sostenerles con tres mil Licios que destacó de la retaguardia. Echando de ver entonces el Rey Rodrigo el movimiento de Sofir, hace estender el centro, para cubrir mas á los Cántabros, que fatigados del combate hallaban so-

brada resistencia en los Arabes y Armenios, á quienes animaba Alazár, que peleaba á su frente, y á quien luego que vió el jóven Pelayo, anheló llegar con él á las manos, para derribarle, como lo acababa de hacer con Jusefit. Pero Alazár viendo empeñados los Armenios en el combate, se retiró al centro, burlando así los intentos de Pelayo, á quien parecía que alguna invisible deidad infundiese aliento, y le defendiese de las armas enemigas.

El Rey Rodrigo, viendo reforzado el centro con los Licios, capitaneados del mismo Sofir, vistoso sobre su caballo por sus ricos adornos, envia á su deudo Don Garcia con seis mil Celtiberos, para que tentase romper los Arabes por la izquierda. Conoce Sofir la intencion de Rodrigo, y le previene, haciendo adelantar contra los esquadrones que mandaba Don Garcia, todo el cuerpo de los Mamelucos que tenia de reten, capitaneados por Evanio; con cuya llegada se sostienen los Arabes, acometidos ya por Don Garcia, y por sus Celtiberos, los quales espantados del fiero aspecto, y trage de los Mamelucos, comienzan á desfallecer, y á cederles el campo, haciendo en ellos estrago las cimitarras enemigas.

Lleno entonces de despecho, y de rabiosa confusion Don Garcia, no solamente por las

proezas de su rival Don Pelayo , sino tambien por verse acometido con ventaja de Evanio , hijo de Vitiza , que era el que regia á los Mamelucos , decia gritando á los suyos : cobardes ; qué haceis ? ; Mientras va de vencida en las demas partes el ejército enemigo , vosotros solos habreis de desfallecer y llevar el oprobrio y la confusion de no haber resistido á los enemigos ? Oponed á esos alfanges los escudos , y morid , ó venced , como voy yo á vencer , ó morir. Dicho esto se esfuerza en llegar al frente de los suyos , y lo consigue , tiñendo luego su espada en la enemiga sangre , con que aviva el corage de sus soldados.

Reconoció asi luego Evanio á Don Garcia , que le habia sido amigo , antes de retirarse al Africa. Y aunque se le acordó entonces su antigua amistad , no por eso dexa de tenerle ahora por odiado enemigo , queriendo vengarse en su sangre de los agravios de su deudo Don Rodrigo , por quien peleaba. Llevado de esta animosidad , atiende solo á cerrar con Don Garcia , haciendo que los suyos le abriesen el paso. Su presencia y vista llama la atencion de Don Garcia , que le reconoce tambien al tiempo que Evanio iba á embestirle con la espada , diciendo : atribuye á las tiranias de tu deudo , el que Evanio te sea ahora enemis

go , y que te lo manifieste. Elude Don Garcia su estocada , y le responde : y tu , Evanio , atribuye á tu alevosia el que yo la repruebe , y venga de ella á la patria.

Dicho esto, tiente herir á Evanio, sin poderle ofender tampoco, convertida mutuamente su amistad en mayor odio y rencor, que animan sus corazones á la venganza. Evanio instigado de ella, se esfuerza en herir á D. Garcia por debaxo del escudo, en que cubria su pecho, y lo llega á conseguir pasandole de parte á parte el muslo, al tiempo que inclinandose Evanio, descuidado de su entera defensa, fué á encontrar su cuello sobre su escudo la espada de Don Garcia, con que le hubiera acabado, si la herida no hubiese sido de soslayo. Arrojan sin embargo uno y otro rios de sangre, que en vez de apagar su enojo, se lo enardece mucho mas, á grado de acabar entrambos con sus vidas.

Asi olvidados uno y otro de sus tiernas esposas, aspiran solo al barbaro antojo de matarse. Mas comienzan á sentir luego el dolor de sus heridas, y la flaqueza que les causaban las mismas; mas se esfuerzan en sacar de ellas nuevo aliento para acrecentarlas enconados en el combate, en que Evanio logra clavar en las ingles á Don Garcia la punta de su espada.

Este obligado del dolor de la nueva herida, mientras lleva á ella la mano para aliviarla, da lugar al furioso Evanio para que aprovechándose de su descuido le atravesase el pecho, al tiempo que el escudero de D. Garcia, que peleaba junto á él, le metió el estoque en el vientre al infeliz Evanio. Caen así uno tras otro los dos animosos xefes entre sus soldados, que empeñados en la batalla, no podían socorrerles. Permitiendo sin embargo á Don Garcia su herida el sostenerse en el suelo apoyado á su brazo, pudo recibir ayuda de uno de sus soldados, que le sacó de la fila, para sobrevivir pocos instantes á su ya muerto contrario, dexando viudas á sus esposas en el primer año de su casamiento.

Iba entretanto el victorioso Pelayo aterrando con sus feroces Cántabros los esquadrones de los Arabes y Armenios, aunque tenia ya recibidas tres heridas, mientras los Godos capitaneados de Don Garcia, ceden enteramente al furor de los Mamelucos y de los Licios, que llevaba Sofir en persona. Debíó entonces acudir también á sostener á los suyos el Rey Rodrigo con la mayor parte del centro; ni hubiera podido recavarlo si no hubiese llegado luego el Conde Endigindo con la caballería, con la qual entran á rienda suelta en la

batalla , como le habia mandado Don Rodrigo , rompe de lado á los Mamelucos , y pone en desorden á los Licios. No desmaya por eso Sofir , antes resuelve aventurarlo todo , dando señal á su caballeria para que embistiese por una y otra parte , á fin de contener la caballeria de Endigindo.

Recibida la señal , parten á una como rayos los caballos Numidas , Barceos y Masilos , que componian las dos alas , de las cuales regia la diestra Sigiberto , que hizo suspender con su llegada el estrago y desorden causado en los Mamelucos por Endigindo , cuya caballeria se vió luego envuelta por la Africana. Hizose entonces general la matanza del campo de batalla , peleando unos y otros entre sí , y confundidos los infantes con los de á caballo. Aunque Sigiberto iba en traje Arabesco , le reconoce Endigindo , con quien llegó á juntarse despues de haber muerto á quantos Godos se le oponian , haciendose formidable á todos su alfange.

No pudo dexar Endigindo de afearle su traicion , de donde procediendo á mutuos denuestos y ultrages , llegan á las manos. Mas el terrible Sigiberto que peleaba animado de la desesperacion y de la rabia que le habia avivado Endigindo , lanza contra él su ardiente ca-

ballo y al golpe primero de su alfange le divide la cabeza en dos partes; de modo que cayendo cada una de ellas por los hombros, quedaron asidas de las estremidades del cuello, hasta donde habia penetrado el filo del alfange. Con su muerte pareció desfallecer el aliento con que los suyos acababan de entrar en el combate. Avisado Rodrigo de su muerte, y echando de ver el estrago que hacia la caballeria enemiga, se vió precisado á dar señal á la suya para que se opusiese á la Africana.

Al son de las trompetas parten de carrera los caballos Iberos, que parecian volar por el campo, y llegan á amparar los esquadrones del muerto Endigindo, á quienes aterraba el brazo de Sigiberto. No quedó entonces ocioso ningun acero, sino el de Florinda, que á corto trecho del lugar del combate, estaba montada á caballo, ignorando todavia la muerte de su marido Evanió, á quien luego que perdió de vista, se dexó apoderar del desmayo que le sobrevino, y que cubrió sus ojos de tinieblas; falta entonces de aliento dexó caer las riendas de la mano, y se dexára caer del caballo, si su escudero Flavigildo no la hubiera recibido en sus brazos, é impedido asi la caída. Siendole imposible al mismo volverla á reponer en la silla en que no podia sostenerse, y quitan-

dola del caballo , la hubo de reclinarse al tronco de un árbol , y esperar allí el éxito de la batalla.

Esta estaba suspensa todavía , durando la horrible confusión de gritos , lamentos , sonos y choque de los aceros , sin ceder ninguna de las partes , hasta que el fuerte Pelayo consiguió ensangrentar su espada en la sangre de Alazár que mandaba el centro. Caído este , caen también de ánimo los Armenios , y comienzan á desbandarse ; pero Abenjulf , á quien Sofir encargó los cuerpos de retén , los hace adelantar , é impide la fuga á los Armenios. Comenzó entonces Sofir á desesperar de la victoria , pero en vez de abatirse su ánimo á su contraria suerte , resuelve tomar el último expediente , acometiendo al Rey Rodrigo , pues acortadas las distancias con las muertes de los esquadrones que regían , se hallaban cerca uno de otro , montados ambos á dos en sus caballos , sobre los quales se hacían visibles á todo el ejército.

Impelido , pues , Sofir de su desesperación , hacese lugar entre sus Licios , y se arroja á los Godos , por los quales se abrió camino y campo con su cimitarra. Pero el caballo deslizando en los cadáveres que hollaba , cae y dobla las rodillas , dexando expuesto al

intrépido Sofir á las lanzas de los Godos. Mas estos aturdidos y amedrentados de su arrojo y cimitarra, no se atrevian á acometerle, pareciendo Sofir un javalí que erizando las cerdas de su dorso, y echando fuego por sus ojos, muestra sus fieros colmillos á los perros que le ladran entorno, sin osar ninguno embestirle.

El Rey Rodrigo, viendo caido al xefe enemigo, mueve luego su caballo, y reprochando á sus soldados la cobardia que manifestaban en aquel lance, en que iba á decidir la victoria, acomete á Sofir al tiempo que este clavando la espuela á su caballo le hizo levantar enfurecido, de modo que fue á dar de cabeza contra la cabeza del caballo de Rodrigo que le embestia con igual ardor. Aturdido uno y otro caballo del tope, se paran asombrados, y sostenidos de los que los regian, les dan lugar y tiempo para combatir entre sí, siendo el primero Rodrigo en mover su espada contra su contrario. Mas este despreciando aquella estocada, tendió su gran cuerpo sobre la cerviz de su caballo, para herir de lleno en la cabeza del Rey Godo, y lo consigue descargando sobre ella su cimitarra.

Le dexa medio aturdido el golpe, pero el leon de oro que llevaba sobre el yelmo, re-

chazó la herida y al acero que cortó parte del penacho que adornaba al yelmo. A pesar de su aturdimiento pudo Rodrigo doblar la estocada, y hirió de punta á Sofir. Impidió el peto que llevaba baxo su rica túnica, que fuese mortal la herida, pero penetró bastante para que la salida sangre tiñese su precioso vestido, y para que el dolor de ella encendiese el enojo del xefe Africano, que movido de él, tentó cortar de un revés la cabeza al Monarca. Pudo este desviar el golpe con la espada, y hacer vano el intento de Sofir; á quien acometen entonces los Godos con sus lanzas, con que le atraviesan su caballo, que cayendo muerto, hace tambien caer á Sofir en el suelo, y le apremia con su caída.

Impaciente Rodrigo, quiso entonces acabarle pudiendolo hacer á su salvo; mas le contuvo su generosidad, al tiempo que iba á herirle, y mandó á los soldados que se apoderasen de él y le tuviesen prisionero. Mostró entonces la desgracia de Sofir, que era su presencia la que sostenia la batalla; porque luego que le vieron los Licios en poder de los Godos, comienzan á desordenarse, y á entregarse á la fuga. No tardan á imitarles los Arabes á quienes contenia Abenjuluf; y sin cuidarse de sus amenazas y gritos, le atropellan en su

confusa fuga , mientras peleaban todavía los de acaballo.

Los Numidas fueron los primeros que viendo puestos en fuga á los Armenios y Licios , empiezan tambien á huir , volando de tropel por la llanura. Quiso contenerlos Sigiberto , que era el solo de los xefes enemigos que quedaba con vida. Mas conociendo que le era imposible evitar su adversa suerte , prefirió una muerte esforzada á una vergonzosa esclavitud. Quiere sin embargo vender su vida á caro precio , encarando á los aceros vencedores. Mas el furioso tropel con que la caballeria Goda comenzó á perseguir á los fugitivos , le envuelve y le arrastra tras sí como un torrente en que pereció ; quedando vengada su patria del mal ánimo de los hijos de Vitiza.

Viendo el Rey Rodrigo declarada en su favor la victoria con la fuga del ejército enemigo , quiso alcanzarla enteramente , dando él mismo alcance á los fugitivos , y gritando á los suyos , que no diesen quartel á ninguno , mas que los matasen á todos sin compasion. Ofreció entonces aquella vasta llanura un horrible espectáculo á la vista , con la muchedumbre de los cadaveres , ya amontonados , ya esparcidos por ella , resollando todavia el amigo herido , junto al amigo muerto , el enemigo sobre el

enemigo, revolcados otros en los charcos de su vertida sangre; pedían unos la vida, otros la muerte que no podían evitar, ni apresurarla como deseaban; confundidos los gritos y lamentos de los miserables que huían con las voces altaneras de los ufanos vencedores, que los perseguían, herían y mataban á su grado.

Flavigildo, el escudero de Florinda, que estaba esperando con ella el éxito de la batalla, luego que vió huir á los Arabes y Armenios, se dexa apoderar del espanto que acometió á su pecho, y confuso y temeroso, no sabia si abandonar á su señora, ó ayudarla á montar á caballo para salvarla. Le contiene ella vuelta poco antes en sí de su desmayo, preguntandole por su marido Evanio. Flavigildo le responde que solo era tiempo de atender á la fuga, pues se habia perdido la batalla, y la insta para que montase á caballo. Impelida ella entonces del miedo y sobresalto, se esfuerza en ganar el caballo, ayudada de su escudero, y lo consigue, ansiosa de evitar, no la muerte que imploraba, mas el caer en manos del Rey Rodrigo, en cuya sangre esperó lavar su ultrage, y saciar su venganza.

Mas desvanecida esta, ponía todo su ahinco en huir, entre el tropel de los que anhelaban evitar la saña vencedora, y le impedían

el camino á su caballo , no cesando de repetir el nombre de su Evanio , cuya vida le interesaba mas que la propia. Rodrigo que iba en su ardiente caballo dando alcance á los fugitivos, como llegase á descubrir á Florinda sin conocerla , antes bien creyendola uno de los principales enemigos por su penacho y armadura , que resplandecia , pone su mira y ahinco en alcanzarla , azorando contra ella su fatigado Orelia. Y luego que lo consigue , impele con furia su espada , que le atravesó de parte á parte por la espalda , y la derriba del caballo.

Arroja un doloroso gemido la infeliz Florinda acompañado del nombre de su amado Evanio , que proferido por ella , conmovió al Rey Rodrigo y le infundió duda de si seria Florinda. Queriendo salir de su sospecha, manda á los que le seguian que quitasen la visera á aquel herido. Lo executan ellos, y descubren á los ojos de Rodrigo el rostro de aquella que violada por él , era causa de aquel estrago. Impelido del dolor que le causa tal vista , se precipita del caballo , y arrojandose en el suelo , en que yacia la infeliz Florinda , prorumpe en sollozos y lamentos , y se esfuerza en sostenerla en su brazo , para merecer asi con su llanto y dolorosas expresiones , el perdon que la pedia diciendola :

¡O Florinda! ¡ó eterno amor del mas desventurado de los Reyes! ¡ora solo dolor eterno del mesmo! ¡Florinda! ¡ó cielos! ¡ah! pudiera yo á lo menos arrancar de esos labios el perdon que os pido, no solo de mi ciego error, que acaba de destruir el modelo mas perfecto del amor y de la naturaleza, mas tambien del de mi pasion, á quien pudo hacer excusable esa preciosa hermosura. ¡O si pudiese yo resarcir el ultrage con toda mi sangre! toda, sí, toda ella yo diera para recobrar esa vida, por quien fuera vil precio la mia. ¡O barbara victoria! te detesto. Su memoria me será para siempre aborrecible; pues ella engendra el fiero sentimiento que despedaza mis entrañas y que pondrá fin á mi vida. No permitirá mi cruel suerte, que yo sobreviva á mi detestable barbaridad, ni á tí, Florinda, dulcísimo amor mio, ni á tu muerte! Pueda con la mia aplacar tu odiosidad concebida, y mi alma exenta del peso de este cuerpo mortal, obtenga contemplar eternamente el dulce rayo de la belleza de la tuya, que disipe las horribles sombras del dolor que me acaba.

Decia esto Rodrigo teniendo en sus brazos á la moribunda Florinda, y apretandola á su seno, pareciendo que quisiese infundirle con sus tiernas y ardientes expresiones el alien-

to vital que iba perdiendo ella por instantes. Mas ella conociendo que estaba en brazos de su odiado y detestable forzador , manifestaba con sus flacos esfuerzos que queria evitarle , torciendo á la parte opuesta su rostro , é invocando á la muerte , para que le arrancase quanto antes de los brazos de aquel que sobreviviendo á su venganza , hacia su trance mucho mas sensible , doloroso , y funesto. Asi arrojó el último suspiro , continuando Rodrigo deshecho en llanto , en querer aplacarla.

Pero luego que dexó reclinar la cabeza sin vida , se trocaron sus tiernas expresiones en furiosos transportes de dolor , que le obligó finalmente á echar mano de su espada , para darse la muerte. Y hallandose sin ella , por haberla arrojado de sí , teñida en la sangre de Florinda , quiso usar de las de sus Capitanes , que atónitos de aquel espectáculo , le rodeaban. Ellos entonces , conociendo su furiosa intencion , procuraban aplacarle á porfia ; ni lo hubieran conseguido , si llegando á tiempo el victorioso jóven Pelayo , respirando en su cansancio la satisfaccion ufana de la victoria , no le contuviera , diciendole con respeto , que se resentia de su natural fiereza : ¿ cómo , Señor ? ¿ La muerte de esa muger , enemiga vuestra , merece acaso un dolor , tan ageno de la victoria

que acabais de alcanzar? Su hermosura acabó con su muerte.

Pareció en cierto modo avergonzarse el Monarca de la presencia y reproche de aquel glorioso mancebo, de cuyo esfuerzo reconocia la victoria, y que cubierto de polvo, y manchado con la sangre de los enemigos, y de la suya, le hacia reconocer su enagenamiento. Sin embargo no dexó de prorumpir en recios sollozos, maldiciendo su suerte, y su error en herir y matar á su idolatrado objeto, sin conocerle, y de cuyo cadaver no sabia apartarse, contemplando su rostro, que apoyado en el suelo sobre su Real manto, aunque falto de aquel roseo vigor que animaba sus hechiceras facciones, parecia resplandecer, como resplandece el alba ofuscada de las nubes que celan sus primeros asomos, ó como el débil rayo de la luna, que esclarece á la oscura atmósfera. Todo el ejército acudió á satisfacer su curiosidad en aquel admirable dechado de hermosura, hecha triste espectáculo á los feroces ojos de aquellos esquadrones que se enternecian á su vista.

## LIBRO NONO.

**D**ebió finalmente ceder el Rey Rodrigo, aunque avasallado de su dolor, á la necesidad que le aconsejaba honrar el cadaver de Florinda con los oficios postrimeros; haciendo excavar una peña, para colocarle juntamente con el de su marido Evanio, encontrado en el campo de batalla. Y á fin de que quedase perpétua su memoria, hizo grabar en la peña misma:

AQUI YACE FLORINDA, DECHADO DE SINGULAR  
HERMOSURA, MUERTA POR EL REY RODRIGO,  
QUE LA AMÓ, HIRIENDOLA EN LA BATALLA,  
EN QUE VENCÍÓ A SOFIR. COMPADEZCAN SU  
SUERTE LOS VENIDEROS QUE ESTO LEYEREN.

Satisfecho en parte su sentimiento con este honroso tributo, dió la vuelta á Toledo con todo su ejército vencedor, despues de haber repartido entre los soldados el rico botin del ejército vencido.

Era recibido de todas las ciudades por donde pasaba con aparato de triunfo, que hacia mas ilustre el cautivo Sofir, conducido al pie del carro de marfil, de que usaban los Reyes Godos, atado en él con cadenas de oro.

Iba junto al Rey Rodrigo el jóven Pelayo , ceñidas las sienes de entrambos del laurel de la victoria , resonando todas las ciudades de sus alabanzas por haber librado la España de tan gran peligro. Honraban especialmente á Pelayo con cantares , diciendole : á tí debe la España el gozo y consuelo de que toda ella rebosa. Tu brazo aterró los esquadrones enemigos , y los dispó , como disipa el torbellino el polvo que levanta. Ni pudo sostener tu esfuerzo el fiero Jusefit , á cuyo orgullo asombró tu terrible presencia , semejante á la del dios de las batallas. En vano esperó tambien el arrogante Alazár vengar la muerte de su amigo vencido , con la tuya. Tu valor hizo desvanecer sus esperanzas , derribandole al suelo , que cubrió tu acero de sus derrotados batallones. ¡O eterna gloria de Cantabria , y fuerte columna del suelo Ibero , que debe á tu aliento , el verse libre del yugo barbaro en que queria avasallarle Sofir!

Añadian á estos otros loores , que parecian pronósticos de lo que el destino tenia reservado con el tiempo á su valor y brazo. La victoria divulgada por todas las provincias , trocó su terror y espanto en mayor júbilo que desahogaban los pueblos con solemnes fiestas y espectáculos , pareciendoles haber renacido á

la vida y á la libertad, con aquella victoria que quiso tambien solemnizar el Rey Rodrigo en Toledo, para manifestar á Pelayo su reconocimiento, y honrar al mismo tiempo su esfuerzo, haciendole detener á este fin. Para ello á mas de otras públicas fiestas, propuso una justa con las fieras, con las cuales se ofrecieron luchar algunos esforzados caballeros, en cuyo número quiso tambien entrar Pelayo. Debían salir montados en sus caballos, y cubiertos de hierro para defensa de sus personas, segun salian nombrados por sorteo.

El O Llenaba el anfiteatro inmenso gentio, deseoso de satisfacer en aquella terrible justa su curiosidad; pues el hombre quanto es mayor el peligro, tanto mas se complace de satisfacerla, aunque á costa de su propio temor y sobresalto. El primer combate habia de ser con un leon de los que llevaba Sofir en su ejército, y luego con las otras fieras que se hallaron en sus reales. Proponia el Rey Rodrigo por premio á los vencedores, los ricos despojos del mismo Sofir; su alfange joyelado, de que le hizo don el Califa, los preciosos aderezos de su caballo, y una taza de diaspro engastada en diamantes, que él usaba. Salió nombrado primero Turrigindo, deudo de la Reyna, gallardo mancebo, que se dexó luego ver en el circo,

montado en un hermoso overo, todo resplandeciente con el oro y plata que le cubria.

Su vista hizo palpitar los corazones de todos los espectadores, cuyo afan creció, viéndose salir del redil á la animosa fiera que descubriendo á Turrigindo, arremete contra él, haciendo estremecer á todo el anfiteatro. El esforzado caballero no espera su llegada, sino que impele contra ella su caballo, teniendo él empuñada la espada. Conoce el leon su peligro, y le conoce tambien á su terrible vista el caballo que espantado de su acometimiento, de que no podia huir, lo evita saltando sobre la fiera con el montado caballero, y burlando asi su fiereza. Mas el leon torciéndose con la presteza de rayo, no dió tiempo al caballero para esperarle de frente, sino que arrojándose sobre las ancas del caballo asienta en ellas sus garras, y las ensangrienta, sin poder hacer presa, partiendo de carrera el herido caballo.

Aplauden todos al evitado peligro, y gritan haber manifestado bastante su animosidad Turrigindo; que podia ceder el lugar al segundo. No dió tiempo para ello la irritada fiera, que persiguiendo en su furor al caballo y caballero, obligó á este contener el caballo, para hacerle frente y matarle como lo esperaba. A este fin cubre con su escudo los ojos del

caballo, para que no viese el acometimiento, y se inclina sobre él para herir al leon que le acometia de nuevo. Asestó entonces Turrigindo á la boca que el leon abria, pensando meterle la espada en la garganta. Mas el leon mor-diendo con enojo el acero, le quebranta, y lle-vado del mismo ímpetu átese del caballo y del desarmado caballero, á quien defendió de sus garras la malla que le cubria, quedando despedazado en ellas el caballo que se hallaba sin defensa.

Viendo el peligro de Turrigindo los jue-ces destinados á la lucha, y que no podia de-fenderse sin armas del leon que cebaba su fie-reza en el caballo, á quien despedazaba, ha-cen salir al segundo caballero sorteado, para que defendiera al desarmado Turrigindo, que pudo asi retirarse sin daño. Era el segundo caballero sorteado uno de los principales Go-dos llamado Mazaredo, celebrado por sus fuer-zas extraordinarias, y que confiado en ellas, fué á provocar luego con la voz y con el ace-ro al leon encarnizado en el caballo. El leon provocado, dexa luego la presa, y se arroja con igual fiereza contra Mazaredo, que estan-do sobre sí, y teniendo sujeto al caballo que rehusaba obedecer, amedrentado del arrojode la fiera, le mete la espada por la boca que

abria, y le atraviesa la mandíbula, en vez de la garganta, á la qual asestaba el golpe.

Muerde entonces la irritada fiera el hierro, pero en vez de quebrántarle, encuentra en sus filos nuevas heridas, sin poder desasirse de él á pesar de sus esfuerzos, y rugidos. Ni lo hubiera conseguido, si la fuerte mano no le hubiera sacado con violencia, para pasar con él el pecho al leon y acabarle; mas este, sintiendose libre y mas embravecido con la herida, sin dar tiempo á Mazaredo para que renovase la estocada, hace presa de su pierna, y á pesar del hierro que la cubria, se la magulla con sus horribles quixadas. No resiste entonces el herido caballero al dolor que manifiesta con sus gritos y lamentos, de los quales azorado el caballo que sintió aflojado el freno, parte de carrera, y le arranca asi de las garras de la fiera.

Esta como satisfecha de su venganza, pareció que quisiese atender á curar su herida que manaba mucha sangre, lamiendola con su lengua, sin cuidarse del caballo que huia con el magullado caballero. Por él mirando los deputados al combate, hicieron sortear luego al tercero. Fue este el jóven Pelayo que se dexó ver inmediatamente en el circo sobre el caballo que habia sido de Alazár, muerto por él en la batalla. Llevaba sus mismos jae-

ces , y el rico estoque que usaba él mismo , sin mudar la nacional sencillez de su vestido , segun la costumbre de los Cántabros que se resentia de la noble rusticidad en que aquella nacion se mantenía , y de que se jactaba , despreciando la ostentacion y luxo de los Godos , y la delicadeza de su traje.

Duraba todavía la conmocion que causó á todo el anfiteatro el funesto caso de Mazarredo , pero se trocó de repente en aclamaciones y loores de Pelayo , luego que le vieron entrar en el circo. Interesabanse sin embargo por él mismo , temiendo que quedase presa del fiero leon ; decian todos que no expusiese una vida tan gloriosa á tan infructuoso peligro. Mas él llevado de su animosa intrepidez , se encamina hácia la fiera , que no cesaba de relamer su herida , y que provocada de la vista de Pelayo , que iba á acometerla , rugé , y se lanza contra él , impelida de su rabioso dolor y enojo. Le previene Pelayo , presentandole el jaquetillo que llevaba caido del brazo , en vez del escudo , en que haciendo presa el leon con las dos garras , le dió tiempo para pasarle el cuello con el estoque.

Resentido el leon de la herida , quiere en su furor desasirse del sayo , y lo consigue rasgandole ; al tiempo que Pelayo , dando de es-

puela á su caballo , elude de salto su acometimiento , sin osar seguirle la fiera. Resuena entonces de aplausos el anfiteatro , viendo su estoque teñido con la sangre del leon , á quien creian herido de muerte. Se convirtieron luego estos aplausos en terror , al ver , que dexando Pelayo el caballo , se encaminaba á pie á provocar de nuevo á la fiera ; la qual , aunque herida gravemente , no por eso pareció haber perdido su embravecida ferocidad ; antes bien acomete á Pelayo , con el ímpetu que la vez primera , haciendo aterecer de espanto á todo el inmenso gentío.

El impavido Pelayo no le ofrece como antes el jaque envuelto en su siniestro brazo , sino que se lo arroja en los ojos al tiempo que le acomete , y con increíble denuedo y fortaleza se arroja sobre el leon , y asiendole de las guedajas le pasa el pecho con su acero , que llegando á romper el movimiento vital le dexa muerto en el suelo. No acababa de creer aquella inmensa muchedumbre lo que veia , teniendola todavía enagenada el terror , mezclado con la admiracion , hasta que Pelayo asegurado de la muerte del leon , fué á montar de nuevo en su caballo que habia desamparado. Atruena entonces á gritos de alborozo el gentío á todo el anfiteatro y la ciudad , mezclandose á ellos los

sónes de los clarines y trompetas que anunciaban la victoria.

Entre las incesantes aclamaciones de los Godos , recibe el Rey Rodrigo en sus brazos al jóven vencedor, y le dá los parabienes á que une los suyos la nobleza admirada de su singular esfuerzo , que parecia participar de sobrenatural. No quiso el Rey se pasase á la segunda lucha en que habian de hacer muestra de su destreza en el arco los sorteados caballeros , difiriendola para el siguiente dia. Mas lo impidió entonces la sobrevenida tempestad que pareció ser agüero funesto de la no esperada noticia que llegó al Rey de la venida del Califa con una inmensa armada. Creyó Rodrigo haber hecho desvanecer los intentos del Califa con la victoria del ejército de Sofir , que solemnizaba con aquellos divertimientos.

Mas recibida aquella funesta nueva , los hizo suspender enteramente , queriendo atender á la defensa de su Reyno , acometido de todo el poder del Califa. En medio de las angustias que sentia , hallaba el consuelo de tener en los Cántabros , y especialmente en Pelayo , la mayor y mas segura defensa ; mas este debia restituirse á Cantabria con su gente , no siendole permitido empeñarse en nueva guerra sin el consentimiento de la nacion. Ro-

drigo sin embargo para obligarle á que uniese sus fuerzas á las de los Godos , le habló de esta manera : habreis sin duda conocido , ó glorioso hijo de Asturio , en las demostraciones de gratitud y aprecio que os han hecho todos mis vasallos , la obligacion en que os está mi Reyno por el socorro que nos quiso dar vuestra nacion.

Verdad es que vuestro valor y esfuerzo son acreedores á quanto yo y todos mis vasallos podemos hacer y decir , para agradecerles ; no por eso dexará de conocer vuestro ánimo generoso el general concepto , y aprecio que de vos formaron los Godos , y que en él , en parte , se cimenta la gloria de un varon esclarecido. Y los que decimos y creemos que á vuestro esfuerzo y brazo debemos la memorable victoria de Sofir , que exîmió la España de la amenazada esclavitud y ruina ; amenazados ahora de nuevo de mas poderoso enemigo , ponemos en vos nuestros ojos y esperanzas , y á una os rogamos que no nos desampareis en el mayor riesgo. A ello os debe mover no tanto los ruegos de un Monarca y de su reconocido pueblo , quanto la gloria que os va á redundar por haber salvado de nuevo á la Goda Monarquía.

Haced , pues , que alivie yo la conster-

nacion en que se halla de nuevo mi Reyno, con la promesa de vuestro socorro. ¿Qué mayor satisfaccion, ni mas gloriosa complacencia para un heroe, que la que debe probar sabiendo que tantos reynos y provincias ponen en él su mayor confianza, y á quien miran como á su deidad tutelar, por quien quedarán, sin duda, exéntos de todos los males que deberán seguir á la victoria de un cruel y barbaro enemigo? De estos mismos males exímireis tambien á vuestra patria, militandò en nuestro socorro. Porque aunque ella está bastantemente defendida de su misma situacion, y mucho mas de los pechos de sus pueblos esforzados; pero si nosotros quedamos destruidos, debereis emplear todas vuestras fuerzas contra el terrible vencedor que intentará acometer la Cantabria sobre nuestras ruinas, y ponerla baxo su señorio; y aunque no salga con este intento, tendreis para siempre un cruel vecino que hará tal vez probar á vuestros descendientes el sentimiento de no haber vos empeñado vuestro esfuerzo en el socorro que os pedimos.

Mostró el Rey Rodrigo en este razonamiento los afanes de su pecho, y la confianza que ponia en Pelayo, el qual lleno de la dulce satisfaccion que le infundian los ruegos de Rodrigo, le responde asi: solo la insinuacion

de vuestros deseos fuera bastante , Señor , para que debiese satisfacerlos , pues obligado de vuestras generosas demostraciones , y de las de todos vuestros vasallos , estoy pronto para exponer mi vida y sangre en su defensa , y en la vuestra , y por lo que á mí toca , os la ofrezco de nuevo , deseoso de encaminarme desde ahora con vos contra el enemigo , antes de restituirme á mi patria. Pero sabréis que no depende de mi sola voluntad , ni de la de mi padre Asturio lo que vos y vuestros vasallos manifestais desear ; pues es forzoso que deponga en manos de mi nacion el empleo glorioso que me confió , sin que lo pueda yo pretender de nuevo , si la misma de propio grado no me lo ofrece. Y para que no se difiera por mi parte el socorro que deseais , me pondré hoy mismo en camino , recompensado bastante de mis servicios con vuestras atenciones , que empeñarán de nuevo mi reconocimiento , si la suerte me pone otra vez en la ocasion de manifestarle.

Viendo Rodrigo la imposibilidad de hacer quedar á Pelayo , y de lograr su socorro , sino le pedia de nuevo á los Cántabros , le hizo acompañar de sus embaxadores para pedirlo , enviando con ellos los trofeos obtenidos en la batalla de Sofir , para empeñar mas los áni-

mos de aquella nacion. Y sin pérdida de tiempo atendió á formar un numeroso ejército de todas las provincias de su Monarquía , para poder rechazar al Califa. Pero aconsejado de su misma desconfianza y del temor que los Cántabros le rehusasen el socorro , quiso atreverse á ganar el ánimo del Conde Don Julian, para que le negase al Califa la entrada en Tingis , sabiendo que le habia obligado la tempestad á refugiarse con toda su armada en otro puerto del Africa.

Le hizo creer facil esta reconciliacion con Don Julian el Conde Ruremundo , pariente de Susenando , hombre eloqüente , y que al tiempo que amaba á su deudo , desaprobaba su proceder por los males que acarreaba á la España , y se lisongeaba volverle á su seno , sabiendo el dolor y la consternacion en que tenia al Conde Don Julian la rota de Sofir , y de todo su ejército , y especialmente la infeliz muerte de su hija Florinda , y de su marido Evanio , á que se añadia el temor de no poder sostener su rebelion , los intentos de su venganza , destituida de medios para llevarla al cabo , y expuesta al resentimiento del victorioso Rodrigo , sostenido de los Cántabros , y de Pelayo , sin poder esperar tan presto la llegada del Califa.

Todo esto avivó las lisonjas del Conde Ruremundo, y las del Rey Rodrigo, que dexó en sus manos la comision, y que partió inmediatamente con ella, y con todos los poderes para recavar su afecto. Mas los hados que texian, y destexian infinitas combinaciones, con que apresuraban la ruina de la nacion Goda, y de su Monarquía, ponen estorbo á la llegada al Africa de Ruremundo, suscitando una furiosa tempestad contra la nave en que iba, y que hallandose ya cerca de la costa de Africa fué á dar contra un vagío en que hecha pedazos, entregó á las olas todos los que iban en ella, pudiendose salvar la mayor parte, para caer en manos de los que guardaban las costas, y que los llevaron presos á Tingis.

Fué alli puesto, como los demas, Ruremundo en una estrecha prision, en que quedó, hasta que consiguió hacerse reconocer de Susenando, que sabida la sincéra comision que traia, le sacó de la carcel, y le presentó á Don Julian, de quien estando presente Susenando, le habló de esta manera: si no tuviera conocida el Rey Rodrigo la sinceridad de mis sentimientos, ni me hubiera dado el encargo de haceros saber sus deseos; ni yo, si asi no fuera, le hubiera tampoco aceptado. La disimulacion fué siempre agena de un corazon

honrado ; y espero que no necesitareis de protestas para creerme , si os digo que el Rey Rodrigo , lejos de fomentar contra vos algun sentimiento de rencor , y de disgusto , os conserva la estima que le mereció siempre la nobleza de vuestro ánimo y vuestros honrados servicios.

Puede ser prueba en contrario de lo que os digo su proceder contra vos , y contra Suseñando , proscribiendoos del Reyno , despojandoos de todos vuestros bienes , y tratandoos como rebeldes. Mas en eso mismo , creo que disculpareis las intenciones del Soberano , no ignorando vosotros quien fuese el consejero que le induxo , á lo que repugnaba su voluntad. Verdad es que tuvo origen el daño en la violacion de vuestra hija Florinda ; violacion, que en vez de poderla yo disculpar , me indigno de hacer mencion de la misma ; y si yo me hubiera hallado en vuestro lugar , hubiera lavado con su sangre mi deshonor , á riesgo de exponer la mia ; pero jamás me hubiera inducido á vengar en la patria y en la nacion entera el ultrage del Soberano , y á vengar de un modo que os deberá acarrear eterna infamia sin borrar con ella vuestro deshonor.

Veis el funesto fin que tuvo vuestra venganza con la pérdida de Sofir , y de su exérci-

to , y con la muerte de vuestra hija , dada por su mismo forzador , sin conocerla , mientras perseguia á los fugitivos , despues de la batalla. Me hallaba yo presente , y fui testigo de los furiosos transportes del dolor á que se abandonó el Rey Rodrigo , luego que llegó á conocerla , pues le hubimos de quitar el acero de las manos , para que no se matase á sí mismo , y dar asi á Florinda la venganza , que ella pretendia de la padecida violencia. Ni satisfecho de esto y de las honras con que condecoró su sepulcro , deseó tambien , movido de su sentimiento , devolveros su amistad y confianza , con todos vuestros haberes y honores , con los quales quisiera que quedase sepultada para siempre la memoria de todos los pasados yerroes , asi vuestros como suyos , y en especial la del ultrage á que le induxo la ciega pasion , suscitada de las singulares gracias y hermosura de Florinda.

No sé que mas pueda ofrecer un Soberano , pues todas las ofensas que os hizo como Monarca , las recompensa como tal , mientras todos los que compadecieron la desgraciada suerte de vuestra hija , abominan de vuestro proceder , y le miran con exêcracion , habiéndolo expuesto á vuestra patria á todo el furor y crueldad de un barbaro enemigo , que si llega

á triunfar de ella , la obligará á dar en miserable esclavitud , indigno culto á su falsa deidad , en los mismos altares y templos en que vuestros mayores , y vos mismo profesasteis la religion mas pura , lo que sucederá necesariamente , si entregais el señorío de estas provincias al Califa. Mas si no renunciasteis enteramente á la gloria de vuestro nombre y de vuestra familia , ni á la de la patria , que en nada os ofendió , debo esperar que vuestro corazón la antepondrá á quanto os puedan lisongear las larguezas de un poderoso enemigo.

Sufrió el oír Don Julián este discurso de Ruremundo , que no hubiera sufrido si la muerte de Florinda y la de Evanio , con la rota de Sofir , no hubiesen antes enfriado los sentimientos de su venganza , y si no le hubiesen hecho advertir con el arrepentimiento los males que acarreaba á su patria ; cuya memoria renovada por Ruremundo , hizo tan grande impresion en su ánimo , que hubiera condescendido luego á las proposiciones del Rey Rodrigo. Mas el empeño ya contraído con el Califa , á quien tenia jurada fidelidad y obediencia , le retraía ; pues si se reconciliaba con la patria y con su Soberano , se declaraba rebelde al Califa. Lo que se le hacia temible en las circunstancias de venir éste con poderosa armada.

Combatido de esta incertidumbre, en que le dexaba el discurso de Ruremundo, le responde: que queria tomarse tiempo para resolver en materia tan importante. Esto aprobó Susenando, que se hallaba presente, y á quien igualmente interesaba la resolucion. Pero luego que Susenando se vió á solas con el Conde Don Julian le habló de esta manera: No sé que efecto hayan causado en vuestro pecho las razones de Ruremundo; pero vuestra respuesta me hace temer que cedan vuestros sentimientos á los especiosos ofrecimientos del Rey Rodrigo, y á la amistad á que quiere devolveros, con la restitucion de vuestros honores y haberes. Se esforzó á la verdad Ruremundo en culpar su iniquo proceder, para mas facilmente disculparle. ¿Mas es buena disculpa de sus desafueros el querer darnos á entender que los hizo por ageno consejo? ¿Tiene por ventura el ageno consejo fuerza de ley en un Soberano? ¿ó pudiera tener efecto si en ello no concurriera su voluntad y sancion? Sin embargo pretende Ruremundo echarnos tierra á los ojos, como si fuésemos extranos á aquel Reyno, y celarnos los fines de sus ofrecimientos, como si no conociéramos que el que le aconseja, y le induce ahora á haceros tan generosas proposiciones es el temor de la

llegada del Califa , y el de perder su Corona. Y para impedirlo recurre á vos por medio de Ruremundo , que á fin de conmoveros , os representa los daños que vais á causar á la patria , y en especial la destruccion de sus templos y altares , sobre cuyas ruinas levantará el vencedor el estandarte de Mahoma. ¿ Mas qué ? ¿ por tan simples nos reputa , y por tan faltos de discernimiento que no veamos que la causa principal de los males que amenazan á aquel Reyno , es el proceder tiránico del Rey , y sus delitos ?

En su sangre hubiera yo vengado su injuria , dice Ruremundo , pero que jamás hubiera tomado el partido que vos tomasteis , entregando las plazas al Califa. Mas si despues de la deshonra padecida le hubiera Rodrigo confiscado sus bienes , privadole de todos los honores , ¿ hubiera Ruremundo vuelto del Africa á España para tomar la venganza en su sangre ; y esto le hubiera sido tan facil de executar , como de decir ? ¿ Y á esto no le llama traicion , como llama á la vuestra , por haber implorado agena fuerza y poder , contra la fuerza y poder de Rodrigo en defensa de vuestra vida , proscrita y acechada por el mismo ?

No , sino dexaos despojar de vuestros bie-

nes y honores, dexaos perseguir y degollar por ageno capricho; privaos del derecho natural de todo hombre, de todo ciudadano, de todo vasallo, de defender su propia vida, antes que incurrir en la nota de infamia en el concepto, ¿de quién? del ignorante y supersticioso vulgo, en quien la misma rudeza fomenta sentimientos de esclavo. Pero la nacion va á quedar expuesta á un yugo barbaro, á ver aniquilada su religion, y destruida su Monarquía. ¿Y bien? se imputan estos daños á los desafueros de su Rey. ¿Le ha de ser á este permitido abusar de toda ley, de toda justicia, y ha de atribuirse á infamia del vasallo, el defenderse de las asechanzas de la tiranía? Esta es la respuesta que debeis dar á Ruremundo, á no ser que os querais disculpar con el Califa, quando llegue, diciendole que habeis querido reconciliaros con el forzador de vuestra hija, y con su matador, y con el que envió á Sintíla, para quitaros con el gobierno de estas provincias la vida, despues de haberos declarado traidor, y confiscadoos todos vuestros bienes.

Este discurso de Susenando volvió á fortalecer el ánimo ya dudoso del Conde Don Julian, aunque al abatimiento en que le dexó la muerte de su hija, y la pérdida del ejército de Sofir, se añadían los disgustos que comen-

zó á probar de la dominacion del Califa , porque este resuelto á poner en execucion la conquista de la España , y de apoderarse de las provincias Tingitanas , habia dado orden á su General Tarif , que introduxera varios cuerpos de su ejército en las ciudades principales , y especialmente en Tingis , con pretexto de defender la persona del Conde Don Julian , pero de hecho , para asegurarse de su fidelidad , y para tener prenda de la misma , queriendolo dexar en el gobierno de aquellas provincias , como le dexaba ; lo que imposibilitaba en parte su reconciliacion con la patria , á que se inclinaba ; y de este pretexto se valió para dar la respuesta á Ruremundo despues que Suse- nando desaprobó su resolución.

Pero Ruremundo le pondera entonces la dificultad de la empresa del Califa , en la conquista de tan grande Reyno , especialmente teniendo por aliados los Cántabros , y por su xefe á Pelayo , cuyo admirable valor y esfuerzo sobremanera le encarece ; y que si para la defensa del Africa , y seguridad de su reconciliacion con su patria , queria guarniciones de Cántabros , en vez de Godos , haria que el Rey Rodrigo se los enviase , con los quales le seria facil echar de aquellas provincias y sus ciudades ; los Arabes que el Califa habia introduci-

do. Lisongeaban estas proposiciones al Conde; mas contenido del temor de la llegada del Califa, quedaba todavia perplexo, hasta que le hizo inclinar á sacudir su dominio la altanería con que le respondió Macif, capitán de los Arabes, perdiendole el respeto. De lo que gravemente ofendido el Conde, determina vengar su ofensa quitando la vida á Macif, con que se iba á declarar enemigo del Califa.

Antes de llegar á este paso quiere consultarlo de nuevo con Susenando, á quien habló de esta manera: aunque no tuviera tantos motivos como tengo para apartarme de la amistad del Califa, sobaban los desafueros cometidos por su gente en estas provincias, cuyo gobierno parece que se me dió solo en apariencia. Rendido sin embargo á vuestras razones, quise permanecer en la enemistad con el Rey Rodrigo, y era esta la última determinación que mi ánimo abrazaba. Mas el ultraje que acabo de recibir de Macif, y la insolencia con que recibió mis representaciones, me exasperaron de modo que estoy resuelto á vengarme de él quitandole la vida, y sacudir así el yugo en que nos tiene el Califa. Por que ¿quál es mi autoridad, si no puedo remediar ni castigar los delitos de sus soldados? ¿Es esta la remuneración del Califa, por haberle entregado estas provincias?

Rodrigo, es verdad, nos trató como tirano, pero ahora desea remediar los males que nos hizo y todas sus violencias, devolviendonos todos nuestros honores y bienes, dexandome el libre gobierno de estas provincias, y no veo porque no deba yo preferir su honorifica reconciliacion, á la sujecion y esclavitud en que nos tiene el Califa. Ni temo ya que este prevenga mi determinacion, estando asegurado por Ruremundo, que Rodrigo, hecho fuerte con la alianza de los Cántabros, enviará quanta gente hubiere yo menester para sostenerme. Vos, Susenando, usad del derecho de vuestra libertad, seguro de que la diversidad de parecer y partido que abrazáreis, no alterará jamás el afecto y la estima que debo á la entereza de vuestros nobles sentimientos.

Oia Susenando este discurso de Don Julian con indignada admiracion, pareciendole que la muerte de su hija hubiese trastornado sus afectos, y apagado el antiguo rencor de su venganza. Y estaba resuelto á no oponerse á su declarada resolucion; pero viendo el riesgo que corria si la abrazaba, le responde asi: puesto que estais resuelto á reconciliaros con Rodrigo, nada tengo ya que oponer, sino el temor en que estoy de que el Califa no os dé tiempo para poner por obra vuestros intentos,

mucho mas si quereis dar este paso con la prudencia y cautela que requiere , para no aventurarlo todo con la vida. Veo que lo que os mueve á reconciliaros con Rodrigo , es la altanería de Macif , el ultrage que acabais de recibir de él , y que pretendéis vengar con su muerte. ¿ Pero para efectuarla esperais por ventura el socorro de los Cántabros que Ruremundo ós promete ? ¿ Y con ellos os lisongeis echar á los Arabes de estas provincias ?

Sea así : mas antes que llegue ese socorro, ¿ cuánto tiempo ha de pasar ? el que necesita Ruremundo para volver á España y proponer á Rodrigo la necesidad de esta gente para vuestra defensa , y el que es menester para que lleguen á Cantabria los mensajeros de Rodrigo , y pidan el socorro de aquella nacion , la que á su turno deberá tratar si lo ha de conceder , y aun dado caso que lo conceda ¿ cuándo llegará al Africa esa gente ? Y si entretanto viene el Califa , ¿ qué es lo que pensais hacer ? él se embarcó ya con todo su ejército , y tardará poco á comparecer. ¿ Le cerrareis entonces las puertas ? ¿ Degollareis los Arabes aquartelados en las ciudades ? El parentesco y la amistad me obligan á haceros estas reflexiones , las que si os parecen prudentes y justas , os obligarán á meditar mas el paso que

vais á dar. En tan críticas circunstancias, fuera mi parecer que sin determinaros á un partido antes que á otro, manifesteis á Ruremundo vuestra inclinacion á reconciliaros con la patria, y los deseos de que llegue quanto antes el socorro de los Cántabros, sin los cuales fuera temeridad abrazar esa determinacion.

Preponderaron en el ánimo del Conde las razones de Susenando, y en fuerza de ellas, resolvió seguir su parecer, al tenor del qual dió la respuesta á Ruremundo, que confiado por ella del exíto feliz de su encargo, no tardó en embarcarse, ansioso de prevenir con su diligencia la llegada del Califa. Mas el destino que se burla de los consejos y determinaciones de los hombres, previno la del Conde D. Julian, y le impidió la deseada reconciliacion con su patria, cuya ruina estaba ya decretada.

## LIBRO DECIMO.

Quando llegó al Califa la funesta noticia de la rota de Sofir , no habia podido allegar todavia el número de las naves necesarias para embarcar su innumerable ejército destinado á la conquista , cuyos designios echaba á tierra en cierto modo , y se los imposibilitaba , no tanto la pérdida de la gente que pereció en la batalla , quanto la temeridad de Sofir y su inconsideracion , en desamparar las provincias Tingitanas , dexandolas expuestas á la invasion de las tropas del Rey Rodrigo. A este solo fin habia enviado á Sofir con el ejército que le confió , y cuya pérdida hizo zozobrar tambien la confianza que habia puesto el Califa en las promesas de la fortuna , asegurandole la conquista de aquella Monarquía.

A pesar de esto , su ánimo superior á qualquiera adversidad , y su mente imperterrita en sus grandiosas miras , no se acobarda enteramente , mas piensa remediar desde luego el desierto de Sofir , enviando orden á su General Tarif para que introduxera parte de su ejército en las provincias Tingitanas , é hiciese ocupar principalmente la Ciudad de Tingis,

aunque á ello se opusiera el Conde Don Julian. Y como tardasen á llegar las demas naves que esperaba , resuelve ir entretanto á la Meca á consultar el santuario de Mahoma sobre el exíto de la meditada conquista. Y á fin de tenerle mas propicio , lleva consigo las mas ricas preseas de su tesoro , para hacer de ellas presente á la deidad , segun la inveterada opinion de los hombres , que juzgaron siempre á los dioses ávidos como ellos de preciosos dones ; y seguido de solos dos de sus mas íntimos confidentes , ocultando al ejército su partida , sale de la ciudad encubierto de las tinieblas de la noche , y sobre veloces dromedarios prevenidos de antemano por todo el camino , vuela sin parar al santuario de la Meca.

En un valle ceñido de alpestres , é ingratos montes , yacia la Meca , aldea infeliz , y solo conocida de los rudos habitantes que la poblaban , antes que en ella recibiese el ser mortal el adorado Mahoma , cuya mente vasta en su rudeza , aspirando á la gloria de legislador del Oriente , lo llegó á conseguir avasallando la opinion de los toscos pueblos á sus divinizados embustes. Luego uniendo á la fuerza de las armas el poder del entusiasmo , móviles los mas poderosos para sojuzgar las mentes de los ciegos mortales , estendió la autori-

dad de sus nuevos dogmas , y llegó á divinizar la tiranía y la impostura con que se grangeó supremos honores en vida , y de divinidad despues de su trance. Su descendiente Alí le erigió aquel santuario en que son adoradas sus cenizas de los pueblos innumerables que le reconocen por su legislador , y por el mas glorioso profeta.

No desmiente la tosca magnificencia y riqueza de aquel lobrego templo , la veneracion de los pueblos que acuden de las mas remotas partes del Oriente á cumplir con sus votos otorgados. ¡ Tanto poder tuvo siempre en los ánimos de los mortales la opinion recibida de sus mayores , y fomentada por el interés de los ministros destinados al culto ! Los Califas mismos que heredaron con la sangre del profeta porcion de su divinidad , se interesaron en fomentarla , para acrecentar el respeto á su adorada tiranía , sujetandose tambien ellos á la veneracion y creencia de aquel , de quien reconocèn su origen respetable en la tierra.

De esta misma veneracion llevado el jóven Ulit Mirammaolin , fué á consultar el sagra-rio de Mahoma. Los ministros de aquel templo , sabida la llegada del supremo Califa , acuden á rendirle respetuoso omenage , y á recibir los preciosos dones que venia á ofrecer á la

sacra tumba. Iban todos vestidos de túnicas de blanco lino , y cubiertas sus raidas sienes de bonete aturbantado , llevando impreso en sus macilentos rostros el rigor de su vida , y en sus ojos sumisos la devocion de su sacro ministerio. En este trage y compostura , postrando con profundo silencio sus frentes hasta el suelo , reciben y acatan en el lindar del templo al sublime Califa , quedando en aquella humilde postura hasta que él mismo les mandó con imperio que se levantasen.

Akala entonces , el principal entre aquellos ministros , venerable por sus años , y por la santidad de su vida , despues que oyó el deseo del Califa de consultar el sepulcro del profeta , usando del derecho de la dignidad de su ministerio , le asió de la estremidad de su tendido manto , y le presentó al santuario. Elevado sobre el pavimento del templo , se sube á él por diversas gradas cubiertas de preciosos tapices , y de oro y plata las paredes que encierran la sacra tumba , ofreciendo esta un continuado prodigio á los ciegos ojos de los creyentes , que viendo suspenso en el ayre el enorme peso del sepulcro , lo creen efecto del divino y milagroso poder del profeta. La supersticion tiene oculto á sus mentes el secreto de aquel portentoso natural , engendrado de las

losas de iman , entre las quales queda suspenso, atrayendo con su admirable fuerza al hierro de la tumba , á la qual invisiblemente sostienen con su mutua atraccion. Cien lamparas de oro arden de continuo entorno , y acrecientan la veneracion á aquellas reliquias.

Alli postrado el Califa Ulit en el lugar solo á él concedido , mientras humean en los braseros de oro los mas preciosos aromas del Oriente , echados de su mano en las brasas , hace esta plegaria : sacro terror y asombro de los mortales , cuyas ciegas mentes vino á ilustrar la tuya sobre todas las demas privilegiada por el querer del Omnipotente que te eligió en la tierra por intérprete de su voluntad , y por ministro de su justicia , inclina tu oido á los ruegos de Ulit tu descendiente, que vino á implorar tu sublime favor y gracias. Dexa caer un destello de ella sobre mi mente, en que concebí la empresa de una nueva conquista , para estender la gloria de tu nombre y de tu culto. Si te complaces en mi determinacion , y si no me hice indigno de efectuarla , dame una señal de tu aprobacion , para que asegurado de tu favor , execute con mayor confianza mis intentos.

Proferida apenas esta plegaria , se oyó una voz que decia : llegarás y vencerás como de-

seas, mi poder será tu escudo. Asombrado el Califa y lleno del gozo y admiracion que le infundian aquellas palabras, acata con profunda conmocion la tumba, de donde le parecia haber salido aquella voz milagrosa, y agradecido á ella, promete de erigir suntuosas mezquitas en todas las ciudades á que entenderá su nuevo señorío. Impelido de las ansias de emprender aquella conquista, aprobada tan manifestamente del profeta, vuelve á ponerse en camino de Sidon, apresurando la carrera á los dromedarios, y se muestra á su ejército, que ignoraba su ausencia. Y como hubiesen llegado entretanto las naves que esperaba, manda inmediatamente embarcar toda la gente, de que dexa casi despoblada el Asia, y embarcado con ella, hace poner el señal de la partida.

Zarpan á una mil naves que llenan luego de su magestad el golfo Creteo, ansiando el Califa que el viento escaso en su furor, se convirtiera en tempestad que impeliere quanto antes á su innumerable armada hácia las playas deseadas. No tardó á ver cumplidos sus deseos el impaciente Califa, porque apenas llegaron á sulcar sus naves la altura de las fragosas Sirtes, se desprende el solano de los montes de la Libia, que acarreado negras nubes,

roba con ellas el resplandor al dia , y cubre de triste obscuridad la atmosfera. Sintieron luego las olas la braveza del viento que las agitaba , y con ellas las naves que cogidas al improviso, nada temen mas que el encontrarse entre sí , y hallar su mayor riesgo en el número mismo que acrecentaba su confusion.

Se apodera el espanto de toda aquella muchedumbre de gentes barbaras que iban en las naves , y ceden al horror que les infunde la mar ayrada , y el tempestuoso cielo que encendido del fuego que salia con sonoro estallido del rasgado seno de las nubes , amenazaba abrasarles en medio de las aguas , ó anegarles en ellas , á impulso de la tempestad que á cada instante mas se embravecia. No es esto lo que yo deseaba , dixo entonces el Califa sobre su capitana : pero de qualquier modo estan á cargo de la fortuna sus promesas. Ella no me coronó de gloria , para sepultarme en las olas. Nadie , pues , tema , aqui navega el Califa , en su favor militan los vientos y las ayradas tempestades.

Esto se esforzaba á decir en voz alta el Califa desde la popa de su nave , á quien trataban los vientos , como á ligera pluma , pareciendo que provocase con su ánimo imperterrito el peligro que crecia. Crugen los más-

tiles y antenas, apremiadas del furor de la tempestad , y retumban en los cóncavos senos de las naves los golpes de la mar ayrada, que ora encaramaba las olas á par de excelsos montes, y las naves sobre ellas como si las quisiera estrellar en las nubes, ó quemar en los rayos que estas despedian , ora dividiendolas en profundos valles , hacia temer que quisiese sepultarlas en el abierto abismo , sin dexar oír los lamentos de tantas feroces naciones que apremiadas del espanto , hacian mil votos á sus respectivas deidades ; mas absorven sus plegarias los vientos, los truenos y bramidos de la mar , que tendiendo su rencor del uno al otro cabo de los límites distantes que la encierran, hacia juguete de su saña toda la inmensa armada del Califa.

Mas su animosidad comienza á ceder á vista del naufragio de dos de sus naves mas gruesas , que no pudiendo evitar su encuentro, perdido el gobernalle , se quebrantan entre sí, y desaparecen de los ojos del Califa , con toda su tragada chusma , sin poder ser socorridos de los que trabajados en igual peligro, apenas podian avenirse con la deshecha borrasca que iba cobrando cuerpo. Desesperando entonces el Califa de remedio humano, recurre al favor de su profeta ; y vuelto hácia la parte que conser-

va sus reliquias, le implora para que le libre de aquel peligro. Hecha apenas esta plegaria, le pareció ver levantarse de lejos la sombra de Mahoma á manera de gigante, que empuñando una lanza, se encaminaba á largos pasos á encarar los vientos, que amedrentados de su vista, sin esperar su llegada, se arrojan en pavor de las nubes, que cavalgaban, y se entregan á una fuga precipitada.

Libres entonces las nubes, sin su freno, comienzan á desbandarse en tímido silencio por la atmosfera, y dexan ver en ella los alegres rayos del sol, que con la serenidad restituye al cielo y á la mar el sosiego deseado. Mas no volvió la sombra de Mahoma á su sepulcro, sino que precediendo á la armada del Califa, que exênto del riesgo padecido, dirigia su rumbo hácia el puerto de Cirta, donde queria rehacer el Califa la naves de los daños padecidos, la precedió algun trecho hasta que en la continuacion de su rápido curso hácia la España, desapareció de los ojos del atónito Ulit, que lleno de la sublime satisfaccion que le inspiraba aquel prodigio, le suplicó con tierna reverencia quisiese continuarle su poderoso amparo en la conquista de aquel Reyno, hácia donde parecia que quisiese precederle.

No pudo llegar entonces la armada al puer-

to de Cirta , porque avisado el Califa que algunas de las naves estaban en inminente peligro de perecer , se vió precisado á surgir en la ensenada mas vecina. Deseoso alli el Califa de asentar el pie en aquel nuevo Reyno , que le habia conquistado el valiente Tarif , y unido á su vasto Imperio , lo executa , llevando consigo el arco y flechas , por si acaso se le presentaba alguna caza , como se lo prometia la frondosidad de los oteros que coronaban la playa en que no veían indicios de poblacion. Iba solo con el Califa su confidente Osman , con quien llegado al pie del mas vecino otero , queda embelesado de la amenidad de un valle , poblado solo de hermosas palmas , por medio del qual corria un arroyo cristalino.

Movidos ambos á dos de la curiosidad de descubrir el manantial que indicaba estar vecino , segun el curso del arroyo que les llevaba á una espaciosa gruta , en donde descubren la fuente , y convidados de su plácido mormullo , y de la comodidad que la gruta les ofrecia , se sientan á descansar , y á tratar entre sí de la meditada conquista. Comenzado apenas su discurso , les obliga á interumpirle la vista de una hermosisima doncella , que asomada apenas á la boca de otra mas profunda gruta que alli habia , se esconde inmediatamente , como asus-

tada de la vista de aquellas dos personas. El Califa , que fué el primero que la vió , maravillado de la hermosura de su rostro , y del trage nada vulgar , y superior á la condicion de quien habita una cueva , desea satisfacer la viva curiosidad que le habia excitado , y penetra seguido de Osman , en la cueva interior en que se habia escondido la doncella.

Mas qual fué su sorpresa al ver á la misma como refugiada al lado de una muger algo anciana que manifestaba ser su madre , á quien imploraba , y junto á ella dos muchachuelos que sentados en el suelo , trebejaban con las hojas de las palmas , esparcidas por él , y que les servian de asiento , y de lecho. Recibia luz bastante la cueva de una claraboya , formada por la misma naturaleza en su techumbre , con que pudo el Califa distinguir aquellos objetos que empeñaban la admiracion de su ánimo generoso , en especial la doncella , que á pesar de su desaliño , podia sobresalir entre las mayores hermosuras del Asia que servian á los deleytes de su grandeza.

Prendado de ella el Califa , y sorprendido no menos de la vista de aquel completo de objetos que excitaban su compasion , dirige la palabra á la matrona , que llevando impresas en su rostro las señales de la tristeza , y aba-

rimiento , indicaba que las tenia alli escondidas alguna desgracia , y asi la dixo : nada teneis por que temer á quien llegado aqui casualmente , halla sin pensar unos objetos que interesan su corazon , y que por lo mismo desea saber quienes sois ; pues vuestro trage parece que desdice de la habitacion de fieras en que os veo. Hablad sin recelo alguno , pues tal vez podré aliviar vuestra adversidad , si por ventura la padeceis.

Sosegado en parte el temor que causó á la matrona la vista del Califa , á quien no conocia , y animada de su atento y compasivo discurso , le responde : reconocida al afecto , y compasion que me manifestais , os la agradezco. Mas mi desgracia es tal que no puede ser socorrida de vuestra piedad , contra la adversa suerte que me reduxo , con estos tres hijos mios que aqui veis , á este estado de miseria que excita vuestra comiseracion , y en este albergue de selvages fieras , donde sustentamos nuestra miserable vida con los frutos de las palmas , y con la caza en que emplea mi marido sus infelices dias , siendo asi que poco antes.... ¡ah! perdonad si el llanto interrumpe mi discurso. Sabed solo que la tierra en que os hallais pertenece al Reyno que fué del desventurado Bocchis , Rey de los Musulanes , á

quien despojó de su señorío el cruel Tarif, General del ambicioso Califa Ulit, que hoy le posee, mientras su legítimo Señor anda fugitivo por las selvas con su familia infeliz.

Dicho esto prorumpe en nuevo llanto, con que infundió sospechas al Califa, que ella era la muger de Bocchis, y aquella su infeliz familia, como lo manifestaba no solamente su discurso, sino tambien su trage, que aunque en parte consumido, indicaba que eran personas de condicion las que le llevaban. Acrecentaban tambien estas sospechas el llamar cruel á Tarif, y ambicioso al Califa que la oia. Usando por lo mismo de disimulacion, para no dar de sí indicio alguno, y para descubrir si era ella la muger de Bocchis, la dice: vuestras lágrimas interesan mucho mas mi comiseracion. Siento por lo mismo que vuestra desgracia sea tal, que no esté en mi mano el remediarla, como lo sospechais: aunque á deciros verdad, si supiera yo que sois la muger de Bocchis, y esta su familia desventurada, me valiera de esta ocasion para vengarme del Califa Ulit, con quien estoy en guerra, reponiendoos á vos y á vuestro marido en el trono de que os privó su cruel General Tarif.

Engañada Zulema, muger de Bocchis, del discurso del Califa, de quien él se decia

enemigo , y que queria reponerla en el perdido trono , lo cree decontado , y como es natural el deseo en todos los desdichados de manifestar sus desventuras , mucho mas á quien se ofrece á remediarlas , echa de sí todo temor y reparo , y le dice : puesto que no me dexa motivo de temer el que me ofrece el amparo de su poder , sabed que yo soy la infeliz muger de Bocchis , reducido con esta su familia al estado de miseria en que nos veis , por el despiadado Tarif , sin tener otro motivo para privar del Reyno á mi marido , que el de acrecentar con él el imperio del Califa con la fuerza de las armas. Contra la qual haciendose vana toda resistencia de parte de Bocchis , prefirió á la ignominiosa esclavitud , el vivir en las selvas , y disfrutar en ellas la libertad , aunque infeliz , preferible siempre á la servidumbre.

Antes , pues , que Tarif llegase á poner el cerco á la ciudad , huyó de ella Bocchis conmigo , y con estos hijos suyos : compañeros de la adversa suerte de su padre , con quien vagando de selva en selva , sin hallarnos seguros en ninguna parte , venimos á parar en esta gruta que nos sirve de habitacion , y donde pasamos nuestros infelices dias con el sustento que arrojan de sí esos árboles vecinos , y con la caza que mata mi marido desdichado. Pueda mo-

veros á piedad nuestra desventura ; y si sois , qual decis , enemigo del Califa , manifestadlo reponiendo á mi marido en el trono , y restituid sus perdidos bienes á esta su desgraciada familia , que quedará enteramente agradecida á vuestra beneficencia.

Oida esta narracion de Zulema pór el Califa , que en su disimulacion no apartaba los ojos de la hermosura de la hija , que confusa y temerosa tambien le miraba , la dice : la confianza que me acabais de hacer de vuestras desgracias , obliga mucho mas mi reconocimiento para que cumpla con mi promesa ; pero para ello convendria que se hallase presente vuestro marido , para que como conocedor de la tierra , me facilitase la conquista , y para que viendole sus pueblos protegido de mi poder , puedan con mayor animosidad sacudir el yugo del Imperio del Califa. Mientras Ulit decia esto , avivando las ansias de Zulema , de que llegase su marido Bocchis , he aqui que él mismo , ocupado en la caza por los vecinos collados , habiendo descubierto la armada , acudia azorado á la gruta , para avisar á Zulema del peligro que corrian , si llegaba á descubrirles aquella gente de guerra.

Y como entrase asi agitado en la cueva , queda sorprendido y confuso al ver alli aque-

llas dos personas principales, como lo parecian en su traje, y ante ellos á su muger que en aquel instante tomaba una postura suplicante para agradecer al Califa el favor, y proteccion que la ofrecia. Llamada entonces la atencion del Califa de la presurosa llegada de Bocchis, tuerce hácia él la cabeza, y viendole parado y confuso, le pregunta á Zulema si era aquel el Rey Bocchis su marido. Bocchis que nada temia mas que el ser descubierto, al oir que aquel personage le nombraba, se cree perdido, é impelido del temor iba á huir al tiempo que el Califa, oyendo que Zulema le confirmaba en la pregunta, le detiene diciendole con afa-ble sonrisa: venid acá, Bocchis; desde ahora cesan todas vuestras desgracias. Interesado yo en la narracion que me acaba de hacer Zulema de vuestra infeliz suerte, resolví volveros á poner en el trono que tan injustamente os usurpó el Califa mi enemigo.

Pero en reconocimiento de este favor, pretendo de vos que me deis por esposa á esta vuestra hija, de la qual oí decir que Tarif la tenia destinada para esclava del Califa; pues le estará mejor que reyne conmigo, y participe de mi gloria, que no que se vea confundida su hermosura entre las otras que se humillan á Ulit. Asombrado Bocchis de la preten-

sion y favor de quien le manifestaba poder tan grande, sin conocerle, le responde con admirada sumision: ¿mas puedo acaso saber en mi sorpresa, quién sois vos, á quien tanto interesa mi desventura, y á quien he de deber tan singular beneficio? Porque, ó debeis de ser alguna deidad encubierta baxo humana apariencia, ó descendiente por cierto de los dioses bienhechores de los infelices, para venir de proposito, no solamente á sacarme de esta vida infeliz que llevo, sino tambien lo que mas me maravilla, á reponerme en el reyno que me ha usurpado el ambicioso Califa.

Por ahora, le dice el generoso Ulit, disimulando siempre que era el mismo Califa á quien tachaba de ambicioso, os baste saber que soy el xefe de la numerosa armada que llegó á esa vecina ensenada, y atraido de la amenidad de este valle, llegue á él para gozarle, sin saber que os hallaseis aqui escondido con vuestra familia, la que interesó de modo mi comiseracion, que resolví sacaros de estado tan infeliz para devolveros al Reyno, del qual os ha echado el ambicioso Califa, y donde espero merecer la mano de esta bella Zadul.

Enternecido entonces Bocchis, exclama: ¡ah! no tengo tampoco otra cosa con que poder manifestaros mi gratitud á tan singular be-

neficencia , que esta hija mia ; la que desde ahora podeis reconocer por vuestra ; pues esta misma recompensa que exígis por favor tan grande , es un nuevo favor con que os dignais beneficiar á un desdichado. Oxalá pudiera yo saber á lo menos vuestro nombre , para que le ponga mi agradecimiento y veneracion junto á los nombres de las deidades bienhechoras de los hombres. Puesto que lo deseais saber , y que debo desde ahora reconocer por mia á esta hija vuestra , sabed que el que os la pidió por esposa , y el que os prometió devolveros el trono , es el mismo Califa Ulit.

Al oír esto Bocchis , Zulema y Zadul , que nada menos esperaban que oír el nombre del Califa , y de tenerle presente , despues de haberle tachado de ambicioso , humillados y confusos se postran á sus pies , sin osar Bocchis levantar su frente sumisa para manifestarle las lágrimas de su arrepentimiento , con que le pedia perdon de su indiscreto agravio. No permitió entonces el magnanimo Ulit que quedasen mortificados aquellos á quienes queria beneficiar ; mas asiendo primero de la mano á la bella Zadul , la dixo : alzaos Zadul , el Califa os destina por esposa suya. Y volviendose hácia Osman , le manda que guardado el secreto , le haga traer de las naves todos los ador-

nos y vestidos correspondientes para Bocchis y su familia.

Mientras Osman va á poner en execucion el órden del Califa , este se entretiene en confortar á Bocchis , que como enagenado de admiracion , no acababa de salir de ella , y de la confusion en que le tenia el temor de haber tachado de ambicioso al Califa , que olvidado de aquel agravio le hallaba recompensado en la posesion de la hermosísima Zadul , con la qual desahogó los tiernos sentimientos que avivaban en su corazon las admirables prendas de la infeliz princesa , hasta tanto que Osman volvió de las naves , seguido de los Eunucos y esclavos que traian los vestidos y adornos que le habia mandado el Califa , y que este hizo tomar á Bocchis , á Zulema y á Zadul. Luego hizo adornar la gruta en que quiso celebrar su himeneo , mientras se acababan de rehacer las naves.

Pero exígiendo este trabajo mas tiempo que el que sufría su corazon , impaciente por la conquista , determina encaminarse por tierra á la Ciudad de Cirta , llevando consigo á Bocchis para restituírle el Reyno , como se lo habia prometido. A este fin manda desembarcar la caballeria y tren necesario para su acompañamiento , y poco despues de haber celebrado

su casamiento con Zadul , se puso en camino. Precedió á su llegada la fama de su generosa beneficencia , usada con Bocchis ; y avisado Muza de su venida , salió á recibir con gran pompa á su Soberano , en cuyas manos puso el cetro de la Libia , conquistada por él y por Tarif. Le recibió el Califa con elevada dignacion y agrado , y entró con él en la ciudad, entre las exclamaciones del pueblo , que no cesaba de ensalzar su humanidad y munificencia , mucho mas despues que restableció á Bocchis en el trono.

Agradecido este á tan singular beneficio del Califa , se ofreció á acompañarle y servirle en la conquista , conduciendo á ella seis mil Musulanes , gente acostumbrada á las correrias y á inquietar al enemigo con sus repentinos ataques. Aceptó el Califa su ofrecimiento ; pero no siendo la armada capaz de mayor número de gente , debió servirse de las naves que habian transportado el ejército de Sofir ; y que le esperaban en el puerto de Tingis , para donde partió llevando consigo á Zadul , compañera de su tálamo , á quien reduxo la suerte á un estado miserable con sus padres , para recompensar su desgracia con mayores ventajas , haciendola esposa del Califa.

Con no menores demostraciones de júbilo

fué recibido el Califa en la Ciudad de Tingis, á donde le siguió inmediatamente toda la armada que habia dexado en la ensenada, despues de la padecida tempestad. La vista del Califa, y las atenciones que usó con el Conde Don Julian, hicieron desvanecer los concebidos intentos de su reconciliacion con el Rey Rodrigo, porque á mas de atender á sus quejas sobre Macif, le confirmó de nuevo en el gobierno de aquellas provincias, sin exîgir de él que llevase las armas contra su patria; porque al tiempo que queria mostrarse reconocido á quien le habia facilitado aquella conquista, debia recatarse de servirse en la guerra del brazo del Conde, que le era antes sospechoso que necesario. Con lo qual tuvo motivo el Conde de complacerse de haber seguido los consejos de Susenando.

Creció entretanto el espanto de los Godos y de su Rey Rodrigo con la llegada al Africa del Califa, acrecentando la fama el número de las naves, y de las naciones barbaras que traia para la conquista de España. A este temor se juntaba el que daba tambien á Rodrigo la tardanza de los embaxadores que habia enviado á los Cántabros, para obtener de ellos nuevo socorro, á que parecia no se mostraban inclinados, oponiendose á ello Olda, uno

de los principales ancianos de la nacion , y el mas respetado por sus años , y por el concepto de su prudencia. El qual despues de haber hecho diferir la junta en que se habia de determinar por votos el socorro , quando no pudo hacerla diferir mas tiempo , atendidas las instancias de los embaxadores de Rodrigo , habló de esta manera.

Lejos de quererme oponer en otras ocasiones á los consejos de los mas, cedo frecüentemente mi juicio en materias que no merecen oposicion. Mas tratandose ahora de haber de juntar ejército , no para defender nuestra libertad, ni nuestra patria, sino á un Reyno ageno, y á un Rey , que muerto mañana , tendrá tal vez por sucesor otro qualquiera , que en vez de reconocer nuestro favor , halle motivo en el mismo para hacernos guerra , me parece que exíge toda nuestra consideracion , antes de dar nuestros votos. Porque aunque parezca obvia la reflexion , que quien defiende al vecino acometido , toma en él su propia defensa , la hace fútil la misma constitucion de los Godos , y la eleccion de sus Reyes , que os acabo de insinuar , pudiendo suceder á un amigo de nuestra nacion , un enemigo astuto que aprovechandose de nuestra facilidad , en enviar nuestra gente á perecer en la guerra , nos la ha-

ga despues con mayores ventajas.

Algunos, tal vez, de vosotros mirarán lejano este peligro, y se reirá de mi reflexión, confiado en el valor de los Cántabros, y en la aspereza de nuestro terreno: mas si á fuerza de enviar allende socorros, despoblamos este mismo terreno, ¿quién le defenderá? ¿acaso su sola aspereza? ¿Y dónde se abrigará el valor? ¿en los niños, viejos y mugeres, que quedan á llorar las muertes de sus hijos, maridos y padres, que enviamos á perecer en defensa de paises y pueblos extraños? De los tres mil Cántabros que enviamos últimamente de socorro á los Godos, los mas han dexado sus huesos en aquellas tierras. ¿Cómo reemplazaremos esta pérdida? ¿Acaso la resarcimos con la gloria, que nos han grangeado los vencedores? Debase en horabuena al valor de los Cántabros la victoria del Rey Rodrigo; ¿mas para grangearnos concepto de guerreros y vencedores, necesitamos salir de nuestras tierras? ¿No es antes bien el desconfiar de nuestra propia gloria, el quererla merecer con nuevas expediciones, hechas en agena utilidad, que han de redundar en nuestro propio daño?

No nos dexemos, pues, deslumbrar de un falso resplandor de gloria; antes bien miremos como prudente la negativa del socorro

que nos pide, el que nos aventaja en gente, y en poder; porque quanto menos fuerte es el vecino, tanto mas quedamos nosotros asegurados. Esto es al opuesto lo que debieramos desear, y en vez de importarnos que entren los Arabes en España, miremos con interés la intencion de su Califa, y sin temor de que vencidos los Godos podamos ser tambien acometidos y vencidos nosotros. Porque antes que esto suceda, ¿quántas batallas se han de dar, quántas ciudades se han de batir, quántos Reynos que conquistar? Y si á pesar del socorro que enviemos á los Godos, quedan estos vencidos, ¿no nos privaremos de otros tantos brazos que nos pudieran defender, y con ellos perderemos tambien la gloria que deseamos alcanzar? En fin, mi parecer es que se niegue á los Godos el socorro que piden, como dañoso á nuestra patria, ora con él venzan los Godos, ora queden vencidos.

Sintieron todos la fuerza del razonamiento de Oлда, que hizo inclinar los ánimos á su parecer. Mas Pelayo, á quien la victoria obtenida de Sofir, le acababa de dar el honor de ser admitido en la junta, donde no se lo permitia su edad, sintiendo perder la ocasion de señalarse de nuevo en la guerra, si se le negaba el socorro al Rey Rodrigo en fuerza del discurso de

Olda , quiso hacer prueba de su eloqüencia para rebatir sus razones , diciendo asi : podrá parecer tal vez atrevimiento de la confianza de mi edad , que despues de haber dicho el respetable Olda su parecer , quiera yo recientemente admitido en esta junta , oponerle razones contrarias. Pero ya que el honor mismo que os dignasteis concederme , me da derecho para ello , usaré de él para manifestar á lo menos mi agradecimiento á la nacion Goda , y al Rey Rodrigo que con públicas demostraciones han declarado deber su libertad al valor de los Cántabros , que tan oportunamente les socorrieron.

Y por lo mismo sintiera yo ahora que se les negase el nuevo socorro que nos piden , lo que debo temer atendidas las razones de Olda , que á mí mismo me hicieron fuerza ; pero atendiendo luego á la entidad de la cosa , me pareció que pudieran tener tambien lugar otras razones contrarias ; pues no creo que os induxisteis á conceder el socorro á los Godos por las razones que alegó Olda , sino que sin entrar en sus lejanas miras , lo hicisteis solo movidos de vuestra generosidad , de amparar á los que imploran vuestro valor , mucho mas siendo antiguos aliados nuestros los que le imploran , y acreedores por lo mismo al favor que nos piden , sin que os deba retraer el temor aparente que

Olda pretende infundir , de que vais á privar vuestra patria de sus defensores , por enviar el socorro que se nos pide. Pues no creo que esté tan despoblada nuestra tierra , y tan falta de gente fuerte , que por dos ó tres mil combatientes que enviéis en socorro de vuestros aliados , hayan de quedar solo en su defensa los niños , los viejos y mugeres , como Olda pretendió persuadiros , pensando sin duda que no supierais las fuerzas que teneis.

No sé tampoco si acertó el mismo con el motivo que tuvisteis para enviar el primer socorro , atribuyendole al deseo de adquirir nueva gloria. Vosotros que lo votasteis y concedisteis lo sabreis. Pero aunque lo hayais hecho por eso , ¿ seria motivo tan despreciable como Olda os lo pretende persuadir ? Confieso que no necesitamos los Cántabros de hacer nuevas hazañas para grangearnosla , ¿ mas esto ha de ser motivo para que contentandonos con la gloria que nos adquirieron nuestros mayores , sobreseamos á la que pudieramos alcanzar tambien nosotros , especialmente socorriendo á los que nos proporcionan la ocasion de señalanos en la guerra ? Las hazañas que tienen por límites nuestros montes , conviene que las publiquemos , para que se grangeen el ageno concepto , quitandoles parte la extranjera emula-

cion , mas las que hicieramos á vista de los extraños , y en defensa de los mismos , se hacen acreedoras á su estima , á su gratitud y admiracion.

Ni es esta la sola ventaja , en vez de los daños que Olda pretende se nos seguirán , si concedieseis el socorro ; pues con esta ocasion exercitais los brazos y las fuerzas que habian de quedar aqui deshacendadas , se acostumbrarán los Cántabros á ver el rostro á un nuevo enemigo , y á medir con él sus aceros , y por consiguiente á no temerle lejos de estos montes que nos ciñen , y en batalla campal , para rechazarle mas facilmente de estos mismos montes , caso que se atreviera á acometernos en ellos , lo que no sé si fuera menos prudencia el esperar , que ageno de la magnanimidad de vuestros corazones el desear ; esto es , que sean enflaquecidos y vencidos los Godos , como Olda pretende , para que no les debamos temer. ¿ Mas este mismo consejo , cauto , y prudente en apariencia , no se desmiente á sí mismo ? Porque ¿ qué otra cosa es el desear que queden vencidos los Godos , sino el que queden los Arabes vencedores ? Asi no queriendo tener por vecino á un aliado , desea tener por tal á un barbaro y cruel enemigo , de quien Olda espera sin duda que triunfará nuestro valor.

¿Pero basta solo el valor para vencer? ¿La victoria no depende á las veces de imprevistas circunstancias que humillan la jactancia?

No creo, pues, que preferireis esperar en vuestras casas al enemigo para rechazarle, exponiendo vuestra patria á la incertidumbre de la victoria á la ocasion de enflaquecerle y combatirle de lejos; pues no podeis dexar de ver quanto mas facil y mas temible es, el que nos acometa el Arabe, si llega á ser vencedor del Godo, que este nos inquiete envilecido y debilitado del ocio, y que implora por lo mismo ahora vuestro valor, y magnanimidad en el peligro que le amenaza. ¿Y vosotros que podeis librarle de este peligro, sin el vuestro, antes bien con ventajas de vuestra gloria, rehusareis el hacerlo? No puedo persuadirmelo, mucho mas viendo en vuestros semblantes vuestra magnanima propension, no en fuerza de mis razones, sino movidos de vuestra innata generosidad y munificencia, que no podeis manifestar mejor que en la ocasion presente, en que las implora una nacion entera aliada vuestra, en el mayor peligro que le amenaza, y que amenaza tambien á la nuestra.

Preponderaron las razones y el discurso del jóven Pelayo á las de Olda, é inclinando á ellas los Cántabros, votaron el socorro, y á

mas de esto volvieron á nombrar al mismo por jefe de aquella expedicion. Aunque esta noticia causó mucha complacencia al Rey Rodrigo, y disminuyó en parte sus congojas, sabida la llegada á Tingis del Califa y los inmensos preparativos que hacia para entrar en España, no por eso dexó de atender por su parte á juntar el mayor ejército que podia de todos sus Reynos y provincias, en que hacia dar asonada de guerra, en defensa del Reyno y de la Religion, contra el temible poder del Califa. Qual el riesgo, tal fue entonces el general empeño de los Godos, y el deseo en todos de morir, ó vencer en la defensa de su patria, y de sus templos.

Resonaban todas las ciudades de los lamentos de las madres y doncellas que se veian desamparadas de sus hijos, hermanos y maridos, para acudir á las banderas de Rodrigo. Acuden con armas y caballos los pueblos que divide el Pirineo de la Iberia. Se juntan á los Ocitanos los Rucinences. A aquellos los conducia Alrico, que contaba por bisabuelo al Rey Tulga; á estos Oldemaro. Formaron tambien numerosos esquadrones los Catalanes que tenian por jefe á Retaredo. Etenigildo capitaneaba todos los cuerpos que allegó de una y otra parte de las tierras que riega el Ebro, y Teulda, las

bandas que juntó en las fértiles tierras que riegan el Turia y el Segura. Acuden baxo las banderas de Ferrando todos los pueblos de la Bética, que desamparaban las villas y ciudades vecinas á las playas, en que temian el desembarco del ejército enemigo.

No inferior número de gente junta tambien la Lusitania, y las inmediatas provincias que jamas dieron á ver á la España tanto número de sus pueblos, unidos entre sí para su defensa, quantos los que se juntaron entonces baxo las banderas del Rey Rodrigo. Destinó este el centro de la Bética para formar sus reales, á donde acudian todos los cuerpos de los Reynos vecinos, y lejanos, conducidos por sus particulares xefes, nombrados por el Rey Rodrigo, el qual se esforzaba á encubrir con su animosa presencia, y exterior confianza, las congoxas interiores que apremiaban de continuo su ánimo, asombrado mas que nunca del pronóstico de Adenulfo, que agitaba su fantasia.

## LIBRO UNDECIMO.

**N**o ignoraba el Califa en Tingis las disposiciones del Rey Rodrigo, y el ejército inmenso que allegaba de todas las provincias, en defensa de su Monarquía; pero confiado en sus fuerzas, y en la fiereza y valor de sus soldados y capitanes, despreciaba en su ánimo todos aquellos esfuerzos que le parecían ser de cuerpo que luchaba con la muerte, atendida la flaqueza de los Godos, corrompidos de tantos años del ocio de la paz, y de los vicios introducidos por sus mismos Reyes, sin experiencia de armas, ni de guerra, quando al contrario eran tan aguerridas y feroces las barbaras gentes que traía consigo, con las quales acababa de conquistar la Siria, y la Libia.

Era su ánimo apoderarse primero de la Ciudad de Tartesio, para tener en ella un asilo seguro, donde pudiera recibir todas las provisiones y vituallas del Africa, en caso que llegasen á faltar á su ejército en un pais extraño y enemigo. Y para efectuarlo esperaba solo la llegada de Muza con la caballería que le habia dado orden de juntar en todas las provincias de la Libia. Avivó mucho mas la con-

fianza de la victoria en el ánimo del Califa , las cartas de Oppas al Conde Don Julian , en que le prevenia , haber juntado á su sueldo mas de mil Godos , y dadoles capitanes aficionados suyos , con los quales tenia determinado pasarse al ejército del Califa luego que éste se dexase ver en España , y declararse en favor del mismo contra el Rey Rodrigo , para vengarse de las muertes de sus sobrinos Evanio y Sigiberto , y de los desafueros cometidos del Rey Rodrigo contra la familia de su hermano el Rey Vitiza.

No era facil que Oppas hiciese llegar estas cartas al Africa , y á manos del Conde Don Julian , pero el deseo de la venganza le hizo encontrar medio , sirviendose para ello de un fiel criado suyo , llamado Gelda , el qual iba de playa en playa en traje de pordiosero , esperando que llegase á alguna de aquellas ensenadas alguno de los muchos piratas africanos que infestaban todas las costas , sin temor de oposicion por parte de los Godos , que se hallaban sin bastimentos para rechazarles. Y encontrando uno de ellos que se habia refugiado en una cala de una borrasca , da voces desde la playa para que viniesen los Arabes á socorrerle , fingiendose fugitivo del ejército de Sofir , y criado de Sigiberto en aquella in-

feliz jornada, en que tuvo la suerte de escapar, valiendole el conocimiento de la tierra en que habia vivido hasta aquel dia, alimentandose con las yerbas y raices de los montes en que se habia refugiado.

El pirata Talsif, á quien fué presentado, no fiandose de su relacion, antes bien sospechando algun engaño, determina llevarle al Africa, y presentarle al Califa, este certificado de testigos que aquel hombre no habia servido á Sigiberto, entra en sospechas de sus intentos, y manda darle tormento para que los declarase. Gelda, amedrentado del peligro, y á fin de evitar la muerte, manifiesta las cartas, que llevaba de Oppas para el Conde Don Julian. Las que vistas por el Califa, hace encerrar estrechamente á Gelda, para que ninguno, ni aun el Conde pudiera penetrar su mensaje. Entretanto hace dar respuesta á Oppas en nombre de Don Julian, que nada sabia, exhortandole á llevar adelante su desig- nio, prometiendole en nombre del Califa res- tituirle todos los bienes que el Rey Rodrigo habia usurpado á sus sobrinos, y pagarle á mas de esto todos los gastos que hubiese he- cho en aquella guerra.

Hecha esta respuesta, hacela entregar al mismo Gelda, con cantidad de oro para él, y

con promesas mayores , si entregaba la carta en manos de Oppas , haciendole llevar para ello á España , y dexarle en el lugar que él hubiese indicado. Asi pudo cumplir felizmente con su nueva comision , y entregar la respuesta en manos de Oppas ; que alentado de la aprobacion y promesas del Califa juntó á su sueldo mayor número de gente , haciendo alarde del zelo de la religion , y del amor de la patria , á quienes vendia con aquellos mismos preparativos , que parecia hacer para su defensa ; pero de hecho en favor del Califa su enemigo , que sin esperar ya la llegada de Muzza , comenzó á embarcar todos los Africanos que acudian á sus banderas , con los quales resarció la pérdida del ejército de Sofir , sirviendose de las naves que aquel habia dexado vacías.

Asi salió del puerto de Tingis con su innumerable armada , dirigiendo su rumbo hácia la vecina Tartesio , que Rodrigo habia fortificado con tiempo , y encargado su defensa al mismo Ruremundo , á quien dió el encargo de ganar el ánimo del Conde Don Julian. A mas de esto habia formado un campo de treinta mil Godos lo largo de la playa contigua á la ciudad , para impedir el desembarco del Califa , mientras él acababa de juntar todos los

cuerpos de la gente que le faltaba de las pròvincias , y especialmente el de los Cántabros, en quienes mas que en ningun otro confiaba, y que no pudieron prevenir con su llegada , la del diligente Califa , que no tardó á llegar á la ensenada de Tartesio , con toda su armada , cuya vista cubrió de terror á la España , y á la infeliz ciudad , y á los reales de los Godos que debian oponerse al desembarco.

Ancoradas apenas las naves , va á exâminar por sí el impaciente Califa la ciudad , y los reales enemigos , y sin pérdida de tiempo resuelve acometer uno y otro al siguiente dia , dando el encargo á Tarif de embestir la ciudad , mientras él desalojaba de la playa á los Godos. Para esto hace poner las naves en el órden que pudiera facilitar mejor el desembarco , y concede aquella noche de descanso á todo su exercito. Aunque quiso robar al sueño aquella noche para ocupar su mente en los medios de la victoria , vencido de él , entrada ya la noche , soñó lo que desvelado meditaba , que acometia con sus esquadrones desembarcados los reales enemigos que puestos en fuga le dexaban apoderarse de las trincheras.

Pero despertandole las mismas ansias y esfuerzo que hacia en sueños , como si de hecho

venciese , toma aquel sueño por agüero feliz de la victoria , y sin esperar la llegada del dia , va á dar parte de su feliz sueño á Tarif ; y hallandole que dormia plácidamente , le despierta , diciendole : animoso Abenzarca , acaba Dios de hacerme ver en sueños la victoria ; y lleno de la confianza que me infundió , vengo á avivar la vuestra , para que con mayor empeño acometais la ciudad , mientras yo doy asalto á los reales enemigos. Tarif alborozado de la confianza del Califa , le responde : bien necesitamos que vuestro sueño se verifique para apoderarnos de la ciudad , que de otro modo será imposible rendir por la parte que me habeis señalado , en que vais á exponer la gente necesaria para la conquista. Nada replica el Califa , debe arredrar al ánimo de Abenzarca. Un accidente impensado facilita á las veces la mas ardua empresa. De hoy en adelante , llevará vuestro nombre esa ciudad conquistada , para que permanezca en ella la memoria de vuestro esfuerzo.

Agradece Tarif al Califa su generosa atencion , y lleno por ella de mayor animosidad , acude á disponer las naves , y la gente para el ataque , mientras el impaciente Califa ordena tambien las otras naves para el desembarco , y para acometer los reales , antes que los Go-

dos echasen de ver sus disposiciones, y le impidiesen ó retardasen su intento. Mas los Godos, lejos de atreverse á tanto, estaban encerrados en los reales á corto trecho de la playa, y tan penetrados del espanto que les infundió la vista de la innumerable armada enemiga, que en vano su General Recesildo les acordaba la victoria obtenida de Sofir, y de su grande ejército, compuesto de aquellas mismas gentes que el Califa conducia en su armada, á las cuales podian tambien vencer del mismo modo.

Era mas poderoso el terror que los discursos de Recesildo, que pretendia animar con ellos á sus soldados, para sacarles fuera de las trincheras, é impedir al Califa el desembarco. Mas este le ganó por la mano, teniendo ya aferradas todas las naves á la orilla, y echados ya los puentes, quando apenas los primeros albores dexaban distinguir los objetos. Pudo sin embargo echar de ver Recesildo, que comenzaba á apoderarse de la playa la gente salida de las naves; y á fin de trastornar su intento manda salir su tropa de los reales, y acometer á los desembarcados. Advertido esto por el Califa, que hasta entonces habia mandado guardar á los suyos profundo silencio en sus disposiciones, hace sonar á un tiempo todos

los instrumentos de guerra , acompañados del alarido general de la chusma y de la tropa , y manda á los esquadrones que habian ya desembarcado , que embistiesen á los Godos que iban á embestirles.

Estos espantados de aquella horrible , y repentina confusion de instrumentos , de voces , y de alaridos , y mucho mas de la presencia de los Arabes que les acometian , se dexan apoderar del terror , y les vuelven la espalda, desbandandose á todo correr por la playa , ó acudiendo á refugiarse á los reales , semejante á un ganado que perseguido del lobo corre en confuso tropel á la cabaña , en donde les retarda el desorden mismo la entrada deseada. No se puede contener entonces en su nave el impaciente Califa. Ansioso de dar alcance á los que huian , y de aprovecharse de su terror para apoderarse de los reales , no espera que le desocupen los puentes los soldados que desembarcaban , mas se arroja al agua sin reparar en sus preciosos vestidos , y desde el agua con el alfange desenvaynado , gritaba á los esquadrones , á quienes seguia : entrad tras esos fugitivos en sus reales , el terror que les apremia no les permitirá defenderse de vuestro esfuerzo. De este lance pende hoy la victoria y la conquista.

Esto decia el Califa al tiempo que salia á la playa para animar á los suyos en el alcance de los Godos. Los otros que quedaban en las naves , movidos de su exemplo , se arrojan tambien al mar , semejantes á furiosos alanos, que impelidos del ardor que enciende en sus corazones la vista de la presa señalada , no les detiene el interpuesto vado , mas trepan por el raudal , ansiosos de haber la presa en sus garras. Y hubieran entrado los reales los enemigos , si Evila , esforzado capitan , indignado de la cobardia de los Godos , y no pudiendo impedir su fuga con sus voces y amenazas , no hubiera contenido el ímpetu de los Arabes , exponiendo su vida por el honor que le animaba , en defensa de su patria acometida. El solo haciendo frente al esquadron de los barbaros , que corrian desordenados tras los Godos , acomete al primero de ellos , llamado Alazaf , á quien hace morder el suelo en donde su intrepidez le prometia un rico señorío , atravesandole de parte á parte el acero.

Tras él mata tambien al esforzado Muley , y Abenazit , que iban inmediatos á Alazaf , y hiere gravemente al negro Albolox , que iba á herirle advirtiéndole la caida de Abenazit. Mas sorprendido , y cercado de los muchos que seguian , aunque se defiende con denuedo y

valor, y hiere á algunos de ellos, no puede evitar el golpe de cimitarra que le descarga Asana sobre la cabeza, y con que le derriba en el suelo sin vida, pudiendo así los otros exercitar su venganza en el cadaver, en que teñian á porfia sus armas. El Califa que iba tras ellos, apresurando á voces el alcance para que se aprovechasen del temor de los fugitivos y entrasen tras ellos en los reales, viendo detenidos los primeros en herir al muerto, se enfurece contra ellos, y les amenaza, señalando los reales, al tiempo que se encaminaba él mismo hácia ellos para asaltarlos.

Los Arabes le siguen; mas habiendo dado tiempo la intrepidez de Evila para que se refugiasen los fugitivos en los reales, quedan burladas las lisonjas del Califa, que se ve precisado á contener el impetu de sus deseos, maldiciendo, y amenazando de muerte á los que amedrentados de un solo Godo, habian dexado perder el mas oportuno lance de la victoria, y vuelve á dar orden en el desembarco de todo el ejército, semejante al cazador que pérdida de vista la caza, seguida en vano de sus perros, vuelve con ellos triste para disponerse á otro mas feliz encuentro. Era sin embargo no poca satisfaccion para el Califa el apoderarse de la tierra deseada, sin que el ene-

migo se atreviese á impedirle el desembarco; porque lejos de poderse oponer Recesildo, apenas se lisongeaba con sus exhortaciones y amenazas disminuir el espanto de los Godos, y recavar de ellos la defensa del real, si el Califa le acometia con la innumerable muchedumbre de barbaros que iban arrojando las naves de sus senos.

Esto le obligó á enviar aviso al Rey Rodrigo para que acudiese luego á sostenerle con todo su ejército, pues de otro modo era inevitable la pérdida de los reales, atendido el terror que se habia apoderado de sus soldados. Dió este encargo Recesildo á uno de sus oficiales, que le habia merecido su confianza, pero que estando desgraciadamente de inteligencia con Oppas, que le habia obtenido el empleo, hizo traicion á su patria, llevando las cartas al Califa; el qual informado por ellas del estado de los Godos, y de su terror, apresura el desembarco, y pone luego su ejército en órden de acometer los reales, antes que pudieran ser socorridos del Rey Rodrigo. Para esto forma quatro cuerpos de todas sus gentes, y á cada uno de ellos les da su General, reservandose él mandar el uno de los cuerpos para sí; otro le destina á Tarif, haciendole suspender el asalto de Tartesio, el tercero le

da á Almanzor, y el quarto á Deiberef; mandandoles que embistiesen á un tiempo los reales por todas las quatro partes.

El sol comenzaba ya á dorar los campos y la playa en que hacia relucir la terrible mies de los aceros que empuñaban todas aquellas barbaras gentes que amenazaban la destrucción á los reales, y la muerte á los que los defendian, esperando la señal para acometerles: la que dada por el Califa no les detiene el foso que rodeaba todo el real, llenandole inmediatamente los barbaros, que á un tiempo por todas las quatro partes anhelaban á porfia asaltar las trincheras, haciendo resonar á los lejanos campos y las playas el eco de sus alaridos y voces, con que se animaban á la victoria. Pareció que la muerte de Evila hubiese infundido esfuerzo á los Godos para defenderse segun era el aliento con que rechazaban la muchedumbre de los barbaros que á un tiempo les acometian por todas partes.

Viendo el Califa la vigorosa, y no esperada resistencia que hacian los Godos, y la mortandad que causaban sus lanzas en los Arabes que asaltaban las trincheras, corrigió al punto su inadvertencia de no haber puesto á tiro los flecheros para que desalojasen del vallado al enemigo. Tarif entretanto, no pudien-

do sufrir que se retardase por su parte la victoria, corre á disputar á los suyos la gloria de asaltar el primero el vallado, y para hacerlo mas presto, manda amontonar los cadáveres, mezclados con faginas, para que le sirviesen de cómoda subida; mas al tiempo que puso el pié en ella, le traspasa el brazo en que sostenia el alfange, un dardo enemigo que le obligó á desistir de su empeño. No por eso se retrae del lugar de la pelea. Antes bien mientras se presta á la pronta cura, insiste en su intento, diciendo á los suyos: que se aprovechasen de su exemplo para ganar el real, y diesen el gozo á las almas de aquellos cadáveres amontonados, de haber contribuido sus cuerpos á la victoria.

De este extraño sugerimiento movido Alcalazaf, de gran corpulencia, se atreve á entrar el primero en el vallado, y lo executa haciendose cubrir de los escudos de dos compañeros suyos, con quienes llega á la trinchera, y ayudado de los mismos sube á ella, y aterra con el alfange á quantos Godos se le presentan. Siguen otros su exemplo animados de las voces de Tarif, y entran tras Alcalazaf, poniendo en horrible consternacion á los Godos, que amedrentados les cedian la entrada. Avisado Recesildo que defendia el real en la

parte que intentaba entrarle el Califa, corre á sostener á los suyos que volvian la espalda al Arabe agigantado, contra el qual eran flacos los brazos de los que osaban hacerle frente. No lo fué asi el de Recesildo, que llevado del mismo ardor con que exhortaba á sus Godos á la defensa, se lanza con ímpetu de rayo contra la mole de Alcalazaf, y sin darle tiempo para que descargase el alfange que levantó contra él, le mete hasta la empuñadura la espada en las entrañas.

Cayó entonces el Arabe, semejante á excelso pino que cortado en su cepa del golpe de la segur, hace estremecer el suelo con su caída. Tras él embiste Recesildo á los otros Africanos que seguian á Alcalazaf, y les aterra igualmente, infundiendo aliento á los Godos para repeler á los demas que estaban para entrar en el vallado. Apenas comienza á disfrutar Recesildo la satisfaccion de esta ventaja de su valor, se la roban los gritos y la confusion que advierte en la otra parte del real, cuya defensa acababa de encargar á su hijo Bertarido en vez suya, mientras iba á sostener los Godos que huian de los entrados Africanos. La defendia animosamente Bertarido contra el empeño del Califa, haciendo prodigios de valor contra los enemigos que asaltaban las trincheras, quan-

do clavandosele en la frente una flecha enemiga , le derriba en el suelo sin vida.

Con él caen tambien de ánimo los Godos por aquella parte , y comienza á desfallecer su resistencia ; y no hallandola tan vigorosa los intrépidos Arabes , se apoderan de la trinchera , y acometen á los Godos fugitivos , á manera de torrente que por do rompe , arrebatata tras sí quanto se opone al ímpetu y peso de sus aguas. En vano el animoso Recesildo corre hácia ellos con mayor indignacion , afeandoles su cobardia , y amenaza con su espada á los primeros fugitivos que encuentra ; mas ellos sintiendo á las espaldas los vencedores enemigos que los apremiaban , atropellan en su desorden y huida al valiente xefe que intentaba detenerlos , y le abandonan caido y atropellado al rencor de los victoriosos Africanos , que descargan en él su fiereza , haciendole probar igual suerte que la de su hijo desgraciado.

Crece entonces el terror y la mortandad en todo el real , en que resonaban los gritos y voces barbaras de los vencedores , y los gemidos y lamentos de los Godos que huian sin saber donde , viendose cercados por todas partes del ejército enemigo , á quien do quiera encontraban en su fuga consternada , y en ella la muerte que querian evitar con la mis-

ma, hasta que aconsejados de su mismo peligro, y de las voces de Idesuedo, se retraxeron con él al centro del real, donde formado un crecido cuerpo en quatro frentes se defendian de los Arabes que dueños del real intentaban acabarles. Mas luego que entró en él el Califa victorioso, compadecido de la mortandad y estrago que habian hecho los suyos, quiso perdonar las vidas á los que quedaban con ella, en atencion al valor de Idesuedo, haciendole ventajosas proposiciones, si rendian las armas. Inducido él de la promesa del Califa, cedió á la funesta necesidad, viendo que le era imposible defenderse contra la innumerable muchedumbre de barbaros que le rodeaban.

Distaba todavia el sol del horizonte occidental, quando entró el victorioso Califa en los reales, y queriendo que sirvieran para su ejército, hizo llevar al mar los cadaveres de los Godos, y poner su tienda en el sitio en que se habia rendido Idesuedo, desde donde alabó á sus soldados, y les exhortó para la conquista de la vecina ciudad, que habia resuelto de acometer al siguiente dia, y que se prometia rendir igualmente que los reales, si peleaban con igual esfuerzo. Supieron luego en ella la victoria del Califa, y el destrozo que

habian hecho los barbaros en los reales vencidos , lo que acrecentó el terror , y consternacion de los defensores y ciudadanos ; pues ganada la mar y la tierra por el cruel enemigo , les era imposible sostener contra su fiereza , si no llegaba á tiempo el Rey Rodrigo con todo su ejército.

Rodrigo , aunque avisado luego de la pérdida de los reales y muerte de Recesildo , en quien mucho confiaba , y aunque se hallaba con gente bastante para oponerse á los intentos del Califa , despues de aquella pérdida se dexó vencer del consejo de sus capitanes , que le induxeron á esperar la gente que le faltaba , y especialmente el sócorro de los Cántabros. Asi los hados se sirvieron de aquellas tardanzas para apresurar la ruina de aquel Reyno y Monarquía , impidiendo á Rodrigo el socorrer á Tartesio , lisongeandole que podria aquella ciudad sostenerse contra fuerzas mayores que las que tenia el Califa. Este al contrario , que creia depender la emprendida conquista de la presteza de sus primeras disposiciones , á fin de asegurarla mas con ellas , apenas concedió tiempo de descanso á sus soldados despues de la batalla ; hacelos despertar aquella misma noche , con la promesa que les daria por descanso todo el siguiente dia en la ciudad con-

quistada ; y en los lechos de los ciudadanos.

Contra ella movió, pues, todos sus esquadrones, antes que amaneciese el dia, y envió al mismo tiempo á Tarif con lo restante de la gente, para que la acometiese por la parte de la mar, de modo que por una y otra parte pudiese comenzar el asalto, luego que se lo permitiesen los primeros albores. Atendiendo á esto el Califa, le llega aviso que un Godo que habia caido en manos de los cuerpos avanzados, decia tener cartas para él, y para el Conde Don Julian. Era este Godo aquel mismo Gelda, mensagero de Oppas, que habia pasado al Africa con cartas para el Conde Don Julian, y creyendo que este se hallase en el ejército del Califa, le enviaba por Gelda nuevas cartas, para hacerle saber el mayor número de gente que habia juntado, y el señal que llevaria en sus banderas, para que fuese conocida entre la del ejército del Rey Rodrigo, á quien desampararia despues de travada la batalla.

Lleno de mayor confianza el Califa con este nuevo aviso de Oppas, le responde que habia dexado al Conde Don Julian con el gobierno de las provincias de Africa, que él apreciaba sobremanera su buena voluntad y determinacion, no menos que el aviso que le co-

municaba sobre el distintivo de las gentes que llevaba asoldadas á la guerra , que deseaba llegase el momento de poderle manifestar su reconocimiento. Y recompensando el atrevido servicio de Gelda , le vuelve á enviar á Oupas con la respuesta. Aunque entretanto cubrian las tinieblas de la noche las disposiciones de los enemigos para asaltar la ciudad por mar y tierra , no las ignoraban los ciudadanos y su desvelado xefe Ruremundo , teniendo dadas todas las providencias para recibirles con animosidad , y desbaratar sus intentos ; pues aunque se hallaban todos poseidos del terror del inmenso ejército del Califa , y de su reciente victoria , les aseguraba en parte la alteza de los muros , y la fuerte situacion de la ciudad, sobre la falda del monte inaccesible que la defendia.

Mas el Califa , á quien nada podia contener en su empresa , luego que comenzó á alborear el dia , teniendolo todo dispuesto para el asalto , hace dar la señal , que recibida con gran algazara del ejército y de las naves , acometen á un tiempo los muros , arrimando á ellos las escalas inmensas que hizo formar de antemano el Califa de enteros pinos , de modo que pudiesen igualar la alteza de los muros. Otras iguales llevaban tambien las naves para el mis-

mo intento, permitiendo ponerle en execucion la mar somera junto á las murallas. Pero en una y otra parte hallan los enemigos fuerte resistencia en los ciudadanos, animados y sostenidos de las voces y presencia del fiel Ruremundo, que opone nuevos ingenios á las escalas enemigas, para apartarlas de las murallas, y lo consigue en una de ellas, en que hizo la primera prueba, echandola al suelo con todos los Arabes que la subian, y luego en otra, desde donde podian los subidos asirse de las almenas; y contra las que no prestaban los ingenios, hacia desplomar sobre ellas piedras enormes, y arrojar haces encendidos con que desbarataba los intentos del Califa.

No tuvo éxito mas feliz el asalto por la parte de la mar que presenciaba Tarif, que vió caer cascamajados de un peñasco arrojado desde el muro, los primeros que se atrevieron á escalarle. Mas no por eso se amedrenta, antes bien, á pesar de la herida que recibió el dia antes en las trincheras, llama tras sí á los más atrevidos, y emprende subir aquella misma escala, por donde trepa con increíble animosidad, al tiempo que cayendole sobre el turbante un haz alquitranado, se enreda en él, y le pega fuego al velo que lo ceñia. Arde entonces en llamas la cabeza del intrépido Tarif,

que queriendo defenderse de aquel incendio arroja de sí el turbante con el haz encendido, al tiempo que una piedra arrojada á vulto desde el muro, llega á herirle de lleno en las sienes, y le derriba en la mar, que por somera, impidió que quedase muerto de la caída. Pero creyendole muerto los suyos acuden á porfía para recobrar su cadaver.

Entre los gritos de alegría que arrojan desde las murallas los sitiados, que creían muerto á Tarif, dirigen todos sus tiros hácia la muchedumbre de los Africanos, que despreciando la muerte se esmeraban en poner en cobro á su herido xefe, y lo consiguen trasladándole á las naves en sus brazos. Mas bastó este accidente para que los enemigos desistiesen del empeño de escalar por entonces la muralla, faltando el alma que dirigia las operaciones. Impaciente y furioso el Califa, hace intimar á los ciudadanos, que los pasaria á todos á cuchillo si no se rendian inmediatamente. Mas Ruremundo despreciando sus amenazas, obliga al Califa á edificar torres mas altas que los muros, y que eludiesen los ingenios con que Ruremundo imposibilitaba servirse de las escalas. Y no dando aquellas vecinas playas y campos madera para edificar las proyectadas torres, hace deshacer algunas de las naves mas viejas.

Luego echando de ver que aquella obra tardaria mas de lo que deseaba , aunque en ella empleaba la mayor parte de los brazos de su ejército , y que esta tardanza podia dar tiempo al Rey Rodrigo para venir á socorrer la ciudad , determina ir á registrar de por sí el monte que defendia la ciudad , para ver si podia facilitarle alguna subida por donde penetrar en la ciudad. Mientras lo va exâminando , le parece ver de repente sobre la cima del monte la sombra de su profeta , alta , horrenda y terrible , qual le pareció verla en el cielo que encaraba la tempestad y los vientos , en la altura de las Sirtes. Ella guardando ahora terrible silencio le señalaba con la lanza que empuñaba , la parte del monte por donde pudiera ver cumplidos sus intentos. Penetrado el Califa de sacro horror á su vista , y de la confianza que le infundia su favorable presencia , le acata postrandose en el suelo y le agradece la propia señal que le aseguraba la gloria de aquella conquista.

En esto desaparece de los ojos del Califa la sombra de Mahoma , dexandole ardiendo en ansias de poner luego en execucion su designio , en que emplea casi todo su ejército , haciendole acarrear arena de la playa , y fagina de los campos , para llenar el alto vacío que de-

xaba la escarpada falda del monte, en que empleó tambien los maderos de las deshechas naves, sin poder presumir los ciudadanos el intento del Califa, que les pareciera temerario é imposible, aunque lo supieran. Sin embargo, á pesar del ardor y empeño del Califa, y de los innumerables brazos ocupados en aquel acarreo, en que se hacia peon el mismo Califa, no pudo ver cumplidos enteramente sus deseos en dos dias consecutivos; pero vencida la mayor parte de la elevacion, proporcionaba al atrevimiento de muchos escalar el monte por aquella parte, asiendose de los riscos, de que quiso hacer antes la prueba, enviando á Asan, y á Durbey que fueron los primeros que se ofrecieron.

Ellos trepan por las breñas, y aunque con dificultad y peligro, llegan á sitio, desde donde podian baxar sin tanto riesgo á la ciudad, lo que dan á entender con las señas que se les habian dado. Animados otros de su exemplo le imitan, y facilitan á otros la subida, ayudados del resplandor, aunque escaso de la creciente luna, con que pudieron ganar las breñas muchos esquadrones, sin ser vistos, ni sentidos de los ciudadanos, que asegurados por aquella parte de la aspereza y altura del monte, descuidaron de su defensa. El Califa envia

entonces aviso á Tarif, recobrado de su caída, que arrimase á las murallas quantas naves pudiese, y renovase con ellas el asalto, antes que amaneciese el dia. Esto mismo executa el Califa por la parte de tierra, volviendo á arrimar las escalas al muro, y á comenzar el asalto, con horrible ruido de gritos, y de instrumentos, para llamar toda la atencion y empeño de los ciudadanos, y hacerles descuidar de las espaldas.

Sorprendidos los Tartesianos del extraño acometimiento de los enemigos, mientras todavía cubrian al suelo las tinieblas de la noche, acuden espantados á la defensa de los muros acometidos y casi ganados de los Arabes que los habian escalado, sin dar tiempo á Ruremundo para disponer los ingenios con que repeler las escalas, como antes lo habia executado, debiendo oponer entonces valor á valor, y fuerza á fuerza, para impedirles la entrada. El Califa hace dar entonces la señal á los del monte, para que acometiesen por aquella parte á los ciudadanos, que espantados de los gritos y voces barbaras de los enemigos, hacenlos advertir unos á otros para que acudiesen á repelerles; mas ellos animados de la fiera confianza de la victoria, se abren el paso con el acero, pasando á cuchillo á quantos se les oponian.

El fuerte Ruremundo empeñado mas que nunca en repeler sobre el muro á los Africanos que por diversas partes porfiaban en entrar, avisado de los lamentos y consternacion de los ciudadanos que huian, queda herido gravemente, é imposibilitado á la defensa.

Los Godos apoderados entonces del terror que les infunde la entrada en la ciudad, sin saber por qué parte, caen enteramente de ánimo; y ceden al furioso empeño de los enemigos, que entrando por todas partes como fieras hambrientas en un redil, desahogan en ellos todo el furor de su saña sin perdonar á sexô ni á edad, quedando regada la infeliz Tartesio de la sangre de sus habitantes, y cubierta de su estrago. En tan breve tiempo proporcionaron los hados al Califa Ulit la victoria de los reales enemigos y de Tartesio, tan importantes una y otra para la conquista de aquel Reyno, cegando al mismo tiempo al Rey Rodrigo, y deteniendole para que dexase de acudir á su defensa.

## LIBRO DUODECIMO.

Apenas acababa de entrar el triunfante Califa en la ganada ciudad, quando la fortuna le proporciona tambien nuevo gozo con la llegada al puerto de la armada, en que venia Muza con la caballería recogida en el Africa, y Bocchis con sus Musulanes detenidos en el puerto de Cirta. Determina entonces penetrar en la España sin pérdida de tiempo, é ir en busca del Rey Rodrigo para darle la batalla, y decidir con ella de la conquista, antes que dividir sus fuerzas en ganar otras ciudades, bastandole por entonces la sola Tartesio para la seguridad de sus intentos. Dando, pues, solo el tiempo necesario para abastecer su ejército de todo lo necesario, hizo reseña de él, y confiado en el valor y fiereza de sus soldados, antes que en su número, los pone en orden de encaminarse contra el Rey Rodrigo; el qual avisado de la pérdida infausta de la ciudad en que mas confiaba, se dexa apoderar del duelo y consternacion que tal pérdida le infundia, sin atreverse á sacar su ejército de los reales, por faltarle todavia el socorro de los Cántabros y de Pelayo.

Se hallaba ya este en camino para ir á juntarse con el ejército de Rodrigo, y apresuraba su marcha lleno de confianza de la victoria, quando estando para llegar á Toledo, vé de repente levantarse del seno de la ciudad la sombra de Ataulfo, que en forma aerea, le representaba al vivo, armada de escudo y lanza, iba á encontrarse contra otra sombra mas feroz que hácia ella se encaminaba por el cielo, y cuyos ojos parecian dos ascuas de fuego, que chispeaban de enojo en su atezado semblante, empuñando lanza y escudo, como la de Ataulfo; mas este llevaba impresas en su rostro las señales del dolor, y de la tristeza que hacian parecer sus aereos pasos mas tardos que los de la sombra enemiga, que en su curso veloz llega á encontrarse con ella, y la embiste con la lanza. Opone al bote su escudo la de Ataulfo, é impele al mismo tiempo tambien su lanza contra la enemiga, haciendo resonar por los campos el eco de sus roncoshullidos, semejantes á dos encontradas nubes que impelidas de opuestos vientos, atruenan la atmosfera con la explosion del fuego que la sulca.

Atónito Pelayo de aquella extraña vista, echa mano de su espada, y alza el escudo sin advertirlo el mismo, como poniendose en ademan de querer tener parte en aquel combate,

y tomar la defensa de Ataulfo , que parecia temer la fiera animosidad de la sombra contraria , despues que ésta le pasó de parte á parte el escudo ; y sin poderse contener , como enagenado de su aliento , grita diciendo á Ataulfo : baxa , ven , y te prestaré mi escudo , y mi brazo si fuere menester contra ese horrible espectro que te apremia , y que nada á mí me espanta ; pero mientras dice esto el animoso Pelayo , al tiempo que Ataulfo mueve su lanza , la del contrario espectro le previene en su enojo , y le hiere ; y aunque su aereo cuerpo parecia invulnerable , obró el golpe , como si de hecho le hiriera , pues dando horribles ahullidos la sombra de Ataulfo , le vuelve la espalda , y á largos pasos corre á sepultarse en el seno de la ciudad , de donde habia salido. Tal el fuerte toro que combatió por el señorio de la vacada , se retira herido manifestando en sus bramidos , con que hace resonar la dehesa en que se oculta , la confusion y dolor de su vencimiento.

Quedó la sombra de Mahoma con fiero continente que manifestaba la jactancia de su victoria , viendo huir á la de Ataulfo ; mas luego que esta desaparece del suelo , tuerce ella su tetro rostro hácia el jóven Pelayo que volvió á fixar en ella sus ojos admirados de

aquel espectáculo , anhelando que se lo proporcionase vengar á la de Ataulfo. No tardó á ver cumplidos sus ardientes deseos , pues movió inmediatamente hácia él sus pasos de gigante el espectro victorioso , y enristra la lanza en ademán de herirle en el vuelo de su carrera. Aunque sorprendido el jóven Pelayo de aquel acometimiento , espera su llegada , poniéndose en postura de defensa , con que parecia provocarla su atrevimiento , semejante á un jóven dragon , que espera la llegada del aguila que intenta acometerle.

Y teniendo estendido el vigoroso brazo en que empuñaba la espada , le dice : llega , y te haré ver que no es mi brazo de niebla , y que no soy sombra debil y espantadiza que tema tus hierros y tus armas. Dicho esto , llega sobre él la sombra , y hiere con la lanza el escudo que le opuso el golpe , que pareció impulso de viento impetuoso , y de tempestad que arrebatara tras sí los troncos que no resisten á su fuerza. Mas á pesar de su violencia , no pudo conmovér á Pelayo , que en el sitio mismo en que recibió el golpe , hiere á la sombra con su espada , pasandola , como si atravesase espesa niebla ; mas ella herida arroja un doloroso ahullido que taladró los oidos de Pelayo , y torciendo á otra parte sus pasos se desvaneció en

el ayre , dexando aturdido al animoso mancebo , y lleno de la admirada complacencia que sacaba de aquella victoria , ageno de imaginarse entonces que hubiesen de estender los Arabes su dominio hasta los montes de Cantabria , y que hubiese él de enfrenar , no solo la pujanza de sus armas , sino que tambien recobrasen sus descendientes el perdido señorío de los Godos , y aboliesen el culto que queria estender y perpetuar en aquel suelo la sombra enemiga que entonces le combatia.

Tan extraña novedad no pudo dexar de contar Pelayo al Rey Rodrigo , luego que llegó á sus reales , la que oida por él , agravó la tristeza y sentimiento que le acababa de causar la reciente pérdida de Tartesio , no dudando ya de la ruina inevitable de su trono y Monarquía , como lo indicaba la huida de la sombra de Ataulfo , y su vencimiento. Nada temia mas por lo mismo , que el exponerse á la batalla que todos los capitanes le aconsejaban. Pero cediendo á la forzosa necesidad de defender su Reyno contra el poderoso enemigo que le acometia , saca su exercito de los reales , y lo mueve contra el mismo. Se habia internado entretanto el Califa en la tierra , y deseo de apoderarse tambien de la ciudad de Gades , quiso hacer el tentativo para ver si se le ren-

dia. A este fin envió delante á Bocchis con los Musulanes , para que amedrentasen á los ciudadanos , robando y talando los vecinos campos.

Avisado Rodrigo de la marcha del ejército del Califa , y del intento que llevaba de apoderarse tambien de la ciudad Herculea, resuelve ir en su alcance para impedirselo. Esto era tambien lo que deseaba el Califa, para poder dar la batalla no lejos de las costas , ni de su armada , que hizo detener en el puerto de Tartesio , hasta ver el exíto de la batalla. Mas luego que tuvo aviso de haber llegado el ejército Godo á las riberas del Guadalete , hace adelantar parte de su caballeria , para mantener con su vista repentina el terror que sabia haberse apoderado de los soldados Godos , gente allegadiza , y sin experiencia de armas , aunque no inferior en número á la que él llevaba en su ejército. Por lo mismo quisiera el Rey Rodrigo diferir la batalla , exercitando antes su tropa con escaramuzas y encuentros con los enemigos ; mas no le dió tiempo ni lugar para ello el Califa que se presenta con todo su ejército , quando ya el sol escondia su roxa faz en el ondoso reyno de Nereo , con que hacia inevitable la batalla al siguiente dia.

En esto insistian tambien los capitanes,

y Pelayo entre ellos , como tambien Oppas , á quien su caracter y dignidad daban el derecho de decir su parecer en el consejo , para hacer mas fea traicion á su patria , y á la religion , de quien era el principal ministro. Tomada la resolucion de la batalla , se dió aquella noche de descanso á los soldados. Mas no lo pudo tomar Rodrigo , agitado su ánimo del fatal presentimiento de su ruina , y de la de su Reyno y Monarquía , pronosticádole por Adenulfo , y de la deidad del rio , junto al qual tenia estendidos sus reales ; pues en los pocos momentos en que ya tarde dexó apoderar del sueño sus sentidos , le pareció ver salir de su fuente al Guadalete , coronadas sus sienes de adelfa , y que con semblante triste le decia : en tí se cumple el término que tenian establecido los hados á la Goda Monarquía.

Dicho esto desaparece rompiendo el ligero sueño de Rodrigo , que despierto y sobresaltado de aquella vision , no podia volver en sí del enagenamiento que le acababa de infundir , sin quedarle aliento para atender al órden en que pondria su ejército , ni á las demas disposiciones de la batalla. El Califa al contrario , á quien nada se le encubria de quanto pasaba en los reales enemigos , concedidas pocas horas de descanso á sus soldados , em-

pleó lo restante de la noche en poner sus esquadrones en órden de batalla , para poder acometer el primero luego que hubiese amanecido el dia. A este fin colocó en el frente los Arabes , Fenicios y Sirios , y tras ellos los Medos y Persas , que todos formaban la vanguardia , cuyo mando tenia Tarif. Reservóse para sí el centro , compuesto de Arabes escogidos , y de Licios , y en que llevaba veinte elefantes , y sobre uno de ellos descubria la mayor parte de su ejército. Muza cerraba la retaguardia y los lados del ejército con la caballeria Africana.

En este órden se presenta á la vista del ejército Godo el del Califa , luego que el sol disipó enteramente las tinieblas de la noche , cubriendo de terror á los Godos mal ordenados todavia , en que entendian á toda priesa los Capitanes ; pues Rodrigo enagenado de la vision nocturna , y como fuera de sí , no sabia ni podia dar órden en disposicion á sus soldados. Pelayo fué el primero en llevar sus Cántabros á la frente ; Retaredo y Sisigildo , otros cuerpos de Godos en número mayor que los Cántabros , y que con ellos formaban la vanguardia ; Oppas en vista de su traicion , colocó sus Capitanes en el sitio que quiso , y que le facilitaba su intento , encubrien-

dole con el rico trage de su sagrado ministerio que profanaba , y con las insignias de la religion que vendia , y que hacia tremolar en sus banderas. Se hallaba Rodrigo en el centro sobre el rico carro de marfil , con que solian los Reyes Godos ostentar su grandeza en las batallas , y que ocupó entonces , llevado de la nobleza que le seguia , y que le ladeaba. Mandaba la caballería el Conde Ferrando.

Duraba aun la confusion , y desconcierto en el ejército Godo , quando el Califa , despues de haber animado á sus soldados hizo dar la señal de la batalla. Se dilata á un tiempo por aquella vasta llanura , que ocupan los dos ejércitos , el eco de los rusticos atabales y lilies , que incitaban á los barbaros á la batalla , y que fueron los primeros en cerrarla con fiereza , y con estrago de los Godos , en quienes hacian riza los alfanges enemigos. Con no inferior animosidad reciben los Cántabros á los Sirios , que les eran opuestos , y ganan terreno sobre ellos derribandolos con sus terribles lanzas. Echó de ver luego Tarif la pujanza de los fieros Cántabros , en cotejo de los Godos que peleaban sin esfuerzo , y creyendo asegurar la victoria , si llegaba á apoderarse de Pelayo , pone en execucion su intento de atraer á este al centro , y cerrarle en él , haciendo á

este fin retroceder á los Sirios.

Pelayo , creyendo que cedian , grita á los suyos que les apremiasen y siguiesen la victoria , sin advertir en el ardid de Tarif que queria atraerle al centro. Los Cántabros animados de las voces de su xefe animoso , siguen combatiendo á los Sirios , que no dexaban de hacerles frente. Retaredo advirtiendo el peligro de Pelayo , se lo hace saber á Rodrigo para que lo sostuviese. El Conde Elgida , que mandaba en vez suya , hace adelantar un cuerpo de diez mil Godos , mas fue á tiempo que ni podian sacarle del peligro ; ni sostenerle en él , si el mismo Pelayo no lo hubiera hecho con maravilloso esfuerzo , formando tres frentes del cuerpo de sus Cántabros , contra los enemigos que iban á cerrarles con su muchedumbre por los costados ; sosteniendo asi el ímpetu de los barbaros , hasta que les cubrieron los Godos que llegaban , y que impidieron cerrarles enteramente en el centro enemigo.

Mas los Cántabros que habian de pelear á un tiempo contra tanta muchedumbre de barbaros que ocupaban luego el puesto de los caidos , iban cediendo á su obstinada fiereza , á pesar de su resistencia y valor , sostenidos de su invencible xefe , hasta que Almanzor , Capitan de los Sirios , llegó á medir sus fuerzas

y animosidad con Pelayo , con quien cierra con su cimitarra. Aunque Pelayo le opuso el escudo , no pudo evitar la herida profunda que le hizo en el hombro izquierdo , mas con la presteza con que el tigre acomete á la onza que le asalta , venga la herida recibida atravesandole de parte á parte su espada. Cae el moribundo Almanzor , pero obliga á Pelayo á retraerse de la batalla , no pudiendo sostener con el brazo siniestro el escudo ; lo que advertido por sus Cántabros le cubren con sus cuerpos , y le sacan de la batalla para llevarle á los reales.

Asalda , sôstituto de Pelayo , no puede resistir á la ferocidad de los barbaros , que por todas partes apremiaban los Cántabros , y perece con ellos despues de larga , y obstinada resistencia. El eco horrible y confuso de las voces , sonos , lamentos y relinchos de aquella inmensa muchedumbre , se asemejaba el ronco mormurio de la mar , que agitada de los vientos va á romperse entre las rocas de las playas. Tarif entonces , que daba por bien empleada la vida de Almanzor por la herida y ausencia de Pelayo , sosituye al no menos valeroso Abenalef por Capitan de los Sirios , que deshechos de los Cántabros , embisten con mayor aliento á los Godos , mientras los Arabes

y Egycios opuestos á Retaredo y á Sisigildo , tenia ya casi deshecha la vanguardia de los Godos , que sin embargo se sostenian á pesar de su destrozo. Mas luego que los Sirios comenzaron á estender su furor sobre los Godos que fueron á sostener á Pelayo , los barbaros atropellan enteramente toda la vanguardia , y la aniquilan con la muerte de Retaredo y Sisigildo , que peleaban animosamente.

Este era el momento que esperaba Oppas para executar su maldad , uniendo sus armas y banderas á las de los barbaros , quando estos llegaban á combatirlos , dexando expuesto á su barbara fiereza el centro del ejército de Rodrigo. El Califa entonces asegurado de la victoria , hace adelantar y estender todo su centro , juntamente con la caballería Africana. Mas la indignacion que causó á los Godos la infame traicion de Oppas , enciende en sus pechos el valor y esfuerzo , en vez de desalentarles , y les obliga á sostener con mayor animosidad el ímpetu de la pujanza de los enemigos , perseverando en su mutuo destrozo y carniceria , hasta que la noche , cubriendo de sus tinieblas la tierra , forzó á unos y otros á poner tregua á la batalla , para renovarla en el siguiente , y decidir con las armas la suerte del Godo señorío.

Los hados que tenían resuelta su destrucción, y eximir de ella á Pelayo, para hacerle el restaurador de la Monarquía que determinaban levantar sobre la grandeza del Califa y su fortuna, le envían entretanto á los reales en que se hallaba herido, un pesado sueño, en que se le presenta Tarif armado. Pelayo qual estaba dormido y tendido sobre sus pieles, echa mano de la espada y acomete á la sombra vana que huía, y la sigue en sueños fuera de los reales, como si estuviera despierto, hasta que lejos de ellos, desaparece de su fantasía dexándole burlado en un espeso, y vasto bosque, á donde le había atraído para sacarle del peligro. Despertando entonces Pelayo se maravilla de verse allí en aquella soledad sombría á la luz del alba que amanecía. Tienta entonces volver á los reales, buscando camino por aquel bosque dilatado, perdiéndose siempre en él, hasta que dió con unos pastores fugitivos que oyendo decir que los Arabes habían quedado vencedores el dia antes, huían con sus ganados.

Su animosidad encendida de la indignación que le causaba la funesta nueva de los pastores, cede á la imposibilidad de ir á hacer la última prueba de su brazo herido, y á la suerte que daba á los Arabes con la victoria el se-

ñorio de aquella vasta Monarquía , y determina de evitar su furor, buscando asilo entre los montes , con aquellos pastores , hasta que le pusiesen en camino de llegar salvo á su patria , llevando en su ánimo el dolor de la pérdida de sus Cántabros , y la confusion de presentarse solo sin ellos á la nacion que habia puesto en él la confianza de la victoria.

La noche , que puso tregua con sus nieblas á la mutua carniceria de los dos exércitos , dió tiempo á los Godos , y á su Rey Rodrigo para consultar entre sí sobre el expediente que debian tomar en aquella terrible circunstancia , en que pérdida su vanguardia , y parte de su centro con la infame desercion del Arzobispo Oppas , y de los que seguian su partido , quedaban sin fuerzas superiores á las del enemigo. Esto obligaba á juzgar á unos que no convenia exponer al lance incierto de una batalla la pérdida de una Monarquía ; y que era mas asegurado evitarla por entonces , retirandose so el abrigo de la noche á lugares eminentes , donde no pudiesen sufrir daño de la caballería Africana , y dar tiempo á que dividiese sus fuerzas el enemigo. A otros parecia imposible la retirada , estando á tiro del exército enemigo , á quien quedaban superiores en fuerzas á pesar de la pérdida del dia antecede-

dente , y de la desercion de los traidores. Ser las batallas juego de la fortuna , que solia dar hoy la victoria á los que el dia antes se la negaba.

Rodrigo vuelto un poco en sí de su atónito abatimiento , dexó apoderar su ánimo , combatido de tantas funestas ideas , de una inconsiderada desesperacion que le impelia á arriesgarlo todo con la vida que se le hacia un peso aborrecible , y ateniendose al consejo de los que sugerian la batalla , le abraza , y determina llevarla adelante en el siguiente dia, semejante al piloto que acobardado de la fuerza de la tempestad que trabaja su nave , se abandona á grado de las furiosas ondas que la combaten , antes que emplear el esfuerzo del arte para resistir á su violencia , y evitar el peligro que le amenaza. Asi sin poner nuevo orden á su inmenso ejército anhelaba solo la llegada del dia para salir de las desazones funestas de sus pensamientos con la victoria , ó con la muerte y ruina de su ejército , y de su Monarquía.

El Califa al contrario , mas animoso y ufano con la victoria del dia antecedente , y con la executada traicion de Oppas , pensaba solo el modo como podria decidir quanto antes de la victoria , con la rota entera del ejército de

los Godos. Para esto puso en nuevo orden su ejército, interpolando los esquadrones de caballería de los Numidas sin frenos, á la infantería mas vigorosa, para que pudiesen romper mas facilmente, y mas presto los batallones de los Godos. Y para mas alentar á los suyos, quiso él mismo mandar la vanguardia, poniendo en el centro de esta el esquadron de los elefantes, para añadir con ellos mayor confusion y desaliento á los Godos. Manda á Muza que luego que vea flaquear el centro enemigo, acometa al mismo tiempo con su caballería. De este modo tuvo dispuesto y en vela su ejército, ansiando la venida del primer resplandor del alba para dar la señal de la batalla.

El Rey Rodrigo deseoso de ver por sí mismo el orden del ejército de los Arabes, llegó á las primeras filas de su ejército luego que los primeros albores del dia le permitian distinguir los objetos. Pero apenas fixa sus ojos en la vanguardia enemiga, como si quedase deslumbrado de un rayo, pierde el uso de sus sentidos y de la mente, casi enagenada de aquella vista; habiendo reconocido en aquel orden mismo y trage de los enemigos, semejanza perfecta de la pintura del lienzo de la cueva, y cumplido en ella la profecía de Ade-

nulfo. En vano los Grandes se afanan por saber la causa de aquel súbito trastorno, y quieren remediar la fantasia herida de aquella vista, que le aseguraba su perdicion, y que le arrancaba del pecho amargos suspiros. Rodrigo en su atónito dolor y confusion, deseaba solo la muerte que le amenazaba, y que no tardó á llegar entre los confusos sonos de los barbaros instrumentos, y alaridos de los Arabes que cerraron con los suyos.

Estos entonces atendiendo á repeler el furor enemigo, les oponen sus lanzas y sus espadas, animados de sus Capitanes. Mas luego los esquadrones de la caballería de los Numidas, llevados de la libre animosidad de sus veloces caballos, atropellan las primeras filas de los Godos contra quienes embistieron, y las desbaratan, añadiendo á la mortandad que causaron sus caballos, la que ellos hacian con sus armas. Vuelve á resonar otra vez aquella vasta llanura de los alaridos y lamentos de los combatientes, de los heridos y moribundos, confusos con los sonos de los bélicos instrumentos, que animaban á unos y á otros á la victoria. Mas esta que sigue antes al consejo y al arte del valor, que á la muchedumbre, desampara á los Godos y á su Rey, atónito y confuso, para favorecer al intrépido Califa,

que luego que vió cebada su vanguardia en la matanza de los Godos, no tardó á mover contra ellos todos los elefantes, para acrecentar su desorden.

En medio de aquel esquadron de animadas moles, se veia el Califa, sobre el mayor de los elefantes, encender la fiereza de sus soldados con las voces y ademanes, mientras entraba en la batalla. Los Godos viendo sobre sí aquellas fieras embravecidas que hollaban á los que no pudieron resistir al ímpetu de su retardada carrera, les oponen dardos, lanzas y espadas, segun estaban armados de ellas, y acrecientan con las heridas su braveza, y con ella la confusion que causaban en sus batallones, á quienes impidiendoles la defensa, les exponian á la victoriosa saña de los barbaros. El Califa advirtiendole entonces que el carro Real en que solian ir los Reyes Godos á la batalla, se hallaba vacío, y sin el Rey, y los nobles que le acompañaban en medio del inmenso ejército que cubria aquella vasta llanura, sospecha algun accidente sobrevenido al Rey Rodrigo, y da la señal á Tarif desde su elefante, para que estendiera quanto pudiese las banderas del centro, y empeñase quantos mas brazos pudiera en la batalla, á fin de decidirla mas presto.

Se ven entonces embestidos los Godos por la frente y costados de su ejército, que como cuerpo sin alma, cede á grado de la fuerza que le impele. La misma muchedumbre que impedia la fuga á los que la tomáran si pudieran, sirve de pretexto al terror de los postreros del centro para desbandarse, y acogerse de las mas vecinas alturas y bosques. Lo echa de ver el Califa desde su elefante, y da la señal á Muza para que acometiera por los dos lados con toda la caballería. El huello resonante de tanta multitud de caballos en su azorada carrera, parecia el eco del trueno que se estiende por la concavidad de los valles, y azora mucho mas á los fugitivos. El Conde Ferrando, que mandaba la caballería de los Godos, viendo correr á toda rienda la caballería enemiga, sin recibir órden ni disposicion alguna por parte del Rey, impelido de su indignacion, da la señal para embestir á los caballos enemigos, y unos y otros se atropellan en el encuentro de su opuesta carrera; mas luego los ginetes Godos desanimados del exemplo de los fugitivos, y del destrozo que hacian los Arabes en el centro; ponen la seguridad de su salvacion en la ligereza de sus caballos, y desamparan á los que se hallaban ya en la batalla, y al mismo Conde Ferrando, que pe-

leaba animosamente , y que circundado al cabo de los Arabes , y traspasado de heridas , cayó muerto de su caballo.

Mientras los mas esforzados de los Godos contenian el ímpetu de la caballería enemiga , á pesar de la muerte de su xefe Ferrando , estendia el Califa sus haces vencedores sobre los aterrados esquadrones de la infantería , mezclados los muertos á los heridos y moribundos ; lamentos , llanto , y voces lastimeras confundidas con los ultrages y denuestos , y con los sonos de los choques de las armas que hacian igual en todas partes la carniceria , é inútiles los tentativos de la fuga. Falto de aliento y de animosidad para la resistencia , caía el amigo junto al amigo semivivo , hollado sin compasion del barbaro vencedor que pasaba sobre ellos para aterrar á los inmediatos , y llegar al carro Real , defendido de la flor de la nobleza que le ladeaba , sosteniendola solo en sus filas el honor que la animaba.

Esto era á lo que aspiraba el Califa para acabar de decidir la batalla , ofreciendo tesoros desde su elefante á los que matasen al Rey Rodrigo , creyendo que se hallase entre los esquadrones de los caballeros. Pero Rodrigo , persuadido del fin funesto que le estaba pronosticado , viendo ceder por todas partes sus

soldados, quiso abandonarse á su suerte, trocando sus reales insignias, y como uno de sus soldados, mezclado y confundido entre ellos, ofrecer su pecho á los aceros enemigos, sin que se hubiese podido saber qual fué el brazo que hizo caer con él el señorío de los Godos. Ignoraba tambien su muerte toda la nobleza que circundaba al carro Real, y la retaguardia del ejército, á quien cubria la caballería; mas luego que toda ella se empeñó en la batalla, y le dexó libre el campo para la fuga, se entregan á ella los batallones mas lejanos, y atraen tras si á todos los demas cuerpos del ejército; hasta que Muza, y Abenadax, rota la caballería que contenia la suya, se arrojan sobre los cuerpos fugitivos, y hacen de ellos nueva carniceria, mientras los Nomados y Barceos, cerrando por todas partes el resto del ejército que quedaba en el campo con toda la nobleza, apresuraron su destrozo.

Pudo asi apoderarse el Califa del carro Real, disminuyendo en parte á la ufana complacencia que probaba al verse en él coronado por la victoria, la incertidumbre en que estaba de la muerte del Rey Rodrigo. Ni salió de esta incertidumbre, hasta que se vió dueño sin resistencia de aquella vasta Monarquía, reconociendole por su Señor los pueblos que

preferian su servidumbre á la muerte y ruina que el acero vencedor les amenazaba , si hacian oposicion á su pujanza victoriosa , ante la qual doblaban sus humilladas cervices.

F I N.



12  
8 Nov.







EL  
RODRIGO